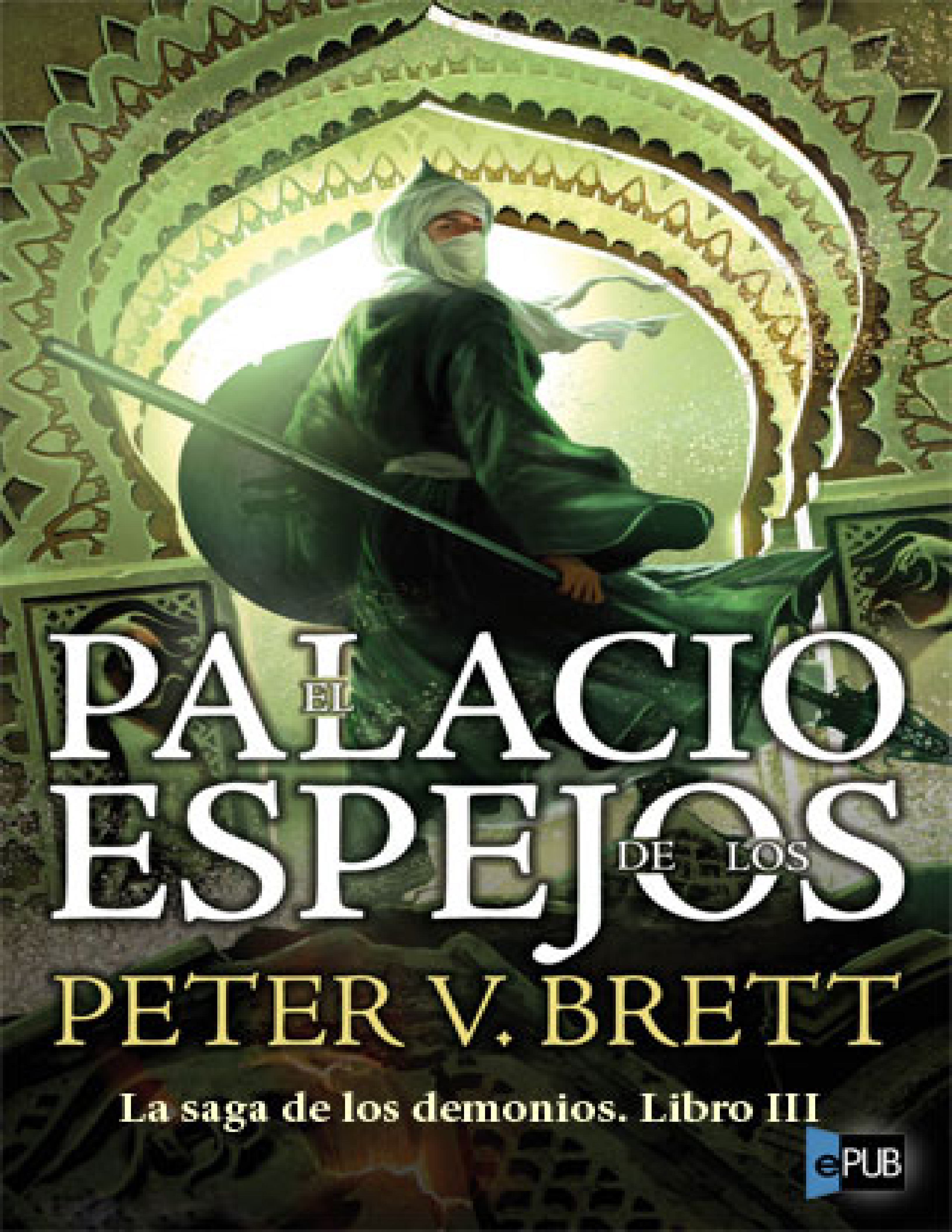

EL PALACIO DE LOS ESPEJOS
PETER V. BRETT
La saga de los demonios. Libro III
ePUB

3º de la serie Los Demonios

Durante cientos de años los demonios han sido dueños de la noche. Sin embargo, ahora los hombres han recuperado los antiguos grafos de combate y por fin tienen las armas necesarias para enfrentarse a los abismales.

Pero los demonios también juegan sus cartas y vigilan de cerca a Jardir de Krasia y Arlen del norte; uno autoproclamado Liberador; el otro elegido, contra su voluntad, por su propia gente. Saben que ambos son enemigos peligrosos y deben actuar cuanto antes si quieren librarse de ellos.

Tras la conquista de Fuerte Rizón por parte de los krasianos, Arlen y sus compañeros deberán unir a las fuerzas del norte para enfrentarse a un enemigo común: el ejército de Jardir. Mientras, los príncipes abismales preparan el terreno para la gran batalla y la extinción de la raza humana.



eBooks con estilo

Peter V. Brett

El Palacio de los Espejos

3º de la saga de Los Demonios

ePUB v1.1

jubosu 01.11.11

El Palacio de los Espejos
La saga de los demonios libro III
Autor/es: Brett, Peter V.
Título original: The Daylight War
Editorial: Minotauro
Colección: Fantasia
Fecha de publicación: 01/03/2011
ISBN: 978-84-450-7828-0

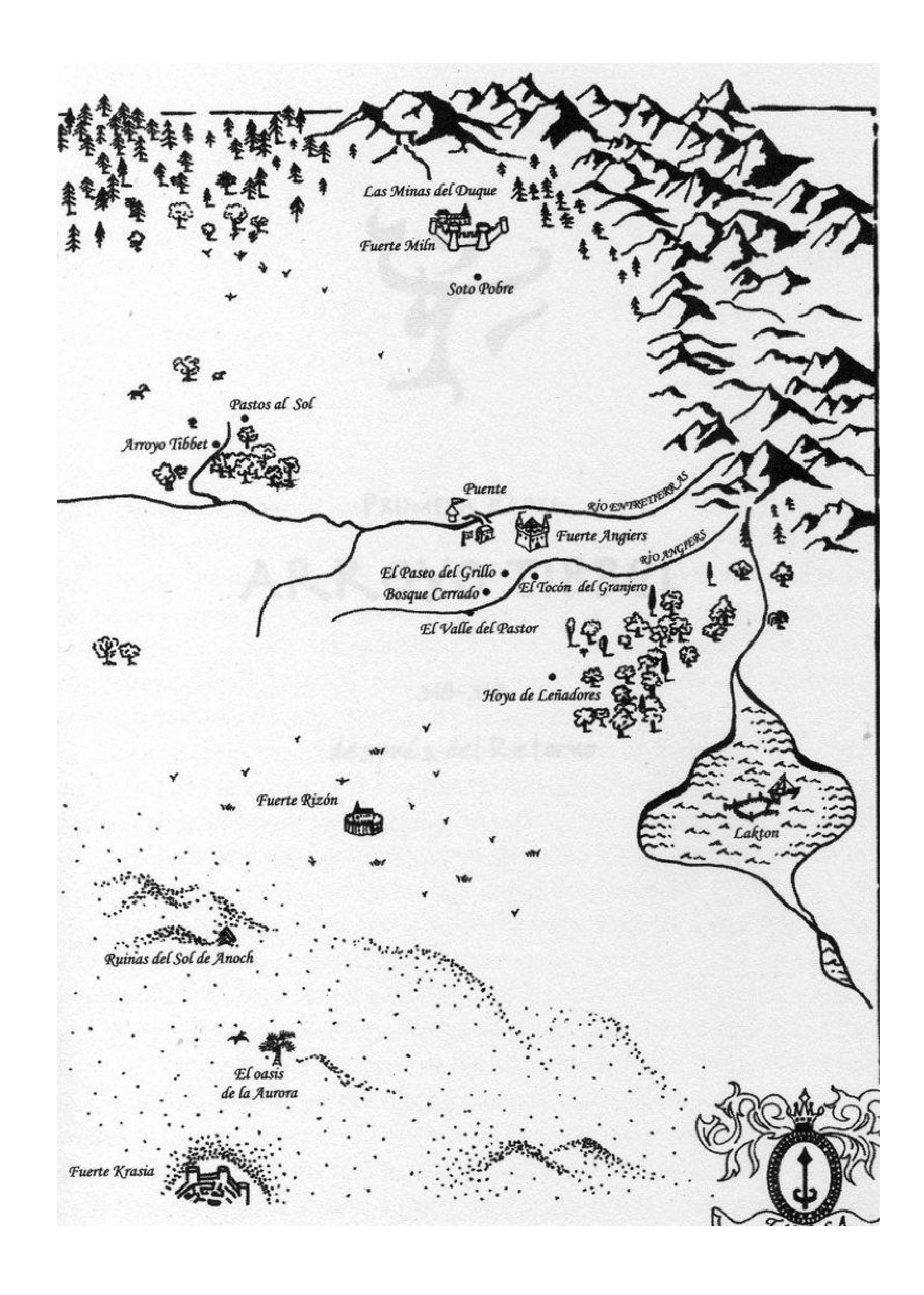


Para Dani y Cassie

Agradecimientos

El Palacio de los Espejos es, con mucho, el proyecto más largo y más ambicioso que he emprendido. Entretejer a ocho personajes y sus respectivos puntos de vista en un único hilo argumental ha expandido los límites de mi estrecha mente, y no lo hubiera conseguido sin el apoyo de mis amigos, familiares y, especialmente, mis primeros lectores, quienes se tomaron el tiempo de leer el manuscrito en sus primeras fases y ofrecerme las críticas y consejos que consiguieron que éste evolucionara hasta la historia que tienes en tus manos.

Gracias a: Myke, Matt, Dani, Stacy, Amelia, Jay, mamá, Denise, Cobie, Jon, Nancy, Sue, mi agente Joshua, mis editoras Anne y Emma, mi editora de mesa Laura, todos mis editores y traductores internacionales, y todos los lectores del primer libro que se tomaron la molestia de escribirme y animarme mientras yo luchaba para hacer de *El Palacio de los Espejos* mi mejor obra, incluso cuando el resto de mi vida estaba patas arriba con un bebé recién llegado y una nueva carrera. Gracias a todos. Vosotros lo sois todo para mí.


Las Minas del Duque
Fuerte Miln
Soto Pobre
Pastos al Sol
Arroyo Tibbet
Puente
Río Entretierras
Fuerte Angiers
Río Angiers
El Paseo del Grillo
Bosque Cerrado
El Tocón del Granjero
El Valle del Pastor
Hoya de Leñadores
Fuerte Rizón
Lakton
Ruinas del Sol de Anoch
El oasis
de la Aurora
Fuerte Krasia

PRIMERA PARTE

JUICIOS

1

El cuchillo
Verano del 333 d.R.

Algunas semanas después de la noche que Renna pasó en el retrete un visitante apareció en la granja. El corazón de la muchacha dio un vuelco al ver a un viajero en el camino, pero no era Cobie Fisher, sino su padre.

Garric Fisher era un hombre corpulento, con un aspecto muy similar al de su hijo. Tendría unos cincuenta años de edad y apenas se entreveraban unos cuantos mechones blancos en su espesa cabellera negra y rizada y en su barba. Agachó cortésmente la cabeza en dirección a Renna sin bajarse del carro.

—¿Está tu padre por aquí, niña? —le preguntó.

Ella asintió.

—Corre y tráelo, entonces —dijo Garric tras escupir a un lado del carro.

La muchacha asintió de nuevo y corrió hacia el campo con el corazón saltándole en el pecho. ¿Qué querría?

¿Habría venido a hablar con su padre en representación de Cobie? ¿Todavía pensaría el chico en ella? Estaba tan preocupada que casi se estrelló contra su padre cuando él emergió en mitad del campo de maíz.

—¡Por la Noche, niña! ¿Qué demonios te pasa? —preguntó Harl, tras cogerla por los hombros y darle una buena sacudida.

—Garric Fisher acaba de llegar. Te espera en el patio.

El viejo frunció el ceño.

—¿De verdad? —Se secó las manos en un trapo, rozó la empuñadura de hueso del cuchillo como para asegurarse de llevarlo y después se dirigió hacia el patio.

—¡Tanner! —gritó Garric desde el carro cuando los vio aparecer—. Me alegra ver que tienes tan buen aspecto.

Harl asintió y ambos se dieron la mano.

—Lo mismo digo, Fisher. ¿Qué te trae por aquí?

—Te he traído pescado —comentó el hombre con un gesto en dirección a los barriles que transportaba—. Truchas y bagre, aún vivitos y coleando. Échales algo de pan en el agua y te durarán unos días. Calculo que hace bastante tiempo desde que os llegó pescado fresco por última vez.

—Eso es muy considerado por tu parte —repuso el viejo, y le ayudó a descargar los toneles.

—No tiene importancia —adujo Garric. Se limpió el sudor de la cara una vez terminaron el trabajo—. El sol pega fuerte hoy. He hecho un viaje muy largo y tengo mucha sed. Si no te importa, podríamos echar un rato a la sombra del porche antes de que regrese, ¿te parece bien?

Harl asintió y ambos se sentaron en las viejas mecedoras del porche. Renna llenó un jarro de agua fría y se lo llevó junto con dos copas.

Garric introdujo la mano en el bolsillo y sacó una pipa de arcilla.

—¿Te importa si fumo?

El viejo sacudió la cabeza.

—Niña, tráeme la pipa y la bolsa de la hierba.

Renna se apresuró a obedecerle y ambos compartieron la petaca. También les llevó una astilla encendida del fuego para prender las pipas.

—Mmm —ronroneó Garric, después de unas cuantas caladas—. Una buena hierba.

—La cultivo yo mismo —repuso el viejo—. El Jabalí compra casi toda la suya en Centinela Meridional y ellos suelen quedarse con la buena y le largan las sobras pasadas. —Se volvió hacia Renna—. Niña, llénale una bolsita al señor Fisher para que se la lleve.

Ella asintió y entró, pero se quedó escuchando al lado de la puerta. Una vez finalizadas las formalidades tratarían los asuntos de interés y no quería perderse una sola palabra.

—Siento haber tardado tanto en venir —comenzó Garric —. No quería ser irrespetuoso.

—No lo has sido —repuso el viejo y le dio una calada a la pipa.

—Toda la ciudad anda cuchicheando sobre los chicos. Habrá empezado la hija del Jabalí, o cualquier otra. Las comadres no tienen nada mejor que hacer con su tiempo que andar cotorreando y criticando. —Harl asintió y lanzó un escupitajo—. Quiero disculparme por el comportamiento de mi hijo —continuó Garric—. Cobie anda siempre diciendo que ya es un hombre y puede apañárselas solo, pero, como yo siempre digo, a un hombre se le conoce por sus hechos. Y lo que ha ocurrido no está nada bien.

—Eso es quedarse corto —gruñó el viejo y escupió de nuevo.

—Bueno, has de saber que cuando le mandaste a casa con la cola entre las piernas entendí el mensaje y tomé cartas en el asunto. Te aseguro que no volverá a suceder.

—Me alegra oír eso —comentó Harl en respuesta—. Si yo fuera tú, le metería un poco de sentido común en el cuerpo a golpes.

—Y si yo fuera tú —le contestó Garric con el ceño fruncido—, le diría a mi hija que mantuviera las faldas pegadas a los tobillos en vez de ir metiendo el pecado en la mente de los hombres.

—Oh, bueno, ya hemos tenido unas palabras —le aseguró él—. No volverá a pecar. Le he metido el miedo a Dios en el cuerpo, tenlo por seguro.

—Si fuera hija mía, habrían sido más que palabras. Le habría pelado el culo de la paliza.

—Cada uno imparte la disciplina a su estilo, Fisher. Yo lo hago al mío.

—Bien cierto que es. —Asintió Garric y después dio una calada a su pipa—. Ese blandengue del Pastor iba a casarlos. Cuando los cogiste se dirigían a la Colina de la Turba —le advirtió.

Renna jadeó y el corazón se le paralizó en el pecho. Se cubrió la boca con la mano de puro miedo y contuvo el aliento durante un buen rato hasta que estuvo segura de que no la habían oído.

—Harral siempre ha sido un blando —replicó Harl—. Y un Pastor tiene que castigar la maldad, no perdonarla.

El pescador mostró su acuerdo a la afirmación con un gruñido.

—¿Ha vuelto a sangrar la chica? —El tono de voz intentaba sonar casual, pero Renna estaba segura de que no lo era en absoluto.

Harl sacudió la cabeza.

—Sí, ya ha tenido su mes.

Garric dejó escapar un suspiro, claramente aliviado, y Renna comprendió al instante por qué había tardado tanto en ir a ver a su padre. Se pasó la mano por la barriga y deseó que su útero hubiera fructificado, pero sólo había visto a Cobie una vez y Harl tenía siempre cuidado de derramar fuera su semilla.

—No pretendo ofender, pero el haragán de mi hijo tiene buenas perspectivas por primera vez en su vida y Nomi y yo queremos encontrarle una chica apropiada. No nos gustaría que empezara su vida con un escándalo.

—Tu hijo no tendrá perspectivas de ningún tipo si vuelve a ponerle las manos encima a mi hija —declaró Harl.

El hombre frunció el ceño, pero asintió.

—No pensaría de otra manera si se tratara de una de mis hijas. —Le dio la vuelta a la cazoleta de la pipa para extraer la ceniza—. Veo que nos hemos entendido.

—Eso creo. ¡Niña!, ¿dónde está esa picadura?

Renna dio un respingo, pues había olvidado el encargo. Corrió hacia el barril de la hierba de fumar y llenó una bolsita de cuero.

—¡Voy!

Harl la miró con el ceño fruncido cuando regresó y le dio una nalgada por haberse retrasado. Después ofreció la bolsita a Garric y ambos, padre e hija, observaron cómo el visitante se subía al carro con parsimonia y luego partía.

—¿Crees que es cierto, *Señora Rasguños*? —preguntó Renna esa noche a la gata que cuidaba de los gatitos. El animal había escondido la carnada tras una carretilla rota que había en el granero y allí los cachorros se subían unos encima de otros hasta formar una gran pila, luchando entre ellos para acceder a los pezones. Renna ahora la llamaba «señora», como si fuera una madre de verdad, aunque,

como era de esperar, el gato atigrado que la había preñado no la visitaba demasiado después del nacimiento.

—¿Crees de verdad que el Pastor nos casaría si acudiéramos a él? Cobie dijo que sí, lo mismo que Garric. Oh, ¿te lo imaginas? —Renna cogió uno de los cachorros y le besó la cabeza cuando comenzó a maullar suavemente—. Renna, la Enviada —dijo en voz alta para probar el nombre y luego sonrió. Sonaba bien. Sonaba como debía ser—. Tengo que pensar en cómo llegar a Ciudad Central. Es un camino muy largo, pero puedo hacerlo en unas cuatro horas. Si salgo tarde por la mañana papá no se dará cuenta a tiempo de detenerme, y menos aún con las articulaciones doloridas. —Le echó una ojeada al carro—. Especialmente si no puede conducir. —Añadió con malicia—. Pero, ¿qué pasará si Cobie no está allí cuando llegue? ¿O si ya no me quiere?

Mientras cavilaba en torno a esas horribles ideas, el gato pródigo regresó con un ratón bien gordo entre los dientes. Dejó a la víctima al lado de la *Señora Rasguños* y Renna pensó que era una señal del mismo Creador.

Esperó unos cuantos días, por si su padre sospechaba que había escuchado a Garric a escondidas. Repasó el plan una y otra vez en su mente, consciente de que ésa podría ser su última posibilidad de escapar. Si su padre la atrapaba y la encerraba de nuevo en el retrete, dudaba de que consiguiera sobrevivir, y mucho menos, intentar de nuevo la huida.

Todos los días, el viejo regresaba para almorzar pasado el mediodía y se tomaba su tiempo en comer antes de volver a salir al campo. Si escapaba en ese momento, podría llegar a Ciudad Central y aún le quedarían un par de horas de margen. Harl no se daría cuenta y no podría seguirla sin arriesgarse a que le alcanzaran los abismales cuando

empezaran a emerger. Así que tendría que esperar hasta el día siguiente o, al menos, detenerse durante la noche y pedir refugio.

Si Cobie estaba en Ciudad Central, tendrían tiempo de llegar a la Colina de la Turba para ver al Pastor. Si no era así, seguiría su camino hasta llegar a la granja de Jeph. Nunca había estado allí, pero Lucik sí, y le había dicho que había dos horas en dirección norte desde la ciudad. Llegaría a tiempo e Ilain la ocultaría si Harl se acercaba buscándola. Sabía que ella sí lo haría.

Cuando llegó el día escogido, tuvo cuidado de no hacer nada extraordinario. Realizó sus tareas habituales exactamente como lo había hecho durante la semana anterior, con cuidado de mantener el mismo patrón de conducta.

Harl llegó del campo a la hora de almorzar y ella ya tenía preparado el estofado.

—¿Vas a repetir? —le preguntó a su padre, con aspecto de no tener ninguna prisa—. Si te acabas lo que queda en la olla podré limpiarla y empezar ya con la cena.

—Voy a tomarme otro cuenco de tu estofado, Ren —repuso él con una amplia sonrisa— Ojalá hubieras hecho tú la comida todos estos años en vez de Beni. —Le pellizcó el trasero cuando ella se inclinó a llenarle el bol. A Renna le habría gustado volcarle el estofado hirviente en el regazo, pero se contuvo y forzó una risita. Después le ofreció la comida con una sonrisa.

»Es estupendo verte la risa en la boca, niña —comentó el viejo—. Tenías muy mala cara desde que se fueron tu hermana y los niños.

—Supongo que me he hecho a la idea —se obligó a responder; luego se sirvió ella misma una segunda ración, aunque lo último que deseaba en la vida era comer.

Contó hasta cien después de que Harl se retirara de la mesa y luego se puso en pie con rapidez. Se acercó a la tabla de cortar donde había apilado hortalizas para el estofado que no tenía intención de hacer. Cogió el cuchillo y se dirigió al establo.

Los dos únicos animales de tiro que había allí eran dos muías. Las miró con tristeza pues las había cuidado desde que Harl las trajera de la granja de Mack Pasture cuando eran potrillos.

¿Sería capaz de hacerlo? La granja de su padre era todo el mundo que conocía. Las pocas veces que había ido a Ciudad Central o a la Colina de la Turba se había sentido agobiada por toda aquella gente, incapaz de entender cómo no se volvían locos rodeados de tal multitud. ¿La aceptarían? ¿Tenía realmente reputación de prostituta? ¿Intentarían forzarla los hombres si pensaban que era tonta o que estaba dispuesta?

El corazón latía tan fuerte que la ensordecía, pero respiró hondo y se obligó a calmarse hasta que el cuchillo que llevaba en la mano dejó de temblar y pudo alzarlo con determinación.

Cortó la cincha de todas las monturas, al igual que los arneses del carro, las bridas y las riendas. Extrajo el perno de una de las ruedas y la sacó de su lugar, para luego destrozarla con un hacha de piedra.

Después dejó caer el hacha, rebuscó en el bolsillo de su delantal y sacó el largo collar de guijarros que le había regalado Cobie. Había tenido buen cuidado de no lucirlo cuando su padre pudiera verla, pero se lo había puesto cuando estaba a solas. Se lo colocó de nuevo y sintió que era allí donde debía estar. Era su regalo de compromiso.

Tras coger el pellejo de agua que había escondido, se deslizó hacia el exterior del establo, se recogió las faldas y

corrió por el camino tan rápido como pudo.

La carrera le resultó más dura de lo que había pensado, aunque no más larga. Era fuerte, pero no estaba acostumbrada a correr distancias largas. No pasó mucho tiempo antes de que empezaran a arderle los pulmones y le dolieran las piernas en protesta por el esfuerzo. Paró cuando no pudo más y bebió agua entre jadeos, aunque no se permitió descansar más de unos minutos antes de continuar.

Cuando llegó al puente sobre el arroyo veía borroso, como si se hubiera emborrachado con la cerveza de los Boggin. Se dejó caer en la orilla, hundió el rostro en la fría corriente de agua y bebió todo lo que pudo.

La cabeza se le aclaró por primera vez en casi una hora y alzó la mirada al cielo. El sol estaba muy bajo pero aún le quedaba tiempo, si continuaba al mismo ritmo. Cuando se incorporó le dolían las piernas, el pecho y los pies, pero ignoró los pinchazos de dolor y continuó corriendo.

Vio poca gente cuando atravesó la plaza de Ciudad Central, en su mayoría gente que comprobaba sus grafos ante la caída de la noche. La miraron con curiosidad y uno la llamó, pero no les hizo caso, pues se dirigía hacia el único lugar que todo el mundo conocía en Arroyo Tibbet, el almacén del Jabalí.

—La tienda *ta sherrada*... —le dijo Stam Tailor arrastrando las palabras, mientras bajaba la escalera de acceso al porche del establecimiento del Jabalí justo al empezar a subirlos ella. Tropezó y Renna se detuvo para sujetarle.

—¿Qué quieres decir con que la tienda está cerrada? —le preguntó intentando que su voz no sonase desesperada—. Se supone que el Jabalí abre hasta la hora del crepúsculo. —Si Cobie no estaba en la tienda no tenía idea de dónde buscarle y tendría que seguir corriendo hasta llegar a casa de Ilain.

—¡Pues *essso he disssho*! —gritó el hombre, asintiendo enfáticamente—. Vaya sólo porque he bebido *musha shervesha* y vomitado un poco... ¿*esh* que ésa es *rashón* para *eshar* al pobre Stam y *sherrar* antes de hora?

Renna se apartó de él cuando se dio cuenta de que tenía vómito en la camisa y percibió el olor que desprendía. Parecía que los rumores que decían que Stam era un borracho eran ciertos.

Lo dejó apoyado en el pasamanos, subió las escaleras y tocó a la puerta.

—¡Señor Jabalí! —gritó—. ¡Soy Renna Tanner! ¡He de ver a Cobie Fisher! —Aporreó la puerta con el puño hasta hacerse daño, pero no hubo respuesta.

—*Sshe* ha ido ya —aclaró Stam, agarrado a la baranda como si le fuera la vida en ello. Mostraba una palidez enfermiza y no dejaba de balancearse—. Me voy a *shentar* un ratito aquí en el *porsshe*, *hashta*... que mis *piesh she* queden *quietosh* debajo de mí.

Renna lo miró aterrorizada y Stam malentendió la expresión de su rostro.

—Oh, niña, no te *preocupesh* por el pobre *Shtam* Tailor. —Palmoteó el aire delante de ella—. He *eshtado musho* peor... ¡No me *pashará* nada!

Hila asintió y esperó a que se marchara dando tumbos antes de rodear a toda prisa el almacén para llegar a la parte trasera. Dudaba que el viejo Jabalí confiara en dejar a nadie en el interior del almacén cuando él no estaba allí, ni

siquiera a Cobie. Si el muchacho vivía en la parte trasera, tenía que haber alguna otra entrada.

Estaba en lo cierto, pues encontró una pequeña habitación anexa a los establos que en su momento debió de ser el cobertizo destinado a los arreos, pero que era lo bastante grande para alojar un arcón y un catre. Tomó aire y llamó. Cobie abrió la puerta un momento después y ella se echó a reír de pura alegría.

—¡Renna! ¿Qué haces aquí? —A Cobie los ojos casi se le salían de las órbitas. Sacó la cabeza por la puerta y miró alrededor. Después la cogió del brazo y tiró de ella hacia el interior. La muchacha intentó abrazarle, pero él no la soltó y la mantuvo a una distancia prudente.

»¿Te ha visto venir alguien?

—Sólo he visto a Stam Tailor en la puerta —repuso ella, sonriente—, pero está tan bebido que no creo que se acuerde. —Intentó acercarse a Cobie de nuevo pero él la mantuvo lejos de su cuerpo.

—No deberías haber venido, Ren.

Ella sintió como si le hubiera golpeado el pecho con un martillo.

—¿Qué?

—Tienes que salir de aquí antes de que alguien te encuentre —le dijo Cobie—. Si tu padre no me mata, lo hará el mío.

—¡Tienes más de treinta veranos y el tamaño de un caballo! —gritó la chica—. ¿Estás más asustado de nuestros padres que yo?

—Tu padre no te matará a ti, Ren, sino a mí.

—Sí, pero si me coge yo también desearé estar muerta.

—Pues más razón todavía para que te marches antes de que nos encuentre juntos —razonó él—. Aunque el Pastor nos case, no nos dejarán en paz. No conoces a mi padre. Se

le ha metido en la cabeza que me case con la hija de Eben Marsh, aunque lo haga con una horca a la espalda. Le ha pagado a Eben un cargamento de pescado por el compromiso.

—Entonces, huyamos juntos —insistió Renna, colgada de su brazo—. Vayámonos a Pastos al Sol, o incluso a las Ciudades Libres. Allí puedes unirte al gremio de los Enviados.

—¿Y dormir por la noche a cielo abierto? —preguntó Cobie horrorizado—. ¿Te has vuelto loca?

—Pero me dijiste que me querías —repuso ella, con las manos alrededor del collar de guijarros—. Dijiste que nada podría separarnos.

—Eso fue antes de que tu padre casi me cortara las pelotas y el mío fue aún peor —contestó él paseando la mirada por la habitación con desesperación—. No me puedo quedar aquí esta noche, de todas formas —masculló entre dientes—, por si Harl llega antes de que caiga la oscuridad. Vete a la Colina de la Turba y quédate con tu hermana. Yo me iré corriendo a casa de mi padre para que vea que no he hecho nada. Vamos. —Puso una mano en la espalda de Renna y la empujó hacia la puerta. Ella se dejó llevar, paralizada y perpleja.

El muchacho abrió la puerta y se encontró allí a Harl, con el cuchillo en la mano. Detrás de él yacía una de las mulas, desplomada en el suelo y resollando. La había montado a pelo.

—¡Ya os tengo! —gritó el viejo y le dio un puñetazo a Cobie en el rostro. El puño, cerrado en torno a la pesada empuñadura de hueso del cuchillo, hizo que la cabeza del muchacho se volviera violentamente hacia un lado y que él cayera al suelo, derribado. Después agarró a Renna con la mano libre con tanta fuerza que le hacía daño en el brazo.

«Corre a suplicar el refugio de tu hermana —le dijo, con el rostro contraído en una máscara de furia—. Yo iré luego para resolver esto contigo. —Sus ojos se dirigieron hacia Cobie, mientras empujaba a Renna hacia la puerta.

—¡Esto no es lo que parece! —chilló el muchacho, erguido sobre una rodilla y con el brazo alzado para protegerse del viejo—. ¡Yo no le he pedido que venga!

—¡Por el Abismo que lo has hecho! —replicó el hombre con desprecio, al alzar el cuchillo—. Te hice una promesa y la voy a cumplir.

Harl volvió a mirar a Renna, que se había quedado paralizada de miedo.

—¡Ve! —le ladró—. Te pasarás una semana entera en el retrete. ¡No querrás que sean dos!

Renna retrocedió aterrorizada y Harl le dio la espalda. La noche pasada en el retrete regresó a su mente como un relámpago, y aquellas horas interminables de tormento la golpearon en apenas un segundo. Pero pensó también en todo lo demás, en el hedor de la cama de su padre, y el peso de sus huesos afilados sobre ella mientras gruñía y empujaba.

Se imaginó regresando a la granja y algo se rebeló en su interior.

—¡No! —gritó y saltó sobre su padre, para clavarle las uñas en el rostro. Él se desplomó hacia atrás a causa de la sorpresa y se golpeó la cabeza contra el suelo. Renna intentó entonces quitarle el cuchillo de las manos, pero Harl era más fuerte que ella y lo mantuvo bien sujeto.

Para entonces Cobie ya se había puesto en pie, pero no hizo movimiento alguno en dirección hacia ellos.

—¡Cobie! —suplicó Renna—. ¡Ayúdame!

El viejo le dio un puñetazo en la cara y la derribó. Después saltó sobre ella para acuchillarla, pero la

muchacha le mordió el brazo y Harl aulló de dolor. El hombre volvió a golpearla en el rostro y luego le propinó tres puñetazos más en el estómago hasta que Renna soltó su presa.

—¡Perra! —chilló después de ver cómo le brotaba la sangre del brazo. Después rugió y soltó el cuchillo para agarrar el cuello de la muchacha con las dos manos.

Renna se debatió con todas sus fuerzas, pero el viejo no aflojaba su presa. La sangre que le corría por el brazo manchó el rostro de Renna mientras luchaba por conseguir aire, un aire que no llegaba. Vio la locura reflejada en los ojos de su padre y se dio cuenta de que iba a matarla.

Entonces volvió los ojos hacia Cobie, pero él seguía de pie allí, inmóvil. Intentó captar su atención y le suplicó ayuda con la mirada.

El muchacho pareció recobrarse con un respingo y se dirigió por fin hacia ellos.

—¡Ya basta! —gritó—. ¡La va a matar!

—Ya te he aguantado bastante, chaval —dijo Harl y apartó una mano de la garganta de Renna para coger el cuchillo. Cuando el muchacho estuvo a su alcance, se volvió y le clavó la hoja entre las piernas.

El rostro de Cobie enrojeció y el chico bajó la mirada hacia la herida que había empezado a sangrar, horrorizado. Tomó aire para gritar, pero el viejo no le dio opción a ello pues retiró el cuchillo y se lo hundió en el corazón.

Cobie agarró la hoja que le sobresalía del pecho y musitó una protesta inaudible mientras caía de espaldas, muerto.

Harl soltó a Renna, la dejó jadeando débilmente en el suelo y se acercó al muchacho para recuperar el arma.

—Te advertí más de una vez, chico —dijo al limpiar la hoja en la camisa de Cobie—, debiste escuchar.

Deslizó el cuchillo de vuelta a su funda, donde descansó apenas un momento antes de que Renna lo sacara de allí y se lo clavara en la espalda. Después lo atravesó una y otra vez, chillando y llorando mientras la sangre le manchaba la cara y le empapaba el vestido.

2

El Legista Raddock
333 d.R.

Jeph Bales terminó de comprobar los grafos del porche justo a tiempo. Su familia ya estaba dentro de la casa y los niños se lavaban para cenar; Ilain y Norine trabajaban en la cocina. Observó cómo se desvanecían los últimos rayos del sol y la tierra exudaba el calor acumulado durante el día; pronto los demonios empezarían a abrirse paso desde el Abismo.

Cuando aquellas pestilentes formas nebulosas comenzaron a emerger, se dirigió hacia el interior de la casa y apenas unos momentos después los abismales se solidificaron. Jeph no tenía intención alguna de dar oportunidades a los demonios.

Pero cuando se acercó a cerrar la puerta, escuchó un gemido y alzó la mirada. Alguien venía corriendo por el camino a toda velocidad, chillando sin cesar.

Jeph cogió el hacha que siempre tenía junto a la puerta y sólo salió hasta donde le permitían los grafos del porche. Recorrió las formas de los abismales que se coagulaban en el patio con mirada nerviosa. Pensó en su hijo mayor y en que él no habría dudado en acudir a socorrer al extraño, pero Arlen había muerto hacía ya catorce años y Jeph jamás había tenido su coraje.

—¡Aguanta un poco más! —gritó—. ¡Casi estás a salvo! —Los abismales, aún más neblina que carne, alzaron la mirada ante su grito y él cerró la mano con fuerza en torno a la empuñadura del hacha.

Jamás abandonaría la seguridad de los grafos pero estada dispuesto a golpear al demonio que se acercara demasiado.

—¿Qué pasa? —preguntó Ilain desde el interior.

—¡Que no salga nadie! —gritó Jeph en respuesta—. ¡No importa lo que oigáis, no salgáis!

Empujó la puerta para cerrarla y volvió la mirada al visitante. El extraño estaba ahora más cerca. Era una mujer, con el vestido empapado de sangre, que corría como si su vida dependiera de ello, como de hecho sucedía. Tenía algo en la mano, pero no podía distinguirlo.

Los abismales lanzaban las garras hacia ella, pero como aún carecían de sustancia, sólo le provocaban arañazos superficiales. La mujer no parecía darse cuenta; había empezado a gritar mucho antes.

—¡Corre! —gritó Jeph de nuevo y mantuvo la esperanza de que aquellas pobres palabras le infundieran algo de valor.

Ya había cruzado el patio y estaba casi en el porche, cuando la reconoció, justo en el momento en que un demonio del fuego, completamente formado, chilló y se interpuso en su camino.

—Renna... —murmuró, pero cuando la miró de nuevo, a quien vio no fue a Renna Tanner, sino a Silvy, su esposa, a la que un demonio del fuego había asesinado catorce años atrás en aquel mismo lugar.

Entonces, algo endureció su corazón y saltó fuera del porche casi sin darse cuenta, blandiendo el hacha con toda su fuerza. La coraza de un demonio del fuego podía mellar cualquier arma, pero la criatura era pequeña y el golpe la mandó dando tumbos en mitad del patio.

Otros abismales chillaron y se lanzaron contra ellos, pero el camino estaba ahora despejado. Jeph la cogió del brazo y tiró de ella hacia la seguridad del porche. Subió los escalones, perdió el equilibrio y cayeron uno sobre el otro; poco después un demonio del bosque cargó contra ellos, pero se estrelló contra la red exterior y la magia, antes de rechazarle, estalló en el aire en una red de luz plateada.

Jeph acunó a Renna entre sus brazos y la llamó por su nombre, pero ella seguía gritando, incapaz de darse cuenta de que estaba a salvo. Estaba cubierta de sangre, su vestido empapado al igual que los brazos y el rostro, pero no parecía estar herida. Sujetaba con fuerza un cuchillo grande con la empuñadura de hueso, también cubierto de sangre.

—Renna, ¿te encuentras bien? —le preguntó—. ¿De quién es esta sangre? —La puerta se abrió y apareció Ilain, a la que se le escapó un jadeo de sorpresa al ver a su hermana—. ¿De quién es esta sangre? —insistió de nuevo Jeph, pero ella no dio signos de haberle oído y continuó gritando y sollozando, las lágrimas dejando surcos entre el polvo y la sangre que le cubrían la cara.

—Ese es el cuchillo de mi padre —dijo Ilain, señalando la hoja ensangrentada a la que su hermana se aferraba con

tanta fuerza—. Lo reconocería en cualquier sitio. Jamás lo deja fuera de su vista.

—¡Por el Creador! —exclamó su marido y palideció.

—Ren, ¿qué ha pasado? —inquirió Ilain, que se inclinó y sacudió a su hermana por los hombros—. ¿Estás herida? ¿Dónde está papá?, ¿está bien?

Pero Ilain no obtuvo de su hermana más respuestas que su esposo y pronto se quedó en silencio, escuchando los sollozos de Renna y los chillidos de frustración de los abismales por no poder atravesar las protecciones.

—Será mejor que entremos —comentó el hombre—. Mete a los chicos en sus cuartos y yo la llevaré al nuestro. —Ilain asintió y entró rápidamente mientras él tomaba entre sus fuertes brazos el cuerpo trémulo de su hermana.

Jeph dejó a Renna sobre el colchón de paja y le dio la espalda cuando Ilain se acercó con una palangana de agua caliente y un trapo limpio. A esas alturas la chica había dejado de gritar, pero no reaccionó cuando su hermana le quitó el cuchillo ensangrentado de la mano y lo dejó en la mesilla de noche. Después la desvistió y le limpió la sangre con movimientos nerviosos.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó Jeph cuando Renna estuvo bien arropada, pero con la mirada aún perdida.

Su mujer sacudió la cabeza.

—No lo sé. Ha debido de venir corriendo desde la granja de mi padre y ése es un camino muy largo, aunque cortes campo a través. Tiene que haber corrido durante horas.

—Parecía venir de la ciudad —Ilain respondió con un encogimiento de hombros—. Sea lo que sea lo que le ha pasado, no han sido los abismales —aclaró el marido—. No a plena luz del día.

—Jeph, necesito que vayas a la granja mañana por la mañana, a ver si les han atacado los lobos o los bandidos. Yo mantendré oculta a Renna hasta que regreses.

—¿Bandidos y lobos en Arroyo Tibbet? —preguntó el hombre en tono de duda.

—Sólo acércate y echa una ojeada.

—¿Y qué pasa si me encuentro a Harl muerto a cuchilladas? —preguntó él, poniendo en palabras lo que ambos estaban pensando.

Ilain suspiró profundamente.

—En ese caso, limpia la sangre y quema el cadáver en una pira. Diremos a la gente que se resbaló en la escalerilla del pajar y se rompió el cuello.

—No podemos mentir en algo así. Si ha matado a alguien...

Ella, enfadada, se volvió hacia él.

—¿Y qué Abismos crees que hemos estado haciendo todos estos años? —le increpó. Él alzó las manos para tranquilizarla, pero ella no calló—. ¿Es que no he sido una buena esposa? —insistió Ilain—. ¿No he cuidado de la casa? ¿No te he dado hijos? ¿Es que no me amas?

—Claro que sí —afirmó él.

—Entonces, has de hacer esto por mí, Jeph Bales. Lo harás por todos nosotros, por Beni y por los niños también. No hay necesidad de que lo que ha ocurrido en esa granja llegue a oídos de la gente del pueblo ya hay bastante con lo que se están inventando.

Jeph permaneció en silencio durante un buen rato valorando los pros y contras y, finalmente, asintió.

—Está bien. Me marcharé después del desayuno.

Jeph se levantó al amanecer y se apresuró a realizar sus tareas matutinas pese a que estaba tan cansado que le dolían todos los huesos. Se habían pasado la noche intentando que Renna reaccionase, pero no había querido comer y dormir, sólo miraba el techo. Después del desayuno Jeph ensilló su mejor yegua.

—Creo que será mejor que evite el camino —le dijo a Ilain—. Atajaré por el campo en dirección sudeste. —La mujer asintió, le echó los brazos al cuello y le dio un fuerte abrazo. Él la apretó a su vez, pero sentía un nudo en el estómago ante la perspectiva de lo que pudiera encontrarse. Al final, se puso en marcha.

»Si me marcho ya, podré regresar hoy mismo.

Acababa de montarse en el caballo cuando llegó a sus oídos el sonido de unos cascos. Alzó la mirada para ver cómo se aproximaba un carro, ocupado por la Herborista, Coline Trigg, que se frolaba las manos, preocupada, y la Portavoz del Pueblo, Selia la Yerma, con un aspecto igualmente abatido. Debía de andar cerca de los setenta; era alta y delgada, pero seguía siendo dura como el cuero curtido y tan afilada como el hacha de un Leñador.

A un lado del carro cabalgaba Rusco el Jabalí, al otro Garric Fisher y el Legista Raddock, tío abuelo de Garric y Portavoz de Hoya de Pescadores. Detrás de ellos caminaban el Pastor Harral y lo que a simple vista parecía la mitad de los hombres de Hoya de Pescadores, armados con arpones.

Garric acicateó su caballo cuando la granja apareció a la vista, galopó hasta el porche donde se encontraba Ilain y frenó tan en seco que el animal se encabritó antes de detenerse.

—¿Dónde la tenéis? —exigió.

—¿Dónde tenemos a quién? —inquirió ella a su vez y se enfrentó a su mirada feroz.

—¡No juegues conmigo, mujer! —rugió Garric—. ¡He venido a por la puta, bruja y asesina de tu hermana, bien que lo sabes! —Saltó del caballo y se dirigió hacia ella a grandes zancadas, con el puño en alto.

—No des un paso más, Garric Fisher —intervino Norine Cutter, que en ese momento salió de la casa empuñando el hacha de Jeph. Había vivido en la granja del hombre desde antes de la muerte de su esposa y era tan parte de la familia como cualquiera de los demás—. No estás en tu propiedad. Aléjate y explica a qué vienes, a menos que estés dispuesto a vértelas con algo peor que un abismal.

—Vengo porque Renna Tanner ha asesinado a mi hijo y a su propio padre, y ¡lo pagará caro! —gritó el hombre—. ¡Dejad de esconderla!

El Pastor Harral llegó en ese momento hasta ellos y se interpuso entre Garric y las mujeres. Era joven y fuerte, un buen oponente para Garric que, aunque mayor, era igual de corpulento que él.

—¡Todavía no tenemos pruebas de nada, Garric! Necesitamos hacerle unas cuantas preguntas, eso es todo —le dijo a Ilain.

—No necesitamos nada más, Pastor —comentó Raddock y luego bajó de su caballo. Su nombre real era Raddock Fisher, pero todos en Arroyo le llamaban Raddock el Legista, pues era el Portavoz de Hoya en el concejo municipal y el árbitro legal de las disputas en el distrito. Lucía una densa masa de cabello entrecano que le llegaba hasta la barbilla, aunque tenía la coronilla tan lisa como un huevo. Era mayor que Selia, pero más irascible, y usaba con determinación un tono de superioridad moral que

manejaba con habilidad para meter cizaña entre los demás —. La chica tiene que responder por sus crímenes.

El Jabalí fue el siguiente en desmontar. Tenía la misma presencia imponente de siempre, en parte porque era hombre que poseía la mitad de Arroyo Tibbet y que controlaba las deudas de la otra mitad.

—Garric no miente al decir que tu padre y Cobie Fisher están muertos —le dijo a Ilain—. Mis hijas y yo oímos unos gritos en el almacén ayer por la tarde. Los encontramos muertos en la habitación trasera que le arrendaba a Cobie. No sólo habían sido acuchillados, sino... mutilados. Stam Tailor dijo que había visto a tu hermana poco antes de que eso ocurriera.

Ilain soltó una exclamación de sorpresa y se tapó la boca.

—Es horrible —afirmó el Pastor—, y por eso debemos hablar con Renna cuanto antes.

—¡Así que apártate de la puerta! —ordenó Raddock, adelantándose.

—La Portavoz de Arroyo Tibbet soy yo, Legista Raddock, ¡no tío! —exclamó Selia en tono cortante y todo el mundo se calló. Jeph se acercó para ayudarla a bajar del carro. Tan pronto como puso los pies en el suelo, se sujetó las faldas para no ensuciarse la ropa y avanzó a grandes zancadas. Los hombres más jóvenes, mucho más corpulentos que ella, se retiraron ante el poder de su presencia.

No era frecuente que alguien alcanzara la edad de Selia en Arroyo Tibbet. La vida allí era dura; sólo los más astutos y capacitados sobrevivían para verse cubiertos de canas y el resto les trataba con la apropiada deferencia. De joven, Selia había sido una mujer con carácter. Ahora era una fuerza de la naturaleza en sí misma.

Sólo Raddock se mantuvo en su sitio. A lo largo de los años había desbancado a Selia varias veces como Portavoz

del Pueblo y si la edad era sinónimo de poder en Arroyo Tibbet, él era más fuerte, aunque no por mucho.

—Coline, Harral, Rusco, Raddock y yo necesitamos ver a Renna —informó a Jeph. No había sido una petición. Los cinco constituían la mitad del concejo municipal y lo único que el hombre podía hacer era asentir y hacerse a un lado para permitirles la entrada.

—¡Yo también voy! —bramó Garric. Todos los Fisher, sus familiares y amigos, se reunieron a su alrededor, mientras asentían con gestos furiosos.

—No, tú no —replicó Selia tras dejarlos paralizados con una mirada acerada—. Tenéis la sangre alborotada y nadie puede culparos por ello, pero estamos aquí para averiguar qué fue lo que pasó, no para atar a la chica a una estaca sin un juicio.

Raddock puso una mano sobre el hombro de Garric.

—No se va a ir a ninguna parte, Gar, te lo prometo —le dijo y el hombre apretó los dientes, pero asintió y dio un paso hacia atrás cuando los demás entraron.

Renna todavía yacía en la misma posición en que la habían dejado la noche anterior, mirando fijamente al techo. De vez en cuando pestañeaba. Coline se dirigió hacia ella.

—Oh, cariño —exclamó Selia al ver el cuchillo ensangrentado en la mesilla de noche. Jeph maldijo para sus adentros. ¿Por qué lo habían dejado allí? Debería haberlo arrojado al pozo en el mismo momento en que lo vio.

—¡Creador! —musitó Harral y dibujó un grafo en el aire.

—Mire lo que hay aquí —gruñó Raddock mientras daba una patada a la palangana que había al lado de la puerta. El vestido de Renna había teñido el agua de rojo—. ¿Todavía cree que hemos venido sólo para hacer unas cuantas preguntas, Pastor?

Coline examinó los moratones que había en el rostro de Renna con ojo experto y mano firme, y después se volvió a los demás y se aclaró ruidosamente la garganta. Los hombres la miraron alelados durante un instante y luego, con un respingo, le dieron la espalda para que ella pudiera apartar las mantas.

—No tiene nada roto —explicó Coline tras volverse hacia Selia, una vez finalizado su examen—, pero la han golpeado a conciencia, tiene cardenales en torno a la garganta, como si hubieran intentado estrangularla.

Selia avanzó y se sentó en la cama junto a Renna. Alargó la mano despacio y apartó el pelo de la cara sudorosa de la muchacha con ternura.

—Renna, cariño, ¿puedes oírme? —La chica no reaccionó—. ¿Ha estado así toda la noche? —preguntó con el ceño fruncido.

—Así es —repuso Jeph.

La anciana suspiró y se puso las manos sobre las rodillas para ponerse en pie. Cogió el cuchillo y después se volvió e hizo salir a todo el mundo de la habitación, tras lo cual, cerró la puerta.

—He visto esto otras veces, sobre todo, después de algún ataque de los demonios —aclaró y Coline asintió—. Los supervivientes sufren más de lo que pueden soportar y tras el ataque sólo miran al vacío.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Ilain.

—Algunas veces salen de ese estado en unos cuantos días —explicó la mujer—. Otras... —Se encogió de hombros—. No te voy a mentir, Ilain Bales. Esto es lo peor que ha ocurrido en Arroyo Tibbet desde que tengo uso de memoria. He sido Portavoz una y otra vez desde hace treinta años y he visto a muchísima gente morir antes de que llegara su hora, pero jamás nadie ha asesinado a otra

persona. Esas cosas pasan en las Ciudades Libres, pero no aquí.

—¡Renna no puede haber...! —exclamó ella con un grito ahogado; Selia la tomó por los hombros para consolarla.

—Por eso espero poder hablar con ella, cariño, y oír la historia de sus labios. —Miró a Raddock—. Los Fisher han venido buscando venganza y no se irán satisfechos sin haberla obtenido o, al menos, con una buena explicación.

—Estamos en nuestro derecho —gruñó Raddock—. Ha sido nuestro pariente el que ha muerto.

—Por si no te has dado cuenta, también ha muerto mi padre le espetó Ilain tras dirigirle una mirada aviesa.

—Más razón aún para exigir justicia —replicó él.

Selia chistó y todo el mundo se calló. Después le ofreció el cuchillo ensangrentado al Pastor Harral.

—Pastor, le estaría muy agradecida si fuera tan amable de envolver esto y guardarlo entre sus ropas hasta que lleguemos a la ciudad. —Harral asintió y alargó la mano para cogerlo.

—¿Qué Abismos te crees que estás haciendo? —gritó Raddock y le arrebató a Selia el cuchillo de las manos antes de que el Pastor pudiera hacerse con él— ¡Toda la ciudad tiene derecho a verlo! —exclamó mientras lo agitaba.

Selia le agarró de la muñeca y el hombre, que pesaba el doble que ella, se echó a reír hasta que la mujer le hundió el talón en el empeine. A Raddock se le escapó un aullido de dolor y soltó el cuchillo para agarrarse el pie, momento que Selia aprovechó para cogerlo en el aire.

—¡Usa tu cabeza, Legista! —le increpó—. Este cuchillo es una prueba y todo el mundo tiene derecho a verla, pero no con dos docenas de hombres afuera con arpones y una niña indefensa aturdida por el miedo. El Pastor no lo va a robar.

Ilain le entregó un paño y Selia envolvió el arma, para luego dársela al Pastor, que la guardó a salvo entre sus ropas. Acto seguido, la mujer se recogió las faldas y salió afuera dando grandes zancadas, con la espalda erguida y la cabeza bien alta, para encararse con los hombres reunidos en el patio. Éstos gruñeron de forma amenazadora y agarraron con fuerza sus arpones, en cuanto la vieron aparecer.

—No está en condiciones de hablar —explicó Selia.

—¡No hemos venido a hablar! —gritó Garric y todos los Fisher asintieron de acuerdo con sus palabras.

—Me importa un bledo a lo que hayáis venido —replicó la mujer—. Nadie va a hacer nada hasta que el concejo se reúna para deliberar sobre esto.

—¿El concejo? —inquirió Garric—. ¡Esto no es un ataque de los abismales! ¡Ella ha matado a mi hijo!

—Eso no lo sabes, Garric —repuso Harral—. Podría ser que Harl y él se hubieran enfrentado y matado mutuamente.

—Aunque ella no empuñara el cuchillo es como si lo hubiera hecho, porque hechizó a mi hijo, ¡para que cometiera pecado y avergonzara a su padre!

—La ley es la ley, Garric —intervino Selia— Tendremos una reunión del concejo donde podrás hacer tus acusaciones y ella podrá defenderse, antes de que la declaremos culpable. Ya es bastante malo que tengamos dos muertos, no voy a permitir que la turba cometa otro asesinato porque tú no puedes esperar a que se haga justicia.

Garric miró a Raddock esperando su apoyo, pero el Portavoz de Hoya de Pescadores permaneció en silencio, aunque dirigió una mirada hacia Harral. De repente

Raddock empujó al Pastor contra la pared y rebuscó entre sus ropas.

—¡Ella no os lo está contando todo! —gritó—. La chica esconde un vestido manchado de sangre. —Extrajo el cuchillo de Harl para que todos lo vieran—. ¡Y un cuchillo ensangrentado!

Los Fisher enarbolaron sus arpones y gritaron enardecidos, preparados para irrumpir en la casa.

—¡Al Abismo con tu ley —le dijo Garric a Selia—, si eso quiere decir que no podré vengar a mi hijo!

—Tendrás que pasar por encima de mi cadáver para asesinar a esa pobre chiquilla —replicó Selia y se dirigió hacia la puerta con el resto del concejo y la familia de Jeph —. ¿Qué pretendes? —le gritó—, ¡¿que tengamos que llamar asesinos a todos los Fisher?!

—Bah, no nos puedes colgar a todos —se mofó Raddock —. Nos vamos a llevar a la chica. Apartaos o pasaremos por encima de vosotros.

Rusco alzó las manos y se apartó a un lado. Selia le dirigió una mirada envenenada.

—¡Traidor! —exclamó.

Pero el Jabalí se limitó a sonreír.

—No soy ningún traidor, señora. Sólo soy un hombre de negocios que está de paso y no es cosa mía tomar partido en este tipo de disputas.

—¡Tú eres tan parte de esta ciudad como cualquiera! —le gritó la mujer—. ¡Llevas en Ciudad Central veinte años y casi los mismos en el concejo municipal! ¡Si hay algún lugar al que puedas llamar hogar que no sea éste, será mejor que regreses a él!

El hombre volvió a sonreír.

—Lo siento, señora, pero es mal negocio oponerse a todo un distrito.

—Al menos una vez al año, acude a mí la mitad del pueblo para pedirme que se te expulse de Ciudad Central por timador, como ya te ocurrió en Miln, Angiers, y el Creador sabrá en cuántos lugares más —contestó Selia— y cada año los disuado. Les recuerdo cuan beneficioso es tu almacén y cómo eran las cosas antes de que vinieras. Pero si tú no tomas partido ahora, ya me ocuparé de que ninguna persona decente vuelva a poner un pie en tu tienda.

—¡No puedes hacer eso! —gritó el Jabalí.

—Oh, sí, claro que puedo, Rusco —afirmó ella—. Ponme a prueba.

Raddock frunció el ceño y dirigió una mirada envenenada al Jabalí cuando el hombre volvió a colocarse al lado de Selia en la entrada de la casa.

Rusco no eludió aquella mirada.

—No quiero oír nada más, Raddock. Podemos esperar un día o dos. A cualquiera que ponga las manos sobre Renna Tanner antes de que el concejo se reúna, le prohibiré la entrada al almacén.

Selia se volvió hacia Raddock, con los ojos lanzando llamas.

—¿Cuánto tiempo, Legista? ¿Cuánto tiempo puede sobrevivir Hoya de Pescadores sin el grano y el ganado de los Bales? ¿Y sin el arroz de los Marsh, la cerveza de los Boggin o la leña de los Cutter? ¡Apuesto que no será el mismo tiempo que nosotros podemos pasar sin vuestro magnífico pescado!

—Está bien, está bien, puedes reunir el concejo —desistió Raddock—. Pero nosotros retendremos a la chica en Hoya de Pescadores hasta que tenga lugar el juicio.

La risotada de Selia sonó como un ladrido.

—¿De veras crees que te la voy a confiar?

—Entonces, ¿dónde? —inquirió él—. Antes preferiría ser un hijo del Abismo que permitirle que se quede con sus parientes, donde podría huir.

Selia suspiró, y dirigió una mirada pesarosa hacia la casa.

—Me la llevaré a mi casa y la acomodaré en la sala de costura. Tiene una puerta recia y puedes clavetear los postigos y poner guardias, si quieres.

—¿Estás segura de que eso es buena idea? —le preguntó Rusco, alzando una ceja.

—Oh, vamos —repuso ella agitando una mano para restarle importancia al tema—. Sólo es una chiquilla.

—Una chiquilla que ha matado a dos hombres adultos —le recordó Rusco.

—Tonterías. Dudo de que pudiera matar a un hombre fuerte, mucho menos a dos.

—Está bien —concedió Raddock con un gruñido—, pero yo me quedaré con esto —alzó el cuchillo—, y con el vestido ensangrentado, hasta que se reúna el concejo.

Selia le miró con cara de pocos amigos y los ojos de ambos se trabaron en una silenciosa lucha de voluntades. Sabía que Raddock el Legista atizaría los ánimos de la ciudad con aquellos objetos, pero no podía hacer mucho por evitarlo.

—Enviaré a unos mensajeros hoy —asintió Selia—. Nos reuniremos de aquí a tres días.

Tras la discusión, Jeph condujo a Renna hasta su carro y la trasladó a la casa de Selia en Ciudad Central, donde la encerraron en la sala de costura. El propio Garric fijó los postigos desde el exterior con clavos, y probó la resistencia de la madera también antes de asentir con un gruñido y acceder a marcharse.

3

El concejo del pueblo
Verano del 333 d.R.

Cuando puso los pies fuera de la cama al amanecer del día siguiente, Selia notó que le dolían los huesos. Hacía unos años que tenía problemas con las articulaciones. Empeoraba cuando hacía frío o llovía, pero últimamente sentía dolor incluso en los días más cálidos. Seguramente empeoraría con el paso del tiempo.

Pero Selia jamás se quejaba delante de nadie, ni siquiera cuando veía a Coline Trigg. El dolor era una molestia con la que tenía que vivir. Era la Portavoz de Arroyo Tibbet y eso significaba que la gente esperaba de ella que fuera fuerte y estuviera en condiciones de defender lo que era justo. Nadie había notado ningún cambio en Selia a pesar del suplicio que le provocaban sus extremidades, pues era lo que siempre había sido, una roca donde apoyarse.

Mientras se lavaba y luego al enfundarse uno de aquellos pesados vestidos de cuello alto, sintió más que nunca

aquella carga. No conocía bien a Renna o a sus hermanas, pero sí había conocido a su madre y sabía cómo la trataba Harl antes de que se la llevaran los abismales. Algunos decían que se había entregado a ellos por propia voluntad, con el fin de escapar de él. Si Harl había tratado igual a sus hijas, era fácil comprender que Renna lo hubiera matado en defensa propia.

Cuando terminó de arreglarse, empezó con Renna; le puso uno de sus propios vestidos y la sentó para que tomara un plato de gachas. Le limpió la boca al terminar; luego se marchó de la sala de costura y atrancó la puerta al salir.

Ella también tomó su propio desayuno antes de salir a la calle. Rik Fisher permanecía en pie en el camino de entrada a su casa con un arpón en la mano. Tenía diecisiete años y aún no se había casado, aunque Selia creía recordar haberle visto en compañía de Jan, la hija de Ferd Miller. Si el padre veía con buenos ojos el emparejamiento, estarían prometidos dentro de poco.

—Necesito que me hagas un recado —le dijo.

—Lo siento, señora —repuso el muchacho—. El Legista Raddock me ordenó que me quedara aquí y me asegurara de que la chica no escapara, pasase lo que pasase.

—Oh, ¿eso te dijo? Supongo que tu hermano Borry estará allí atrás, al lado de esos postigos míos tan bonitos que Garric cerró con clavos...

—Así es.

Selia regresó a la casa y salió después con una escoba y un rastrillo.

—No quiero manos ociosas alrededor de mi casa, Rik Fisher. Si quieres quedarte aquí, tendrás que barrer la fachada hasta dejarla bien limpia y tu hermano tendrá que recoger las hojas y la hierba secas de la parte de atrás.

—No estoy seguro de... —comenzó el muchacho.

—¿Tan perezoso eres como para permitir que una anciana haga el trabajo? —le preguntó Selia—. Quizá debería advertir a Ferd Miller la próxima vez que le vea.

Antes de que terminara la frase, Rik había cogido la escoba y el rastrillo.

—Eres un buen chico. Cuando acabes, puedes comprobar los grafos. Si viene alguien preguntando por mí, que me espere en el porche, no tardaré mucho.

—Sí, señora.

Selia cogió un cacharro lleno de galletas de mantequilla y se dirigió a la plaza del pueblo donde solían jugar los niños. Pidió a los más espabilados que llevaran unos mensajes a cambio de galletas. Cuando regresó a la casa, Rik había terminado con el camino de acceso y estaba barriendo el porche. Stam Tailor, la primera persona a la que había convocado, la esperaba sentado en una postura desmadejada en los escalones y se apretaba la cabeza con ademán dolorido.

—¿Arrepintiéndote de toda la cerveza que bebiste ayer? —le preguntó Selia, aunque ya conocía la respuesta. El hombre siempre se quejaba de la bebida del día anterior, aunque eso no impedía que buscara la ración del siguiente.

Le contestó con un gruñido.

—Entra entonces y tómate una taza de té para despejarte la cabeza. Quiero que me cuentes lo que viste anteanoche.

Selia interrogó al hombre y después a todos los que decían haber visto pasar a Renna camino del almacén. No podía creer que hubieran sido tantos, era como si toda la ciudad la hubiera visto pasar a la carga, con los ojos encendidos y el cuchillo en la mano. Raddock y Garric habían ido de un extremo al otro de Arroyo enseñando el

cuchillo y el vestido ensangrentados y todo el mundo quería ser parte de la truculenta historia.

—Puede que Cobie fuera un poco débil ante la carne —le confió el Pastor Harral, al recordar la escena que había tenido lugar después del funeral de Fernán Boggin—, pero era honesto en su deseo de casarse con Renna, lo vi con claridad en la expresión de su rostro. En la de ella también. Era Harl el que tenía el asesinato en la mirada al mencionarle la idea.

—Mi Lucik se peleó anoche con dos de los Fisher —le comentó luego Meara Boggin—. Ellos dijeron que Renna llevaba mucho tiempo planeando matar a su padre y que había intentado enredar a Cobie para que lo hiciera en su lugar. Lucik le dio a uno un puñetazo en la nariz y ellos le rompieron el brazo.

—¿Lucik le dio un puñetazo a uno de ellos? —preguntó Selia.

—Mi chico ha vivido con Renna Tanner cerca de catorce años —replicó la mujer— y si él dice que no es una asesina, eso me basta.

—¿Representarás a la Colina de la Turba, ahora que Fernán no está?

—Ese fue el resultado de la votación de ayer —respondió Meara tras un asentimiento.

La siguiente fue Coline Trigg.

—Me sigo preguntando —reflexionó la Herborista—, por qué apuñalaron al pobre Cobie entre las piernas... Debe de haber sido ella, pues no es algo que un hombre le haga a otro. Quizá no iba buscando lo que cree la gente cuando visitó al muchacho. Creo que él la forzó y ella lo mató por ese motivo. Cuando su padre intentó detenerla, debió de matarlo a él también.

Jeph llegó por la tarde con Ilain y Beni. Se mantuvo cerca de las mujeres e incluso se interpuso cuando Beni y Rik Fisher se miraron con ojos envenenados.

—¿Cómo está Lucik? —preguntó Selia a Beni cuando entraron.

La mujer suspiró.

—Coline dice que la fractura curará en un par de meses pero eso es un gran inconveniente si queremos mantener al día los pedidos de cerveza del Jabalí. También estoy preocupada por mis hijos, si este enfrentamiento dura mucho más...

La anciana asintió.

—Será mejor que no pierdas de vista a los chicos. Raddock ha puesto como locos a los Fisher y han empezado a creer que esto tiene que lavarse con sangre. Quizá no sean muy quisquillosos en cuanto a donde obtenerla. Mientras tanto, veré si puedo encontrar alguna mano ociosa en el pueblo que os ayude en la cervecería.

—Gracias, Portavoz.

Selia les dedicó a los tres una dura mirada.

—Todos tenemos que poner de nuestra parte cuando los tiempos nos ponen a prueba. —Se volvió y los condujo a la sala de costura. Renna estaba sentada en una silla, mirando la pared con expresión vacía.

—¿Ha comido algo? —preguntó Ilain, con la preocupación retratada en la voz.

Selia asintió.

—Traga lo que le pones en la boca y, si la llevas, usa el retrete. Incluso accionó el pedal de la rueca anoche. Lo único que ha desaparecido ha sido su voluntad.

—Yo también estuve así —admitió Ilain.

Beni miró a su hermana y comenzó a llorar.

—¿Le importaría dejarnos un rato a solas, Portavoz? —preguntó Jeph.

—Claro que no —repuso ella; abandonó la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Jeph se mantuvo a distancia suficiente para que las dos mujeres disfrutaran de cierta intimidad con su hermana. Hablaban en susurros, pero él era capaz de escuchar a un topo cavando el campo a casi treinta metros y captó todas las palabras.

—Ha sido ella —decía Beni—. Jamás creeré que le hiciera daño a Cobie Fisher, pero tenía un miedo mortal de lo que papá le haría si se quedaban a solas. Me suplicó que la llevara con nosotros... Sollozó de nuevo e Ilain se le unió en el llanto. Ambas se abrazaron hasta que recuperaron la serenidad nuevamente.

—Oh, Ren —exclamó Ilain—, ¿por qué has tenido que matarlo? Yo me lo tomé con calma.

—Tú no te has tomado nada con calma en tu vida —replicó Beni con dureza—. Te lo tomaste como yo, te escondiste detrás del primer hombre que tuviste a mano. Y ambas hemos podido superarlo porque le dejamos a papá otro cebo para que se entretuviera.

Ilain se volvió hacia ella con el horror retratado en los ojos.

—No sabía que la tomaría contigo —afirmó y alargó un brazo hacia ella—. Pensé que eras demasiado joven.

Beni le apartó la mano de un palmotazo.

—Sí que lo sabías —escupió—. Yo tenía las tetas más grandes que la mayoría de las comadres y edad suficiente para prometerme. Sí que lo sabías y aun así te fuiste, porque pensabas más en ti misma que en tu familia.

—¿Es que tú no hiciste lo mismo? —la acusó Ilain—. ¡Eso es como si la noche acusara a alguien de ser oscuro, a ver si no es eso!

Ambas se lanzaron la una contra la otra, pero Jeph cruzó el espacio que les separaba en un instante y las apartó, sujetándolas por el cuello del vestido.

—¡Acabad con esto de una vez! —les espetó y las mantuvo a la distancia que permitían sus brazos. Las miró con tanta dureza que ellas terminaron por dirigir los ojos al suelo. Cuando las soltó, ambas habían perdido el deseo de pelear.

»Quizá sea hora de airear esto ante el concejo —comentó, haciendo que ambas mujeres le miraran sorprendidas—. Contadle qué clase de hombre era Harl —señaló con la barbilla a Renna—, y a lo mejor no la culparán por lo que ha hecho.

Ilain se dejó caer en la silla contigua a la de Renna, y le dio vueltas a la idea, pero Beni miró a Jeph con el ceño fruncido.

—¿Pretendes que me plante delante de gente como Raddock el Legista y la madre de Lucik y les diga que mi padre trataba a sus hijas como si fueran sus esposas? —le increpó—. ¿Esperas que confíe ese secreto al posadero y a esa vieja cotilla de Coline Trigg? ¡Por la Noche!, ¿cómo voy a mirar a mi marido a los ojos después de eso y menos aún mantener la cabeza alta en el pueblo? ¿Cómo podremos ninguno de nosotros? ¡Que la gente se entere de lo sucedido me parece aún peor a lo que sucedió!

—¿Prefieres ver a tu hermana arder en la pira? —le preguntó Jeph.

—Incluso aunque lo hiciéramos, no tenemos prueba alguna de que eso sirviera para cambiar la opinión del

concejo y a lo mejor habría tres hermanas quemadas en la pira en vez de una.

Jeph miró entonces a Ilain, que seguía sentada muy quieta mientras la imagen que Beni había pintado bailaba ante sus ojos.

—Creo que si todo el mundo lo supiera sería aún peor —dijo Ilain de modo casi inaudible y la voz se le quebró en un sollozo con la última palabra. Él se acercó a ella y se arrodilló para abrazarla mientras lloraba.

—Será mejor que mantengas la boca cerrada en este asunto, Jeph Bales —indicó Beni.

El hombre echó una ojeada a su esposa llorosa y asintió.

—No soy quien para tomar esta decisión por vosotras. Guardaré silencio.

Ilain miró a Renna y gimió, con el rostro aún más congestionado por la pena.

—¡Lo siento! —sollozó y se apresuró a abandonar la habitación.

—¿Te encuentras bien, querida? —le preguntó Selia a Ilain cuando ésta salió con paso vacilante de la sala de costura.

—Odio verla así —mascculló la chica entre dientes.

Ella asintió, pero no estaba satisfecha.

—Siéntate. —Le señaló una silla en su salón—. Haré un poco de té.

—Gracias, Portavoz —repuso ella—, pero tenemos asuntos que...

—Siéntate —insistió la anciana, pero esta vez sonó más como una orden que como una sugerencia. Ilain percibió el

cambio de tono de manera instantánea—. Todos vosotros —añadió cuando se les unieron Beni y Jeph.

»El concejo municipal se reúne mañana —explicó Selia cuando el té estuvo servido—. La mayoría prefiere que sea temprano. Si Renna no habla llegado el momento y, no confío en que lo haga, Raddock exigirá que demos un veredicto sin escucharla. Con todas las evidencias que hay en su contra y nada a favor, creo que lo conseguirá. Intentaré conseguir una prórroga hasta que se encuentre mejor, pero eso quedará en manos del concejo.

—¿Y qué veredicto crees que darán? —inquirió Jeph.

Selia suspiró.

—No te lo puedo decir con certeza. Jamás había sucedido algo así. Los Fisher están en pie de guerra, y los Marsh y los Watch usarán esto para mantener a sus jóvenes lejos de Ciudad Central y sus tentaciones. El Pastor y Meara no se volverán contra la chica, pero no hay forma de saber qué harán los demás. Lo más probable es que la cuelguen del árbol más cercano y sea Garric quien le ponga la soga al cuello.

A Ilain se le escapó un grito.

—No se trata de una travesura, niña —continuó la anciana—. Hay dos hombres muertos y uno de ellos con toda la familia furiosa por ello. Yo insistiré hasta ponerme azul del esfuerzo en el hecho de que no hay pruebas claras, pero la ley es la ley. Una vez que vote el concejo, no habrá otra alternativa más que guardar silencio y resignarse. —Miró a Beni y a Ilain—. Por lo tanto, si hay algo, lo que sea, que podáis contarme y sea de ayuda cuando defienda a la chica, necesito oírlo ahora.

Ambas hermanas miraron al hombre, pero no dijeron ni una palabra.

Selia resopló.

—Jeph, el que habla por las granjas en el concejo es Mack Pasture. Ve a visitarle y mira a ver si puedes averiguar qué va a votar. Asegúrate de que conozca la historia real, no el cuento para no dormir que le haya contado Raddock.

—Mack está muy lejos de aquí —repuso él—. Me llevará lo que queda del día llegar hasta su casa.

—Entonces refúgiate allí y emplea bien ese tiempo —replicó ella; de nuevo había retornado a su voz el tono autoritario. Asintió en dirección a la puerta—. Ahora, querido. Me las apañaré para que Ilain y Beni lleguen a casa sanas y salvas.

Jeph miró nerviosamente a su esposa y luego asintió.

—Sí, señora —dijo; luego se dirigió hacia la puerta y salió.

La anciana se volvió hacia las dos hermanas, pero éstas mantuvieron los ojos bajos.

—Siempre me hice preguntas sobre vuestro padre —comentó, tomando una galleta de mantequilla del recipiente que había sobre la mesa—. Con el tiempo aprendí que había que vigilar a los hombres después de que los abismales se llevaran a sus esposas. Algo se rompe en su interior y algunas veces comienzan a actuar de modo irracional. Le pedí a la gente del pueblo que observara a Harl, pero vuestro padre se encerró en sí mismo y durante aquellos primeros años todo pareció ir bien. —Mojó la galleta en el té sin apartar los ojos de sus manos.

»Pero, entonces, Ilain huyó con Jeph, antes de que su esposa fuese siquiera incinerada y volví a hacerme preguntas. ¿De qué huías? El Harl que yo conocía habría reclutado unos cuantos hombres, habría ido a buscarte y te hubiera arrastrado de vuelta, gritando y pataleando. Casi estuve a punto de hacerlo yo misma. —Se comió la galleta

con pequeños y precisos mordiscos y luego se limpió delicadamente la boca con una servilleta. Ilain la miraba con la boca abierta.

»Pero él no lo hizo —continuó Selia, bajó la servilleta y buscó los ojos de la chica—. ¿Por qué? —La muchacha se encogió ante la mirada intensa de la anciana pero bajó los ojos y sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Selia frunció el ceño y cogió otra galleta.

—Y luego aparecieron todos aquellos pretendientes que fueron a cortejar a Renna. —Selia bajó los ojos de nuevo—. Es una chica bastante bonita, fuerte como un caballo, con dos hermanas mayores que han demostrado ser capaces de traer hijos sanos al mundo. Harl podía haber encontrado un buen marido para ella después de la huida de Arlen Bales. Habría tenido a otro hombre que le ayudara en la granja e incluso podría haber buscado una viuda para casarse él mismo. Pero de nuevo, no lo hizo. Rechazó a los chicos una y otra vez, algunas veces a punta de horca, hasta que pasaron los mejores años de vuestra hermana. Para entonces, Cobie Fisher era el mejor partido al que podía aspirar y, aun con la granja en la necesidad desesperada de una espalda recia, se volvió a negar. —Selia paseó la mirada entre las dos hermanas—. Me pregunto qué es lo que haría que un hombre se comportase de esa manera y, aunque tengo mis sospechas, en realidad, ¿qué podría saber yo? Habré visto a vuestro padre una o dos veces al año, pero vosotras habéis convivido con él. Supongo que lo conoceréis mejor que yo. ¿No tenéis nada que añadir?

Ilain y Beni la observaron en silencio y después intercambiaron otra mirada, pero nuevamente dirigieron los ojos hacia sus manos.

—No —mascullaron al unísono entre dientes.

—Además, nadie ha visto a ninguna de vosotras derramar una sola lágrima por vuestro padre —presionó la mujer—. Y eso no es normal, especialmente cuando alguien muere con un cuchillo clavado en la espalda. —Las chicas ni siquiera osaron alzar los ojos.

Selia las contempló una vez más y después suspiró profundamente.

—¡He acabado con vosotras! —exclamó con dureza—. ¡Fuera de mi casa antes de que os golpee los lomos con una vara! ¡Y que el Creador no permita que alguien os defienda si os veis en la necesidad, pequeñas mocosas egoístas!

Las dos hermanas salieron apresuradamente de la casa y la anciana descansó la cabeza entre las manos; el peso de la edad cayó sobre ella como nunca antes.

Al día siguiente Selia apenas había terminado de vestirse cuando encontró al Legista Raddock en su patio junto a los padres de Cobie, Garric y Nomi, además de unos cien paisanos de Hoya de Pescadores, lo cual quería decir que probablemente habría acudido todo el pueblo.

—¿Tan poco convincentes son tus palabras, Legista Raddock, que necesitas a todos tus parientes para que las respalden? —le preguntó Selia al salir al porche.

Un murmullo sorprendido recorrió la multitud y todas las cabezas se volvieron hacia el hombre buscando guía. Este abrió la boca para responder, pero la anciana le cortó.

—¡No voy a convocar al concejo municipal delante de una multitud! —gritó y su voz hizo que algunos hombres adultos se encogieran—. Votasteis a un Portavoz para algo y, aparte de los que vengan a presentar la acusación, os dispersaréis o cancelaré la reunión hasta que lo hagáis, ¡aunque tengáis que esperar todo el invierno a las puertas de mi casa!

Un repentino rumor lleno de confusión se extendió por la turba, de tal modo que ahogó la réplica de Raddock. Tras un momento, comenzaron a retirarse, algunos de vuelta a Hoya, otros hacia el camino que daba a la plaza y al almacén para esperar acontecimientos. A Selia no le gustó eso, pero poco podía hacer una vez que abandonaran su propiedad.

Raddock la miró con cara de pocos amigos, pero ella le respondió con una sonrisa remilgada y puso a Nomi a trabajar ayudándola a servir el té en el porche.

Coline Trigg fue la primera en acudir tras haber oído el jaleo desde su casa, que se encontraba un poco más allá. Sus hijas, que también eran sus aprendizas, tomaron el té en el porche de Selia mientras los tres miembros del concejo esperaban a los demás.

Había diez asientos. Cada uno de los distritos de Arroyo Tibbet votaba una vez al año y elegía a uno de los suyos para el concejo, los cuales se sumaban al Pastor y la Herborista. Además, emitían un voto general para escoger al Portavoz de todos ellos. Selia había conseguido el asiento principal muchos años y representaba a Ciudad Central cuando no lo ocupaba.

Los asientos del concejo los solían acaparar los más viejos y sabios de cada distrito y era raro que cambiaran de un año para otro, a menos que muriera alguien. Fernán Boggin había ocupado el asiento de la Colina de la Turba durante al menos diez años y lo más natural era que ese nombramiento recayera ahora en su viuda.

Meara Boggin fue la siguiente en llegar, escoltada por al menos cincuenta personas del pueblo que se dispersaron por la plaza. La mujer recorrió el camino en compañía de Lucik, que llevaba el brazo en cabestrillo, y Beni, que se cubría los hombros con un chal negro como muestra de luto

por la muerte de su padre. Con ellos llegaron también el Pastor Harral y dos de sus acólitos.

—Que nos pasees por aquí a tus jóvenes heridos no te va a acarrear simpatía alguna —advirtió Raddock a Meara cuando ella se sentó para tomar el té.

—Pasear —replicó ella, divertida—. Y lo dice el hombre que se ha recorrido a caballo un pueblo tras otro, agitando un vestido ensangrentado como si fuera una bandera.

Raddock frunció el ceño pero su respuesta fue interrumpida por Brine Cutter, también conocido como Brine, el fornido, que llegó dando grandes zancadas por el camino.

—¡Saludos, amigos míos! —bramó al inclinarse para evitar darse un golpe en la cabeza contra el techo del porche. Luego abrazó a las mujeres con afecto y apretó las manos de los hombres hasta que les hizo daño.

Brine era uno de los supervivientes de la Masacre de la Aldea y había pasado semanas enteras en una situación de fuga disociativa como la de Renna, aunque ahora se había convertido en Portavoz de Aldea de los Bosques. Había mantenido su viudez durante casi quince años sin importarle cuanto le presionaran, pues pensaba que no era correcto para su mujer y sus hijos perdidos. La gente decía que la lealtad estaba tan arraigada en él como lo estaban al suelo los árboles que cortaba.

Una hora más tarde, Coran Marsh subió lentamente por el camino de entrada, apoyándose pesadamente en su bastón. A sus ochenta años, era una de las personas más ancianas de Arroyo y se le dedicaron todo tipo de cortesías mientras su hijo Keven y su nieto Fil le ayudaban a subir las escaleras. Todos ellos iban descalzos, como era la costumbre de los Marsh. A pesar de su tembleque y de la ausencia de dientes, los oscuros ojos de Coran se movían

vivaces mientras saludaba con un asentimiento a los otros portavoces.

El siguiente en llegar fue Mack Pasture, a la cabeza de otros granjeros, entre los que estaba Jeph Bales. Este último se acercó a Selia cuando llegaron al porche y se inclinó a su lado.

—Mack viene sin ningún prejuicio en contra de Renna —le susurró— y me ha prometido que será justo en su veredicto, no importa lo que griten los Fisher. —Selia asintió y Jeph se acercó a Ilain, Beni y Lucik en el lado opuesto del porche a donde estaban Garric y Nomi Fisher.

Conforme avanzaba la mañana se extendió un rumor de voces en el ambiente que dejó claro que no sólo estaban allí los habitantes de Hoya de Pescadores. Cientos de ciudadanos caminaban por las calles de camino al sastre, al zapatero o cualquiera de los otros puestos de la plaza intentando mostrar indiferencia mientras lanzaban miradas de reojo al porche de Selia.

Los últimos en llegar fueron los Watch. Centinela Meridional era el distrito más lejano, prácticamente un municipio en sí mismo con sus casi trescientos habitantes y su Templo y Herborista propios.

Llegaron en una fila ordenada, claramente identificables por sus ropas oscuras. Los hombres de Centinela lucían espesas barbas, junto con pantalones negros con tirantes del mismo color sobre una camisa blanca. Vestían un pesado jubón negro encima y complementaban el conjunto con un sombrero y las botas que solían llevar siempre, incluso durante el sofocante calor del verano. Las mujeres se cubrían con vestidos negros que iban desde el tobillo a la barbilla y las muñecas, además de bonetes y delantales blancos, y cuando no trabajaban se ponían guantes también blancos y portaban sombrillas. Caminaban con las cabezas

siempre inclinadas y todos ellos hacían grafos en el aire una y otra vez, para protegerse del pecado.

A su cabeza iba Jeorje Watch, que era Pastor a la vez que Portavoz, el hombre más anciano de Arroyo, pues superaba al que le seguía en edad por dos décadas. Había chicos correteando por la comarca que aún no habían nacido cuando celebró su centésimo aniversario. A pesar de ello, presidía la procesión con la espalda bien recta, la zancada firme y la mirada dura. Hacía un gran contraste con Coran Marsh, devastado por el tiempo a pesar de ser veinticinco años más joven.

Debido a sus años y al respaldo de los fieles votos del más poblado de los distritos, Jeorje debería haber sido el Portavoz de la comarca, pero jamás había obtenido ni un solo voto fuera de Centinela y jamás lo haría, ni siquiera del Pastor Harral, pues era demasiado estricto.

Selia se alzó en toda su estatura, que era considerable, cuando el hombre se acercó a saludarla.

—Portavoz —dijo Jeorje, tragándose su desagrado por tener que dar ese título a una mujer y, en especial, a una soltera.

—Pastor —repuso ella de modo que quedara claro que no se sentía intimidada. Ambos se inclinaron respetuosamente ante el otro.

Las esposas de Jeorje, algunas tan viejas y orgullosas como él y otras más jóvenes, incluyendo a una embarazada, se deslizaron a su alrededor sin hacer ruido y entraron en la casa. Selia sabía que se dirigían a la cocina, como hacían siempre las mujeres de los Watch, para asegurarse de que se tenían en cuenta sus necesidades especiales a la hora de comer. Mantenían una dieta estricta de comidas sencillas sin condimentos ni azúcar.

Selia señaló a Jeph.

—Ve al almacén y busca a Rusco —le dijo y éste corrió a cumplir el recado.

La anciana era siempre elegida Portavoz de Ciudad Central, pero solía designar a Rusco el Jabalí para que representara a Ciudad Central durante los años que ocupaba el puesto de Portavoz del distrito, de modo que pudiera mantenerse independiente, como prescribía la ley municipal. Esto no gustaba a mucha gente, pero Selia sabía que el almacén era el corazón de Ciudad Central y que cuando la tienda prosperaba, todo iba bien.

—Bueno, vamos a comer ya —anunció Selia cuando ya se habían relajado un poco—. Cerraremos los asuntos pendientes del concejo con el café y abordaremos este reciente suceso cuando hayamos retirado el servicio.

—Si no te importa, Portavoz —intervino Raddock—, preferiría que trasladáramos la comida y el resto de los asuntos a la próxima reunión del concejo, de modo que nos centráramos ahora en la muerte de mi pariente.

—Pues claro que nos importa, Legista Raddock —replicó Jeorje Watch, dando un golpe en el suelo con su pulido bastón negro—. No podemos abandonar nuestra educación y nuestras costumbres sólo porque ha muerto alguien. Estos son los tiempos de la Plaga y hay muertes a menudo. El Creador castiga a aquellos que han pecado a su debido tiempo. Juzgaremos a la chica Tanner cuando los asuntos pendientes de Arroyo estén resueltos.

El anciano habló con la autoridad de quien no es cuestionado nunca, pese a ser Selia la Portavoz. Jeorge solía infligirle ese tipo de desaires, pero esta vez ella lo aceptó porque le convenía. Cuantas más horas se perdieran mejor, pues la sentencia de Renna, si era de muerte, no podría tener lugar esa misma noche.

—Podemos comer algo —apoyó el Pastor Harral, aunque no solía estar de acuerdo con el anciano, con el cual había tenido serios enfrentamientos en otros momentos—. Como dice el Canon: «Un hombre con el estómago vacío no hace justicia.»

Raddock paseó la mirada por los otros Portavoces en busca de apoyo, pero aparte del Jabalí, que siempre era el último en llegar y el primero en irse, todos estaban resueltos a que la reunión del concejo se desarrollase del modo tradicional. Frunció el ceño pero no protestó más. Garric comenzó a abrir la boca, pero Raddock lo silenció con una sacudida de cabeza.

Comieron y luego discutieron los asuntos de cada distrito interviniendo por turnos a lo largo del tiempo dedicado al café y los pasteles.

—Creo que ya es hora de que veamos a la chica —anunció Jeorje cuando finalizaron con los asuntos relativos a su distrito, que siempre era el último. La clausura de los temas pendientes era cosa del Portavoz, pero el anciano había suplido a Selia de nuevo, sustituyendo el mazo del Portavoz por un golpe de su bastón en el suelo. Selia envió a los testigos fuera del porche y después condujo a los nueve miembros del concejo a ver a Renna.

—¿No estará fingiendo? —preguntó Jeorje.

—Puede hacer que la examine su propia Herborista, si así lo desea —repuso la anciana y él asintió; llamó a su esposa Trena, la Herborista de Centinela Meridional, que estaba próxima a los noventa tinos de edad. La mujer abandonó la cocina y se acercó a la chica.

—Todos fuera —ordenó Jeorje y todos ellos regresaron a sus asientos en torno a la mesa. Selia se sentó en la cabecera y el anciano, como siempre, en el extremo opuesto.

Trena apareció un rato más tarde y miró a su marido, que asintió para indicarle que podía hablar.

—Sea lo que sea lo que haya hecho, el estado de shock de la chica es real —afirmó y luego, con un nuevo asentimiento, su marido la despidió.

—Ya habéis visto en qué estado se encuentra —dijo Selia, tomando el mazo entre sus manos antes de que el anciano intentara saltarse el protocolo—. Propongo que demoremos cualquier decisión hasta que la chica se recupere y pueda hablar en su propia defensa.

—¡Por el Abismo que no! —gritó Raddock. Comenzó a levantarse pero Jeorje dio un golpe con el bastón sobre la mesa y él se controló.

—No he recorrido todo este camino para ver a una chica dormida y luego marcharme, Selia. Será mejor que procedamos del modo adecuado y escuchemos a los testigos y los acusadores ahora.

La anciana torció el gesto, pero nadie osó mostrar su desacuerdo. Fuera Portavoz o no, estaba claro que si quería enfrentarse con Jeorje, tendría que hacerlo a solas. Así que llamó a Garric para que hiciera la acusación y a los testigos, uno por uno, para que el concejo pudiera interrogarlos.

—No pretendo adivinar lo que pasó esa tarde —dijo Selia —, pues no hay otro testigo que la chica misma. Quizá por eso deberíamos permitirle que hable en su propia defensa antes de que emitamos un juicio sobre ella.

—¿No hay testigos? —gritó Raddock—. Ya hemos oído a Stam Tailor, ¡la vio dirigirse hacia el lugar del asesinato un momento antes!

—Stam Tailor estaba completamente borracho esa noche, Raddock —replicó ella, mirando a Rusco, que mostró su acuerdo con un asentimiento.

—Se cayó en el almacén, así que lo eché y cerré poco después —aclaró el Jabalí.

—Digo yo que habría que culpar a quien puso la bebida en su mano —comentó Jeorje y el comerciante frunció el ceño, aunque fue listo y se mordió la lengua.

—Pero vio o no vio a la chica, Selia —intervino Coran Marsh y los demás asintieron.

—Se encontró con ella en las cercanías, cierto, pero no vio adonde fue o lo que hizo después.

—¿Estás sugiriendo que no tuvo nada que ver con este asunto? —preguntó el anciano con incredulidad.

—Claro que estuvo implicada —repuso ella con dureza—, cualquier idiota puede ver eso. Pero ninguno de nosotros puede jurar bajo la luz del sol que sabemos de qué manera. Podría ser que los dos hombres lucharan y se mataran el uno al otro. O podría ser que ella hubiera matado en legítima defensa. Tanto Coline como Trena pueden atestiguar que la habían golpeado con saña.

—El cómo importa poco, Selia —repuso Raddock—. Dos hombres no se pueden matar el uno al otro con el mismo cuchillo. ¿Saber a cuál de los dos mató cambia las cosas en algo?

Jeorje asintió.

—Y no olvidemos que es frecuente que los hombres sean instigados a un ataque de ira por la vileza femenina. La promiscuidad de la chica les llevó a tomar este camino y ella debe rendir cuentas por ello.

—¿Dos hombres luchan por ver a quién pertenece una chica y le echamos la culpa a ella? —irrumpió en la conversación Meara—. ¡Qué tontería!

—No eres quién para decir si es una tontería, Meara Boggin, porque tu juicio se ve oscurecido en este asunto

para distinguir lo correcto, puesto que la acusada es pariente tuya —acusó Raddock.

—¡Eso es como si la noche acusara a alguien de ser oscuro! —replicó Meara—. Se puede decir lo mismo de ti.

Selia dio unos golpes con el mazo.

—Que debamos descalificar a los que tengan relación con un problema es de lo más discutible, Raddock Fisher, pues en ese caso lio habría nadie que pudiera opinar en toda la comarca. Todos tienen derecho a hablar. Esa es nuestra ley.

—La ley —susurró el hombre—. Yo he estado leyendo la ley —sacó un libro usado encuadernado en piel—, especialmente la referente a los asesinos. —Lo abrió por una página marcada y comenzó a leer:

»"Si el abyecto crimen fuera cometido en los confines de Arroyo Tibbet o su ámbito de influencia, se erigirá una estaca en Ciudad Central y se encadenarán a todos aquellos responsables del mismo a ella para que se enfrenten a un día de penitencia con su noche, sin grafos o refugio, con el fin de que todos puedan presenciar la ira del Creador sobre aquellos que violan la alianza."

—¡No lo dirás en serio! —gritó Selia.

—¡Eso es de bárbaros! —exclamó Meara.

—Esa es la ley —apostilló el Legista con aire despectivo.

—Pero vamos a ver, Raddock —intervino el Pastor Harral —, esa ley debe de tener por lo menos trescientos años de antigüedad.

—El Canon también es bastante antiguo —dijo Jeorje—. ¿Eso será lo siguiente que se descarte? La justicia no tiene por qué ser agradable.

—No estamos aquí para rescribir la ley —replicó el Legista—. La ley es la ley, ¿no ha sido eso lo que has dicho antes, Selia?

Las aletas de la nariz de la anciana se agitaban, pero asintió.

—Todo lo que vamos a debatir aquí es si ella es responsable o no —aclaró el hombre, colocando el cuchillo ensangrentado sobre la mesa—, y yo digo que está claro como la luz del día que lo es.

—Ella pudo haberlo cogido después de los hechos, Raddock, y tú lo sabes —intervino el Pastor Harral—. Cobie quería la mano de Renna y Harl amenazó dos veces con cortarle las pelotas si lo intentaba.

Raddock dejó escapar una risotada que resonó como un ladrido.

—Podrás convencer a alguna gente de que dos hombres pueden matarse el uno al otro con el mismo cuchillo, pero no sólo fueron asesinados, también fueron mutilados. Mi sobrino nieto no pudo hacer pedazos a Harl habiendo perdido su hombría y con un cuchillo clavado en el corazón.

—El hombre tiene algo de razón —comentó el Jabalí.

El Legista gruñó.

—Así que votemos y acabemos de una vez.

—Lo apoyo —se apresuró el comerciante—. Ciudad Central jamás ha visto tantísima gente junta y tengo que volver al almacén.

—¿La vida de una chica está en juego y todo lo que te preocupa es cuántos créditos puedes sacarle a la gente que ha venido a curiosear y anda por ahí con la boca abierta? —preguntó la anciana.

—No me sermonees, Selia —replicó el hombre—. Fui yo el que tuvo que limpiar la sangre de la habitación trasera.

—¿Estamos todos a favor de votar? —inquirió Jeorje.

—¡Yo soy la Portavoz, Jeorje Watch! —le increpó la mujer al fin, y le señaló con el mazo. Pero ya había un montón de manos a favor de la votación que la contradijeron. El

anciano aceptó la reprimenda con un ligero asentimiento—. Está bien. Yo digo que la chica es inocente hasta que se demuestre lo contrario y aquí no hay pruebas de nada. —Miró a su derecha para que el Pastor Harral emitiera su voto.

—Te equivocas, Selia. Sí hay pruebas de una cosa: de un amor juvenil. Yo hablé en nombre de Cobie y miré a Renna a los ojos. Ambos tenían edad suficiente y decidieron emparejarse por su propia voluntad, como era su derecho. Harl no lo tenía a impedirlo y yo sostendré bajo la luz del sol mi convencimiento de que fue él el que comenzó cualquier derramamiento de sangre que hubiera y que terminó con su propia vida. Inocente.

El siguiente era Brine Cutter, el gigante que hablaba con una voz característicamente suave.

—Me parece que sea lo que sea lo que la chica haya hecho, lo hizo para defenderse. Sé lo que se siente al sufrir tanto que tu mente huye y busca refugio donde puede. Yo pasé por lo mismo después de que los abismales se llevaran a mi familia. Selia me ayudó a superar aquello y creo que la chica se merece lo mismo. Inocente.

—No tiene nada de inocente —intervino Coran Marsh—. Toda la ciudad conocía a Renna Tanner como la pecadora que era, pues se ofreció para fornicar con Cobie Fisher. ¡Era capaz de volver a cualquier hombre loco de lujuria! Si ella ha estado dispuesta a comportarse como un abismal, debemos exponerla ante ellos con la conciencia tranquila. Los demonios de la ciénaga han vaciado a gente mucho mejor que esa chica y el sol sigue saliendo todas las mañanas. Culpable.

El siguiente era Jeorje Watch.

—Las hijas de Harl siempre fueron un padecimiento para él. Sólo la gracia del Creador ha impedido que esta escena

no tuviera lugar hace casi quince años con su hermana. Culpable.

Raddock el Legista asintió.

—Todos sabemos que es culpable. —Se volvió hacia Rusco.

—Entregar a una chica atada a los abismales me parece una salvajada, con independencia de lo que haya hecho —explicó el Jabalí—, pero si así es como se hacen las cosas aquí... —Se encogió de hombros—. Simplemente no podemos dejar que la gente vaya por ahí matando a los demás. Digo que la pongamos en la estaca y acabemos con esto de una vez. Culpable.

—Ya veremos si te permito representar a Ciudad Central el año que viene —masculló Selia entre dientes.

—Lo siento, señora, pero estoy hablando por el pueblo —replicó él—. La gente necesita sentirse segura cuando vienen a comprar a la ciudad y nadie está tranquilo con un asesino rondando por ahí.

—Harl era un viejo cuervo amargado que jamás se preocupó lo más mínimo por nadie que no fuera él mismo —dijo Meara Boggin—. Yo misma intenté buscarle un chico a Renna una vez, pero él no quiso ni oír hablar de ello. No tengo duda alguna de que fue él quien mató al joven Cobie y Renna hizo lo que tenía que hacer para evitar que la matara a ella también. Inocente.

—Entonces, ¿por qué le acuchillaron las pelotas a Cobie? —preguntó Coline—. Yo creo que él la violó y ella vino a la ciudad a vengarse. Le clavó el cuchillo entre las piernas y lucharon hasta que ella remató el trabajo. Harl debió de ir tras ella y la chica lo atacó por la espalda. Tenía sangre en las manos, Selia. Pudo haber recurrido a uno de nosotros, o llamado para pedir ayuda, pero escogió resolver sus problemas con un cuchillo. Yo digo que es culpable.

Todos los ojos se volvieron hacia Mack Pasture. Con cuatro votos a favor de la inocencia y cinco de la culpabilidad, estaba en sus manos empatar la votación del concejo o pronunciarse a favor de la muerte de la acusada. Se quedó allí sentado tranquilamente un buen rato, con el ceño fruncido, mientras apoyaba el rostro en sus dedos ahusados.

—Todos decís «inocente» o «culpable» —dijo finalmente —. Pero la ley no dice eso. Todos lo hemos oído. Dice «responsable». Bueno, yo conocía a Harl Tanner. Lo conocí durante muchos años y nunca me gustó un pelo ese hijo de los abismales. —Escupió en el suelo—. Pero eso no quiere decir que se mereciera que le clavaran un cuchillo en la espalda. Ése es el modo en que yo lo veo. A esa chica no le importaba su padre y ahora dos hombres están muertos. Tanto si ella empuñó el cuchillo como si no, tan seguro como que el sol se alza en el cielo que es «responsable» de lo que ha sucedido.

La mano de Selia tembló violentamente y el mazo cayó sobre la mesa sin que ella lo golpeara contra ésta, aunque la votación se había cerrado. Jeorje dio un golpe con su bastón en el suelo.

—Culpable por seis a cuatro.

—Entonces la haremos vaciar esta misma noche —gruñó Raddock.

—No haremos tal cosa —repuso Selia, recuperando al fin la voz—. La ley dice que ella tiene un día entero para ponerse en paz con el Creador y el día de hoy casi ha finalizado.

Jeorje volvió a golpear el suelo con su bastón.

—Selia lleva razón. Renna Tanner debe ser atada a la estaca mañana al amanecer para que todos la vean y sean testigos hasta que se cumpla la justicia del Creador.

—¡¿Esperas que la gente vaya a verlo?! —El Jabalí se mostró horrorizado ante la idea.

—Si la gente no va a la escuela, no hay forma de que aprenda la lección —explicó el anciano.

—¡No voy a quedarme allí para observar cómo los abismales hacen pedazos a nadie! —gritó Coline. Las voces de otros, como la de Coran Marsh, también se alzaron en protesta.

—Oh, sí, claro que lo haréis —les espetó Selia. Miró alrededor de la habitación con una mirada dura—. Si vamos a... asesinar a esa chica, todos vamos a contemplarlo para recordar siempre lo que hicimos, tanto hombres como mujeres y niños —rugió—. La ley es la ley.

4

Oportunidades perdidas
Primavera del 333 d.R.

Le llevó todo un día de cabalgada recorrer el camino desde Fuerte Angiers hasta el puente sobre el río Entretierras, que separaba el territorio del duque Rhinebeck del de Euchor. El Protegido había salido demasiado tarde para llegar allí antes del crepúsculo.

No importaba. La despedida de Leesha le había dejado de mal humor y agradecía la oportunidad de mostrarle el sol a unos cuantos abismales. Jardir le había enseñado la técnica krasiana de aceptar el dolor y le iba bastante bien desde que la utilizaba, pero había pocos bálsamos más dulces que extraer la vida de un demonio con las manos desnudas.

Hoya estaba en buenas manos con Leesha, al menos hasta que se produjera el avance de los krasianos. Era una mujer brillante y una líder natural, respetada por todos, además de gobernar con buen corazón y sentido común. Le

faltaba poco para ser mejor Protectora que él, si no lo era ya.

«Y es hermosa —pensó—. Eso no se puede negar.» El Protegido había viajado hasta muy lejos y jamás había conocido a nadie que la igualara. Quizá podría haberla amado mucho tiempo atrás, antes de que Jardir le diera por muerto y lo abandonara en el desierto. Antes de que se viera obligado a tatuarse el cuerpo para sobrevivir.

Ahora apenas podía considerarse un ser humano y el amor no tenía lugar en su vida.

Era ya de noche pero sus ojos protegidos veían con toda claridad en la oscuridad. Tocó las bardas de *Rondador Nocturno* y cuando los grafos relucieron con una luz suave, garantizaron la visión nocturna también al semental gigante. Lo acicateó para que galopara al aparecer los abismales, pero había árboles muy gruesos a ambos lados del camino y los demonios del bosque se mantuvieron a su ritmo, saltando de rama en rama, o simplemente corriendo dentro del límite del arbolado. Su coraza parecida a la corteza de los árboles los hacía casi invisibles, pero el Protegido podía ver relucir el aura tenue de su magia y no se dejaba engañar. Por encima de su cabeza, los demonios del viento chillaban, seguían la misma ruta que él e intentaban coger velocidad para hacer una pasada.

El hombre tatuado soltó las riendas y dirigió el semental gigante con las rodillas mientras cogía el gran arco. Un chillido que vino desde arriba le avisó con tiempo suficiente y se volvió hacia un demonio del viento que picaba en su dirección. Le clavó una flecha protegida en la cabeza y ésta reventó tras una explosión de magia.

El estallido de luz pareció atraer a todos los demonios del bosque. Salieron en tromba de entre los árboles que le

rodeaban y expresaron a chillidos el odio que sentían, a la vez que le mostraban las garras y los dientes.

El Protegido disparó repetidamente y las flechas cubiertas de grafos abrieron enormes agujeros ennegrecidos en el cuerpo de los abismales. *Rondador Nocturno* se ocupaba de los que aparecían por delante, y sus cascos protegidos lanzaban chispas como petardos de feria al pisotearlos.

Los demonios les intentaron dar caza manteniendo un trote continuo a ambos lados del caballo al galope. El Protegido guardó el arco en su arnés, cogió la lanza y la blandió con movimientos tan rápidos que sólo se percibía un borrón; con ella atravesaba a los abismales que aparecían por todos lados. A uno que se le acercó demasiado le pateó la cara y cuando el grafo de su talón impactó contra el demonio, lo arrojó hacia atrás con un relámpago.

Mientras tanto, *Rondador* no dejaba de correr.

Cargados de energía tras la matanza nocturna, ambos se sentían frescos y alerta cuando Pontón apareció ante su vista al amanecer, pese a que ni el hombre ni el corcel habían descansado en toda la noche.

Pontón había sido destruido hacía ya quince años. Entonces era una villa milnesa, pero Rhinebeck quería una parte de las tasas del pontazgo e intentó reconstruir el pueblo en la parte sur del Kntretierras.

El Protegido recordó la audiencia durante el curso de la cual Ragen había informado al duque Euchor del plan de Rhinebeck. El duque había sufrido un ataque de cólera y parecía dispuesto a quemar Fuerte Angiers hasta los cimientos, antes que permitir al rival que cobrara tasas en su puente.

Y así fue cómo aparecieron dos ciudades mercantiles, una a cada lado del río, ambas con el mismo nombre de Pontón y con escaso afecto la una por la otra. Había guarniciones de los guardias de los dos ducados y los viajeros montados pagaban tasas a ambos lados del río. Aquellos que rehusaban pagar por ellos y sus bienes podían alquilar una balsa para cruzarlo, lo cual a menudo era más caro que las tasas, o nadar.

Los Pontones eran las dos únicas villas fortificadas de toda Thesa. En el lado milnés, las murallas estaban construidas con piedra y mortero; en el lado angiersino, con grandes troncos chamuscados, atados de forma muy apretada. Ambas llegaban hasta la orilla del río y los guardias que patrullaban los adarves a menudo lanzaban maldiciones a sus colegas del otro lado.

Los guardias del lado angiersino apenas habían abierto las puertas para inaugurar la jornada cuando el Protegido las atravesó a caballo. Llevaba las manos enguantadas y la capucha bien calada para esconder el rostro. No se paró a dar explicaciones; simplemente mostró a los guardias el sello de Rhinebeck en la mano alzada sin aminorar la velocidad. Los Enviados Reales tenían paso libre a ambos lados del río, por eso los guardias gruñeron ante la grosería pero no le detuvieron.

El aire montañés estaba saturado de niebla y la mayoría de los pontoneses aún calentaban las gachas cuando el Protegido cruzó ambos pueblos, por lo que pasó completamente desapercibido. Era más fácil así. La piel tatuada hacía que la mitad de la gente le rehuyera como si fuera un abismal y que la otra mitad cayera de rodillas ante él y le aclamara como Liberador. Y, si tenía que ser honesto, no sabía si esto último era aún peor.

La carretera a Miln que partía de Pontón se dirigía directa hacia el norte. Un Enviado tardaba un promedio de unas dos semanas en completar la cabalgada. La media de su mentor Ragen era mejor: once días. Montado a lomos de *Rondador Nocturno* y sin miedo a la oscuridad, el Protegido podía hacerla en seis, dejando además un rastro de cenizas a su paso. Había rebasado, a todo galope y a altas horas de la madrugada, la Arboleda de Harden, la aldea que había al sur de la ciudad, y todavía faltaban unas cuantas horas antes de amanecer cuando Fuerte Miln apareció ante su vista.

De algún modo, lo consideraba su hogar tanto como lo había sido Arroyo Tibbet, por ello se sintió sobrecogido por la emoción al ver de nuevo la ciudad entre las montañas que se había jurado tantas veces no volver a pisar. Estaba demasiado distraído para luchar, de modo que extendió el círculo portátil de protección y acampó mientras esperaba a que llegara el alba, e intentó recordar lo que pudiera sobre el duque.

Sólo se había encontrado una vez con él, siendo niño, cuando trabajó en su Biblioteca, pero conocía bien su talante. Euchor atesoraba conocimientos como otros hombres oro o alimentos. Si le daba a él los grafos de combate, no los compartiría con su gente, sino que intentaría incrementar su propio poder manteniéndolos en secreto.

Y el Protegido no pensaba permitir eso. Necesitaba distribuir los grafos con rapidez a todos los Protectores de la ciudad. Había una red de Protectores en Miln, una red que él mismo había contribuido a establecer. Si le pasaba los grafos a Cob, su antiguo maestro, habrían llegado a todos los Protectores antes de que Euchor consiguiera suprimirlos.

Al pensar en Cob se abrió en su mente todo un flujo de recuerdos que hasta ese momento había mantenido reprimidos. No había hablado con su maestro ni con cualquier otro milnés durante más de ocho años. Les había escrito cartas pero jamás había encontrado fuerzas suficientes para enviarlas. ¿Estarían bien Ragen y llissa? Su hija Marya tendría ya ocho años. ¿Qué habría sido de Cob y de su amigo Jaik? ¿Y dónde estaría Mery?

Mery. Ella era la razón de que no hubiera querido regresar durante los primeros años. Podía enfrentarse de nuevo con Jaik, Ragen o Cob. Elissa le recriminaría que se hubiera marchado sin despedirse siquiera, pero sabía que lo perdonaría cuando se hubiera desahogado. Era a Mery a quien no quería ver. Mery, la única chica que se había permitido amar en toda su vida.

«¿Pensará aún en mí? —se preguntó—. ¿Me habrá esperado, creyendo que volvería en algún momento?» Se había hecho esas mismas preguntas miles de veces a lo largo de los años, pero después de que ella le rechazara una vez, jamás se había atrevido a buscar las respuestas.

Pero ahora... Contempló los tatuajes que cubrían su piel. No podía presentarse ante ellos ahora, no podría soportar que vieran el ser extraño en el que se había convertido. Tendría que confiar en Cob, porque no tenía otra opción. Pero era mejor para todos los demás que pensaran que se había ido para siempre, o incluso que había muerto. Pensó en las cartas que llevaba en su morral. Decían lo necesario. Haría que las entregaran y dejaría que creyeran que el que las había enviado estaba más que muerto.

Un gran cansancio lo invadió y se tumbó. Se durmió y vio el rostro de Mery en su imaginación. La vio la noche en que rompieron.

Sin embargo, en el sueño esa escena había cambiado. Esa vez no la abandonó, sino que olvidó su deseo de ser Enviado y permaneció en el negocio de protección de Cob. Sólo que en ese momento, en vez de sentirse atado, se sintió más feliz que cuando se marchó en plena noche.

Vio a Mery bellísima con su vestido de boda, y luego con la graciosa curvatura de su vientre mientras crecía; su risa, rodeada de niños felices y sanos. Contempló a los sonrientes clientes cuyos hogares había convertido en un lugar seguro y el orgullo en los ojos de Elissa. El orgullo de una madre.

Se estremeció sobre el suelo, en el intento vano de deshacerse de la visión y liberar su mente, pero el sueño se había apoderado de él y no había manera de escapar.

Luego volvió a contemplar de nuevo la noche en que rompieron, esta vez como realmente ocurrió, cuando él se marchó cabalgando sin añadir una palabra más tras la discusión. Pero tras abandonarla, su mente siguió a Mery en vez de a sí mismo. La observó recorrer las murallas de Miln durante años, escrutando el horizonte para ver si regresaba. La alegría y el color habían desaparecido de su rostro y al principio aquella tristeza la hizo más hermosa aún. Pero conforme pasaban las estaciones, aquel bello rostro melancólico se volvió descarnado y demacrado; aparecieron en torno a su boca unas marcas provocadas por el dolor y alrededor de los ojos sin vida, unos círculos oscuros. Había pasado los mejores años de su vida esperándole sobre los adarves, rezando, sollozando.

Vio la misma escena una tercera vez y esa última visión desembocó en una auténtica pesadilla. Porque cuando él se marchó, no hubo pena, ni gran dolor. Mery había escupido en el polvo ante la puerta de la ciudad, se había vuelto, encontrado a otro al momento, y olvidado incluso que él

había existido. Ragen y Elissa, obnubilados por su hija pequeña, ni siquiera se dieron cuenta de que se había marchado. El nuevo oficial de Cob era más agradecido, pues no aspiraba a nada más que a comportarse como un hijo y encargarse de la tienda. El Protegido despertó de repente, pero la imagen permaneció y se sintió culpable de su horror, porque ésa era una actitud egoísta.

«Esa última visión sería la mejor para todos», pensó.

Tras una docena de años sufriendo la agresión de los elementos, el lugar donde el Manco había abierto una brecha en la red de protección de Miln todavía mostraba un color distinto al del resto de la muralla. El Protegido lo descubrió mientras levantaba el campamento por la mañana, tras retirar los círculos de protección.

Los tres sueños aún rondaban sus pensamientos. ¿Qué encontraría al otro lado de aquellos muros? ¿Intentaría buscar a aquellas personas para sentirse en paz consigo mismo, ya que no con los demás?

«No lo hagas —le avisó la voz de su mente—. Has venido a ver a Cob, a verle sólo a él. No estás aquí por los demás. Ahórrales el dolor y ahórratelo a ti mismo.» Esa voz iba siempre con él y le aconsejaba cautela. Solía pensar en ella como en la voz de su padre, aunque no había visto a Jeph Bales desde hacía casi quince años.

Estaba acostumbrado a ignorarla.

«Sólo una mirada —pensó—. Ella no me verá, y aunque me viera, no me reconocería. Sólo un vistazo rápido, para llevarme conmigo la imagen cuando regrese a la noche.»

Cabalgó lo más despacio que pudo, pero aun así, todavía estaban abriendo la puerta cuando llegó. Los guardias de la

ciudad salieron primero y escoltaron a los grupos de Protectores y aprendices en dirección a unos lugares señalados con claridad, donde se inclinaron y comenzaron a recoger las piezas de cristal protegido, comprobándolas cuidadosamente para asegurarse de que se habían cargado en contacto con un abismal. Él mismo había sido quien había llevado el cristal protegido a Miln, pero se quedó anonadado ante la eficacia en la producción, tan buena como la de Hoya, aunque de índole menos práctica. Los Protectores milneses parecían haberse concentrado en la creación de objetos de lujo: bastones, estatuas, ventanas y joyería. Cuando se limpiara la sangre del cebo utilizado quedaría tan transparente como el diamante pulido e infinitamente más duro.

Los guardias alzaron la mirada cuando le vieron aproximarse. No les pareció extraño que llevara la capucha calada dada la fría humedad de la mañana, pero al descubrir las armas sobre el arnés de *Rondador*, levantaron las lanzas hasta que él les mostró el bolsito con el sello de Rhinebeck.

—Habéis llegado muy temprano, Enviado —le dijo uno de los guardias cuando se relajaron tras comprobar su identidad.

—He corrido sin parar y he pasado de largo ante la Arboleda de Harden —les contestó y la mentira le salió con naturalidad—. Pensé que me daría tiempo, pero entonces oí la campana desde lejos y supe que no llegaría a la puerta antes del crepúsculo. Así que puse los círculos a poco más de un kilómetro de aquí y pasé la noche al raso.

—Mala suerte —repuso el guardia—. Ha sido una noche bastante fría para pasarla fuera, a un kilómetro del calor de las murallas y de un dulce refugio.

El Protegido, que no había pasado calor ni frío desde hacía años, asintió y se obligó a sí mismo a estremecerse, bajando aún más la capucha como si se estuviera protegiendo del persistente frío.

—Voy a buscar una habitación acogedora y un café caliente. Incluso me conformaría con todo lo contrario.

El guardia asintió y pareció que le hacía un ademán de despedida poco antes de alzar los ojos con brusquedad. El Protegido se tensó tras preguntarse si le pediría que se bajase la capucha.

—¿Las cosas en el sur van tan mal como dicen? —le preguntó en vez de eso—. Cuentan que se ha perdido Rizón, que hay refugiados mendigando por todos lados y que ese nuevo Liberador no hace nada para arreglar el asunto...

Así que los rumores habían llegado ya tan al norte...

—Todas esas noticias son para el duque de modo que no las puedo compartir antes con nadie, pero sí, las cosas van mal en el sur.

El guardia gruñó y le despidió con un saludo cuando él enfiló hacia la ciudad.

El Protegido encontró una posada y llevó a *Rondador Nocturno* al establo. Allí había ya un muchacho atareado en plena limpieza de los compartimientos. No debía de tener más de doce años y mostraba un aspecto mugriento.

«Es un Siervo», pensó él, lo que explicaba por qué estaba trabajando tan temprano. Probablemente el chico dormía en los establos y casi seguro que se sentía afortunado por ello. Metió la mano en su bolsillo, sacó una pesada moneda de oro y la puso en la del chico.

Los ojos del muchacho casi se le salieron de las órbitas al ver la moneda. Estaba claro que era más dinero del que jamás había sostenido su mano, suficiente para procurarse ropas nuevas, comida y refugio durante un mes.

—Asegúrate de que mi caballo esté bien cuidado y habrá otra cuando lo recoja —le dijo. Era un gesto extravagante y atraería la atención, pero el dinero no significaba nada para él; además era consciente de la facilidad con la que los Siervos de Miln se convertían en Mendigos. Abandonó al chico y se dirigió hacia la posada.

—Necesito una habitación para unas cuantas noches —le pidió al posadero y simuló sentirse agobiado por el peso de las alforjas y la impedimenta a pesar de sentirlas ligeras como plumas.

—Cinco lunas la noche —le informó el hombre. Era joven, demasiado para regir un negocio y se inclinó de manera poco disimulada con la idea de asomarse al interior de la capucha del Protegido.

—Un demonio del fuego me escupió en la cara —le espetó éste y la irritación que reflejó su voz fue suficiente para que el hombre se retirara—. No es una vista agradable.

—Por supuesto, Enviado —repuso él, con una nueva inclinación—. Discúlpeme. No ha estado bien que intentara mirar.

—No pasa nada —gruñó en respuesta, después subió su equipaje por las escaleras y lo dejó en su cuarto. Cerró luego con llave, antes de marcharse a recorrer la ciudad.

Las calles de Miln eran alegres y le resultaron familiares. El hedor de los fuegos alimentados con estiércol

y carbón de las herrerías le pareció casi una bienvenida. Todo era exactamente como lo recordaba, pero también diferente a la vez.

Él era distinto.

A pesar del tiempo que había transcurrido, el Protegido encontró el camino hacia la tienda de Cob de modo instintivo, aunque quedó sobrecogido por lo que encontró. Ambos lados del edificio estaban cubiertos con nuevas construcciones. La pequeña casa detrás de la tienda donde había vivido con Cob había sido reemplazada por un almacén de varias veces su tamaño original. Cob ya había prosperado cuando él se marchó, pero la tienda de aquel entonces no podía compararse con lo que estaba contemplando. Se armó de valor y se dirigió hacia la entrada principal.

Al abrirse la puerta tintinearon unas campanillas y el sonido, como si de repente hubiera reaparecido una parte de su alma a la que echara de menos, le mandó un escalofrío espalda abajo. La tienda era ahora más grande, aunque mantenía el mismo aspecto y los aromas de siempre. Todavía andaba por allí el banco de trabajo donde había pasado incontables horas encorvado y la pequeña carretilla que había empujado por toda la ciudad. Se acercó a un alféizar y recorrió con los dedos enguantados y actitud reverente los grafos que había grabado en la piedra. Casi se sentía capaz de coger el instrumento con el que los había realizado y regresar al trabajo como si los ocho últimos años no hubieran existido.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó una voz; el Protegido se quedó inmóvil y la sangre se le heló. Se había perdido en otro tiempo y no había oído acercarse a nadie pero, sin darse la vuelta, sabía de quién se trataba. Lo sabía y eso le aterrorizaba. ¿Qué hacía ella aquí? ¿Qué significaba eso?

Se volvió con lentitud para enfrentarse a la mujer y mantuvo su rostro oculto bajo la sombra de la capucha.

Los años habían sido clementes con Madre Elissa. Llevaba a sus espaldas cuarenta y seis inviernos, pero el largo cabello seguía siendo espeso y oscuro, las mejillas tenían una apariencia suave y sólo unas líneas ligeras cercaban los ojos y la boca. Había oído que se debían a la risa, lo cual le alegró.

«Ojalá se haya pasado los últimos ocho años sonriendo», pensó.

Elissa abrió la boca para hablar, pero una jovencita con el pelo castaño largo y grandes ojos marrones entró a la carrera a su encuentro, de modo que apartó de él su atención. La muchacha llevaba un vestido de terciopelo granate y un lazo a juego en la cabeza. Se le había torcido y unos espesos mechones de pelo le caían por el rostro. Tenía las manos y las mejillas manchadas de tiza, lo mismo que el vestido. El Protegido se dio cuenta al instante de que debía de ser Marya, la hija de Ragen y Elissa, a la que había sostenido en brazos apenas unos momentos después de su nacimiento. Era inocente y hermosa; sintió una punzada de dolor, pues en ella veía reflejada toda la alegría que se había perdido al marcharse.

—¡Madre, mira lo que he pintado! —gritó. Le alargó a Elissa una pizarra sobre la que había dibujado un círculo de protección. El Protegido examinó los grafos en un pestañeo y comprendió que eran fuertes. De hecho, muchos de ellos eran suyos, pues los había traído consigo desde Arroyo Tibbet. Le consoló saber que de algún modo había participado en su vida.

—Son preciosos, cariño —la felicitó Elissa y se inclinó para colocar mejor el lazo en el pelo de su hija. Cuando terminó le dio un beso en la frente—. Pronto tu padre te

llevará como ayudante cuando le llamen para hacer protecciones. —La niña emitió un gritito de alegría—. Y ahora tenemos que atender a un cliente, cielo —dijo ella y se volvió hacia el hombre tatuado con el brazo rodeando aún a la niña—. Soy Madre Elissa. —El orgullo que suponía el título era evidente en su voz aun tras el paso de todos aquellos años—. Y ésta es mi hija...

—¿Eres un Pastor? —inquirió la niña, interrumpiendo a su madre.

—No —replicó él, haciendo uso de aquella profunda voz áspera que había adoptado después de haberse protegido la piel. La última cosa que necesitaba ahora era que Elissa lo reconociera.

—Entonces, ¿por qué te vistes como ellos?

—Tengo cicatrices que me han causado los demonios —le confesó él— y no quiero asustarte.

—No me asustas —replicó ella, intentando mirar por debajo del borde de la capucha. El dio un paso hacia atrás y la bajó aún más.

—¡No seas maleducada! —la reprendió Elissa—. Vete de aquí y juega con tu hermano.

La niña le devolvió una mirada rebelde, pero la madre la acalló con otra, así que cruzó la habitación a la carrera hasta detenerse al lado de una mesa de trabajo donde un chico de apenas cinco inviernos apilaba bloques con grafos pintados en cada una de las caras. El Protegido adivinó las facciones de Ragen en los rasgos del rostro infantil y sintió una profunda satisfacción por su mentor, mezclada con una terrible añoranza, ya que él jamás conocería al chico o al hombre en que terminaría convirtiéndose.

Elissa parecía avergonzada.

—Lo siento mucho. Mi marido también tiene cicatrices que no le apetece ir enseñando por ahí. ¿Es usted un

Enviado?

Él asintió.

—¿Y en qué puedo ayudarle entonces? ¿Quiere un escudo nuevo? ¿O quizá su círculo portátil necesita reparación?

—Estoy buscando a un Protector llamado Cob —repuso él—. Me dijeron que esta tienda le pertenecía.

La mujer adoptó una expresión triste al sacudir la cabeza.

—Cob debe de llevar muerto al menos cuatro años —comentó y sus palabras golpearon al Protegido con más fuerza que un demonio—. Se lo llevó un cáncer. Nos dejó la tienda a mi marido y a mí. ¿Quién os dijo que le buscarais aquí?

—Un... Enviado que conozco —replicó él, mientras se recuperaba de la impresión.

—¿Qué Enviado? —le presionó ella—. ¿Cuál es su nombre?

Él dudó mientras su mente buscaba desesperadamente una respuesta. No se le ocurría ningún nombre y sabía que cuanto más tardara en responder, más riesgo correría de ser descubierto.

—Arlen de Arroyo Tibbet —soltó de improviso y se maldijo al mismo tiempo de pronunciar las palabras.

Los ojos de Elissa se iluminaron.

—Cuénteme cosas de Arlen —le suplicó, poniendo una mano sobre su brazo—. Hace tiempo tuvimos una relación muy estrecha. ¿Dónde le vio por última vez? ¿Está bien? ¿Podría usted llevarle un mensaje? Mi marido y yo le pagaríamos lo que nos pidiera.

Al descubrir la repentina desesperación que mostraban sus ojos, se dio cuenta de lo profundamente que la había herido al marcharse. Y ahora, de forma estúpida, le había

dado falsas esperanzas de que podría localizarle de nuevo. Sin embargo, el chico que ella había conocido estaba muerto, tanto su cuerpo como su alma. No podría recuperarle aunque se levantase la capucha y le contara la verdad. Sería mejor darle el final que ella necesitaba.

—Arlen me habló de usted una noche —contestó una vez tomada la decisión—. Es usted tan hermosa como me dijo.

Elissa sonrió ante el cumplido con los ojos húmedos, pero de repente su expresión se tornó grave cuando comprendió finalmente las implicaciones de lo que él había dicho.

—¿Qué noche?

—La noche en que me hicieron estas cicatrices al cruzar el desierto krasiano. Arlen murió para que yo sobreviviera. —De alguna forma, eso era cierto.

Ella soltó una exclamación de pena ante el anuncio y se cubrió la boca con las manos. Los ojos, que poco antes se le habían humedecido de alegría, ahora se llenaron de lágrimas mientras su rostro se contraía por el dolor.

—Sus últimos pensamientos estuvieron dedicados a ustedes —continuó él—, sus amigos de Miln, su... familia. Quería que viniera aquí y se lo contara.

La mujer apenas le escuchaba.

—¡Oh, Arlen! —gritó y se tambaleó. El Protegido se precipitó a sujetarla; después la guió hasta uno de los bancos de trabajo y la ayudó a sentarse mientras ella sollozaba.

—¡Mamá! —gritó Marya, corriendo a su lado—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? —Miró al hombre con ojos acusadores.

El Protegido se arrodilló ante la niña, no sabía si porque simplemente deseaba parecerle menos amenazador o para

dejar que le pegara si así lo quería. Casi anheló que lo hiciera.

—Me temo que le he traído malas noticias, Marya —le dijo con dulzura—. Algunas veces el deber de un Enviado es decirle a la gente cosas que no les alegra escuchar.

Justo en ese momento, Elissa alzó la mirada y dejó de sollozar. Recobró la compostura tras respirar hondo y se secó las lágrimas en el puño de encaje. Después abrazó a su hija.

—El lleva razón, cariño. Me pondré bien. Llévate a tu hermano a la parte de atrás un rato, por favor.

Marya le dedicó al Protegido una última mirada condenatoria; después asintió, cogió a su hermano pequeño y abandonó la habitación. El los observó marcharse y se sintió mal. Nunca debería haber ido allí, tendría que haber enviado a un intermediario o haber acudido a algún otro Protector, aunque no confiaba en ninguno como en Cob.

—Lo siento. No era mi deseo traerle dolor.

—Lo sé —repuso ella—. Me alegra que me lo haya contado. No sé si lo entiende o no, pero hace las cosas algo más fáciles.

—Más fáciles —asintió él. Rebuscó en su morral y extrajo de él un puñado de cartas y un grimorio de grafos de combate, envuelto en tela impermeable y atado con una cuerda—. Esto es para ustedes. Arlen quería que lo tuvieran.

Elissa tocó el paquete y asintió.

—Gracias. ¿Planea estar mucho tiempo en Miln? Mi marido está fuera ahora, pero seguro que tendrá muchas preguntas que hacerle. Arlen era como un hijo para él.

—Sólo estaré un día en la ciudad, señora mía —repuso él, pues no deseaba tener conversación alguna con Ragen. El hombre le presionaría para obtener detalles que no

podía darle—. Traigo un mensaje para el duque, debo encontrarme con alguna gente para presentarle mis respetos y después me marcharé.

Sabía que debería haberlo dejado ahí, pero el daño ya estaba hecho y no pudo contener las siguientes palabras.

—Dígame... ¿vive aún Mery en la casa del Pastor Ronnell?

Ella sacudió la cabeza.

—Ya hace muchos años que no. Ella...

—No importa —la cortó él, pues no quería saber más. Mery había encontrado a alguna otra persona. Eso no era una gran sorpresa y él no tenía derecho a sentirse abatido por la noticia.

—¿Qué pasó con el chico, Jaik? Tengo también una carta para él.

—Ya no es ningún chico —replicó ella, mirándole con ojos penetrantes—. Ahora es un hombre. Vive en la calle del Molino, en la tercera casa destinada a los trabajadores.

Él asintió.

—Bien, pues con su permiso, me voy.

—Puede que no le guste lo que encuentre allí —le advirtió Elissa.

Arlen alzó la mirada e intentó comprender el significado de aquellas palabras pero se perdió en aquellos ojos húmedos e hinchados. Elissa parecía cansada e inocente. Se volvió para marcharse.

—¿Cómo sabe el nombre de mi hija? —inquirió.

La pregunta le sorprendió y, por eso, vaciló.

—Usted me la presentó cuando entró aquí. —En el mismo momento en que lo dijo, maldijo en silencio, pues Elissa se había visto interrumpida por la niña antes de que pudiera decirle el nombre y de cualquier modo, podría haber dicho que lo conocía a través de Arlen.

—Supongo que sí lo hice —admitió ella y le sorprendió de nuevo. El Protegido se lo tomó como un golpe de suerte y se dirigió hacia la puerta. Había cerrado ya los dedos en torno al pomo cuando ella habló de nuevo.

—Te he echado de menos —le dijo en voz baja.

El se detuvo, luchando con la necesidad de volverse, correr hacia ella y apretarla con fuerza entre sus brazos y suplicarle perdón.

Pero salió de la tienda de grafos sin añadir una palabra más.

El Protegido se maldijo a sí mismo mientras caminaba a grandes zancadas por la calle. Le había reconocido. No sabía cómo, pero lo había hecho, y al marcharse le había causado una herida más honda de lo que la noticia de su propia muerte podría haberle infligido. Elissa había sido como una madre para él y darle la espalda suponía una muestra de rechazo final a su amor. Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? ¿Cómo podía mostrarle lo que se había hecho a sí mismo, el monstruo en el que se había convertido su hijo adoptivo?

No. Era mejor que pensara que la había abandonado, mejor una mentira cualquiera que la verdad.

«Pero ¿es que ella no merece saber la verdad?», inquirió la fastidiosa voz en su cabeza.

La pregunta le hacía daño, así que la apartó de su mente y se concentró en la razón principal por la que había viajado a Miln, el mensaje de Rhinebeck. Se presentó en la torre del duche Euchor, pero los guardias de las puertas no le dieron la bienvenida.

—Su Gracia no tiene tiempo para entrevistarse con todos los Pastores andrajosos que hay en la ciudad —le gruñó uno de ellos al verle aproximarse con aquellas ropas holgadas y la capucha.

—A mí sí querrá verme —les advirtió y alzó la bolsa que contenía el sello de Rhinebeck. Los guardias abrieron los ojos por la sorpresa pero después se volvieron hacia él con la sospecha retratada en el rostro.

—Tú no eres ninguno de los Enviados Reales que conozco —dijo el primero que había hablado— y te aseguro que los conozco a todos.

—De todas formas, ¿qué clase de Enviado iría por ahí vestido de Pastor? —intervino el otro.

El Protegido, que aún tenía en la cabeza en el encuentro con Elissa, no tenía paciencia suficiente para la actitud mezquina de aquellos funcionarios.

—La clase de Enviado que te partirá la cabeza si no abres las puertas y me anuncias —repuso, levantando la capucha.

Ambos guardias dieron un paso atrás al observar su rostro tatuado. Él hizo un gesto hacia la puerta y ellos tropezaron el uno con el otro en sus prisas por abrirla. Uno de ellos se adelantó diligentemente hacia el palacio.

El Protegido volvió a poner la capucha en su sitio y disimuló una sonrisa. Después de todo, parecer un monstruo tenía algunas ventajas.

Caminó hacia el palacio a paso vivo, atrayendo las miradas de todos los que se encontraban en el patio, cuyos comentarios llegaron también a sus agudos oídos. No pasó mucho rato antes de que la ayuda de cámara del duque, la Madre Jone, apareciera para saludarle precedida por el guardia de la puerta. Ya tenía un aspecto descarnado la última vez que la vio hacía más de una década, pero desde

entonces, los años la habían vuelto aún más enjuta, su piel era traslúcida y pálida, manchada debido a la vejez, y parecía estar tensa y estirada sobre las venas azules. Sin embargo, su espalda se erguía recta y su paso era rápido. Ragen solía considerarla una especie única de abismal y ninguno de los encuentros que había tenido con ella le había dado motivos para dudar de tal afirmación. Un par de guardias la seguían con discreción un par de pasos por detrás.

—Ése es, Madre Jone —le dijo uno de ellos.

Jone asintió y despidió al soldado con un gesto de la mano. Él se dirigió al torreón de la entrada, pero el Protegido advirtió que le seguía un montón de gente, ávida de chismorreos.

—Tú eres al que llaman el Protegido, ¿no? —la preguntó la mujer.

Él asintió.

—Traigo noticias urgentes del duque Rhinebeck y una propuesta personal.

Jone alzó una ceja al escuchar aquello.

—Hay muchos que creen que eres la reencarnación del Liberador. ¿Cómo es que has terminado al servicio del duque Rhinebeck?

—Yo no sirvo a ningún hombre —replicó él—. Traigo un mensaje de Rhinebeck porque sus intereses y los míos coinciden en este caso. El ataque de los krasianos a Rizón nos afecta a todos.

Jone asintió.

—Su Gracia está de acuerdo, de modo que os garantiza una audiencia... —El Protegido asintió y comenzó a dirigirse hacia el palacio, pero la mujer alzó un dedo y añadió—: Mañana.

El frunció el ceño. Era costumbre que los duques hicieran esperar a los Enviados durante un breve período de tiempo para hacer exhibición de su poder, pero no era frecuente que la audiencia a un Enviado Real se retrasara durante todo un día cuando traía noticias graves, sobre todo cuando en ese momento el sol todavía no había alcanzado su cénit. Jamás había oído algo así.

—Quizá no ha valorado adecuadamente la importancia de mis noticias —le advirtió el Protegido con suavidad.

—Y quizá tú no has valorado adecuadamente la situación —replicó Jone—. Te has hecho toda una reputación al sur del Entretierras, pero ahora estás en las tierras del duque Euchor, Luz de las montañas y Guardián de las Tierras del Norte. Él te recibirá cuando se lo permita su agenda y eso es mañana.

Todo aquello era pura pose. Euchor quería hacer una demostración de poder rechazando al Protegido.

Podía insistir, por supuesto. Podía alegar que se le había insultado y amenazar con regresar a Angiers, o incluso abrirse paso entre los guardias por la fuerza. Allí no había nadie capaz de detenerle si él no lo deseaba.

Pero necesitaba la buena voluntad de Euchor. Ragen recibiría el grimorio de grafos de combate que le había dado a Elissa y sabría qué hacer con él, pero sólo Euchor le podía suministrar el abastecimiento necesario y los hombres destinados a Angiers antes de que fuera demasiado tarde. Merecía la pena esperar un día por ello.

—Muy bien. Estaré esperando a las puertas mañana al amanecer. —Se volvió para marcharse.

—Tenemos toque de queda en Miln —repuso Jone—. No se le permite a nadie andar por las calles antes del amanecer.

El Protegido se volvió para encararla y alzó la cabeza para permitirle mirar dentro de la capucha. Sus dientes relucieron brillantes entre los labios tatuados cuando sonrió.

—Entonces, decidle a los guardias de las puertas que me arresten —le sugirió.

Ambos podían hacer poses y medir su poder.

La boca de la mujer se convirtió en una línea apretada. Si la vista de su piel tatuada la inquietó, no lo demostró.

—Al amanecer —aceptó, se volvió con agilidad, y se dirigió hacia el palacio a grandes zancadas.

Varios guardias le siguieron cuando abandonó la ciudadela del duque. Eran discretos y mantuvieron las distancias, pero no había duda de que pretendían averiguar el lugar donde pernoctaría y tomar nota de la gente con la que tuviera contacto.

Pero el Protegido había vivido en Miln durante muchos años y conocía bien la ciudad. Dobló una esquina que daba a un callejón sin salida y una vez fuera de la vista, dio un salto de tres metros de altura hasta llegar al alféizar de la ventana del segundo piso. Desde allí le resultó fácil dar un nuevo salto hacia la ventana del tercer piso y pasar luego al tejado de la casa opuesta. Vio cómo los guardias esperaban pacientemente a que él se diera cuenta de que se había metido en un callejón sin salida y regresara por donde había entrado. Para cuando se cansaran de esperar y entraran en el callejón a investigar, él ya estaría lejos.

Mientras se aproximaba a la tercera casa de la calle del Molino recordó la misteriosa respuesta de Elissa sobre Jaik. ¿Estaría bien? ¿Le habría ocurrido algo?

Cuando era pequeño, Jaik y Mery habían sido sus únicos amigos. Jaik soñaba con convertirse en Juglar y ambos habían hecho el pacto de viajar juntos en el momento en que Arlen obtuviera su licencia de Enviado, como solían hacer muchos Enviados y Juglares.

Pero mientras Arlen había conseguido sus objetivos con una tenacidad ciega, Jaik jamás había reunido la voluntad suficiente para estudiar el arte de la Juglaría. Cuando llegó el momento de la marcha de Arlen, el muchacho era tan capaz de hacer malabarismos como de volar moviendo los brazos.

Aun así, parecía que no le había ido mal. Aunque su casa no era una gran mansión como la de Ragen y Elissa, era sólida y estaba bien cuidada, un edificio bastante espacioso según los estándares de la superpoblada Miln. El hombre debía de estar en el molino a esas horas del día y quizá era mejor así. Seguramente tendría familiares en la casa a los que podría dejar el paquete de cartas, gente que no reconocería a Arlen Bales y mucho menos al Protegido.

Por ello, no estaba preparado para que fuera Mery quien abriera la puerta.

La mujer contuvo el aliento al verle, cubierto por completo por la capa y la capucha y dio un paso hacia atrás. Él, tan sorprendido y asustado como ella, retrocedió a la misma vez.

—¿Sí? —preguntó Mery, una vez recuperada del susto—. ¿Puedo ayudarle en algo? —Mantuvo la mano sobre la puerta, preparada para cerrarla de un portazo si era necesario.

Era mayor de cómo la recordaba, pero eso no disminuía en nada su hermosura. Por el contrario, la Mery que él recordaba era un brote primaveral comparado con la flor que tenía ante sí. Los miembros delgados de la juventud se

habían rellenado mostrando ahora unas curvas sensuales y el hermoso cabello castaño caía en ondas, enmarcando su rostro redondo y los mismos labios suaves que él había besado miles de veces. Las manos le temblaron ante la imagen, pero si no estaba preparado para enfrentarse a su belleza, el hecho de que fuera ella quien le abriera la puerta le había dejado atónito.

Se había casado con Jaik. Jaik, que le había enseñado a jugar a la pelota y había robado dulces de la ventana trasera del panadero para compartirlos con ellos. El mismo que le había seguido a todas partes con cierta angustia cuando le dijo que iba a convertirse en Enviado. El mismo que siempre había sido invisible para Mery, que sólo tenía ojos para Arlen.

—Perdóneme... —se excusó, demasiado alterado para disimular la voz—, debo haberme equivocado de... —Se dio la vuelta y se marchó dando grandes zancadas.

La oyó jadear a su espalda pero apretó el paso en lugar de detenerse.

—¿Arlen? —le llamó ella y él comenzó a correr.

Pero al arrancar la carrera, ella intentó seguirle.

—¡Arlen, para! ¡Por favor! —le gritó, pero él no le prestó atención. Sólo quería escapar y sus fuertes piernas en seguida pusieron la distancia entre ellos.

Había un carro roto en la calle, inclinado hacia un lado, y dos hombres que discutían en mitad del desastre. Perdió unos segundos preciosos al esquivarlos y Mery acortó la distancia entre ellos. Corrió hacia el hueco entre dos casas, esperando atajar por allí, pero la salida que recordaba no estaba y en su lugar se alzaba un muro de piedra demasiado alto para poder saltarlo.

Cerró los ojos y deseó poder desmaterializarse como lo había hecho en casa de Leesha, pero tenía el sol justo

encima y la magia no funcionaría en esas condiciones. Se volvió para salir de allí pero era demasiado tarde, pues cuando fue a doblar la esquina se precipitó contra Mery y ambos cayeron enredados al suelo. Él consiguió sujetarse la capucha cuando impactó contra el suelo adoquinado. Se tensó, preparado para ponerse en pie de un salto, pero Mery se arrojó sobre él y lo apretó en un estrecho abrazo.

—Arlen —sollozó—. Te dejé ir una vez y le juré al Creador que jamás volvería a hacerlo. —Lo abrazó con más fuerza aún, llorando sobre sus ropas y él la sostuvo entre sus brazos y la meció, sentado sobre el suelo en la boca del callejón. Aunque se había enfrentado a todo tipo de demonios, aquel abrazo le aterrorizaba de un modo que no sabía cómo explicar.

Pasado un rato, Mery se recobró y se limpió la nariz y los ojos con una manga.

—Debo tener un aspecto horrible —murmuró con voz ronca.

—Estás preciosa —repuso él y las palabras no fueron un simple cumplido.

Ella se echó a reír avergonzada, bajó los ojos y sorbió de nuevo por la nariz.

—Quise esperarte —susurró.

—No pasa nada —respondió él.

Pero ella sacudió la cabeza.

—Si hubiera creído que ibas a volver, te habría esperado toda la vida. —Alzó la mirada hacia él, intentando ver algo a través de las sombras de la capucha—. Yo nunca habría...

—¿No te habrías casado con Jaik? —preguntó él, quizá con más brusquedad de la que pretendía.

Ella apartó la mirada, mientras se levantaban con torpeza del suelo.

—Tú te habías ido y él estaba aquí. Ha sido muy bueno conmigo durante todos estos años, Arlen, pero... —Mery lo miró, indecisa—... si tú me lo pidieras...

Se le encogieron las tripas. ¿Si él se lo pedía qué? ¿Se iría con él? ¿O se quedaría en Miln pero dejaría a Jaik para poder estar con él? Las visiones de su sueño invadieron su mente.

—Mery, no —le suplicó—. No lo digas. —El ya no podía volver atrás.

Ella se volvió como si la hubiera abofeteado.

—No has vuelto a buscarme, ¿verdad? —le preguntó, respirando con fuerza para contener las lágrimas—. Sólo has hecho un alto para ver a tu viejo amigo Jaik, darle una palmadita en la espalda y contarle tus aventuras antes de volver de nuevo al camino.

—Las cosas no son así, Mery —intervino él. Se le acercó por la espalda y le puso las manos sobre los hombros. La sensación era extraña; familiar por un lado, ajena por otro. No podía recordar la última vez que había tocado a alguien de ese modo—. Esperaba que hubieras encontrado a alguien en todo este tiempo. Oí que eso había sucedido y no quería estropearlo. —Hizo una pausa—. Sólo que no esperaba que fuera Jaik.

Mery se volvió y lo abrazó de nuevo, sin enfrentarse a sus ojos.

—Ha sido muy bueno conmigo. Mi padre habló con el barón que posee el molino y le hicieron supervisor. Yo acudí a la Escuela de Madres para apuntarme en las listas y optar a una casa.

—Jaik es un buen hombre —admitió el Protegido.

Ella alzó la vista hacia él.

—Arlen, ¿por qué me escondes el rostro?

Esta vez fue él quien le dio la espalda, aunque por un momento, estuvo a punto de no hacerlo.

—Le pertenece a la noche. No es algo que quieras ver.

—Tonterías —dijo la muchacha, alargando la mano en dirección a la capucha—. Estás vivo después de todo este tiempo. ¿Crees que me preocupa que tengas cicatrices?

Él se retiró con brusquedad y le sujetó la mano.

—Es más complicado que eso.

—Arlen —se puso las manos en las caderas al igual que hacía tantos años atrás, cuando había que ponerse serios—, han pasado ya ocho años desde que te fuiste de Miln sin siquiera despedirte. Lo menos que puedes hacer es reunir el valor suficiente para mostrarme tu cara.

—Si no recuerdo mal, fuiste tú la que se marchó.

—¿Crees que no lo sé? —le gritó la chica—. Me he pasado todos estos años culpándome, sin saber si habías muerto en el camino o estabas en los brazos de otra mujer, ¡todo porque una noche fui egoísta y estúpida! ¿Cuánto tiempo se me debe castigar por reaccionar de ese modo cuando me dijiste que querías arriesgar tu vida sólo para escapar de la presión que era vivir aquí conmigo?

Él la miró, sabiendo que tenía razón. Jamás le había mentido, ni a ella ni a nadie, pero de todos modos, la había decepcionado, pues había dejado que pensara que había abandonado sus sueños de convertirse en Enviado.

Despacio, alzó las manos y dejó caer la capucha.

Los ojos de Mery se abrieron por la sorpresa y se tapó la boca para ahogar el grito que le había provocado la visión de los tatuajes. Sólo en el rostro había docenas, que recorrían la mandíbula y los labios, le rodeaban la nariz y los ojos, y llegaban incluso a las orejas.

Ella retrocedió de forma inconsciente.

—Tu rostro, tu hermoso rostro... Arlen, ¿qué es lo que has hecho?

Él se había imaginado esa reacción incontables veces, la había visto antes en otra gente a lo largo y ancho de Thesa, pero a pesar de todo, no estaba preparado para el dolor que le produjo. Vio en sus ojos cómo juzgaba lo que había hecho de sí mismo y le hizo sentir pequeño e indefenso como no se había sentido en años.

El sentimiento le encolerizó y Arlen de Miln, que había ido ganando fuerza por primera vez en años, se retiró de nuevo hacia la oscuridad. El Protegido tomó su lugar y sus ojos se endurecieron.

—Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir —replicó con la voz repentinamente áspera.

—No es eso lo que has hecho —repuso ella, sacudiendo la cabeza—. Podrías haber sobrevivido aquí en Miln. Podrías haber vivido en cualquiera de las Ciudades Libres. No tenías que... mutilarte para sobrevivir. La verdad es que lo hiciste porque te odias tanto que no crees merecer otra cosa que estar expuesto en mitad de la noche. Lo hiciste porque te aterroriza abrir tu corazón y amar algo que los abismales puedan quitarte.

—No me asusta nada de lo que hagan los abismales. Camino libre por la noche y no temo a ningún demonio, ni grande ni pequeño. ¡Son ellos los que corren al verme, Mery! ¡A mí! —Y se golpeó el pecho para dar más énfasis a la frase.

—Claro que lo hacen —susurró ella, con las lágrimas recorriendo sus suaves mejillas—. Tú mismo te has convertido en un monstruo.

—¡¿Un monstruo?! —gritó el hombre tatuado y ella retrocedió un paso con un estremecimiento, asustada—. ¡He hecho lo que ningún hombre ha conseguido desde hace

siglos! ¡Lo que siempre habíamos soñado! ¡He devuelto poderes a la humanidad que se daban por perdidos desde la Primera Guerra de los Demonios!

Mery escupió en el suelo, sin parecer impresionada en absoluto. La imagen era estremecedora, la misma imagen que había visto la noche anterior, en su tercera visión.

—¿Y a qué coste? —le increpó ella—. Jaik me ha dado dos hijos, Arlen. ¿Vendrás tú a pedirles que marchen y mueran en otra guerra contra los demonios? Podrían haber sido tuyos, tu regalo al mundo, pero en vez de eso todo lo que le has procurado ha sido una vía para su autodestrucción.

El Protegido abrió la boca para espetarle una airada réplica, pero no salió nada de ella. Si otra persona cualquiera le hubiera dicho tales cosas, le habría replicado con dureza pero Mery atravesaba sus defensas con facilidad. ¿Qué había aportado él al mundo? ¿Marcharían miles de jóvenes con sus armas, sólo para ser masacrados durante la noche?

—Es cierto que has hecho lo que siempre habías soñado, Arlen —continuó ella—. Te has asegurado de que nadie vuelva a acercársete nunca. —Sacudió la cabeza y su rostro se contrajo por la pena. Se le escapó un sollozo entre los suaves labios y se cubrió la boca con la mano; luego se dio la vuelta y huyó de él.

El hombre tatuado se quedó allí quieto un buen rato, mirando los adoquines mientras la gente pasaba junto a él. Miraban su rostro tatuado y aquella imagen encendía la mecha de animadas conversaciones, pero él apenas se dio cuenta. Por segunda vez, Mery le había dejado desconsolado y sólo deseaba que la tierra se lo tragase.

Vagabundeó por las calles sin dirección, intentando asumir lo que Mery le había dicho, pero no podía hacerlo. ¿Llevaba razón? Desde la noche en que murió su madre, ¿le había abierto su corazón a alguien? Conocía la respuesta y eso sólo le daba más razón a sus acusaciones. La gente lo miraba con descaro conforme avanzaba y su carne tatuada se erigía ahora en una barrera tan eficaz ante ellos como ante los abismales. Sólo Leesha había intentado derribarla y siempre la había apartado de su lado.

Después de un buen rato, alzó la mirada y se dio cuenta de que sus pies le habían llevado de regreso a la tienda de Cob. Aquel lugar familiar le atraía y ahora no tenía fuerzas para resistírsele. Se sentía vacío por dentro. Hueco. Dejaría que Elissa le recriminara y le pegara. No podría hacerle más daño del que ya le habían hecho.

Ella estaba barriendo la puerta de la tienda cuando entró. Estaba sola. Alzó la mirada cuando sonaron las campanillas y sus ojos se encontraron. Durante un buen rato, ninguno de los dos dijo una sola palabra.

—¿Por qué no me dijiste que estaban casados? —preguntó al fin. Sonaba hosco y poco convincente, pero no se le ocurría qué otra cosa decir.

—Tú tampoco encontraste oportuno contármelo todo, ¿no? —le replicó ella. No había ira en su voz, ni acusación alguna. Hablaba con naturalidad, como si estuvieran comentando lo que habían desayunado.

Él asintió.

—No quería que me vieras así.

—¿Así cómo? —preguntó Elissa con dulzura. Dejó la escoba a un lado y avanzó despacio hasta llegar a su lado. Luego puso una mano sobre su brazo—. ¿Cubierto de cicatrices? Ya las había visto antes.

Él se volvió y le dio la espalda, y ella dejó caer la mano.

—Estas cicatrices me las hice yo mismo.

—Todos nos las hacemos antes o después.

—Mery me miró y echó a correr como si yo fuera un abismal.

—Lo siento mucho —repuso Elissa, que se acercó a su espalda y lo envolvió en sus brazos.

El Protegido deseaba apartarla, pero una parte de él se derritió en su abrazo. Se volvió y la estrechó a su vez, inhalando su olor, tan familiar. Cerró los ojos, abriéndose al dolor y dejándolo salir.

Pasado un rato, Elissa se echó hacia atrás.

—Quiero ver lo que le has mostrado a ella.

Él sacudió la cabeza.

—Yo...

—Shhh... —le dijo con suavidad y metió un dedo bajo la capucha para ponerlo sobre sus labios. Él se tensó cuando sus manos se alzaron, despacio y apartaron la tela. El miedo le recorrió, helándole la sangre, pero permaneció inmóvil como una estatua, resignado a lo que tuviese que ocurrir.

Como había pasado con Mery, los ojos de Elissa se abrieron de par en par y jadeó por la sorpresa, pero no retrocedió. Simplemente, se le quedó mirando, asumiéndolo.

—Antes no apreciaba los grafos —dijo después de un rato—. Para mí sólo eran un instrumento, como un martillo o el fuego. —Alargó la mano y le tocó la cara. Sus dedos suaves recorrieron los grafos en sus cejas, su mandíbula, su cráneo—. Sólo ahora, al trabajar en esta tienda, he llegado

a apreciar lo hermosos que pueden llegar a ser. Cualquier cosa que proteja a los que amamos, es hermosa.

Él se tambaleó torpemente, mientras su voz se ahogaba en sollozos, pero Elissa lo recogió en su firme abrazo y le sirvió de apoyo.

—Bienvenido a casa, Arlen. Aunque sea sólo por una noche.

5

La corte de Enchor
Primavera del 333 d.R.

El Protegido abandonó la tienda y caminó un cierto trecho antes de subirse de nuevo a los tejados para asegurarse de que nadie le seguía hasta la mansión de Ragen y Elissa.

Era más pequeña de lo que recordaba. Cuando llegó a Miln por primera vez, a los once años de edad, la casa de Ragen y Elissa le había parecido casi una aldea en sí misma con aquel gran muro rodeando los jardines, las casitas de los Siervos y la casa propiamente dicha. Ahora, hasta el patio, que le había parecido un espacio casi infinito cuando era joven y aprendía a montar y luchar, le parecía claustrofóbico. Estaba tan acostumbrado a caminar libre por la noche que ahora cualquier muro le parecía sofocante.

Los Siervos de la puerta le dejaron entrar sin decir una palabra. Elissa había enviado a un mensajero a la mansión y

a otro para recoger a *Rondador Nocturno* y su equipaje de la posada. Cruzó el patio, entró en la casa y subió los escalones de mármol hasta su antigua habitación.

Estaba exactamente como cuando la dejó. Arlen había adquirido muchas cosas durante su estancia en Miln: libros, ropa e instrumentos de todo tipo. Algunos de ellos se usaban para la protección, pero un Enviado no podía permitirse tal carga, pues ellos estaban limitados por lo que podía transportar su caballo. Había dejado la mayoría de sus cosas allí, sin mirar atrás, así que parecía que el tiempo no hubiera pasado en aquella habitación. Había sábanas limpias en la cama y ni una mota de polvo, pero no habían cambiado nada de sitio. Su escritorio aún estaba abarrotado. Se sentó allí un buen rato y disfrutó de la familiaridad y la seguridad que se desprendía de aquel ambiente, sintiéndose de nuevo como si tuviera diecisiete inviernos. Un golpe seco en la puerta le sacó de su ensoñación. Cuando la abrió se encontró con Madre Margrit, con los recios brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido. Ella había cuidado de él desde que puso el pie en Miln, había curado sus heridas y le había ayudado a adaptarse a las costumbres de la ciudad. Le sorprendió descubrir que después de tanto tiempo, aún le intimidaba.

—Veamos eso, entonces —dijo.

No tuvo que preguntar a qué se refería. Se armó de valor y se quitó la capucha.

Margrit lo observó durante un rato, sin mostrar sorpresa ni horror, tal como él había esperado. Gruñó y asintió para sí misma.

Después, le dio un bofetón en plena cara.

—¡Eso es por haberle roto el corazón a mi señora! —gritó. Fue un golpe sorprendentemente fuerte y no se había recuperado del todo cuando recibió otro más—. ¡Y eso por

romper el mío! —Luego se echó a llorar y le abrazó, apretándole contra su pecho con tanta fuerza que le dejó sin aliento mientras sollozaba—. Gracias al Creador que estás bien —dijo con la voz ahogada por las lágrimas.

Ragen llegó poco después y le dio unas palmadas en el hombro, le miró a los ojos y no hizo comentario alguno sobre los tatuajes.

—Es estupendo que hayas vuelto —comentó.

Lo cierto es que el Protegido se sentía más confundido que Ragen, pues éste llevaba un pesado broche de oro sobre el pecho con el símbolo del grafo clave del gremio de los Protectores.

—¿Ahora eres el maestro del gremio de los Protectores? —le preguntó.

Ragen asintió.

—Cob y yo nos hicimos socios cuando te marchaste y el negocio de protección que tú empezaste nos convirtió en la principal compañía de Miln. Cob sirvió tres años como maestro del gremio antes de que el cáncer minara sus fuerzas. Como heredero suyo, yo era la alternativa lógica para sucederle.

—Una decisión que nadie lamenta en Miln —intervino Elissa, mirando a su marido con ojos llenos de orgullo y amor.

El se encogió de hombros.

—Me las apaño como puedo. Pero claro —dirigió la mirada al Protegido— deberías haber sido tú. Y aún puedes serlo. En el testamento de Cob quedaba claro que el control de la compañía tenía que pasar a tus manos si regresabas alguna vez.

—¿La tienda? —preguntó él, sorprendido ante la idea de que su viejo maestro le hubiera incluido en sus últimas voluntades a pesar de haber pasado tanto tiempo.

—La tienda, el canje de grafos, los almacenes y las fábricas de vidrio —aclaró Ragen—, todo, incluidos los contratos con los aprendices.

—Es suficiente para convertirte en uno de los hombres más ricos y poderosos de Miln —apostilló la mujer.

Una imagen relampagueó en su mente, la suya caminando por los pasillos del palacio del duque Euchor, mientras daba consejos a Su Gracia sobre política, y al mando de docenas o cientos de Protectores. Para mantener el control del poder, entre sus tareas estaría la de forjar alianzas...

Leer informes.

Delegar responsabilidades.

Estar siempre rodeado de Siervos que cuidaran de todas sus necesidades.

Agobiado dentro de las murallas de la ciudad.

Negó con la cabeza.

—No lo quiero. No quiero nada de todo eso. Arlen Bales está muerto.

—¡Arlen! —gritó la mujer—. ¿Cómo puedes decir algo así?

—No puedo retomar mi vida donde la dejé, Elissa —respondió, apartando la capucha y quitándose los guantes—. He escogido mi camino. No puedo volver a vivir dentro de las murallas. Incluso ahora, siento como si el aire se hubiera vuelto más denso, difícil de respirar...

Ragen puso una mano sobre su hombro.

—Yo también he sido Enviado —le recordó—. Sé a lo que sabe el aire libre y la sed que se siente de él tras las murallas de una ciudad. Pero la sed se apaga con el tiempo.

El Protegido lo miró y sus ojos se oscurecieron.

—¿Y por qué querría yo eso? —le espetó—. ¿Por qué quieres tú? ¿Por qué vives encerrado en una prisión si tienes las llaves para salir?

—Por Marya —repuso él—. Y por Arlen.

—¿Arlen? —preguntó el Protegido, confuso.

—No tú —gruñó él, de repentino mal humor—, sino mi hijo de cinco años, Arlen, ¡que necesita a un padre más que su padre el aire libre!

La respuesta de Ragen fue un golpe más fuerte que la bofetada de Margrit y supo que se lo merecía. Durante un momento, había hablado con el hombre como si fuera su auténtico padre. Como si fuera Jeph Bales de Arroyo Tibbet, el cobarde que se había mantenido al margen mientras los abismales vaciaban a su propia mujer.

Pero Ragen no era ningún cobarde. Lo había demostrado miles de veces. Él mismo le había visto enfrentarse a los demonios tan sólo con un escudo y una lanza. No se había rendido ante la noche debido al miedo, sino que lo hacía precisamente para derrotar al miedo.

—Lo siento —contestó—. Llevas razón. No tengo derecho a...

Ragen resopló con brusquedad.

—No pasa nada, chico.

El Protegido se acercó a las filas de retratos que había en las paredes del salón del matrimonio. Habían encargado uno cada año para constatar el paso del tiempo. En el primero estaban ellos dos solos y parecían muy jóvenes. El siguiente era de varios años después y pudo observar cómo su propio rostro sin grafos le devolvía la mirada, algo que no veía desde hacía años. Arlen Bales, un chico de doce años, sentado en una silla junto a ellos.

En las siguientes imágenes iba creciendo, hasta el año en que permaneció en pie entre Ragen y Elissa con la pequeña Marya en brazos.

En el retrato que continuaba la serie, él ya no estaba, pero poco después apareció un nuevo Arlen. Tocó el lienzo con ternura.

—Me hubiera gustado estar aquí para verle nacer. Y también me gustaría estar con él aquí y ahora.

—Puedes hacerlo —afirmó Elissa—. Tú perteneces a la familia, Arlen. No tienes que llevar la vida de un Mendigo. Siempre tendrás aquí tu casa.

Él asintió.

—Ahora lo veo. Lo veo de un modo que no podía percibir antes y siento no haberlo hecho entonces. Merecéis más de lo que os he dado, mucho más de lo que puedo daros. Pero me marcharé de Miln cuando termine mi audiencia con el duque.

—¡¿Qué?! —exclamó Elissa—. ¡Pero si acabas de llegar!

El Protegido sacudió la cabeza.

—He escogido mi camino y tengo que recorrerlo hasta el final.

—¿Y adonde te diriges? —preguntó ella.

—Para empezar, a Arroyo Tibbet, que está bien lejos, para llevarles los grafos de combate. Y después, si vosotros os encargáis de hacer correr los grafos por Miln y sus aldeas, haré lo mismo con los angiersinos y los laktonianos.

—¿Esperas que cada una de las aldeas se alce y luche? —inquirió de nuevo la mujer.

Él negó con la cabeza.

—No le pido a todo el mundo que luche. Pero si mi padre hubiera tenido un arco con flechas protegidas, mi madre viviría hoy. Les debo a todos la oportunidad que ella no tuvo. Una vez los grafos hayan llegado a todas partes y se

hayan extendido tanto y tan lejos que jamás vuelvan a perderse, la gente podrá tomar sus propias decisiones acerca de qué hacer con ellos.

—¿Y después? —le presionó ella, con la esperanza de que un día volviera aún reflejada en la voz.

—Entonces, lucharé —afirmó él—. Y todos lo que lo hagan a mi lado serán bienvenidos y mataremos demonios hasta que caigamos o hasta que Marya y Arlen puedan ver ponerse el sol sin miedo.

Era tarde y hacía ya rato que los Siervos se habían retirado. Ragen, Elissa y el Protegido se habían sentado en el estudio para disfrutar de una copa de brandy, mientras el aire se espesaba con el dulce humo de las pipas que fumaban ambos hombres.

—He sido convocado a la audiencia del duque con el Protegido mañana —le informó Ragen—, aunque debo decir que jamás en toda mi vida habría pensado que fueras tú —dijo con una sonrisa burlona—. Tengo que preparar a un grupo de Protectores disfrazados de Siervos para que copien tus tatuajes mientras estás distraído hablando con Su Gracia.

El joven asintió.

—Me dejaré la capucha puesta.

—¿Por qué? —preguntó Ragen—. Si quieres que todo el mundo los tenga, ¿para qué los quieres mantener en secreto?

—Porque Euchor los codicia —repuso él— y puedo usarlos para obtener ventaja sobre él. Seré yo quien le distraiga para que piense que me los está comprando, mientras tú los distribuyes en secreto a todos los Protectores del ducado. Haz que se extiendan tan lejos que jamás pueda suprimirlos.

Ragen gruñó.

—Buena jugada —admitió—, aunque Euchor se quedará lívido cuando se dé cuenta de que has jugado a dos bandas.

Él se encogió de hombros.

—Para entonces ya hará tiempo que me habré ido y no se merece menos por mantener bajo llave en su biblioteca todos los conocimientos del mundo antiguo para que sólo puedan acceder a ellos un puñado de personas.

El hombre asintió.

—Entonces será mejor que finja no conocerte en la audiencia. Si se revela tu identidad, me mostraré tan sorprendido como los demás.

—Creo que sería lo más sensato por tu parte —concedió el Protegido—. ¿Quiénes crees tú que asistirán, además de ti?

—La menor cantidad de gente posible —explicó el hombre—. A Euchor le ha venido muy bien que acudieras tan temprano, al amanecer, de modo que entres y salgas antes de que los Pastores y los Cortesanos tengan idea de que se ha producido el encuentro.

Además del duque, Jone y yo mismo, estarán el maestro del gremio de los Enviados, Malcum, las hijas de Euchor y mis Protectores vestidos de Siervos.

—Háblame de las hijas de Euchor.

—Sus nombres son Hypatia, Aelia y Lorain —dijo Ragen —, todas con la cabeza tan dura como la de su padre e igual de poco agraciadas. Son todas madres, con hijos varones en caso de que Euchor no pueda tener un hijo propio. El Concejo Ducal de las Madres elegirá al próximo duque entre ese grupo de retoños nefastos.

—Así que, si Euchor muere, ¿uno de los chicos se convierte en duque?

—Técnicamente, sí. Aunque la verdad es que la madre del chico se convertirá en duquesa a todos los efectos salvo

en el nombre y gobernará en su lugar hasta que su hijo alcance la mayoría de edad... o puede que más. No subestimes a ninguna de ellas.

—No lo haré.

—Deberías saber también que el duque tiene un nuevo heraldo.

El Protegido se encogió de hombros.

—¿Y eso que importa? Tampoco conocí al anterior.

—Sí importa, porque el nuevo es Keerin.

El hombre tatuado alzó la cabeza y sus ojos mostraron una mirada dura. Keerin había sido el compañero Juglar de Ragen, y ambos habían encontrado a Arlen en el camino, inconsciente y agonizando debido a la fiebre de demonio que contrajo tras cortarle el brazo al Manco. El Juglar se había comportado como un cobarde, pues se acurrucó bajo la manta y se pasó la noche gimoteando mientras los demonios ponían a prueba los grafos. Sin embargo, años más tarde, lo encontró de nuevo, realizando una actuación en la que aseguraba haber sido él quien mutiló al abismal. El demonio intentaba entrar en la ciudad cada noche para vengarse de Arlen, tras haber conseguido abrir una brecha en la muralla en una ocasión. Arlen había llamado mentiroso a Keerin pública-mente y, como resultado, tanto él como Jaik habían recibido una paliza de sus aprendices.

—¿Cómo puede un hombre que se niega viajar ser heraldo del duque?

—Euchor sujeta bien las riendas del poder acaparando gente tanto como conocimientos. La estúpida cancioncita de Keerin sobre el Manco hizo que fuera muy solicitado por los Cortesanos y de esa manera captó la atención de Su Gracia. Poco después le dio la comisión ducal y ahora sólo actúa para placer del duque.

—Entonces no es un heraldo propiamente dicho.

—Oh, sí, claro que sí —repuso Ragen—. Se puede llegar a la mayoría de las aldeas sin verdadera necesidad de refugio y Euchor ha construido algunas ventas en el camino a los lugares más alejados para acomodar a esa pequeña comadreja sin pelotas.

Las puertas de la ciudadela del duque se abrieron al amanecer y la persona que salió para recibir al Protegido no fue otra que Keerin.

Era parecido a como él recordaba, alto para ser milnés, con el pelo rojo como las zanahorias y vivaces ojos verdes. Había engordado un poco, sin duda debido al buen trato que le daba su nuevo patrón. Aquel ralo asomo de bigote que había lucido en otros tiempos aún tenía problemas para encontrarse con el rizo solitario que asomaba a su barbilla y usaba polvos para suavizar las líneas del rostro, en el intento de retener una juventud que se le escapaba.

Pero aunque la última vez que lo vio llevaba el vistoso traje de Juglar, ahora vestía de acuerdo al cargo de heraldo real. Lucía un tabardo decorado con los colores de Euchor: gris, blanco y verde, cortado sobre un diseño bastante sobrio. Llevaba unos pantalones sueltos, tan holgados que más de una vez le harían tropezar, y el interior de su capa negra iba cosido con trozos de seda de diversos colores de modo que podía mostrarlos con un giro del brazo.

—¡Es un honor recibirle, señor! —dijo, inclinándose en un gesto formal—. Su Gracia se está preparando para la llegada de algunos de sus consejeros más importantes antes de comenzar la audiencia. Si me acompaña, le escoltaré a un salón de recepción.

El Protegido le siguió a través del palacio. La última vez que había caminado por allí, había un ajetreo de Siervos y Madres que se apresuraban de un lado para otro atareados con asuntos ducales. Pero era muy temprano y los pasillos aún estaban vacíos, salvo por algún Siervo ocasional, entrenado para parecer invisible.

Las lámparas generaban un zumbido al iluminar el camino con un resplandor pulsante. No necesitaban aceite ni mechas, ni química de las Herboristas. Las llamaban «léctricas», otro resto de la ciencia antigua que Euchor se reservaba para su propio uso. Se parecía a la magia, pero el Protegido sabía desde sus tiempos en la Biblioteca Ducal que la luz procedía del magnetismo, una energía no muy diferente de la del viento o la del agua cuando hacían dar vueltas a un molino.

Keerin lo acompañó hasta una lujosa sala caldeada por una chimenea. Las paredes estaban forradas de estanterías y había un escritorio de caoba. Si hubiera estado solo, habría sido un lugar agradable para esperar.

Pero Keerin no hizo movimiento alguno para marcharse. Se dirigió hacia un servicio de plata y sirvió dos copas de vino especiado; luego regresó para ofrecerle una al Protegido.

—Yo mismo soy un renombrado cazador de demonios. Quizá haya oído la canción que compuse sobre el tema, una titulada: *El Manco*.

El joven Arlen se hubiera puesto furioso ante el hecho de que ese tipo siguiera arrogándose hazañas que eran suyas, pero el Protegido estaba más allá de esas cosas.

—Claro que sí —repuso, dándole una palmada al Juglar en el hombro—. Es un honor conocer a alguien tan valiente. ¡Venga conmigo esta noche y buscaremos un puñado de demonios de las rocas a los que mostrarles el sol!

Keerin perdió el color del rostro ante la oferta y su piel se tornó de una palidez enfermiza. Él sonrió en el interior de la capucha. Quizá después de todo no estaba tan de vuelta de estas cosas.

—Yo... er... gracias por el ofrecimiento —tartamudeó el Juglar—. Me sentiría muy honrado, claro, pero mis deberes con el duque no me permiten ese tipo de cosas.

—Lo entiendo —replicó—. Es estupendo que no estuviera tan ocupado cuando salvó la vida de aquel chaval del que habla la canción. ¿Cuál era su nombre?

—Arlen Bales —contestó y recobró la compostura con una sonrisa forzada. Luego se acercó más al Protegido y le puso una mano sobre el hombro para hablarle en voz baja —. De un cazador de demonios a otro. Me sentiría muy honrado de inmortalizar sus hazañas en una canción, si me permitiera una breve entrevista cuando sus asuntos con Su Gracia hayan finalizado.

El Protegido se volvió para enfrentarse a él y alzó la cabeza de modo que la luz de la léctrica entrara dentro de la capucha. Keerin jadeó del susto y apartó el brazo, dando un salto hacia atrás.

—Yo no mato demonios por la gloria, Juglar—rugió, avanzando hacia el heraldo hasta que éste dio con su espalda contra la estantería, que se balanceó de manera inestable—. Yo mato demonios —se inclinó para acercarse más aún—, porque merecen morir.

La mano del Juglar tembló de tal manera que derramó el vino. El hombre tatuado dio un paso hacia atrás y sonrió.

—Quizá debería usted escribir una canción sobre eso —le sugirió.

El heraldo no se marchó, pero no volvió a hablar, y el Protegido le quedó muy agradecido por ese motivo.

El gran salón de Euchor era más pequeño de como lo recordaba el Protegido, pero aun así impresionaba, con aquellos elevados pilares que sustentaban un techo de una altura que se antojaba imposible. Estaba pintado de manera que pareciera el cielo azul, con un estallido de amarillo y blanco en el centro. El suelo estaba cubierto de mosaicos y las paredes de tapices. Había espacio para alojar a una multitud, ya que el duque realizaba gran cantidad de bailes y fiestas allí, en las que gustaba de observar el desarrollo de los distintos eventos desde su alto trono en uno de los extremos del salón.

Cuando se aproximó, el duque estaba sentado en el trono. Detrás de él, sobre el estrado real, se encontraban tres mujeres que sin duda debían de ser sus hijas, tanto por sus rostros poco atractivos como por los costosos vestidos cubiertos de joyas que llevaban. Madre Jone se situaba a los pies de las escaleras que conducían al estrado y portaba una tablilla como apoyo para escribir y un lápiz. Al otro lado estaban los maestros de los gremios, Ragen y Malcum. Ambos hombres, los dos Enviados ya retirados, mantenían una animada conversación. Ragen le susurró algo a Malcum, el cual se echó a reír, recibiendo por ello una mirada enfurecida de Jone.

Junto a la mujer se encontraba el Pastor Ronnell, Bibliotecario Real, además de padre de Mery.

El Protegido se maldijo, debería haber esperado que estuviera allí. Si Mery le había dicho algo...

Pero el hombre, aunque le miraba con interés, no mostró reconocimiento alguno en sus ojos. Su secreto estaba a salvo, al menos por ahora.

Dos guardias cerraron la puerta a su espalda y cruzaron las lanzas desde el interior. Unos «Siervos», todos con carpetas para escribir, se removían en el lado más lejano de los pilares, sin que éstos les estorbaran la visión directa del hombre tatuado.

Allí arriba, Euchor se veía mucho más gordo y viejo de lo que él recordaba. Seguía luciendo joyas en todos los dedos gordezuelos y una fortuna en cadenas de oro, pero le quedaba ya poco pelo bajo la corona dorada. En su momento, había sido una figura imponente, pero ahora parecía como si apenas pudiera levantarse del trono sin ayuda.

—Duque Euchor, Luz de las Montañas y Señor de Miln —anunció Keerin—, os presento al Protegido, Enviado por cuenta del duque Rhinebeck, Guardián de la Fortaleza del Bosque y Señor de Angiers.

La voz de Ragen retornó a su memoria como siempre le sucedía cuando se entrevistaba con un duque. «Los Mercaderes y los Cortesanos te ningunearán si se lo permites. Necesitas actuar en su presencia como si fueras un rey y jamás olvides quien arriesga su vida.»

Con aquello en mente, cuadró los hombros y avanzó a grandes zancadas.

—Saludos, Su Gracia—comenzó sin que se le hubiera dado permiso. Sus ropas revolotearon a su alrededor cuando hizo una graciosa reverencia. Se oyó un murmullo en la sala debido a su audacia, pero Euchor actuó como si no se hubiera dado cuenta.

—Bienvenido a Miln. Hemos oído hablar mucho de ti. Confieso que yo era uno de los muchos que pensaban que eras un mito. Por favor, discúlpame por ello. —Hizo el gesto de que se retirara la capucha.

El Protegido asintió y se la quitó, lo que arrancó jadeos sorprendidos de los asistentes. Incluso Ragen pareció apropiadamente asustado.

Él esperó y les permitió que echaran una buena ojeada.

—Impresionante —admitió Euchor—. Los rumores no te hacen justicia. —Mientras hablaba, los Protectores de Ragen empezaron a trabajar, y pusieron los lápices en movimiento para copiar todos los símbolos que veían a la vez que trataban de no parecer interesados.

Esa vez fue la voz de Cob la que fluyó por su mente. «Fuerte Miln no es como Arroyo Tibbet, hijo. Aquí, todo cuesta dinero.» No creyó que hubieran podido anotar muchos, ya que los símbolos eran abundantes, muy pequeños y muy apretados, pero se puso la capucha de nuevo con un ademán casual, sin que sus ojos se apartaran nunca de los del duque. El mensaje era claro. Sus secretos tenían un precio.

Euchor echó una ojeada a los Protectores y les dedicó una mirada furiosa debido a su falta de sutileza.

—Traigo un mensaje de parte del duque Rhinebeck de Angiers —comenzó de nuevo el Protegido y extrajo la bolsita con el sello de entre sus ropas.

El duque lo ignoró.

—¿Quién eres tú? —le preguntó con rudeza—. ¿De dónde vienes?

—Soy el Protegido. Vengo de Thesa.

—Ese nombre no existe en Miln —le advirtió el duque.

—Sin embargo, así es —replicó él.

Los ojos de Euchor casi se le salieron de las órbitas ante la nueva audacia y se retrepó en el asiento del trono,

mientras reflexionaba. Euchor era diferente de los demás duques que se había encontrado a lo largo de sus viajes. En Lakton y Rizón, el cargo apenas era una figura de papel que servía para exponer los acuerdos del concejo urbano. En Angiers, Rhinebeck gobernaba, pero parecía que tanto sus hermanos como Janson tenían el mismo poder de decisión que él. En Miln, Euchor era quien tomaba todas las decisiones. Sus consejeros no eran más que eso y no al revés. El hecho de que hubiera gobernado durante tanto tiempo era un testigo de su astucia.

—¿Realmente puedes matar abismales con las manos desnudas? —le preguntó.

El Protegido sonrió de nuevo.

—Como ya le he propuesto a vuestro Juglar, Su Gracia, acompañadme al otro lado de la muralla cuando caiga la oscuridad y os lo mostraré personalmente.

Euchor se echó a reír, pero era una risa forzada, pues el color se había desvanecido de su cara blancuzca.

—Quizá en otro momento.

Él asintió.

Euchor lo miró durante un buen rato, como si intentara tomar una decisión.

—Entonces, ¿eres tú o no? —preguntó al final.

—¿Su Gracia?

—El Liberador —aclaró el duque.

—Seguramente no —se mofó el Pastor Ronnell, pero el duque hizo un gesto cortante y él se calló de forma inmediata.

—¿Eres tú? —inquirió de nuevo.

—No —replicó el Protegido—. El Liberador es una leyenda, nada más. —Ronnell pareció deseoso de intervenir tras aquella afirmación, pero el bibliotecario echó una

ojeada al duque y permaneció callado—. Sólo soy el hombre que ha encontrado los grafos que estaban perdidos.

—Grafos de combate —explicó Malcum, con los ojos alerta. Era el único en aquella sala que se había enfrentado a los abismales solo en la noche y su interés era genuino. El gremio de los Enviados pagaría cualquier precio para armar a sus hombres con lanzas y flechas protegidas.

—¿Y cómo te hiciste con esos grafos? —presionó Euchor.

—Hay mucho por hallar en las ruinas que se encuentran fuera de las ciudades —replicó él.

—¿Dónde? —preguntó Malcum. El Protegido se limitó a sonreír y dejó que mordieran el anzuelo.

—Ya está bien —intervino el duque—. ¿Cuánto quieres por los grafos?

El hombre tatuado sacudió la cabeza.

—No los venderé a cambio de oro.

Euchor le miró con el ceño fruncido.

—Podría hacer que mis guardias te persuadieran —le advirtió, asintiendo en dirección a los dos hombres que se encontraban al lado de la puerta.

—Pues os encontraríais con dos guardias menos.

—Quizá —reflexionó el duque—, pero puede que sí tenga suficientes hombres para sujetarte contra el suelo mientras mis Protectores copian tus tatuajes.

—Ninguno de ellos puede aplicarse a una lanza o a un arma —mintió él—. Los grafos están aquí —y se dio unos golpecitos en la frente cubierta por la capucha—, y no hay suficientes guardias en todo Miln para que me los saquen de ahí.

—No estés tan seguro —avisó Euchor—, pero me doy cuenta de que tienes un precio en mente así que dime cuál es y acabemos de una vez.

—Lo primero es lo primero —dijo el Protegido y le dio la bolsita de Rhinebeck a Jone—. El duque Rhinebeck solicita una alianza para expulsar a los krasianos que han tomado Rizón.

—Claro que Rhinebeck quiere un aliado —bufó Euchor—. Se sienta detrás de unas murallas de madera en las tierras verdes que codician las ratas del desierto. Pero ¿por qué razón tengo yo que involucrarme?

—Invoca el Pacto.

Euchor esperó a que Jone le diera la carta, la cogió y la leyó con rapidez. Frunció el ceño y después la arrugó en la mano.

—Rhinebeck ya ha roto el Pacto —bramó—, cuando trató de reconstruir Pontón en su lado del río. Que nos pague los peajes de los últimos quince años y a lo mejor yo reconsidero mi decisión en este asunto.

—Su Gracia —dijo el hombre tatuado, reprimiendo el deseo de saltar al estrado y estrangular al duque con sus propias manos—, el asunto de Pontón puede ser tratado en otra ocasión. Los krasianos son una amenaza común que va más allá de esa disputa sin importancia.

—¡¿Sin importancia?! —gritó el duque. Ragen sacudió la cabeza y el Protegido lamentó de inmediato la elección de las palabras. Nunca había sido tan bueno como su mentor manejando a los cortesanos.

—Los krasianos no vienen por las tasas, Su Gracia —le presionó—. No os equivoquéis, vienen a matar y violar hasta que todas las tierras del norte se unan a su propio ejército.

—No les tengo miedo a las ratas del desierto —replicó Euchor—. ¡Que vengan y se estrellen contra mis montañas! Dejémosles que nos asedien en estas tierras heladas y veamos si sus grafos de arena pueden luchar contra los

demonios de la nieve mientras se mueren de hambre al pie de las murallas.

—¿Y qué pasará con las aldeas? ¿También las sacrificaréis?

—Puedo defender mi ducado sin ayuda. Hay libros de ciencia de la guerra en mi biblioteca, planos para fabricar armas y máquinas que destrozarán a los salvajes con pocas bajas para nosotros.

—Si me permitís una palabra, Su Gracia —intervino el Pastor Ronnell, atrayendo todas las miradas hacia él. Se inclinó profundamente y cuando Euchor asintió, subió a toda carrera los escalones del estrado y le cuchicheó algo cerca de la oreja.

Los agudos oídos del Protegido captaron cada una de las palabras susurradas.

—Su Gracia, ¿estáis seguro de que es inteligente devolver al mundo ese tipo de secretos? —le preguntó el Pastor—. Fueron las guerras de los hombres las que trajeron la Plaga.

—¿Preferirías una plaga de krasianos? —siseó Euchor en respuesta—. ¿Qué les pasará a los Pastores del Creador si vienen los evejanos?

Ronnell hizo una pausa.

—Es un punto a tener en cuenta, Su Gracia. —Se inclinó y regresó a su lugar.

—Pero aunque controle el Entretierras —insistió Arlen—, ¿cuánto tiempo podrá sobrevivir Miln sin el grano, el pescado y la madera procedentes del sur? Las Huertas Reales podrán abastecer al palacio, pero cuando el resto de la ciudad comience a morir de inanición, os sacarán a patadas de vuestros propios muros.

Euchor resopló, pero no replicó de forma inmediata.

—No —contestó al final—, no enviaré a soldados milneses a morir en el sur en beneficio de Rhinebeck sin recibir algo a cambio.

El Protegido se sintió furioso ante la cortedad de miras del hombre, aunque su reacción no era inesperada. Era el momento de negociar.

—El duque Rhinebeck me ha concedido determinados poderes —continuó—. No moverá a su gente de su lado de Pontón, pero os cederá el cincuenta por ciento de los peajes durante un período de diez años a cambio de vuestra ayuda.

—¿Sólo la mitad durante una década? —se burló el duque—. Eso apenas pagaría la comida de mis soldados.

—Queda cierto margen para la negociación, Su Gracia —insistió el hombre tatuado.

Euchor sacudió la cabeza.

—No es suficiente. Ni mucho menos. Si Rhinebeck quiere mi ayuda, quiero eso y algo más.

El Protegido inclinó la cabeza.

—Y ¿qué sería, Su Gracia?

—Rhinebeck aún no ha sido capaz de tener un hijo varón, ¿no? —dijo con rudeza. A la Madre Jone se le escapó una exclamación de sorpresa y el resto de los hombres presentes se removieron incómodos ante la mención de un tema tan poco apropiado.

—Al igual que Su Gracia —replicó el Protegido, pero el duque movió la mano con displicencia en rechazo a su afirmación.

—Tengo nietos. Mi linaje está asegurado.

—Disculpadme, pero ¿qué tiene que ver eso con una posible alianza?

—Si Rhinebeck quiere que sea su aliado tendrá que tomar como esposa a una de mis hijas —repuso Euchor,

echando una ojeada hacia la parte de atrás del trono donde se encontraba su poco agraciada descendencia— y el peaje del puente será su dote.

—¿Vuestras hijas no son ya todas Madres? —inquirió confundido el Protegido.

—Ya lo creo, son criadoras probadas y todas han tenido hijos aunque aún se encuentran en la flor de la juventud.

Arlen echó una nueva ojeada a las mujeres. No parecían estar en la flor de nada, pero no hizo comentario alguno.

—Lo que quiero decir, Su Gracia, es que... ¿no están todas casadas?

Euchor se encogió de hombros.

—Todas con Cortesanos menores. Puedo disolver sus votos con un gesto de la mano y cualquiera de ellas estaría orgullosa de sentarse junto al trono de Rhinebeck y darle un hijo. Incluso le dejaría escoger la que quisiera de ellas.

«Rhinebeck moriría primero —pensó el Protegido—. No habrá alianza alguna.»

—No tengo poderes para negociar con ese tipo de asuntos.

—Claro que no —admitió Euchor—. Pondré la oferta por escrito hoy mismo y enviaré a mi heraldo a la corte de Rhinebeck para que la entregue personalmente.

—Su Gracia —chilló Keerin, palideciendo de repente—, seguramente me necesitaréis aquí...

—Irás a Angiers o te echaré de mi torre —rugió Euchor.

El Juglar hizo una reverencia e intentó componer una máscara juglaresca impasible, aunque traslucía con claridad su angustia.

—No cabe duda de que será para mí un gran honor ir, si quedo relevado de mis deberes locales.

Euchor gruñó y después volvió a mirar al Protegido.

—Todavía no me has dicho cuál es el precio por tus grafos de combate.

El Protegido sonrió y metió la mano en su morral para sacar un grimorio encuadernado en piel y con las páginas cosidas a mano.

—¿Estos?

—Creía que me habías dicho que no los llevabas contigo.

El Protegido se encogió de hombros.

—Mentí.

—¿Qué quieres a cambio de ellos? —insistió el duque.

—Que enviéis Protectores y suministros a Pontón con su heraldo de camino a Angiers, junto con un decreto real por el cual se acepte a todos los refugiados de más allá del Entretierras sin peaje y con garantía de darles comida, cobijo y refugio durante el invierno.

—¿Todo eso a cambio de un libro de grafos? ¡Eso es ridículo!

Arlen se encogió de hombros una vez más.

—Si deseáis comprarle los que le he vendido a Rhinebeck, será mejor que tratéis con él pronto, antes de que los krasianos quemen su ciudad hasta los cimientos.

—El gremio de los Protectores se hará cargo de los costes, Su Gracia, por supuesto —intervino Ragen oportunamente.

—Y el de los Enviados también —apuntó Malcum con rapidez.

Los ojos de Euchor se entrecerraron al mirar a los hombres y el Protegido comprendió que había ganado. El duque sabía que si rehusaba, los maestros de los gremios comprarían ellos mismos los grafos y él perdería el control de los mayores avances en magia que habían tenido lugar desde la Primera Guerra de los Demonios.

—Jamás les pediría eso a los gremios. La corona cubrirá los gastos. Después de todo —asintió en dirección al hombre tatuado—, lo menos que puede hacer Miln por los supervivientes que lleguen tan lejos al norte es acogerlos. Aunque, desde luego, tendrán que hacer un juramento de lealtad.

El Protegido frunció el ceño, pero asintió a su vez, y a una señal de Euchor, el Pastor Ronnell se apresuró a recoger el libro de sus manos. Malcum lo observó con una mirada hambrienta.

—¿Aceptarás el refugio de la caravana que vaya hacia Angiers? —inquirió el duque, intentando ocultar su ansiedad por que se fuera cuanto antes.

El Protegido sacudió la cabeza.

—Se lo agradezco, Su Gracia, pero prefiero protegerme a mí mismo. —Hizo una reverencia y sin que nadie le despidiera, se dio la vuelta y salió a grandes zancadas de la habitación.

No fue muy complicado despistar a los hombres que Euchor había enviado para que le siguieran. La ciudad comenzaba su ajetreo matinal y las calles estaban atestadas cuando el Protegido se dirigió hacia la Biblioteca del duque. Su aspecto era similar al de cualquier Pastor de los que ascendían las escaleras de mármol del mayor edificio de Thesa.

Como siempre, la Biblioteca le llenaba tanto de júbilo como de pena. Euchor y sus ancestros habían atesorado en su interior copias de casi todos los libros procedentes del viejo mundo que habían sobrevivido al incendio de las bibliotecas provocados por los demonios del fuego durante

el Retorno. Había libros sobre todas las materias: ciencia, medicina, magia, historia... Los duques de Miln habían recogido todo el conocimiento disponible y lo habían puesto a buen recaudo, negando sus beneficios al resto de la humanidad.

Como Protector itinerante, él había cubierto de grafos las estanterías y otros muebles de la Biblioteca y por ello se había ganado un lugar permanente en los libros de acceso a los archivos. Era evidente que no tenía deseo de revelar su identidad, incluso a cualquier recepcionista poco relevante, pero su objetivo no estaba esta vez en las estanterías. Una vez dentro del edificio, se deslizó hasta desaparecer de la vista y se dirigió a un pasillo lateral.

Cuando el Pastor Ronnell entró en su oficina con el grimorio de los grafos de combate bien agarrado, el Protegido le estaba aguardando dentro. El Pastor no reparó en su presencia, sino que se movió con rapidez para cerrar la puerta a su espalda. Luego exhaló el aire que había retenido hasta el momento y se volvió con el libro en las manos.

—Qué extraño que Euchor os diera el libro a vos y no al maestro del gremio de los Protectores, seguramente mucho más capaz de descifrarlos —comentó el Protegido.

Ronnell se sobresaltó al oír su voz y dio un salto hacia atrás. Los ojos se le abrieron como platos cuando vio a quien tenía ante sí. Su mano esbozó un grafo en el aire con rapidez.

Cuando quedó claro que el Protegido no pretendía atacarle, el Pastor se irguió y recobró la compostura.

—Estoy más que cualificado para descifrar el libro. La protección es parte de los estudios de un acólito. Puede que el mundo no esté preparado para lo que se contiene aquí. Su Gracia ha ordenado que lo averigüe primero.

—¿Esa es ahora vuestra función, Pastor? ¿Decidir para qué está preparada la humanidad y para qué no? ¿Es que Euchor o vos tenéis algún derecho a negar a los hombres la capacidad de derrotar a los abismales?

Ronnell resopló.

—Habláis, señor, como quien no ha vendido los grafos a un alto precio en vez de ofrecerlos sin pedir nada a cambio.

El Protegido caminó hacia el escritorio de Ronnell. La superficie estaba impecable y despejada, salvo por una lámpara, un juego de escritura de caoba pulida y un atril de bronce que sostenía su copia personal del Canon. El Protegido alzó el libro como por casualidad y sus agudos oídos captaron cómo el Pastor contenía el aliento al verle tocar un objeto de su propiedad, aunque no dijo nada.

El libro encuadernado en piel estaba gastado por el uso y la tinta algo borrosa. No era una pieza de exposición, sino más bien una copia que se utilizaba con frecuencia como guía, un lugar donde consultar sus misterios con regularidad. Ronnell había ordenado a Arlen que leyera esa misma copia durante el tiempo que pasó en la Biblioteca, pero no sentía nada de la fe que había depositado en ella el Pastor, pues partía de dos premisas que él no podía aceptar: que había un Creador todopoderoso y que los abismales eran parte de su plan, un castigo propiciado por los pecados de la humanidad.

En su mente, el libro, al igual que muchas otras cosas en el mundo, eran responsables del estado miserable de la humanidad, de esa actitud llena de cobardía y debilidad en la que vivía sumida cuando por el contrario debía mostrar fortaleza; ésa era la razón de que la humanidad siempre se sintiera asustada y desesperanzada. Pero, a pesar de todo ello, el Protegido creía profundamente en muchas de las

enseñanzas que defendía el Canon sobre la hermandad y la comunidad de los hombres.

Hojeó el libro hasta que encontró un pasaje en particular y comenzó a leer:

No hay hombre en la Creación que no sea tu hermano, No hay mujer que no sea tu hermana, ni niño que no sea tu hijo, Porque todos sufren la Plaga, tanto los justos como los pecadores. Y todos deben estar unidos para enfrentarse a la noche.

El Protegido cerró el libro con un golpe que sobresaltó al bibliotecario.

—¿Qué precio he pedido por los grafos, Pastor?, ¿que Euchor acepte a los desamparados que llamen a su puerta? ¿Cómo podría yo sacar provecho de ello?

—Podríais estar conchabado con Rhinebeck —sugirió el hombre— y que os haya pagado para deshacerse de los Mendigos que se hayan convertido en un problema al sur del Entretierras.

—¡Escuchaos a vos mismo, Pastor! ¡Buscando excusas para no seguir vuestro propio Canon!

—¿Para qué habéis venido? Podéis darle los grafos a cualquiera en Miln si así lo deseáis.

—Ya lo he hecho, de modo que ni vos ni Euchor podáis hacerlos desaparecer.

Los ojos de Ronnell se abrieron como platos.

—¿Por qué me decís eso? Keerin no se marcha hasta mañana. Puedo advertir al duque para que se desdiga de su promesa de garantizar ayuda a los refugiados.

—Pero no lo haréis —replicó el Protegido, colocando cuidadosamente el Canon de nuevo sobre su soporte.

Ronnell frunció el ceño.

—¿Qué es lo que queréis de mí?

—Quiero saber más de los ingenios de guerra que mencionó Euchor.

Ronnell respiró hondo.

—¿Y si me niego a deciros nada?

El Protegido se encogió de hombros.

—Entonces iré a las estanterías y lo encontraré yo mismo.

—No está permitido acceder a los archivos salvo para aquellos que porten el sello del duque.

El Protegido se bajó la capucha.

—¿Y para mí?

Ronnell lo miró, maravillado por la piel tatuada. Permaneció en silencio largo rato y cuando habló lo hizo con otro verso del Canon: «Y así conoceréis al Liberador; por su carne desnuda y marcada...»

—«...de la cual no soporten la vista los demonios y ante él huyan aterrorizados» —finalizó el Protegido—. Me hicisteis memorizar ese pasaje el año que estuve protegiendo las estanterías.

El Pastor lo miraba fijamente, intentando apartar los grafos y los años de su figura. Y, de repente, sus ojos brillaron al reconocerle.

—¿Arlen? —exclamó con un jadeo de sorpresa.

Él asintió.

—Me disteis vuestra palabra de que tendría acceso a las estanterías durante toda mi vida —le recordó.

—Claro, claro... —comenzó el hombre, pero luego su voz se desvaneció. Sacudió la cabeza como para aclarársela—. ¿Cómo es que no me di cuenta antes? —masculló entre dientes.

—¿Daros cuenta de qué?

—De que eras tú. —Cayó de rodillas ante él—. ¡Tú eres el Liberador que ha venido a terminar con la Plaga!

El Protegido frunció el ceño.

—Yo no he dicho tal cosa. ¡Me conocisteis cuando era un niño! Era voluntarioso e impulsivo y jamás puse un pie en el Templo. Cortejé a vuestra hija. Después la abandoné y rompí mi promesa. —Se inclinó para acercarse al Pastor—. Y antes comería mierda de demonio que creer que la humanidad se merece la «Plaga».

—Por supuesto —admitió el Pastor—. El Liberador debe creer lo contrario.

—¡Yo no soy el maldito Liberador! —exclamó con brusquedad, pero esta vez el Pastor permaneció con los ojos abiertos de par en par, maravillados, sin inmutarse ante su enfado.

—Sí que lo eres. Es la única explicación a los milagros.

—¿Milagros? —inquirió él, incrédulo—. ¿Qué habéis fumado, Pastor? ¿Qué milagros?

—Keerin puede cantar todo lo que quiera acerca del modo en que te encontraron en el camino, pero yo he oído la versión de primera mano del maestro Cob —aclaró él—. Fuiste tú quien cortó el brazo al demonio de las rocas y cuando éste hizo una brecha en la muralla, también fuiste tú quien lo engañó para que se precipitara en la trampa de los Protectores.

El Protegido se encogió de hombros.

—¿Y qué? Cualquiera con una habilidad básica para proteger podría haber hecho cualquiera de las dos cosas.

—No recuerdo a nadie que lo haya hecho. Y tú sólo tenías once años cuando mutilaste al demonio, y estabas solo en lo más profundo de la noche.

—Habría muerto a causa de mis heridas si Ragen no me hubiera encontrado.

—Sobreviviste varias noches antes de que llegara el Enviado. El Creador debió enviarlo cuando tu prueba

terminó.

—¿Qué prueba? —preguntó, pero Ronnell le ignoró.

—Eras un Mendigo encontrado en el camino —continuó el Pastor—, pero trajiste nuevos grafos a Miln y ¡revitalizaste ese arte antes de finalizar siquiera tu propio aprendizaje! —Hablaba como si contemplara cada uno de aquellos hechos a la luz de una nueva perspectiva mientras los enumeraba, como encajando las piezas de un gran puzle —. También protegiste la Santa Biblioteca —añadió, con respeto reverencial—. Un niño, un mero aprendiz, y te dejé proteger el edificio más importante del mundo.

—Sólo los muebles —replicó él.

Ronnell asintió como si estuviera encajando otra pieza más.

—El Creador te quería aquí en la Biblioteca. ¡Estos secretos fueron recogidos sólo para ti!

—Eso son tonterías.

Ronnell se puso en pie.

—Recemos, pues. Cálate la capucha —le ordenó y luego se dirigió hacia la puerta.

El Protegido se lo quedó mirando durante un momento y después le obedeció. El Pastor le condujo desde la oficina al archivo principal a través del laberinto de estanterías con la familiaridad con la que cualquier hombre recorrería su propio hogar cuando la tetera comienza a silbar.

Él le siguió con no menos naturalidad. Después de haber protegido todas las baldas, mesas y bancos del edificio tenía su disposición grabada en la mente. Pronto llegaron a una arcada, cuya entrada estaba acordonada. Un fornido acólito la guardaba y sobre él, las letras «A.R.» estaban grabadas en la clave del arco.

Dentro se encontraban los libros más valiosos del archivo, copias originales de los manuscritos que databan

de antes del Retorno. Rara vez se sacaban y estaban protegidos tras cristales, ya que eran copias que se habían realizado hacía mucho tiempo. En la sección A.R. también había incontables filas de manuales, libros de filosofía e historias que el bibliotecario, un devoto Pastor del Creador, había retirado por considerarlos inapropiados incluso para los eruditos de Miln.

El Protegido había disfrutado examinándolos de niño, cuando los acólitos que patrullaban las estanterías censuradas no andaban por allí. Había robado más de una novela para leer por la noche y al día siguiente devolvía el libro sin que nadie se diera cuenta.

El acólito se inclinó profundamente al acercársele el Pastor y Ronnell le condujo hacia uno de los estantes prohibidos. Había, literalmente, miles de libros, pero el bibliotecario del duque conocía su disposición de memoria y ni siquiera se tuvo que parar a comprobar el estante o el lomo para seleccionar el que buscaba. Se volvió y se lo ofreció al hombre tatuado. En la portada escrita a mano se leía: *De las armas del Mundo Antiguo*.

—En la Edad de la Ciencia hubo armas terribles —le explicó Ronnell—, armas que podían matar a cientos e incluso miles de hombres. No es de extrañar que el Creador sintiera gran ira hacia nosotros.

Arlen ignoró el comentario.

—¿Euchor va a intentar reconstruirlas?

—Las más terribles están más allá de nuestra habilidad, ya que requieren enormes refinerías y poder léctrico. Pero hay muchas que cualquier hombre podría construir si tuviera acceso a elementos químicos simples y una forja de acero. Este libro —señaló el volumen que estaba en manos del Protegido— es un catálogo detallado de esas armas y cómo construirlas. Llévatelo.

El hombre tatuado alzó una ceja.

—¿Y qué hará Euchor cuando descubra que ya no está?

—Se encolerizará y exigirá que se rehaga a partir de los textos originales —comentó Ronnell, haciendo un gesto hacia las viejas copias protegidas tras los cristales, los mismos que él había grabado con grafos.

El Pastor Ronnell siguió la dirección de su mirada.

—Cuando el gremio de los Protectores comenzó a cargar cristales, hice que los expusieran durante la noche. Tus grafos los han hecho indestructibles. Otro milagro.

—No debéis decirle a nadie quien soy. Pondríais en peligro a todos los que alguna vez me hayan conocido.

Ronnell asintió.

—Me basta con saberlo yo.

Si no le hubiera dicho a Ronnell quien era, seguramente lo habría hecho Mery. Pero jamás se le habría ocurrido que aquel estricto hombre creyera que él, Arlen Bales, era el Liberador. Frunció el ceño mientras guardaba el libro en su morral.

Fue durante la última noche de la luna nueva cuando el demonio mentalista localizó al Protegido en Fuerte Miln. El príncipe de los abismales sólo podía emerger durante las tres noches más oscuras del ciclo, pero captó la pista de su presa con rapidez incluso varios días después de su paso, al percibir un aroma persistente en el aire. Era un olor misterioso, no del todo humano, y caldeado con magia robada del Abismo.

Sobre las alas del mimetizador, el mentalista observó la red que cubría el criadero. Los muros estaban protegidos por grafos muy poderoso, pero había grandes huecos en las

líneas de magia que se entrecruzaban sobre los tejados. Un demonio menor alado sería incapaz de ver la red hasta que estuviera activada y por ello jamás podría encontrar el hueco salvo de forma accidental, sin embargo, para el príncipe abismal el diseño era evidente y guió al mimetizador hasta que éste se deslizó en el interior de la ciudad.

Las ventanas estaban bien cerradas y las calles, vacías y oscuras. El mentalista sintió cómo los grafos de las casas tiraban de él al intentar extraerle magia, pero el mimetizador se deslizaba con tanta rapidez que no lograron su objetivo. Había algunas toscas redes de protección extendidas a lo largo y ancho de la ciudad, pero el príncipe abismal las eludió con la misma facilidad con la que un hombre rodea un charco.

Atravesaron la ciudad siguiendo aquel camino invisible. Se detuvieron ante un gran palacio, pero un olisqueo les bastó para saber que no era su destino final. Después se dirigieron hacia un gigantesco edificio cuyos grafos eran tan poderosos que el príncipe abismal siseó cuando sintió su atracción incluso desde una distancia considerable. Solía haber uno de estos lugares en el centro de todos los criaderos y era mejor evitarlos aún con más razón si su presa no se encontraba allí. Un olor más reciente le alejó del edificio.

La pista le llevó hasta otro muro protegido con una red densa y sin fisuras. Los grafos no se correspondían con sus castas pero el príncipe abismal supo que aun así se activarían si él o su mimetizador los cruzaban, y podrían resultar heridos de gravedad. El demonio se vio obligado a deshacer algunos de los grafos para poder atravesar la barrera sin peligro.

Después sobrevolaron en silencio el edificio y en una ventana el mimetizador captó al fin la imagen de su presa. Quienes le acompañaban eran criaturas torpes y descoloridas pero, en contraste, aquel que había protegido su carne brillaba con fuerza debido a la magia robada.

Con demasiada fuerza. El príncipe abismal tenía miles de años de antigüedad y era una criatura precavida, que consideraba sus decisiones. El mentalista no podía convocar a los demonios menores para que atacaran estando tan al interior del criadero y se resistía a poner en riesgo a su mimetizador. Ahora que había visto al hombre, estaba claro que tenía que morir, pero habría oportunidades mejores en los ciclos siguientes, cuando estuviera menos protegido, y antes debían encontrar respuesta a algunas cuestiones imprevistas sobre su poder.

El mentalista se acercó a la ventana, para absorber los brutales gruñidos y gestos del ganado humano.

—«Pues os encontraríais con dos guardias menos» —contó Ragen con una risa que le sacudía el cuerpo entero—. ¡Creí que a Euchor le iba a dar un ataque al corazón allí mismo! ¡Te dije que actuaras como un rey, no como un krasiano suicida!

—No esperaba que pidiera un matrimonio —repuso el Protegido.

—Euchor tiene muy claro que no va a tener un heredero directo, así que es muy astuto por su parte deshacerse al menos de una de sus hijas antes de que destrocen Miln al intentar hacerse con el trono. Sea cual sea la que Rhinebeck escoja, estará encantada de largarse y así poder poner a su propio hijo en el trono de Angiers.

—Rhinebeck no lo aceptará jamás.

Ragen sacudió la cabeza.

—Depende de cuan amenazadores se vuelvan los krasianos. Si son la mitad de desalmados de lo que tú dices, Rhinebeck no tendrá otra opción. ¿Compartirás el libro de armas de Euchor con él?

Arlen sacudió la cabeza.

—No tengo interés en la política ducal o en ayudar a los hombres de Thesa a matarse entre sí con los krasianos en nuestro territorio y los abismales dando zarpazos a las protecciones. Me parece mucho mas útil utilizar armas contra los abismales, si es que eso puede hacerse.

—No me extraña que Ronnell te considere el Liberador.

El Protegido le dedicó una mirada severa.

—No me mires de ese modo. No creo eso más que tú. Al menos, no que seas divino. Pero, después de todo, quizá sea algo natural que, en tiempos de necesidad, surja un hombre de voluntad poderosa y capacidad de liderazgo que pueda guiar a los demás.

El Protegido sacudió la cabeza.

—Yo no quiero guiar a nadie. Sólo quiero extender lo máximo posible los grafos de combate de manera que jamás vuelvan a perderse. Que los hombres se guíen solos.

El Protegido se dirigió hacia la ventana y apartó las cortinas para mirar hacia el cielo.

—Me iré antes de las primeras luces, de modo que nadie pueda seguirme...

Debido a que tenía los ojos puestos en el cielo y no en el suelo, casi le pasó desapercibido. Fue algo apenas vislumbrado que se desvaneció antes de que pudiera echarle una buena ojeada, pero no había error posible en el resplandor que emitía ante sus ojos protegidos.

Había un demonio en el patio.

Se volvió y corrió hacia la puerta. Por el camino iba dejando caer su ropa al suelo. Elissa soltó un jadeo de sorpresa al verle.

—Arlen, ¿qué pasa? —gritó.

Él la ignoró, y levantó la barra de la pesada puerta de nogal sin esfuerzo aparente. Salió al patio y revisó cada rincón de manera frenética.

Nada.

Ragen llegó a la puerta un momento después, con la lanza en la mano y el escudo protegido embrazado.

—¿Qué has visto?

El Protegido volvió a rastrear toda la zona moviéndose en círculos. De este modo examinó el patio, a la búsqueda de signos de magia y extrayendo información de sus otros sentidos para captar cualquier evidencia que confirmara lo que había visto.

—Había un demonio en el patio —explicó—. Uno muy poderoso. Quedaos tras los grafos.

—Esa advertencia también vale para ti —dijo Elissa—. Entra antes de que me dé un ataque al corazón.

Arlen no le hizo caso, sino que continuó escrutando el patio. Había casas de Siervos en el interior de los muros de la casa del Enviado, y también una huerta y establos. Demasiados sitios donde esconderse. El Protegido se movió a través de la oscuridad, veía con total claridad, incluso mejor que a la luz del día.

Notaba una presencia en el aire, como un hedor persistente, pero era insustancial e imposible de ubicar con exactitud. Sus músculos se tensaron, preparados para atacar en el momento preciso en que descubriera a su objetivo.

Pero no había nada. Había investigado toda la propiedad de una punta a la otra y no había encontrado nada. ¿Acaso

lo había soñado?

—¿Nada? —le preguntó Ragen cuando regresó. El maestro del gremio aún estaba en la puerta, a salvo tras los grafos pero preparado para atacar si era necesario.

—Ni rastro —comentó el Protegido con un encogimiento de hombros—. Quizá lo haya imaginado.

El hombre gruñó.

—Jamás han vaciado a nadie por extremar las precauciones.

El Protegido tomó entre sus manos la lanza de Ragen cuando entró de nuevo en la casa. La lanza de un Enviado era su compañero más fiel en el camino y la de su amigo, aunque no había salido a ninguna misión en más de una década, estaba aceitada y aguzada.

—Déjame que la cubra de grafos antes de marcharme —le dijo y luego miró hacia el exterior—. Y comprueba la red de protección mañana por la mañana. —El hombre asintió.

—¿Te irás pronto? —preguntó Elissa.

—He atraído la atención de mucha gente en la ciudad y no quiero que los ojos de todo Miln se dirijan hacia aquí —respondió él—. Será mejor que me vaya antes del amanecer y salga por las puertas en el momento en que las abran.

Elissa no pareció complacida por su decisión, pero le abrazó con fuerza y le besó.

—Espero que podamos verte de nuevo antes de que vuelva a pasar otra década —le advirtió.

—Así será —le prometió él—. Palabra de honor.

Dejó a Ragen y a Elissa justo antes del amanecer. No se había sentido tan bien en años. Habían rehusado dormir y le habían hecho compañía durante toda la noche,

contándole todos los cotilleos de Miln desde su marcha y preguntándole detalles de su vida. Él les explicó sus primeras aventuras, pero no dijo nada sobre el tiempo que pasó en el desierto, cuando Arlen Bales murió y nació el Protegido. Ni de los años posteriores.

Aun así, las historias ocuparon las horas que restaban de noche y algo más. Apenas había conseguido salir antes de que tocara la campana del alba y tuvo que apresurarse para estar lejos de la mansión y no atraer sospechas cuando la gente empezara a abrir las puertas y descorrer los postigos protegidos.

Sonrió. Al parecer, la intención de Elissa era que no pudiera oír la campana y se viera obligado a permanecer un día más con ellos, pero no había podido engañarlo.

Los guardias aún estaban estirando los músculos entumecidos cuando llegó, pero la puerta ya estaba abierta.

—Parece que todo el mundo se ha levantado temprano esta mañana —comentó uno de ellos a su paso.

El Protegido se preguntó qué querría decir, pero cuando llegó a la colina donde él y Jaik se habían conocido, encontró a su amigo esperándolo sentado en una gran roca.

—Parece que he llegado justo a tiempo —comentó el hombre—. Aunque he tenido que quebrantar el toque de queda para conseguirlo.

El Protegido se bajó del caballo y se acercó donde estaba su amigo. Jaik no hizo esfuerzo alguno por levantarse ni extender una mano, así que él, simplemente, se sentó a su lado.

—El Jaik al que conocí aquí mismo hace tanto tiempo jamás habría infringido el toque de queda.

Él se encogió de hombros.

—No he tenido muchas alternativas. Sabía que intentarías marcharte al amanecer.

—¿El recadero de Ragen no te dio mis cartas?

Jaik sacó el paquete y lo arrojó al suelo.

—No sé leer, ya lo sabes.

Arlen suspiró. Era verdad, lo había olvidado.

—Fui a verte —tanteó—. No esperaba encontrarme allí a Mery y a ella no le apetecía que me quedara.

—Lo sé. Fue a verme al molino, llorando. Me lo contó todo.

El Protegido abatió la cabeza.

—Lo siento.

—Deberías sentirlo, sí.

Jaik permaneció inmóvil un rato, con la mirada perdida en las tierras que se extendían ante ellos.

—Siempre supe que se había conformado conmigo —dijo al final—. Había pasado ya un año cuando ella comenzó a verme como algo más que a un hombro donde llorar. Tardó dos más en consentir en ser mi esposa y aún otro más hasta que hicimos nuestros votos. Incluso ese mismo día contenía el aliento, a la espera de que entraras precipitadamente e impidieras la ceremonia. Por la noche, yo mismo casi lo esperaba también. —Se encogió de hombros—. No puedo culparla por eso. Se estaba casando con alguien por debajo de su clase y yo ni era educado ni nada que mereciera la pena. Ésa era la razón por la que te seguía a todas partes cuando éramos niños. Tú siempre eras mejor que yo en todo. Yo ni siquiera servía para ser tu Juglar.

—Jaik, no soy mejor que tú.

—Sí, eso ya lo veo —escupió—. Soy mejor marido de lo que tú habrías sido jamás. ¿Sabes por qué? Porque a diferencia de ti, yo sí estaba con ella.

El Protegido le miró con cara de pocos amigos y cualquier sentimiento de arrepentimiento desapareció de

sus pensamientos. Habría aceptado la ira y el dolor de Jaik, pero la condescendencia de su tono lo encendió.

—Ese es el Jaik que yo recuerdo, que aparece pero luego no hace nada. Ya oí que el padre de Mery tuvo que pedir favores en el molino para que pudieras abandonar la casa de tus padres.

Pero el hombre respondió con rapidez.

—Yo estaba aquí con ella —insistió en tono duro, señalándose la sien—. ¡Y aquí! —Se señaló el corazón—. Tu cabeza y tu corazón siempre estuvieron en otra parte. —Barrió el horizonte con la mano—. Así que, ¿por qué no vuelves allí? Aquí nadie necesita que entregues nada.

Arlen asintió y saltó sobre la grupa de *Rondador Nocturno*.

—Cuídate, Jaik —le dijo y luego se marchó.

6

Hermanos de la noche
Primavera del 333 d.R.

—¡Eh! ¡Cuidado con los baches, que lo estoy afinando! —gritó Rojer mientras el carro traqueteaba por el camino. Había limpiado y encerado con mimo el viejo violín que le había regalado el Protegido y había conseguido unas cuerdas nuevas muy caras en el gremio de los Juglares. Su antiguo violín había pertenecido a maese Jaycob y su fabricación barata hacía que tuviera que afinarlo continuamente. Antes de eso, había usado el violín de Arrick, que era mejor, aunque tenía ya muchos años de uso y estaba muy desgastado cuando Jains Gorgorito y sus aprendices lo destrozaron.

Este, rescatado de alguna ruina olvidada, era de una clase completamente distinta. El cuello y el cuerpo se curvaban de un modo muy diferente a lo que Rojer estaba acostumbrado, pero la artesanía era exquisita y por la

madera habían pasado los siglos como si fueran días. Era un violín adecuado para actuar ante un duque.

—Lo siento, Rojer —dijo Leesha—, pero al camino no parece importarle que estés afinando y yo no sabía que lo estuvieras haciendo.

El Juglar le sacó la lengua y luego giró con delicadeza la última clavija entre el pulgar y el índice de su mano mutilada, mientras pulsaba la cuerda con el pulgar de la otra.

—¡Ya lo tengo! —gritó al final—. ¡Para el carro!

—Rojer, nos quedan un montón de kilómetros por recorrer antes de que oscurezca —repuso ella. El sabía que cada minuto que estaba fuera de Hoya la consumía, preocupada por sus ciudadanos como una madre por sus hijos.

—Sólo un minuto —suplicó él. La muchacha chasqueó la lengua, contrariada, pero le complació. Gared y Wonda se detuvieron a su vez y miraron hacia el carro con curiosidad.

Rojer se puso en pie en el asiento del conductor, y blandió el violín y el arco. Puso el instrumento bajo su barbilla y acarició las cuerdas con el arco, con lo que generó un resonante zumbido.

—Escucha eso —expresó con voz maravillada—. Suave y dulce como la miel. El violín de Jaycob era un juguete en comparación.

—Si tú lo dices, Rojer —repuso la chica.

Él frunció el ceño durante un momento y después le restó importancia a su comentario con un gesto del arco. Los dos dedos que le quedaban asieron el arco que encajó en su mano mutilada como si fuera parte de ella. Rojer dejó que la música remontara el vuelo desde el violín, arrastrándolo con ella en su torbellino.

Notaba el medallón de Arrick reposando sobre su pecho desnudo, oculto por la túnica coloreada. Ya no le provocaba dolorosos recuerdos, sino que su peso le daba confianza, llevarlo era una manera de honrar a los que habían muerto por él. Llevarlo le daba valor.

No era el primer talismán que había poseído. Durante años había llevado en un bolsillo secreto en la cinturilla de sus pantalones una marioneta de madera y cuerdas rematada con un mechón del pelo dorado de su maestro. El amuleto anterior había sido otra marioneta con un mechón rojo del pelo de su madre.

Pero el medallón le hacía sentirse protegido tanto por Arrick como por sus padres y él les hablaba a través del violín. Tocó su amor hacia ellos y también tocó su soledad y el lamento por su pérdida. Les contó todas las cosas que no había podido contarles en vida.

Cuando terminó, se dio cuenta de que Leesha y los demás le observaban, con los ojos vidriosos como los de los abismales hechizados. Tras unos momentos de silencio sacudieron la cabeza y salieron de su trance.

—Jamás había oído nada tan maravilloso —concluyó Wonda. Gared gruñó y Leesha sacó un pañuelo para enjugarse los ojos.

La música les acompañó el resto del viaje hasta Hoya, pues Rojer tocó en cada momento en que sus manos no estuvieron ocupadas en otra cosa. Sabía que al volver encontrarían los mismos problemas que habían dejado, pero con la promesa de ayuda que esperaban del duque y del gremio de Juglares, además del consuelo que le proporcionaba el medallón que llevaba en torno al cuello, sentía una nueva esperanza de que todos los problemas se resolvieran al fin.

A un día de distancia de Hoya comenzaron a encontrarse con refugiados, la mayoría de ellos con tiendas y unos círculos de protección montados sobre el camino. Leesha no tardó en descubrir que eran laktonianos, porque la mayoría era gente de baja estatura y fornida, con rostros redondos y que andaban de un modo que sin duda estaba más adaptado a la cubierta de un bote que a tierra.

—¿Qué ha ocurrido? —les preguntó a los primeros que encontró, una madre joven que caminaba de un lado a otro para calmar a un bebé lloroso. La mujer la miró con ojos apagados e inexpresivos cuando ella se bajó del carro. La mujer vio entonces el delantal con bolsillos de Leesha y su rostro se iluminó.

—Por favor —suplicó, ofreciéndole el chiquillo que berreaba—. Creo que está enfermo.

Leesha tomó al bebé en brazos y sus dedos competentes se apresuraron a comprobar el pulso y la temperatura. Tras un momento, lo incorporó alojándolo en el hueco del brazo y le metió un nudillo en la boca. El chiquillo se serenó de forma inmediata y comenzó a succionar con fuerza.

—No le pasa nada —le explicó a la mujer—, simplemente, siente el nerviosismo de su madre. —La mujer se relajó de manera visible y respiró con alivio.

—¿Qué ha pasado? —insistió la Herborista.

—Los krasianos.

—¡Por el Creador!, ¿tan pronto han marchado sobre Lakton?

La mujer sacudió la cabeza.

—Cayeron sobre las aldeas de Rizón, cubrieron a las mujeres a la fuerza y arrastraron a los hombres a luchar contra los demonios. Escogieron a las chicas rizonianas que

les gustaron como esposas del mismo modo que un granjero escoge un pollo para degollarlo y a los chicos los internaron en campos de entrenamiento donde se les enseña a odiar a sus propias familias.

Leesha frunció el ceño.

—Las aldeas ya no son seguras —continuó la mujer—. Todos los que pudieron se trasladaron a Lakton y unos cuantos se quedaron a luchar por sus hogares, pero todos los demás fuimos hacia Hoya en busca del Liberador. Al llegar allí nos dijeron que se había ido a Angiers y por eso vamos en esa dirección. El pondrá las cosas en su sitio, ya veréis cómo lo hace.

—Eso es lo que todos esperamos —suspiró Leesha, aunque tenía sus dudas. Después devolvió al bebé a la mujer y se subió de nuevo al carro.

«Tenemos que llegar cuanto antes a Hoya —les dijo a los demás y miró a Gared.

—¡Despejad el camino! —bramó el gigantesco Leñador y sonó como el rugido de un león. Los viajeros tropezaban unos con otros en su afán de quitarse de en medio mientras él acicateaba al percherón que montaba en su dirección. Todos apartaron con rapidez las tiendas, mantas y grafos que había por todas partes. Leesha lamentó tener que actuar de tal modo, pero el carro no podía avanzar y los niños la necesitaban.

Cuando los miles de refugiados por fin se apartaron, pusieron los caballos al galope, pero no consiguieron llegar a Hoya antes del crepúsculo. Una mirada de reojo de la Herborista bastó para que Rojer empezara a tocar el violín; avanzaron a través de la oscuridad con el único auxilio del bastón luminoso de Leesha para guiarles y la música del Juglar para mantener a los abismales a raya.

La Herborista observó a los demonios que se mantenían en el límite de la zona iluminada, balanceándose al ritmo de la música mientras deambulaban lentamente detrás de Rojer, hipnotizados.

—Casi preferiría que atacaran —comentó Wonda. Había montado su gran arco y ya tenía una flecha protegida cargada y lista.

—Esto no es natural —admitió Gared.

Llegaron a la casita de Leesha en las afueras de Hoya a medianoche y sólo se detuvieron el tiempo preciso para que la Herborista almacenara los artículos más delicados de su cargamento antes de atravesar la oscuridad y arribar al pueblo propiamente dicho.

Si Hoya ya estaba atestada cuando se fueron, la cosa había ido a peor en los últimos días. Los refugiados de Lakton llegaban mejor equipados, con tiendas, círculos de protección y carros cubiertos llenos de suministros, pero se habían desparramado por el terreno bloqueado hasta llenarlo todo, debilitando de ese modo la zona protegida.

La Herborista se volvió hacia Gared y Wonda.

—Buscad a los otros Leñadores y hacer un barrido por la zona bloqueada. Cualquier tienda o carro situado a menos de tres metros del límite de la zona protegida tiene que moverse o pronto tendremos abismales en las calles. —Ambos asintieron y se marcharon.

Luego se volvió hacia el Juglar.

—Busca a Smitt y Jona. Quiero una reunión del concejo municipal esta noche y me da igual si se han acostado o no.

Rojer asintió.

—No he de preguntar dónde vas a estar, claro. —Bajó de un salto del carro y se alzó la capucha de la capa protegida mientras ella le daba la vuelta al carro para dirigirse al hospital.

Jardir alzó la mirada cuando Abban entró cojeando el salón del trono.

—Hoy te veo muy animado, khaffit.

El mercader hizo una reverencia.

—El aire de la primavera me da fuerzas, Shar'Dama Ka.

Ashan resopló con rabia al lado de Jardir. Jayan y Asome mantuvieron las distancias, pues sabían que no se debía incomodar al tullido en presencia de su padre.

—¿Qué sabes de un lugar que se llama Hoya del Liberador? —le preguntó, ignorando a los demás.

—¿Queréis ir al encuentro del Protegido? —inquirió el mercader.

Ashan se precipitó contra el hombre y lo agarró por la garganta.

—¿Dónde has oído ese nombre, khaffit? —le exigió—. Si has estado sobornando a los nie'dama para obtener información, yo...

—¡Ashan, basta! —gritó Jardir mientras el tullido jadeaba y luchaba débilmente. Como el damaji no le obedeció con la suficiente presteza, no volvió a pedírselo, sino que le dio una patada en el costado. Ashan salió despedido hacia un lado y aterrizó con un golpe sordo sobre el suelo de piedra pulida.

—¿No os importa golpear a vuestro leal damaji por culpa de un khaffit comedor de cerdo? —inquirió Ashan, incrédulo, cuando consiguió recuperar el aliento.

—Te he golpeado porque no me has obedecido —le corrigió Jardir y paseó la mirada por el resto de los que se encontraban en la habitación. Aleverak, Maji, Jayan, Asome, Ashan, Hasik, incluso los guardianes de la puerta. Sólo

Inevera escapó a su escrutinio, envuelta en sus ropas vaporosas y reclinada sobre una cama de brillantes cojines de seda al lado del trono de su marido—. Ya estoy cansado de este juego, así que escuchad bien lo que voy a deciros: mataré a la siguiente persona que ataque a alguien en mi presencia sin que yo le dé mi permiso.

Abban mostró una sonrisita de suficiencia hasta que Jardir se volvió bruscamente en su dirección y le lanzó una mirada envenenada.

—Y tú, khaffit —rugió—, la próxima vez que hables sin que te haya preguntado te sacaré el ojo derecho y haré que te lo comas.

El mercader palideció mientras el hombre regresaba al trono a grandes zancadas y se sentaba en él de golpe.

—¿Cómo has sabido de la existencia del que llaman el Protegido? El dama tuvo que hacer un interrogatorio exhaustivo al Hombre Santo chin para sacarle el nombre de los labios.

El tullido sacudió la cabeza.

—Los chin no hablan de otra cosa, Liberador. Dudo que los interrogatorios hayan podido descubrir nada que no se pudiera obtener con facilidad en la calle con unos mendrugos de pan o unas palabras amables.

Jardir le miró con el ceño fruncido.

—¿Y las historias coinciden en que está en esa aldea que llaman Hoya del Liberador? —Abban asintió—. ¿Qué sabes de eso?

—Hasta hace un año o así era Hoya de Leñadores —repuso el mercader— y era una aldea pequeña de súbditos del duque de Angiers que cortaban árboles para obtener madera y combustible. La madera no se puede transportar bien a través del desierto, así que yo no tenía demasiada

relación con ellos, pero tenía allí un contacto que aún conservo, un vendedor de papel de calidad.

—¿Y eso de qué sirve? —inquirió Ashan con desprecio.

Abban se encogió de hombros.

—No sé si servirá de algo, damaji.

—¿Y qué has oído sobre el lugar desde que cambió de nombre? —le preguntó Jardir en tono exigente.

—Dicen que el Protegido acudió allí el año pasado, cuando la disentería se había extendido y los grafos flaqueaban, y él solo mató cientos de alagai con las manos desnudas y les enseñó a los aldeanos la alagai'sharak.

—Imposible —adujo Jayan—. Los chin son demasiado cobardes y débiles para enfrentarse a la noche.

—Quizá no todos —repuso Abban—. Recordad al Par'chin.

Jardir le miró con los ojos encendidos de furia.

—Nadie recuerda al Par'chin, khaffit —bramó—. Y tú también harías bien en olvidarlo.

El mercader asintió, inclinándose en una reverencia tan profunda como le permitía su bastón.

—Lo veré con mis propios ojos —decidió el líder krasiano — y tú vendrás conmigo. —Todos le miraron con sorpresa—. Hasik, busca a Shanjat. Dile que reúna a las Lanzas del Liberador. —Ése era el nombre que había tomado la unidad con la que luchaba Jardir en el Laberinto al convertirse en su guardia personal. Las Lanzas del Liberador eran cincuenta de los mejores dal'Sharum de Krasia y servían bajo las órdenes del kai'Sharum Shanjat.

Hasik hizo una venia y se marchó.

—¿Estáis seguro de que esto es inteligente, Liberador? —le preguntó Ashan—. No es seguro que os separéis de vuestro ejército en tierras enemigas.

—Nada en la vida es seguro para los que luchan la Sharak Ka —repuso Jardir y puso una mano sobre el hombro del damaji—, Pero si estás preocupado, puedes venir conmigo, amigo mío.

El damaji hizo una profunda reverencia.

—Esto es una estupidez —rugió Aleverak—. Mil peleles chin juntos podrían superar incluso a las Lanzas del Desierto.

Jayan resopló.

—Lo dudo mucho, anciano.

Aleverak se volvió hacia Jardir y éste asintió para darle el permiso. El anciano damaji se acercó a Jayan y de repente el chico estaba tumbado de espaldas en el suelo.

—Te mataré por esto, viejo —bramó Jayan, levantándose de un salto.

—Inténtalo, chaval —le desafió el hombre. Después colocó los pies en una postura sharusahk y le hizo señas con el brazo sano para que se acercase. Jayan rugió, pero en el último momento, miró a su padre.

Jardir sonrió.

—No dudes, intenta matarle.

Una sonrisa sanguinaria se abrió paso en el rostro del muchacho, pero un momento después estaba de nuevo de espaldas en el suelo y Aleverak tiraba de su brazo para aumentar la presión constante que ejercía con el talón sobre su tráquea.

—Ya basta —ordenó Jardir; el anciano soltó la presa de inmediato y dio un paso atrás. Jayan tosió y se masajeó la garganta mientras se ponía en pie.

«Incluso mis propios hijos deben mostrar respeto a los damaji, Jayan —le advirtió—. Sería inteligente por tu parte que sujetaras tu lengua en el futuro.

Se volvió hacia el viejo guerrero.

—En mi ausencia, los damaji gobernarán Don de Everam y tú encabezarás el consejo.

Aleverak entrecerró los ojos como si dudara en continuar o no con su protesta. Finalmente, se inclinó profundamente.

—Como ordene el Shar'Dama Ka. ¿Quién hablará por los kaji hasta que regrese el damaji Ashan?

—Mi hijo, el dama Asukaji —repuso Ashan, asintiendo en dirección al joven. Asukaji aún no tenía dieciocho años pero sí edad suficiente para vestir de blanco, lo cual significaba que también la tenía para portar el turbante negro, si tenía fuerzas para defenderlo.

»Y si Jayan es capaz de ser más humilde, servirá como Sharum Ka —añadió.

Todos los ojos se volvieron al chico, cuyo rostro delató la sorpresa. Pasó un momento, tras el cual puso una mano y una rodilla en el suelo, quizá por primera vez en su vida.

—Serviré al consejo de los damaji, por supuesto.

Él asintió.

—Procurad que las tribus menores mantengan a los chin bajo control mientras yo esté fuera —les ordenó tanto a Asukaji como a Aleverak—. Necesitaré a guerreros en forma para la Sharak Ka, no tribus en perpetua disputa por robarse unos a otros los pozos de agua. —Ambos hombres hicieron una reverencia.

Inevera se alzó de su cama de almohadones con el rostro sereno tras el velo diáfano.

—Quiero hablar con mi esposo en privado.

Ashan se inclinó.

—Por supuesto, Damajah. —Y condujo a los demás con rapidez fuera de la habitación con excepción de Asome, que se apartó para quedarse.

—¿Te preocupa algo, hijo mío? —le preguntó Jardir cuando se fueron los demás.

Asome hizo una venia.

—Si Jayan va a ser el Sharum Ka mientras estés fuera, entonces, yo estaría en mi derecho de ser Andrah.

Inevera se echó a reír. Asome entrecerró los ojos, pero sabía que era mejor para él no cruzarse en el camino de la Damajah.

—Eso te colocaría por encima de tu hermano mayor, hijo mío —explicó él—. Ningún padre haría eso sin una buena razón. Además, el Sharum Ka es un puesto designado, mientras que el de Andrah debe ganarse.

El muchacho se encogió de hombros.

—Reúne a los damaji. Los mataré a todos si eso es lo que hace falta.

Jardir miró a su hijo a los ojos y vio en ellos ambición, pero también un fiero orgullo que probablemente le llevaría, en cuanto cumpliera los dieciocho años, a enfrentarse a once desafíos a muerte, incluso aunque eso significara matar a sus propios hermanos o a Asukaji, que era su amigo más cercano y, por lo que se rumoreaba, también su amante. El ropaje blanco de Asome le impedía poner la mano sobre un arma, pero era más letal que Jayan con diferencia e incluso Aleverak haría bien en andarse con cuidado con él.

Jardir se sintió muy orgulloso del muchacho. Sabía que su segundo hijo sería mejor sucesor que Jayan, pero eso no ocurriría hasta que no llegara el momento oportuno, y su primogénito no le dejaría pasar por encima de él mientras le quedara aliento.

—Mientras yo viva, Krasia no necesitará a un Andrah —afirmó Jardir—. Y Jayan sólo llevará el turbante blanco

mientras yo esté ausente. Ayudarás a Asukaji a mantener el control sobre los kaji.

Asome abrió la boca de nuevo, pero la Damajah le cortó.

—Basta. Está decidido. Déjanos solos.

Asome frunció el ceño pero se inclinó y se marchó.

—Algún día será un gran líder, si vive lo suficiente —comentó Jardir cuando la puerta se cerró tras el muchacho.

—A menudo pienso lo mismo de ti, esposo —repuso Inevera y luego volvió la cabeza en su dirección. Las palabras le dolieron, pero Jardir no dijo nada, pues sabía que Inevera siempre daba su opinión.

—Aleverak y Ashan tienen razón —continuó ella—. No hay necesidad de que dirijas la expedición personalmente.

—¿Es que no es el deber del Shar'Dama Ka reunir ejércitos para la Sharak Ka? —inquirió él—. Según parece, estos chin luchan en la Guerra Santa y debo saber cómo luchan.

—Al menos podías haber esperado a que hubiera arrojado los dados.

Jardir frunció el ceño.

—No hay necesidad de arrojar los dados cada vez que salgo del palacio.

—A lo mejor sí. La Sharak Ka no es un juego. Tenemos que aprovechar cada ventaja, si queremos tener éxito.

—Si mi éxito es la voluntad de Everam, ésa es toda la ventaja que necesito. Y si no lo es...

Inevera cogió la bolsita que contenía los alagai hora.

—Te ruego me concedas el capricho.

Jardir suspiró, pero asintió y se retiraron a una cámara junto al salón del trono que ella había reclamado como suya. Como siempre, estaba cubierta de brillantes almohadones y sumida en el olor empalagoso del incienso. Sintió que se le aceleraba el pulso, pues su cuerpo se había

acostumbrado a relacionarlo con el sexo de su esposa. La Jiwah Ka estaba más que contenta de compartirle cuando ella ya se había saciado, pero tenía casi el apetito de un hombre y usaban la cámara aledaña con frecuencia con ese propósito, a menudo mientras los damaji y los consejeros esperaban en el salón del trono.

Inevera se contoneó para cerrar las cortinas y él observó su cuerpo a través de los velos traslúcidos, que eran lo único que vestía ya. Debía de tener más de cuarenta años, aunque no permitía que nadie lo supiera con certeza, pero aun así era sin duda la más bella de sus esposas, con aquellas curvas pronunciadas, la carne firme y la piel tan suave. Se sintió tentado de tomarla en ese mismo momento, pero en lo que a los dados se refería, la Damajah era inquebrantable y Jardir sabía que no conseguiría nada de ella hasta que los hubiera lanzado.

Se arrodillaron sobre los almohadones de seda, dejando un espacio amplio entre ambos para tirar los dados. Como siempre, ella necesitaba sangre suya para realizar el hechizo y la obtuvo con un rápido corte de su cuchillo protegido. Lamió la hoja hasta que quedó limpia y luego la guardó en la vaina que colgaba de su cinturón. Después, presionó la palma de su mano sobre la herida y luego colocó los dados encima. Estos relucieron con fuerza en la oscuridad cuando ella cerró las manos, las sacudió y los arrojó.

Los huesos de demonio se dispersaron por el suelo y la mujer los estudió con rapidez. Jardir había aprendido que la posición en la que cayeran era tan importante como los mismos símbolos que mostraran, pero su comprensión de los dados terminaba allí. Había oído discutir a sus esposas muchas veces sobre el significado de una tirada, aunque nadie osaba desafiar las interpretaciones de Inevera.

La Damajah siseó enfadada ante el diseño que se extendía ante ella y levantó el rostro hacia Jardir.

—No puedes ir.

Él hizo una mueca y se dirigió hacia la ventana, donde agarró las cortinas con un gesto cargado de violencia.

—¿No puedo? —inquirió enfadado, tiró de los pesados pliegues hacia un lado y la brillante luz del sol iluminó la habitación. Inevera apenas tuvo tiempo de guardar los dados en la bolsita—. Yo soy el Shar'Dama Ka y no hay nada que no pueda hacer.

Un relámpago de furia cruzó el rostro de la mujer, pero se desvaneció al instante.

—Los dados dicen que si vas, será un desastre —le advirtió.

—Estoy harto de hacer lo que dicen tus dados —replicó él—. Sobre todo porque siempre parece que te dicen más cosas de las que consideras que yo debo saber. Iré.

—Entonces yo iré contigo.

Jardir sacudió la cabeza.

—No harás tal cosa. Te quedarás aquí y evitarás que tus hijos se maten entre sí antes de que yo regrese. —Se acercó a ella a grandes zancadas y la cogió del hombro con rudeza —. Pero antes de marchar hacia el norte, disfrutaré de mi esposa por última vez.

Inevera se retorció y, aunque pareció darle sólo una palmadita en el brazo, su agarre perdió fuerza y ella se soltó.

—Si te vas solo, entonces podrás esperar —le respondió con una sonrisa cruel en el rostro—. Así tendrás más motivos para regresar.

Jardir la miró con el ceño fruncido, pero sabía que era mejor no intentar forzar la situación, fuera Shar'Dama Ka y esposo o no.

Wonda abrió la puerta de la cabaña de Leesha para dar paso a Rojer y Gared. Cuando la chica oyó que el Protegido había ordenado a Gared que cuidara de Rojer, ella había insistido en hacer lo mismo por la Herborista, de modo que dormía todas las noches en la cabaña. Leesha había comenzado a asignarle tareas para intentar disuadirla de esa vigilancia que consideraba agobiante, pero ella hacía el trabajo con alegría y al final tuvo que admitir que había terminado acostumbrándose a su presencia.

—Los Leñadores han finalizado la tala de árboles necesaria para abrir espacio a la próxima zona protegida —explicó Rojer cuando se sentaron a la mesa y tomaron el té—. Es más de un kilómetro cuadrado, justo lo que me pediste.

—Está muy bien —repuso Leesha—. Ya podemos comenzar a fijar las piedras para marcar los límites de la zona.

—Esa área está llena de leñositos —indicó Gared—. Hay cientos. La tala los ha atraído como moscas a un montón de mierda. Será mejor que reunamos a la gente y la limpiemos antes de construir.

Leesha miró a Gared con atención. El gigantesco Leñador siempre recomendaba pelear, como mostraban los guanteletes llenos de muescas y mellas que llevaba en el cinturón. Pero ella nunca estaba segura de si era por amor a la carnicería y al relampagueo de la magia o por el bien del pueblo.

—Tiene razón —reconoció el Juglar, ante el silencio de la chica—. Las protecciones expulsarán a los demonios cuando

se activen, pero así sólo conseguiremos tener a un montón de abismales deambulando por los límites de la zona bloqueada y esperando para matar a cualquiera que tropiece y caiga fuera. Sería mejor aniquilarlos ahora en terreno abierto que intentar cazarlos luego entre los árboles.

—Eso es lo que haría el Protegido —comentó Gared.

—El Protegido mataría a la mitad él solo —replicó ella—, pero ahora no está aquí.

El Leñador asintió.

—Por eso necesitamos tu ayuda. Nos van a hacer falta palos tronadores y fuego líquido demoníaco en grandes cantidades.

—Ya veo.

—Sé que estás muy ocupada —insistió él—, por eso puedo mandar gente para que haga la mezcla, si tú les das la receta.

—¿Quieres que te entregue los secretos del fuego? —La mujer soltó una risa que sonó como un ladrido—. ¡Antes de eso preferiría que ese conocimiento desapareciera del mundo!

—¿Qué diferencia hay entre eso y un hacha protegida? —preguntó el Leñador—. ¿Por qué pones en manos de la gente una cosa y no otra?

—La diferencia está en que tu hacha no explota y destruye todo lo que encuentra en ciento cincuenta metros a la redonda si la dejas caer o la expones al sol —replicó ella —. Mis propias aprendizas tendrán suerte si algún día les enseño los secretos del fuego.

—Según tú, entonces, ¿es mejor que construyamos un pueblo para los refugiados en una tierra infestada de demonios?

—Es una extensión de Hoya, no un pueblo para los refugiados —le corrigió la mujer—, y por supuesto que no. Traza un plan y, si me parece bien, fabricaré lo que haga falta. Pero yo andaré cerca para asegurarme de que ningún idiota con cabeza de serrín se prende fuego a sí mismo o a la leña cortada.

Gared sacudió la cabeza.

—No es seguro. De todos modos, te necesitaremos en el hospital, en caso de que alguien caiga herido.

La Herborista se cruzó de brazos.

—Pues entonces tendrás que luchar sin fuego.

Wonda cruzó también los brazos.

—Ningún demonio va a ponerle una garra encima a la señora Leesha mientras yo ande cerca, Gared Cutter, y yo tampoco tengo intención de ir al hospital a esperar.

—Haremos la batida dentro de una semana —concluyó la Herborista—. Es tiempo suficiente para preparar la tierra y mezclar los ingredientes químicos. Informad a Benn también. A ver si podemos hacer que los demonios carguen algo de cristal antes de que los expongamos al sol.

Ni Rojer y Gared parecían complacidos, pero Leesha sabía que no tenían otra alternativa que asentir y estar de acuerdo. Quizá no era tan sutil como la duquesa Araine, que seguramente habría convencido a los hombres de que era idea de ellos el que Leesha estuviera presente en el escenario de la lucha, pero tampoco le había ido tan mal. Se preguntó si Bruna habría hecho algo parecido al gobernar Hoya desde su pequeña cabaña sin que nadie se diera cuenta.

Los cincuenta guerreros galoparon campo a través sobre los negros corceles del desierto a la zaga de Jardir y Ashan, que lo hacían sobre sementales blancos. Les seguía Abban sobre su camello de largas patas, aunque apenas conseguía no perderlos de vista. Tuvieron que parar con frecuencia para no perderle y por lo general aprovechaban alguna corriente de agua para que abrevaran los caballos. Solían encontrarlas con frecuencia en las tierras verdes, algo que jamás dejaba de asombrar a los guerreros del desierto.

—Por las barbas de Everam, este camino es bien pedregoso —gimió Abban cuando finalmente llegaron a una de aquellas fuentes de agua. Prácticamente se dejó caer de la montura y gimió al frotarse aquel enorme trasero.

—No veo por qué necesitábamos traer con nosotros al khaffit, Liberador —comentó Ashan.

—Porque necesito a alguien, aparte de ti y de mí, que sepa contar algo más que los dedos de sus pies —explicó Ahmann—. Abban, además, ve cosas que otros no ven y necesito saber todo lo que sea posible de las tierras verdes para aprovechar sus recursos en la Sharak Ka.

El mercader continuó quejándose por cada pedrusco del camino o por el viento helado, pero para Jardir fue fácil ignorar aquella larga diatriba mientras cabalgaban. Se sentía más libre de lo que se había sentido en una década, como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Durante el tiempo que durara la expedición, que podían ser unas semanas, no tendría más responsabilidades que Abban, Ashan y los cincuenta valientes dal'Sharum que le seguían. A una parte de él le habría gustado seguir cabalgando para siempre, lejos de la política de los chin, los damaji y las dama'ting.

Encontraron a algunos refugiados de las tierras verdes por el camino, pero huyeron a su paso y Ahmann no vio provecho alguno en perseguirles. Se movían a pie y temerosos de viajar por la noche, así que no corrían peligro de que les adelantaran y avisaran a los de Hoya y menos aún de que atacaran a las Lanzas del Liberador. Por la noche, incluso los abismales se apartaban de su paso, ya que Jardir no quiso hacer un alto en el camino tras el crepúsculo. Abban se las apañó como pudo para seguirles. Cabalgaba con su camello en medio de todos los guerreros, y toleró sus burlas y escupitajos a cambio del refugio que le proporcionaban.

Llegaron a Hoya por la noche. Ya desde el camino les llegaron ecos de gritos y unos sonidos atronadores acompañados de grandes relámpagos de luz.

Aminoraron el paso y Jardir se deslizó entre los árboles en dirección a aquella cacofonía con sus guerreros a la zaga. Llegaron al borde de una gran franja de tierra roturada cubierta aún de tocones, donde los chin luchaban su versión norteña de la alagai'sharak.

Unos grandes fuegos ardían en trincheras, acompañados del constante relucir de los grafos a todo lo largo y ancho del campo de batalla, de modo que el claro estaba iluminado como si fuera de día y cubierto de alagai muertos. Los fuegos y los grafos obligaban a los demonios a replegarse hacia los lugares donde los norteños esperaban listos para hacerlos pedazos.

—Han preparado el campo de batalla —caviló Jardir para sus adentros.

El mercader buscó a su alrededor hasta que encontró un sitio apropiado y ató allí su camello. Después sacó un círculo portátil de sus alforjas y lo colocó alrededor de ambos.

—¿Rodeado de tantos guerreros aún te tienes que esconder tras los grafos como un cobarde? —le preguntó Jardir.

El tullido se encogió de hombros.

—Soy un khaffit —dijo con sencillez y su interlocutor resopló y se volvió a observar la lucha de los norteños.

A diferencia de los chin de Don de Everam, éstos eran altos y musculosos. Los más grandes luchaban con enormes hachas protegidas y azadones, en vez de con lanza y escudo. Los hombres eran de un tamaño similar al de los demonios del bosque y los abatían como si fueran árboles.

Peleaban bien, pero cientos de demonios acudían sin parar. Parecían estar a punto de ser vencidos cuando se apartaron e hicieron sitio para que una fila de arqueros batiera el terreno.

Jardir se quedó boquiabierto cuando descubrió que los arqueros llevaban los largos vestidos que lucían las mujeres norteñas y mostraban sus rostros y parte de su pecho como si fueran rameras.

—¿Las mujeres también se unen a la alagai'sharak? —inquirió Ashan en estado de shock. Cuando Jardir se acercó a observar más de cerca, vio que algunas de ellas incluso luchaban con los demonios cuerpo a cuerpo.

Y luego apareció un gigante inmenso, cuya silueta destacaba entre toda aquella gente tan alta, y que lideraba cada carga con un bramido que resonaba a kilómetros de distancia. Enarbolaba un hacha enorme de dos filos en una mano como si fuera una hachuela, y en la otra un machete que más parecía un cuchillo.

Uno de los norteños cayó sobre una rodilla a consecuencia del impacto de un demonio del bosque de más de dos metros y medio de altura, y el gigante arrojó a la criatura a un lado antes de que pudiera darle el golpe de

gracia. Después perdió las armas en una caída, pero eso no supuso diferencia alguna cuando los alagai saltaron sobre él. Con una mano agarró a uno de ellos y con la otra le dio un golpe que llameó con un relámpago mágico y que lanzó al alagai dando tumbos. Jardir se dio cuenta entonces de que llevaba unos pesados guantes forrados con metal protegido.

El gigante no le concedió un segundo de descanso al demonio, sino que cayó sobre él y lo aporreó en la cabeza hasta que quedó cubierto de icor y el abismal se quedó inmóvil. El hombre lanzó un rugido a la noche y, con aquella espesa barba y la mata de cabello rubio, no parecía otra cosa que un león sobre su víctima.

Otro demonio se le acercó, pero un chico esbelto con el pelo de color rojo intenso y la piel pálida, vestido de brillantes colores como un khaffit, se plantó delante de él y tocó un instrumento. Hizo un sonido discordante y el alagai se echó las manos a la cabeza y chilló de puro dolor. El ruido continuó y el demonio huyó aterrorizado, justo en dirección al hacha de otro chin.

—Por las barbas de Everam —exclamó Abban con un jadeo sorprendido.

—¿Qué tipo de magia es ésa? —preguntó Ashan.

—Ya lo averiguaremos —respondió Jardir.

—Dejadme que mate al gigante y os traiga al chico, Liberador —suplicó Hasik, con los ojos encendidos con aquella luz enloquecida que los iluminaba siempre antes de la batalla.

—No hagas nada —repuso el líder krasiano—. Estamos aquí para aprender, no para luchar.

Estaba seguro de que esa respuesta no gustaría a sus hombres, pero no le importó, pues dos figuras más habían captado su atención. Una era una mujer que no llevaba

arma de ningún tipo, sólo una pequeña cesta. La otra era mucho más alta y vestía como un hombre, pero portaba un arco como las demás mujeres norteñas. Su rostro estaba marcado por las cicatrices de las heridas de los demonios.

Ambas llevaban unas finas capas bordadas con cientos de grafos y andaban entre la carnicería sin que los alagai las molestasen. Los demás norteños les abrían paso, respetuosos.

—Pasan desapercibidas a los alagai como si llevaran la Capa de Kaji —comentó Ashan.

Un demonio clavó su garra en el pecho de un hombre, y éste chilló y cayó al suelo, dejando caer su hacha. Las mujeres encapuchadas se apresuraron para llegar junto al herido; la arquera le lanzó una flecha al demonio, mientras la otra se arrodillaba al lado del hombre. Entonces echó hacia atrás su capucha y Jardir vio su rostro.

Era aún más hermosa que Inevera, pues su piel era blanca como la crema y contrastaba intensamente con su pelo, negro como la coraza de un demonio de las rocas.

La mujer desgarró la camisa del herido y le atendió mientras su guardaespaldas vigilaba y disparaba a cualquier alagai que osara acercarse demasiado.

—¿Será alguna especie de dama'ting norteña? —reflexionó Jardir en voz alta.

—Más bien la parodia pagana de una —repuso Ashan.

Tras un rato, la hermosa mujer dio una orden a su guardaespaldas y ésta se apresuró a colgarse el arco del hombro y coger al hombre herido en brazos. El camino de regreso estaba bloqueado por un grupo de alagai, pero la dama'ting del norte metió la mano en una bolsita y sacó un objeto. En su mano apareció el fuego, lanzando chispas; echó el brazo hacia atrás y lo arrojó. La explosión apartó a

los alagai de su camino y los dejó tendidos en el suelo, inmóviles.

—Serán paganos —comentó Jardir—, pero estos norteños no carecen de poder.

—Estos hombres deben de ser más cobardes que los khaffit, si dependen de mujeres para que les rescaten —intervino Shanjat—. Yo preferiría morir en el campo de batalla.

—No —dijo Jardir—, los cobardes somos nosotros, escondidos aquí en las sombras mientras los chin luchan la alagai'sharak.

—Son nuestros enemigos —adujo el damaji.

Jardir le miró y sacudió la cabeza.

—Quizá lo sean durante el día, pero todos los hombres somos hermanos en la noche. —Se alzó el velo y enarboló la lanza. Después emitió un grito de guerra y se arrojó a la pelea.

Sus hombres vacilaron debido a la sorpresa, pero tras unos segundos, rugieron a su vez y le siguieron.

—¡Krasianos! —chilló Merrem, la mujer del carnicero. Rojer alzó la mirada sorprendido y comprobó que llevaba razón. Docenas de guerreros krasianos vestidos de negro avanzaban por el claro, blandiendo sus lanzas y aullando. La sangre se le heló en las venas y el arco quedó suspendido sobre el violín.

Un demonio estuvo a punto de matarlo en ese momento, pero Gared cortó el brazo que se dirigía hacia él con el machete.

—¡Mantened vuestros ojos en los demonios! —aulló el Leñador para que le oyeran todos los demás—. ¡Los

krasianos no van a tener con quien luchar si dejamos que los abismales les hagan el trabajo!

Pero pronto resultó evidente que los krasianos no tenían intención de atacar a los hoyenses. Liderados por un hombre con un turbante blanco y una lanza protegida que parecía estar hecha por entero de plata pulimentada, cayeron sobre los demonios del bosque como una manada de lobos en un gallinero, y los mataron con la eficacia nacida de la práctica.

El líder se introdujo a solas en mitad de los demonios, pero su temeridad parecía justificada pues los destruía con tanta facilidad como el Protegido. Su lanza se movía tan rápido que parecía un borrón y sus miembros también maniobraban a una velocidad inhumana.

Los otros guerreros unieron los escudos en filas hasta formar cuñas y se adentraron entre los demonios como si fueran cebada.

Un grupo lo conducía un hombre con unas ropas blancas impolutas que hacían un gran contraste con los guerreros vestidos de negro. El hombre que llevaba aquellas vestimentas prístinas no llevaba arma alguna, pero se manejaba con confianza en el campo de batalla. Un demonio del bosque saltó hacia él, pero el guerrero se deslizó a un lado, con lo que el demonio tropezó. Luego el hombre lo empujó en dirección a la lanza de uno de sus guerreros.

Otro demonio más le atacó, pero el hombre de blanco giró su torso a la izquierda y después a la derecha, sin mover los pies, para esquivar con facilidad el barrido de las garras del demonio. A la tercera pasada, cogió al abismal por la muñeca y se la torció, con lo que volvió la fuerza del ataque contra la criatura y la derribó sobre su espalda, donde un guerrero la ensartó.

Rojer y los demás habían asumido que la limpieza duraría toda la noche y habían planeado establecer guerreros de reserva para que acudieran cuando fueran necesarios, así como hacer buen uso del fuego de Leesha.

Pero con los krasianos luchando junto a ellos, la batalla terminó en unos cuantos minutos.

Tanto los krasianos como los hombres de las tierras verdes se contemplaron atónitos cuando cayó el último demonio. Todos continuaban aferrados a sus armas, como si no estuvieran seguros de si la batalla había finalizado realmente, pero ninguno osó dar el primer paso, pues esperaban las órdenes de sus líderes.

—Los chin nos miran de reojo —le dijo Jardir a Ashan.

El dama asintió.

—Y también miran al gigante y al chaval khaffit del pelo rojo que ha hecho huir aterrorizados a los alagai.

—Pues ellos están tan parados como los otros —anotó el líder krasiano.

—Entonces no son los auténticos líderes —supuso Ashan—. Deben de ser kai'Sharum o el equivalente pagano. El gigante podría ser incluso su Sharum Ka.

—Aun así es un hombre que merece respeto —comentó Jardir—. Acompáñame.

Se acercó a grandes zancadas hacia los dos hombres, mientras insertaba la lanza en el correaje que llevaba en la espalda y mostraba las manos desnudas para indicar que no tenía intenciones ofensivas. Cuando llegó a la altura de los hombres, hizo una educada reverencia.

—Soy Ahmann, hijo de Hoshkamin, del linaje de Jardir, hijo de Kaji —enunció en perfecto thesano y vio que los ojos

de los hombres relucían al reconocerle—. Este es el damaji Ashan. —Hizo un gesto en dirección al sacerdote que imitó su ligera venia.

—Un honor —comentó él.

Los dos norteños les contemplaron con curiosidad. Al final, el chico de los cabellos rojos se encogió de hombros y el gigante se relajó. Jardir se dio cuenta, con sorpresa, de que el joven era el jefe.

—Rojer, hijo de Jessum, de la Posada de Pontón —enumeró a su vez el muchacho, echando hacia atrás su capa multicolor. Avanzó una pierna y retrasó la otra para inclinarse en una especie de reverencia al estilo de las tierras verdes.

—Gared Cutter —se presentó el gigante—. Esto... hijo de Steave. —Sus modales eran aún menos civilizados, pues avanzó y alargó la mano con tanta rapidez que Jardir estuvo a punto de cogerle la muñeca y romperle el brazo. Fue sólo en el último momento cuando se dio cuenta de que simplemente quería estrecharle la mano en señal de saludo. Le apretó la mano con fuerza, en una especie de prueba primitiva de hombría y Jardir le devolvió el apretón hasta que ambos sintieron cómo se aplastaban los huesos el uno al otro. El gigante le dedicó un asentimiento respetuoso cuando finalmente se separaron.

—Shar'Dama Ka, se acercan más chin —le informó Ashan en krasiano—. Uno de sus clérigos herejes y la sanadora pagana.

—No tengo ningún deseo de enojar a esta gente, Ashan —le indicó él—. Sean paganos o no, les mostraremos respeto como si fueran dama y dama'ting.

—¿También tengo que lavarle los pies a sus khaffit? —inquirió el sacerdote, disgustado.

—Si yo lo ordeno, sí —replicó Jardir y se inclinó profundamente ante los recién llegados. El pelirrojo dio un paso adelante para llevar a cabo las presentaciones. El líder krasiano encaró al Hombre Santo y se inclinó, pero olvidó su nombre al instante, y luego se volvió hacia la mujer.

—Señora Leesha Paper —presentó Rojer—. Herborista de Hoya del Liberador. —La mujer extendió sus faldas y se inclinó profundamente; Jardir se sintió incapaz de apartar los ojos del escote que se mostró a su vista hasta que ella se irguió. Ella lo miró a los ojos de manera atrevida y él se quedó paralizado al ver que eran azules como el cielo.

Siguiendo un impulso, tomó su mano y la besó. Sabía que era una osadía, especialmente entre extraños, pero se decía que Everam favorecía a los audaces. Leesha emitió un pequeño jadeo de sorpresa y sus pálidas mejillas se ruborizaron ligeramente. En ese momento y aunque pareciera imposible, su belleza se incrementó.

—Gracias por vuestra ayuda —dijo ella, e indicó con la cabeza en dirección a los cientos de cadáveres de alagai que yacían en el claro.

—Todos los hombres son hermanos en la noche —dictaminó él con una nueva inclinación—. Debemos estar unidos.

Ella asintió.

—¿Y durante el día?

—Parece que las mujeres del norte hacen algo más que luchar —murmuró Ashan en krasiano.

Jardir sonrió.

—Creo que todo el mundo debería estar unido también durante el día.

Los ojos de la mujer se entrecerraron.

—¿Unidos bajo vuestro poder?

Jardir percibió cómo tanto Ashan como los hombres de las tierras verdes se tensaban. Pero era como si nadie más de los que estaban presentes tuviera alguna importancia. Sólo ellos dos podrían decidir si el negro icor demoníaco que cubría el campo de batalla se mezclaría pronto con la roja sangre humana.

Pero Jardir no temía eso, pues sentía que ese encuentro estaba predestinado desde hacía mucho tiempo. Extendió las manos en gesto de impotencia.

—Si es la voluntad de Everam, a lo mejor algún día. —Se inclinó de nuevo.

Una de las comisuras de la boca de la Herborista se torció en una sonrisa.

—Al menos sois honrado. Quizá sea bueno, entonces, que la noche apenas haya empezado. ¿Querríais vos y vuestros consejeros tomar el té con nosotros?

—Sería un gran honor —admitió Jardir—. ¿Podrían mis guerreros montar las tiendas y acomodar a los caballos en este claro mientras esperan?

—En el extremo más lejano del campo. Tenemos trabajo pendiente en este lado.

Jardir la miró con curiosidad y después comprobó que tras la batalla habían aparecido una gran cantidad de norteños. Eran más pequeños y débiles que los guerreros portadores de hachas y comenzaron a recoger objetos brillantes del terreno.

—¿Qué están haciendo? —preguntó, con el deseo más de volver a escuchar la voz de la mujer que porque realmente le preocupara lo que estaban haciendo aquellos khaffit del norte.

Leesha miró hacia un lado y se inclinó para recoger una botella de cristal con tapón que luego le ofreció al líder

krasiano. Era una pieza muy elegante, hermosa en su sencillez.

—Rompedla con la contera de vuestra lanza.

Jardir frunció el ceño pues no entendió el motivo para destrozar algo tan bello. Supuso que era algún ritual amistoso, así que liberó la Lanza de Kaji de su funda y obedeció su petición, pero aunque el extremo de la lanza rebotó sobre el cristal con un sonido audible, la pieza quedó intacta.

—Por las barbas de Everam —murmuró. Intentó repetidas veces aplastar la botella pero falló en todos sus intentos—. Increíble.

—Es cristal protegido —aclaró la mujer. Después recogió la botella y se la ofreció.

—Un regalo regio —adujo Ashan en krasiano—. Al menos son respetuosos. —Jardir asintió.

—Nuestros pueblos tienen mucho que aprender el uno del otro, si mantenemos la paz tanto durante el día como por la noche —dijo ella.

—Estoy de acuerdo —repuso Jardir al mirarla a los ojos —. Hablemos de ese asunto, entre otros, mientras tomamos el té.

—¿Has visto la corona que lleva? —preguntó Leesha a Rojer y éste asintió.

—Y la lanza de metal. Es aquella de la que hablaban Marick y el Protegido.

—Efectivamente —repuso ella—. Pero yo me refiero a la corona en sí misma. El Protegido tiene los mismos grafos tatuados sobre la frente.

—¿De verdad? —inquirió sorprendido.

Ella asintió y bajó la voz para que sólo la escuchara él.

—No creo que Arlen nos haya contado todo lo que sabe sobre ese hombre.

—No me puedo creer que le hayas invitado a tomar el té —intervino Wonda.

—¿En vez de eso debería haberle escupido a la cara? —contestó ella con otra pregunta.

La arquera afirmó con un seco asentimiento.

—O tendrías que haberme dejado que le disparase. Ha matado a la mitad de la población de Rizón y ¡ha ordenado que sus hombres forzaran a todas las mujeres fértiles del ducado!

De repente se detuvo en seco, se volvió hacia la mujer y se inclinó hasta situarse muy cerca.

—¿Vas a drogarle, no es cierto? —preguntó la arquera con los ojos relucientes—. ¿Vas a tomarle prisionero a él y a sus hombres?

—No voy a hacer tal cosa —repuso la Herborista—. Todo lo que conocemos de ese hombre son rumores. Lo único que sabemos con certeza es que él y sus hombres nos han ayudado a deshacernos de doscientos demonios del bosque. Será nuestro invitado hasta que su comportamiento nos demuestre que debe ser tratado de otro modo.

—Por no mencionar que tomar prisionero a su Liberador es la manera más segura de atraer a todo el ejército krasiano hacia Hoya —apuntó el Juglar.

—También está eso, claro —admitió Leesha—. Dile a Smitt que eche a todo el mundo del bar y reúna al concejo municipal. Dejemos que cada uno pueda ver y juzgar a este supuesto demonio del desierto con sus propios ojos.

—Desde luego no es lo que me esperaba —reconoció el Pastor Jona.

—Parece educado —aportó Gared—. Aunque creo que todo es fachada, como los criados del palacio del duque.

—A eso se le llama modales, Gared —aclaró la mujer—. Y tú y los demás hombres podríais tomar algunas lecciones.

—Tiene razón —comentó Rojer—. Esperaba a un monstruo, no esa sonrisa noble tras la barba aceitada.

—Ya sé lo que quieres decir —dijo Leesha—. La verdad es que no me imaginaba que fuera tan apuesto.

Jona, Rojer y Gared se quedaron inmóviles de puro asombro. La Herborista anduvo varios pasos antes de darse cuenta de que no la seguían. Se volvió para ver a los hombres observándola incrédulos. Incluso Wonda tenía una mirada sorprendida retratada en el rostro.

—¿Qué pasa?

—Voy a hacer como si no hubiera oído eso —dijo el Juglar tras un momento. Continuó andando y los otros le siguieron. Ella sacudió la cabeza y empezó a caminar detrás de ellos.

—Estos norteños son peores de lo que había pensado —comentó Ashan cuando regresaron para reunirse con los demás hombres—. ¡No me puedo creer que reciban órdenes de una mujer!

—Pero, ¡qué mujer! —exclamó Jardir—. Es poderosa y exótica, y hermosa como la aurora.

—Viste como una prostituta —repuso Ashan—. Deberíais haberla matado simplemente por haberse atrevido a miraros a los ojos.

Jardir siseó disgustado ante la idea y la ahuyentó con un gesto de la mano.

—Matar a una dama'ting significaría la muerte.

—Disculpadme, Shar'Dama Ka, pero ella no es una dama'ting —aclaró el damaji—. Es una pagana. Todos estos norteños son infieles y rezan a un falso dios.

El líder krasiano sacudió negativamente la cabeza.

—Siguen a Everam aunque no lo sepan. Sólo hay dos Leyes Divinas en el Evejah: «Adora a un solo dios» y «baila la alagai'sharak». Más allá de eso, cada tribu es libre de tener sus propias costumbres. Quizá estos norteños no sean tan diferentes a nosotros. Quizá simplemente es que las suyas nos resultan extrañas.

El damaji abrió la boca para protestar pero una mirada de Jardir le dejó claro que la discusión había terminado. Cerró la boca de golpe y se inclinó.

—Por supuesto, si el Shar'Dama Ka lo dice, así debe ser.

—Ve y dile a los dal'Sharum que acampen —le ordenó—. Tú, Hasik, Shanjat y Abban os reuniréis conmigo para compartir el té con ellos.

—¿Vamos a llevarnos al khaffit? —inquirió el clérigo con el ceño fruncido—. No es digno de tomar el té con hombres.

—Habla su lengua con más fluidez que tú, amigo mío —repuso— y Hasik y Shanjat juntos apenas manejan un puñado de palabras en ese idioma. Ésta es la auténtica razón por la que lo traje. En esta reunión demostrará su valor.

Cuando llegaron los krasianos, parecía que todo el pueblo se había reunido alrededor de la posada de Smitt. Leesha sólo había permitido que asistieran los miembros del concejo del municipio y sus esposas, pero a ellos se les unieron el pequeño ejército de hijos y nietos de Smitt que preparaban el local y servían, de modo que sobrepasaban a los krasianos en un número considerable.

La multitud murmuró al paso de Jardir hacia la posada.

—¡Vuélvete a tus arenas! —gritó alguien y muchas voces gruñeron en asentimiento.

Si los krasianos se sintieron molestos por eso, no dieron señal aparente de ello. Caminaron ufanos, con las cabezas altas y sin dar muestras de miedo alguno. Sólo uno, un

hombre grueso vestido de brillantes colores y que caminaba apoyado en un bastón, miraba a los hoyenses con cautela al pasar ante ellos. La Herborista les esperaba en la puerta, preparada para intervenir si las cosas se ponían feas con aquella turba de gente irritada.

—Tienes razón, es apuesto —le dijo Elona al oído.

La mujer se volvió sorprendida hacia ella.

—¿Quién te ha dicho que yo he comentado eso?

Su madre se limitó a sonreír.

—Bienvenidos —los saludó Leesha cuando Jardir se dirigió hacia la puerta. Su madre y ella hicieron idénticas reverencias. El hombre miró a Elona y luego volvió la mirada hacia la hija. Eran tan parecidas que nadie podía obviar su parentesco.

—¿Es vuestra... hermana? —preguntó Jardir.

—Mi madre, Elona. —La Herborista puso los ojos en blanco cuando su madre extendió la mano con una risita ahogada para que el hombre la besara—. Y mi padre, Ernal. —Señaló con la barbilla en dirección a su padre, y el líder krasiano se inclinó ante él.

—Permitidme que os presente a mis consejeros —dijo Jardir después, haciendo un gesto hacia los hombres que le seguían—. Ya habéis conocido al damaji Ashan. Éstos son el kai'Sharum Shanjat y mi guardaespaldas dal'Sharum, Hasik. —Los hombres se inclinaron cuando fueron presentados y Jardir y su séquito se movieron a lo largo de la fila de anfitriones haciendo presentaciones y reverencias, pero en ningún momento pareció tener intención de presentar a su quinto acompañante.

Aquel hombre era diferente a los demás. Mientras que los otros eran esbeltos, él estaba gordo. Si los demás iban vestidos con colores sobrios, puros, él iba ataviado con los brillantes colores de un Juglar. Los otros eran fuertes y

estaban en forma, pero él se apoyaba en su bastón con tanta fuerza que parecía que se caería de no llevarlo.

Leesha abrió la boca para saludarlo cuando se acercó, pero sus ojos pasaron por encima de ella y se inclinó ante su padre.

—Es un placer encontrarme al fin con vos, Ernal Paper.

Erny lo miró con curiosidad.

—¿Nos conocemos?

—Soy Abban am'Haman am'Kaji —se presentó él mismo.

—Ah, yo... antes le vendía papel —recordó Erny al cabo de un momento—. Y esto... en realidad tengo su último pedido en la tienda. Estaba esperando el pago cuando los Enviados dejaron de venir de Rizón.

—Seiscientas hojas del mejor papel de su hija, creo —comentó el mercader.

—¡Por la Noche!, ¡¿ése sois vos?! —exclamó Leesha—. ¿Sabéis cuántas horas me pasé pegada a esas hojas, sólo para verlas allí arrumbadas en el secadero como si fueran... abono?

Jardir se acercó al instante y dejó a Smitt con la palabra en la boca en mitad de su presentación como si no fuera nadie.

—¿Qué has dicho para ofender a nuestros anfitriones, khaffit? —preguntó en tono exigente.

Abban se inclinó todo lo que le permitió la muleta.

—Creo que le debo a su padre algún dinero, Liberador, del último cargamento que me prepararon hace años y que no pude llevarme después de que se cerraran las fronteras.

El krasiano soltó un rugido y le dio un fuerte revés de la mano que lo estrelló contra el suelo.

—¡Les pagarás inmediatamente el triple de lo que les debas! —El tullido gritó cuando impactó contra la dura superficie y luego escupió sangre.

La Herborista apartó a Jardir de un empujón y corrió a arrodillarse junto al mercader. Él intentó apartarla, pero Leesha le cogió la cabeza entre las manos con firmeza para examinarle. Tenía el labio partido, pero no creía que necesitara puntos.

Se alzó con rapidez y miró con el ceño fruncido al líder krasiano.

—¡Pero ¿qué Abismos os pasa?!

El rostro de Jardir mostró una mirada llena de sorpresa, como si a ella le hubieran crecido cuernos súbitamente.

—Es sólo un khaffit —le explicó—. Un pelele sin honor.

—¡No me importa lo que sea! —replicó la mujer con brusquedad, acercando el rostro al suyo hasta que sus narices casi se tocaron, con los ojos encendidos como si bailaran en ellos llamas azules—. Él es un invitado bajo nuestro techo, igual que vos, y si queréis que eso continúe así, ¡controlaréis esos odiosos modales y mantendréis quietas las manos!

Jardir permaneció allí inmóvil, aturdido, y sus consejeros mostraron el mismo asombro. Todos se volvieron hacia su líder para que él les indicara cómo debían actuar. Los guerreros flexionaron las manos como si las prepararan para coger las lanzas cortas que colgaban sobre sus hombros y los dedos de Leesha le picaban de puro deseo de ponerse a rebuscar en los bolsillos de su delantal para coger un puñado de polvo cegador en caso de que lo hicieran.

Pero Jardir apartó la mirada y dio un paso hacia atrás para inclinarse profundamente.

—Tenéis razón. Mis disculpas por comportarme de forma violenta en vuestro hogar. —Se volvió hacia Abban—. Te compraré el papel al triple del precio que le pagues a su padre —dijo en voz alta y luego se volvió a mirar a la Herborista—. Algo tan precioso para la señora Leesha debe de ser un auténtico tesoro.

El mercader abatió la frente hasta tocar el suelo y después se apoyó sobre el bastón para ponerse en pie. Erny se apresuró a ayudarle, aunque era un hombre menudo y poco pudo hacer para levantar el peso descomunal del otro.

Jardir sonrió a Leesha, henchido de puro orgullo, como si realmente pensara que podía impresionarla más con una exhibición de su riqueza que con una de violencia.

—Apuesto o no, es un asno presuntuoso —masculló Leesha entre dientes en dirección a Rojer.

—Puede —admitió el Juglar—, pero es un asno que podría aplastar Hoya como a un insecto si quisiera.

La Herborista le devolvió una mirada envenenada.

—No apuestes mucho por ello.

—Las mujeres del norte están hechas de acero —observó Hasik en krasiano cuando les condujeron hacia una de las altas mesas norteñas con sus duros bancos laterales.

—Las nuestras también —replicó Jardir—. Sólo que lo ocultan bajo sus ropas. —Todos ellos, incluido Abban, se echaron a reír ante la observación y estuvieron de acuerdo.

Los niños sirvieron el té, junto con platos con galletas. El Hombre Santo del norte se aclaró la garganta y todos los ojos se volvieron en su dirección. Ashan miró al Pastor como un ave rapaz a un roedor. El hombre palideció bajo la mirada del dama, pero no se arredró.

—Es nuestra costumbre rezar antes de las comidas.

Elona resopló y Jona le dedicó una dura mirada. Jardir ignoró a la mujer, aunque le sorprendió su grosería.

—También es nuestra costumbre, Pastor —repuso, con un gesto deferente—. Es correcto dar las gracias a Everam por todas las cosas.

El labio de Jona se torció ligeramente ante el nombre con el que el líder krasiano se refirió al Creador, pero asintió, aplacado por su cordialidad.

—Creador —entonó Jona, mientras sujetaba la taza entre las dos manos como si fuera una ofrenda—, te damos las gracias por la comida y la bebida de la que disponemos, un símbolo de la vida y el don floreciente que nos has otorgado. Te rogamos para que nos concedas las fuerzas necesarias para servirte del mejor modo y pedimos que nos bendigas a nosotros y a los que no disponen de una mesa en torno a la que reunirse esta noche.

—Pues este año no hemos tenido un don especialmente floreciente —masculló Elona entre dientes, tomando una de las galletas tras lo cual arrugó la nariz en señal de disgusto. La mujer dio un súbito respingo y Jardir adivinó, por el modo en que Leesha la miró con el ceño fruncido, que la hija le había propinado una patada bajo la mesa.

—Siento no poder ofreceros una comida mejor —comentó la Herborista cuando el krasiano captó su mirada—, pero la escasez de la guerra ha golpeado con dureza a nuestro pueblo, ya que hemos acogido a miles de refugiados que han sido desprovistos de manera irracional de todo lo que poseían y también de muchos de sus seres queridos.

—¿De manera irracional? —susurró Ashan en krasiano—. ¡Os está insultando a vos y vuestra misión sagrada, Liberador!

—¡No! —murmuró Abban—. Es un desafío. Responded con cuidado. —El damaji le dirigió una mirada cargada de odio.

—¡Callaos los dos! —siseó Jardir. Apartó los ojos de Leesha y su madre y los volvió en dirección hacia donde estaba el Pastor.

—Vuestra oración para bendecir el pan es muy parecida a la nuestra —comentó—. En Krasia, rezamos incluso sobre nuestros cuencos vacíos, porque si Everam lo quiere, nos fortalecerán de un modo que jamás podrían hacerlo si estuvieran llenos. —Volvió a mirar a Leesha—. Me dijeron que vuestro pueblo era pequeño y muy parecido a los demás hace un año. Pero ahora es grande y poderoso. No veo que haya hambre en sus calles. No hay mendigos, ni pedigüeños, ni mutilados. En vez de eso, os enfrentáis con valentía a la noche, luchando contra cientos de demonios. Como el acero, mi llegada ha hecho que vuestro pueblo se templara y endureciera.

—Pero no habéis sido vos el que lo ha templado —replicó Gared con dureza—. Fue el Protegido el que lo hizo, mientras vosotros aún comíais arena en el desierto.

Hasik se tensó. Jardir dudaba de que hubiera entendido por completo lo que había dicho el norteño, pero el tono del gigante no dejaba lugar a dudas. Hizo un gesto en dirección a su guardaespaldas para indicarle que se calmara.

—Me gustaría saber más de ese Protegido. He oído hablar mucho de él en Don de Everam, pero nada procedente de alguien que le hubiera visto en persona.

—Él es el Liberador, eso es todo lo que necesitáis saber —gruñó el Leñador—. Nos ha devuelto la magia que habíamos perdido hacía muchos años.

—Grafos de combate para luchar contra los alagai —repuso Jardir y Gared asintió—. ¿Podría ver algún arma que

él haya protegido? —preguntó después.

Gared dudó y sus ojos se dirigieron hacia Leesha. Jardir los siguió con naturalidad y, de nuevo, aquellos ojos azules como el agua fresca, amenazaron con hundirle en sus profundidades ocultas. Ella sonrió y él sintió que le recorría un escalofrío.

—Os las mostraremos —repuso, sonriendo con coquetería—, si vos nos mostráis algunas de las vuestras. Vuestra lanza, por ejemplo.

Incluso el mercader soltó un jadeo por su audacia, pero el líder krasiano se limitó a sonreír. Cogió el arma, pero Ashan le sujetó la mano.

—¡No, Liberador! —siseó el sacerdote—. La Lanza de Kaji no puede estar en manos de los chin.

—Ya no es la Lanza de Kaji, Ashan —contestó él en krasiano—. Es la Lanza de Ahmann y haré con ella lo que me plazca. Ésta no es la primera vez que la tocan las manos de un chin y su bendición perdura.

—¿Y si intentan robarla? —preguntó Hasik.

Jardir le miró con los ojos serenos.

—Si lo hacen, mataremos a todos los hombres, mujeres y niños, y reduciremos este pueblo a escombros.

Una vez hubo concluido la discusión, Jardir alzó la lanza en posición horizontal ante él. En respuesta, el Leñador puso la mano en su cinturón y sacó una larga hoja. Hasik y Shanjat se pusieron tensos, preparados para atacar, pero el gigante le dio vuelta a la hoja, y la cogió por la punta para ofrecerle la empuñadura a Jardir. Ambos hicieron el cambio en el mismo momento.

No hubo pretensión alguna de decoro por parte de ninguno cuando los expertos en protección de ambos bandos se apresuraron a examinar las armas.

El líder krasiano dio la vuelta a la hoja para que captara la luz, que se derramó en ríos relucientes a lo largo de los intrincados grafos grabados en su superficie. En seguida se percató de que los grafos eran los mismos que su gente usaba para proteger sus propias armas, símbolos tomados de la Lanza de Kaji, que portaba casi todos los grafos de combate que existían.

Pero la protección iba más allá de la mera funcionalidad, al contrario que ocurría en las lanzas grabadas de forma ruda de los dal'Sharum. Había una maestría en aquella hoja que hacía que ésta rivalizara con cualquier otra pieza que Jardir hubiera visto, aparte de la misma Lanza de Kaji, pues sus cientos de grafos fluían de modo armonioso para generar una red de un poder tan increíble que era tan hermoso de observar como terrible había de ser para los alagai.

—Exquisita —murmuró el krasiano.

—No tiene precio —susurró Abban.

—¿Podría ese Protegido haber robado los símbolos de Sol de Anoch? —se preguntó Ashan.

—Eso es ridículo —repuso Jardir—, Nadie ha puesto un pie allí desde hace miles de años, excepto...

Miró a sus hombres y todos los ojos mostraron el mismo pensamiento.

—No —afirmó el líder krasiano al fin—. El está muerto.

—Tiene que estarlo —repitió el damaji como en un eco, después de una breve pausa y los demás asintieron.

Después alzaron la mirada para ver a Leesha y a su padre, quien ahora llevaba puestos unos lentes, examinando la Lanza de Kaji desde muy cerca. La habían sostenido el tiempo suficiente para apreciar su grandeza, pero él no veía motivo para revelar aún todos sus secretos.

—Éstos son grafos poderosos —dijo Jardir al devolver la hoja a Gared, con la empuñadura por delante. Después miró a la lanza sin disimulo y los norteños se la devolvieron a regañadientes. La mirada de anhelo en los ojos de la Herborista cuando le entregó la lanza le gustó. Estaba claro que ansiaba sus secretos.

—¿Dónde está el Protegido? —preguntó Jardir a Gared cuando la lanza estuvo guardada de nuevo sobre su hombro —. Me gustaría mucho conocerle.

—Va y viene —intervino la mujer antes de que el gigante pudiera responder.

Jardir asintió en su dirección.

—¿Fue él quien os regaló esa capa maravillosa? Realmente debe ser como la misma Capa de Kaji, si os permite pasear ante los alagai sin que os vean.

Las mejillas de la Herborista se colorearon y el líder krasiano comprendió que la había halagado de algún modo.

—Las Capas de Invisibilidad son creación mía —explicó —. Alteré los grafos de confusión y vista, junto con los de un bloqueo suave, de modo que ningún abismal puede ver al que la lleve.

—Es increíble —comentó Jardir—. Everam debe hablaros al oído, si sois vos quien modifica los grafos, especialmente para transformarlos en algo de una belleza y un poder casi divinos.

Leesha bajó la mirada hacia su capa y la acarició de forma distraída. Finalmente, chasqueó la lengua y se puso en pie para desabrochar el grafo de plata que la cerraba en torno a su garganta.

—Tomadla —dijo, haciendo gesto de entregarla a Jardir.

—¡¿Estás loca?! —gritó Elona y avanzó para impedírselo, igual que Ashan había hecho antes con Jardir.

—La capa sólo tiene utilidad contra los demonios —adujo ella, dirigiéndose tanto a su madre como al hombre—. Quedáosla para que recordéis cuál es el verdadero enemigo cuando el sol se alce mañana. —Apartó el brazo de su madre y se la ofreció de nuevo.

Jardir apoyó las palmas de las manos sobre la superficie de la mesa y se inclinó.

—Es un regalo demasiado valioso y no tengo nada que ofreceros en agradecimiento. No puedo aceptar, por Everam.

—Todo lo que quiero como agradecimiento es que recordéis lo que he dicho —insistió ella. El krasiano se inclinó de nuevo y tomó la maravillosa capa con los ojos abiertos por la sorpresa. Si los grafos en el arma que había grabado al que llamaban Protegido eran pura armonía, la Capa de Invisibilidad de Leesha era una auténtica sinfonía. La dobló cuidadosamente y la guardó entre sus propios ropajes antes de que cualquiera de sus consejeros se distrajera en el estudio del regalo.

—Gracias, señora Leesha, hija de Erny, Herborista de Hoya del Liberador —repuso, con una reverencia—. Me honráis en sobremanera con vuestro regalo.

La Herborista sonrió y se acomodó de nuevo en su asiento. Durante un momento, los norteños hicieron grandes aspavientos bebiendo el té y murmurando entre ellos. Jardir les concedió aquel tiempo para que charlaran entre ellos y miró en dirección a Abban.

—Cuéntame quién es el chico pelirrojo que viste como un khaffit —le ordenó.

El mercader se inclinó.

—Es lo que los norteños llaman un Juglar, Liberador. Son cuentistas viajeros y músicos que visten con brillantes colores para anunciar su oficio. Se considera una profesión

de gran honor y sus practicantes son a menudo figuras muy admiradas que inspiran a los demás.

Jardir asintió lentamente, mientras digería la nueva información.

—Su música tiene poder sobre los alagai, consigue someterlos con ella. ¿Qué sabes de eso?

El tullido se encogió de hombros.

—Las historias que corren sobre el Protegido hablan de un hombre como ése, uno que hechiza a los alagai con su magia, pero no sé nada de su poder. No creo que sea muy común.

Rojer observaba con inquietud cómo los krasianos lanzaban miradas furtivas en su dirección. Era obvio que hablaban de él, pero aunque el oído entrenado del Juglar había comenzado a aislar los sonidos y cadencias de aquel lenguaje sorprendentemente musical, aún estaba muy lejos de comprenderlo.

Aquellos guerreros le fascinaban tanto como le aterrorizaban, al igual que el Protegido. Rojer era contador de historias tanto como violinista, y había tejido más de un cuento sobre Krasia sin haber conocido jamás a nadie de allí. Tenía miles de preguntas que hacerles, pero todas se le hacían un revoltijo en la cabeza antes de poder expresarlas, pues aquellos guerreros no se parecían en nada a los exóticos príncipes de sus historias. Rojer había recorrido el camino hasta Rizón y contemplado su obra. Cultos o no, eran asesinos, violadores y bandidos.

Jardir echó una ojeada de nuevo en su dirección y sus ojos se encontraron antes de que el Juglar pudiera apartar

la mirada. Rojer dio un respingo, y se sintió como una liebre acorralada.

—Perdonadme, hemos sido poco educados —se excusó el krasiano con una inclinación.

El Juglar simuló rascarse el pecho, pero sólo era una excusa para tocar el talismán. Tanto el medallón como la presencia de Gared a su lado le daban seguridad. No era la primera vez que se alegraba de la promesa que había realizado el poderoso Leñador al Protegido de mantenerle a salvo.

—No me he sentido ofendido —repuso.

—Nosotros no tenemos Juglares. Su profesión nos parece muy interesante.

—¿No tenéis músicos? —preguntó Rojer, atónito.

—Sí, claro, pero en Krasia los músicos sólo se dedican a la adoración de Everam, no a hechizar demonios en el campo de batalla. Decidme, ¿ese poder es común en el norte?

El Juglar dejó escapar una risa que sonó como un ladrido.

—En absoluto —apuró su taza de té con el deseo de que hubiera dentro algo más fuerte—. Ni siquiera soy capaz de enseñarlo a los demás. No sé cómo lo hago.

—Quizá Everam os ha hablado —sugirió Jardir—, Quizá El ha bendecido a vuestro linaje con ese poder. ¿Alguno de vuestros hijos ha mostrado la misma capacidad?

Rojer se echó a reír de nuevo.

—¿Hijos? Pero si ni siquiera me he casado.

Los krasianos se mostraron de lo más sorprendidos ante aquel hecho.

—Un hombre de su poder debería tener muchas esposas para que le dieran hijos.

El Juglar dejó escapar una risita y alzó la taza en su dirección.

—Estoy de acuerdo. Debería tener muchas esposas.

Leesha resopló.

—Ya me gustaría ver cómo te las apañas con una. —Todos los presentes a ambos lados de la mesa se rieron a expensas de Rojer. Él lo soportó en silencio; las bromas a su costa no eran nada nuevo en Hoya, pero aun así seguía ruborizándose. Miró a Jardir, y descubrió que el krasiano no estaba entre los que se reían.

—¿Puedo haceros una pregunta personal, hijo de Jessum?

El Juglar rozó el medallón con el nombre de su padre y luego asintió.

—¿Cómo os hicisteis esa cicatriz? —le preguntó, señalando la mano mutilada de donde faltaban dos dedos y parte de la palma—. Parece una herida antigua, demasiado antigua para que la sufrierais siendo ya un hombre capaz de combatir a los alagai; además veo que os estorba poco. Como si hubierais tenido muchos años para acostumbraros a ella.

El Juglar sintió que se le helaba la sangre. Sus ojos se posaron sobre el gordo mercader envuelto en aquellas sedas brillantes. Sus compañeros le trataban con desprecio por ser un tullido. Se preguntó si los krasianos le consideraban menos hombre por tener sólo media mano.

Todo el mundo había dejado de hablar a la espera de su respuesta. Ya antes habían estado escuchando a medias, pero ahora les miraban abiertamente.

Rojer frunció el ceño. Se preguntó si los hoyenses eran realmente tan distintos a los krasianos. Ninguno de ellos, incluida Leesha, se había atrevido nunca a mencionar su

mano mutilada; hacían como que no existía, y después la observaban cuando pensaban que él no se daba cuenta.

«Al menos él ha sido honesto en cuanto a su curiosidad —pensó y le devolvió la mirada a Jardir—. Y me importa una mierda de abismal lo que piense de mí.»

—Los demonios irrumpieron a través de los grafos de mi casa cuando yo era un niño —repuso—. Mi padre se enfrentó a ellos con un atizador de hierro de la chimenea y los contuvo mientras mi madre huía conmigo. Pero un demonio del fuego saltó sobre su espalda, y mordió mi mano y su hombro.

—¿Cómo sobrevivisteis a eso? —le preguntó el hombre—. ¿Os salvó vuestro padre?

Rojer sacudió la cabeza.

—A esas alturas mi padre ya estaba muerto. Mi madre mató al demonio del fuego y me empujó dentro de un refugio.

Una serie de jadeos sorprendidos se oyeron alrededor de la mesa e incluso los ojos del krasiano se abrieron por la sorpresa.

—¿Vuestra madre mató a un demonio del fuego?

El Juglar asintió.

—Me lo sacó de encima y lo ahogó en un abrevadero. El agua hirvió y para cuando el demonio dejó de debatirse, mi madre tenía los brazos rojos y cubiertos de ampollas.

—¡Oh, Rojer, qué cosa más horrible! —gimió Leesha—. ¡Jamás me habías contado nada de eso!

Él se encogió de hombros.

—No me lo preguntaste. Nadie me había preguntado nada sobre mi mano. Todos, incluso tú, evitáis mirarla.

—Siempre pensé que preferías mantener tu intimidad. No quería que te sintieras incómodo haciendo mención a tu...

—¿Deformidad? —finalizó él, irritado por la compasión que traslucía su voz.

Jardir se puso en pie, con el rostro deformado por la cólera. Todos los presentes se pusieron tensos, preparados para huir o combatir al instante.

—¡Es la cicatriz de una herida de alagai! —gritó y alargó la mano por encima de la mesa, tomó la del Juglar y la alzó para que todos la vieran—. Que Nie se lleve a quienes os miren con piedad: ¡esto es un testigo de vuestro valor! Las cicatrices muestran cómo desafiamos a los alagai ¡Y a la misma Nie! Le dicen que hemos mirado dentro de las fauces de Su Abismo y escupido en su interior. ¡Hasik!

Jardir señaló al más corpulento de sus guerreros. Al recibir una orden suya, el hombretón se puso en pie y se abrió las ropas acorazadas para mostrar un semicírculo de marcas de dientes que cubrían la mitad de su torso.

—Demonio de la arena —dijo, con un fuerte acento—. Grande —añadió y luego extendió los brazos para dar idea de su tamaño.

Jardir se volvió hacia Gared y entrecerró los ojos en mudo desafío.

—Nada tan malo como eso —gruñó él—. Aunque me han dado de lo lindo, eso es cierto. —Tras decir eso se abrió la camisa para mostrar el pecho musculoso y se dio la vuelta para que pudieran ver las gruesas cicatrices de unas de garras que descendían desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda—. El leñosito me dio a base de bien. A un hombre más pequeño lo habría partido por la mitad.

Rojer observó maravillado cómo los comentarios se extendían por ambos lados de la mesa como una ola, pues todos se levantaban de sus asientos para mostrar sus cicatrices y contar sus historias a gritos, discutiendo sobre cuáles eran más terribles. Tras el año pasado en Hoya, a

duras penas se podía encontrar a alguien en la ciudad que no tuviera al menos una.

Pero en la habitación no se respiraba un ambiente pesaroso. La gente rugía de risa al recordar las pifias cometidas y en algunos casos las escenificaban; hasta los krasianos se golpeaban las rodillas en pleno ataque de risa. El Juglar miró a Wonda, la chica con el rostro horriblemente deformado por las cicatrices, y la vio sonreír por primera vez desde que la conocía.

Cuando la cacofonía estaba en su punto álgido, Jardir se puso en pie sobre el banco como si fuera un maestro Juglar.

—¡Dejemos que los alagai vean nuestras cicatrices y caigan en la desesperación! —gritó, mientras se despojaba de su ropa.

Los músculos se movían bajo su piel de color aceitunado, pero no fue eso lo que arrancó jadeos de asombro a todos los presentes. Fueron sus cicatrices. Eran grafos. Cientos de ellos, puede que miles, acuchillados en su piel como los tatuajes del Protegido.

—Por la Noche, quizá él sí sea el Liberador —murmuró el Juglar para sus adentros.

7

A cualquier precio
Primavera del 333 d.R.

—Deberías cojear más deprisa —le dijo Hasik a Abban con una risotada—, o te dejaremos atrás en la oscuridad.

El mercader compuso un gesto de dolor. El sudor le corría por las gruesas mejillas. Ahmann había impuesto un ritmo brutal de regreso al campamento krasiano y encabezaba la marcha a grandes zancadas, seguido por Ashan, de modo que el pobre tullido caminaba entre Hasik y Shanjat, dos hombres que le habían torturado desde la niñez y que ahora eran más crueles aún.

Justo una semana antes, Hasik había violado a una de sus hijas cuando ésta acudió a su pabellón para entregar un mensaje. La vez anterior, la víctima había sido una de sus esposas. Jurim y Shanjat se habían empeñado en tomar bajo su protección en el Kaji'sharaj a los hijos nie'Sharum de Abban, y les habían inculcado tal odio por su padre khaffit que el corazón del mercader estaba destrozado. Todas las

Lanzas del Liberador se burlaban de él, le escupían y le golpeaban cuando el Shar'Dama Ka no estaba presente. Todos conocían a Ahmann desde hacía mucho y estaban resentidos con Abban porque a él lo escuchaba y, a ellos, no. El mercader sabía que si perdía el favor de Ahmann, su vida no valdría nada.

Pero en el momento en que abandonaron el bloqueo generado por la gigantesca protección de Hoya del Liberador, el mercader sintió verdadero pavor así que se vio obligado a aceptar que no había nada que los Sharum pudieran hacerle que le hiciera sentir demasiado orgulloso como para no suplicar su protección durante la noche.

Ese era el destino de un khaffit.

—No entiendo por qué habéis tratado a esos peleles chin como si fueran hombres de verdad —le comentó Ashan a Jardir mientras caminaban.

—Esa gente es fuerte —replicó él—. Incluso sus mujeres poseen cicatrices de los alagai.

—Sus mujeres son descaradas como prostitutas —repuso el sacerdote— y deberían ver más a menudo el revés de las manos de sus esposos. ¡Y la que los dirige es la peor de todas! No me puedo creer que la dejaseis reprenderos como una... una...

—¿Dama'ting?

—Como si fuera más que la Damajah. Y esa mujer no lo es.

El rostro de Ahmann se contrajo ligeramente, un signo de irritación apenas visible pero que, sin embargo, habría hecho que Abban corriera a esconderse si hubiera habido algún lugar donde hacerlo.

Sin embargo, esa vez contuvo su temperamento.

—Piensa, Ashan. ¿Por qué debo malgastar guerreros en conquistar a estas gentes para la Sharak Ka si ellos ya

luchan contra los alagai?

—Pero no luchan bajo vuestro mando, Shar'Dama Ka —señaló el damaji—. El Evejah ordena que todos los guerreros han de obedecer al Liberador para poder ganar la Sharak Ka.

Él asintió.

—Y así será. Pero si he conseguido unir a las tribus de Krasia no ha sido matando hombres. La unidad nació cuando mezclé mi sangre con la suya a través de mis matrimonios con las dama'ting. No veo por qué no podemos hacer lo mismo en el norte.

—Os casarías con esa... esa... —Ashan no podía creerlo.

—¿Esa qué? ¿Esa hermosa mujer que mata a los alagai con un gesto de su mano y que protege con grafos del pasado? —Alzó la capa bordada que le había regalado hasta su rostro, cerró los ojos e inhaló profundamente—. Incluso su olor me embriaga. Tengo que poseerla.

—¡Pero si ni siquiera es evejana! —escupió el sacerdote—. ¡Es una infiel!

—También los infieles forman parte del plan de Everam, amigo mío —repuso él—. ¿Es que no lo ves? La única tribu del norte que lucha la alagai'sharak es dirigida por una mujer, una sanadora norteña bendecida con poderes que jamás se habían visto hasta ahora. Si me caso con ella, puedo sumar su fuerza a la nuestra sin verter ni una sola gota de sangre. Es como si el mismo Everam hubiera planeado nuestro encuentro. Puedo sentir su Voluntad arder en mi interior y no me negaré a ella.

Ashan parecía preparado para seguir discutiendo, pero quedó claro que Jardir consideraba el asunto zanjado. Frunció el ceño, pero se inclinó.

—Como desee el Liberador —concedió entre los dientes apretados.

Al final llegaron al campamento y el mercader dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio que habían levantado el pabellón de Ahmann y el resto de los guerreros les aguardaban allí. Los dal'Sharum rodeaban la tienda del Shar'Dama Ka, durmiendo por turnos, siempre alertas ante cualquier amenaza, viniera de los demonios o no.

—Abban, quiero reunirme contigo —ordenó Ahmann—. Shanjat y Ashan, marchaos con el resto de los hombres.

El damaji y el kai'Sharum intercambiaron una mirada amarga, pero no discutieron y se apresuraron a obedecer. Hasik se puso en movimiento para seguir a Jardir, pero él lo detuvo con una mirada.

—No necesito un guardaespaldas para reunirme con un khaffit.

Hasik hizo una reverencia.

—Si no me asignáis otro destino, Liberador, asumo que mi sitio está a vuestro lado.

—Habría que levantar mi tienda —sugirió el mercader.

Ahmann asintió.

—Hasik, ponte a ello.

El guerrero alzó hacia el tullido una mirada asesina, pero éste, sintiéndose a salvo detrás de Jardir, no le dedicó la reverencia obsequiosa de un khaffit, sino una mueca de burla.

Luego se volvió, se acercó a la tienda y alzó la solapa de la entrada para que Ahmann entrara primero. La rabia impotente del rostro de Hasik era una pobre compensación por la virginidad de su hija, pero Abban se vengaba como podía.

Jardir se volvió hacia Abban cuando estuvieron a solas.

—Me disculpo por haberte golpeado. Fue...

—Una manera de impresionar a la mujer, lo sé —le cortó el mercader—. Y habría sido un buen truco si hubiera funcionado, pero esos chin ven el mundo de manera distinta a nosotros.

Él asintió, pensando en cómo el Par'chin solía defender al tullido.

—Nuestras culturas son un insulto la una para la otra. Debería conocerles mejor.

—Hay que tener un cuidado especial cuando se trata con los chin —coincidió Abban.

Jardir alzó la Lanza de Kaji.

—Yo soy un guerrero, Abban. Mis estrategias sólo sirven para conquistar hombres y luchar contra los alagai. No soy bueno en eso de la... manipulación —escupió la palabra—, en la que Inevera y tú destacáis tanto.

—Las mentiras siempre os han sabido a bilis en los labios, Ahmann —comentó el hombre, con una reverencia que era tanto una muestra de respeto como una burla.

—Entonces, ¿cómo podría conseguir a esa mujer? —preguntó Jardir—. He visto cómo me miraba. ¿Crees que tiene libertad para escoger esposo como las dama' ting o debo acercarme antes a su padre?

—Las dama'ting tienen esa libertad porque no sabemos quiénes son sus padres. Que la señora Leesha nos presentara a su padre es una señal, y después os dio la capa, un signo claro de que se encuentra abierta al cortejo. Una doncella cualquiera podría haber entregado una pieza de ropa de buena calidad a un pretendiente, pero la suya era digna del Liberador.

—Así que sólo será cuestión de negociar la dote con su padre.

Abban sacudió la cabeza.

—Erny es un negociador duro, pero eso será lo de menos. Yo estaría más preocupado por si la Damajah se opone a la unión y los damaji la apoyan.

—Mataré a cualquier damaji que se enfrente a mí por esto, incluido Ashan.

—¿Y qué mensaje enviaríais a vuestro ejército, Ahmann —le preguntó—, si su líder mata a sus propios damaji por una mujer chin?

El líder krasiano le miró con cara de pocos amigos.

—¿Y eso qué importa? Inevera no tiene motivos para oponerse.

El mercader se encogió de hombros.

—Sólo lo he sugerido porque sospecho que la Damajah no dominará a esta mujer del norte tan fácilmente como al resto de vuestras Jiwah Sen.

Sabía que el tullido llevaba razón. Siempre había pensado que Inevera era la mujer más poderosa del mundo, pero esta Leesha de Hoya del Liberador parecía poder rivalizar con ella. Leesha no jugaría el papel de una esposa menor y su Primera Esposa no toleraría otra situación.

—Pero es ese espíritu indomable el que debo tener a mi lado, si quiero llevar a los chin a la Sharak Ka. A lo mejor podría casarme con ella en secreto.

El tullido sacudió la cabeza.

—La Damajah acabaría por enterarse de la unión y podría anularla con una sola palabra, lo que la tribu de la Herborista se tomaría como un insulto intolerable.

Ahmann sacudió la cabeza a su vez.

—Tiene que haber un modo. Siento que esto es voluntad de Everam.

—Quizá... —comenzó Abban, retorciendo los rizos de su barba aceitada con los dedos.

—¿Sí?

El mercader se quedó en silencio un momento, pero después sacudió la cabeza e hizo un gesto con la mano de manera despectiva.

—Sólo ha sido una idea que se ha desvanecido como el agua entre los dedos.

—¿Qué idea? —preguntó él y su tono dejó claro que no repetiría la pregunta.

—Ah, sólo me preguntaba, ¿qué tal si la Damajah sólo fuera vuestra Jiwah Ka krasiana? Si las cosas fueran así, sería razonable buscar una Jiwah Ka norteña, para que arreglara matrimonios con los chin en las tierras verdes. —Luego sacudió la cabeza—. Pero ni el mismo Kaji tuvo jamás dos Jiwah Ka.

Jardir se frotó las manos, pensativo, y al hacerlo notó las suaves cicatrices de los grafos grabados en su piel.

—Kaji vivió hace tres mil años —dijo al final— y los textos sagrados están incompletos. ¿Quién sabe con certeza cuántas Jiwah Ka tuvo?

Como Abban, que solía saberlo todo, no respondió de forma inmediata, Ahmann sonrió.

—Mañana irás a la casa del padre de Leesha para pagar tu deuda —le ordenó— y para enterarte de qué dote pide por ella.

El tullido se inclinó y se volvió para marcharse.

Abban sonrió a los hombres de las tierras verdes mientras cojeaba a través de la aldea apoyado en su muleta con cabeza en forma de camello. Todos le miraban, muchos con desconfianza, pero mientras que en Krasia la muleta era una invitación a que cualquiera ejerciera la violencia contra él, entre los chin parecía tener el efecto opuesto. Al parecer, les avergonzaba golpear a un hombre que no podía defenderse, igual que les avergonzaba pegarle a una

mujer. Eso explicaba por qué sus mujeres se tomaban tales libertades.

Cada vez le gustaban más las tierras verdes. El tiempo no era ni demasiado frío ni demasiado cálido, a diferencia del desierto, en el que había de soportar ambos extremos. En el norte, además, había una abundancia como jamás había soñado. Las posibilidades de negocio eran infinitas. Sus hijos y sus mujeres ya estaban haciendo una fortuna en Don de Everam y la mayoría de las tierras verdes estaban aún sin conquistar. En Krasia era rico, pero sólo se le consideraba medio hombre. En el norte, podría vivir como un damaji.

Abban se preguntó, no por primera vez, cuáles serían las intenciones reales de Ahmann. ¿Realmente creía que era el Liberador y que cosas tales como casarse con esa mujer eran la voluntad de Everam o sólo era una manera disimulada de conseguir poder?

Si se tratara de otro hombre cualquiera, él habría pensado lo segundo, pero Ahmann siempre había sido ingenuamente sincero sobre esas cosas y podría albergar perfectamente tales delirios de grandeza.

Era ridículo, estaba claro, pero la creencia en su divinidad compartida por todos los hombres, mujeres y niños de Krasia le daba un poder tan grande que en realidad importaba muy poco si era verdad o no. De cualquier modo, Abban servía al hombre más poderoso del mundo y si bien no habían retomado su antigua amistad, al menos había algo entre los dos que se le parecía mucho.

Pero ahora había un nuevo factor en la relación que mantenían, la Damajah, y él era un manipulador demasiado hábil para no reconocer a un igual cuando lo tenía delante. Inevera usaba a Ahmann para sus propios fines y ésos eran indescifrables incluso para él, que había ganado verdaderas

fortunas gracias a su capacidad para ver los deseos que albergaban los corazones ajenos.

La Damajah tenía algún poder desconocido sobre Jardir, pero no era completo. Él era el Shar'Dama Ka. Fuera una dama'ting o no, si él lo ordenaba, la gente no dudaría en destruirla para complacerle.

El mercader tenía muy claro que no podía interponerse entre ellos, por supuesto. Había sobrevivido demasiado tiempo para cometer un error tan tonto. En el momento en que Inevera detectara que le era desleal, lo aplastaría como a un escorpión bajo su sandalia y ni siquiera Ahmann podría detenerla. Se encontraba tan por debajo de la Damajah como del mismo líder krasiano. O incluso más.

«El único hombre que realmente puede manejar a una mujer es otra mujer», le había dicho su padre muchas veces. Y era un gran consejo.

Leesha Paper podría sacudir las mismas bases del poder de Inevera, pudiendo llegar incluso a liberar a Jardir por completo de él. Y lo mejor de todo sería que la Damajah jamás vería su mano en eso.

La sonrisa de Abban se ensanchó.

Abban estuvo encantado al descubrir que Erny era un regateador tan formidable en persona como lo había sido a través de los Enviados. Sentía un profundo desprecio por los que no regateaban. Sólo excluía de esa regla a Ahmann porque en su caso no se trataba de que no fuera capaz de hacerlo, sino que jamás se prestaría a ello.

El resultado fue un precio justo, pero después de que el mercader lo triplicara por orden de Ahmann, se convirtió en una buena suma. Erny y su esposa parecían muy complacidos mientras Abban contaba el oro.

—Tengo aquí todo el pedido —dijo Erny, poniendo la caja del papel con flores impresas de Leesha sobre el mostrador

y abriendo la tapa superior.

El tullido pasó los dedos por la primera hoja del papel coloreado, sintiendo el diseño de las flores artísticamente dispuestas e insertas en la trama del material. Cerró los ojos e inhaló.

—Aún huele a flores, después de todo este tiempo —comentó con una sonrisa.

—Si lo mantiene seco, durará para siempre —explicó Erny—, o al menos la vida de cualquier hombre.

—Su hija parece tocada por la mano de Everam —añadió él—. Es perfecta en todos los sentidos, como un Serafín Celestial.

Elona bufó, pero su marido la miró con el ceño fruncido y ella se calló.

—Así es.

—A mi señor le gustaría comprarla como esposa —continuó Abban—. Me ha dado poderes para negociar su dote y será de lo más generoso.

—¿De cuánta generosidad estamos hablando? —intervino Elona.

—¡Eso que importa! —la increpó Erny—. ¡Leesha no está en venta como si fuera un caballo!

—Por supuesto, claro que no —le aplacó el mercader e hizo una reverencia para conseguir algo de tiempo. No esperaba la reacción del padre y era difícil saber si le había insultado de verdad o sólo era una técnica de regateo para elevar el precio—. Por favor, perdonad mi pobre comprensión de las palabras. Algunas veces no domino vuestro lenguaje, según parece. No quería ofenderle.

Erny pareció calmarse al oír el comentario y el mercader transformó su rostro en la sonrisa que había conseguido convencer a sus miles de clientes de que en realidad era un amigo más que otra cosa.

—Mi señor entiende que vuestra hija dirige la tribu y no es una mercancía cualquiera. Quiere concederos a ella y a vuestra gente un gran honor, al unir su sangre con la vuestra. A su lado, vuestra hija sería la primera de todas las mujeres del norte y tendría influencia tanto en la corte como en el lecho del Liberador de modo que podría evitar un innecesario derramamiento de sangre cuando él vaya a conquistar el norte.

—¿Eso es una amenaza? —inquirió Erny en tono beligerante—. ¿Me estáis diciendo que vuestro señor nos mataría para conseguirla si no se la vendo?

Abban enrojeció. Sí que le había insultado y gravemente. El Par'chin siempre le había dicho que los krasianos tenían el genio explosivo, pero parecía que los norteños no se quedaban atrás si uno les hablaba con la verdad por delante.

Extendió las manos y se inclinó profundamente.

—Por favor, amigo mío, comencemos de nuevo. Mi señor no pretende amenazar a nadie y tampoco ofender. Entre nuestra gente, es el deber del padre concertar los matrimonios de sus hijas. Parte del acuerdo consiste en que la familia del novio ofrece al padre y a la novia una dote como símbolo de su valor. Creía haber entendido que los norteños compartían esta costumbre con nosotros.

—Así es —intervino Elona antes de que el hombre tuviera tiempo de replicar.

—Alguna gente aún piensa así —la corrigió Erny—, pero no es así como he educado a mi Leesha. Si vuestro señor quiere casarse con mi hija, tendrá que cortejarla como un hombre cualquiera y, si ella decide que le quiere, entonces puede venir y pedir mi bendición.

A Abban eso le parecía un verdadero atraso, pero no importaba. Se inclinó de nuevo.

—Le explicaré vuestros términos a mi señor con claridad. Espero que comience a cortejar a vuestra hija de forma inmediata.

Los ojos de Erny se abrieron como platos.

—¡Yo no he...! ¡Eh! —gritó cuando Elona le clavó las uñas en el brazo de manera nada sutil. El mercader captó el gesto con interés. Sus esposas no eran dóciles, pero jamás osarían llevarle la contraria de esa manera delante de un cliente.

—A nadie le hará daño el que venga a traerle unas flores —comentó ella—. Tú mismo has dicho que era elección de Leesha.

Erny se la quedó mirando un buen rato y luego suspiró y asintió. Cogió la tapa de la caja y la colocó de nuevo sobre el papel fabricado por su hija.

—Es una caja muy pesada. ¿Queréis que busque a un chico para que se la lleve?

El tullido hizo una venia.

—Por favor.

—Creo que todos los chicos están ocupados —dijo Elona— y puedo llevarla dando un paseo.

De nuevo el mercader se sintió confuso. En Krasia, era común que las mujeres hicieran este tipo de tareas, pero por el modo en que Erny miró a su esposa con los ojos desencajados, comprendió que no le había parecido bien.

Observó a Elona cuando le dio la vuelta al mostrador y admiró su belleza, a pesar de que había perdido ya la juventud. Quizá era una esposa de almohada, una concubina a la que se le daba un trabajo sencillo con el fin de tenerla a mano para cuando su esposo quisiera aplacar la lujuria. Muchos krasianos las tenían, pero él jamás había tolerado la pereza y esperaba de sus esposas más jóvenes y bellas que trabajaran tan duro como las demás.

Mientras caminaban por el camino solitario que salía de la tienda de Erny, el mercader se volvió hacia la mujer.

—Ruego a Everam que mi incomprensión de vuestras costumbres no haya ofendido a vuestro esposo de forma perdurable.

Elona sacudió la cabeza.

—Nosotros somos muy diferentes de vosotros; aquí los padres aprueban los matrimonios, pero somos las madres las que los negociamos. Erny no dará su bendición hasta que se haya entregado la dote.

El mercader se detuvo de pronto, comprendiendo al fin.

—Claro. Lamento que la madre de mi señor, Kajivah, esté en Don de Everam con sus esposas. ¿Podría negociar yo en su lugar?

Elona asintió, pero alzó una ceja.

—¿Tiene otras esposas?

—Por supuesto. Ahmann Jardir es el Shar'Dama Ka.

La mujer frunció el ceño.

—Decidle que sea listo y ni se le ocurra mencionar a sus otras esposas a mi hija. Las chicas se ponen celosas en menos de lo que tarda el cielo en cubrirse de nubarrones.

Abban asintió.

—Gracias, no olvidaré advertirle. ¿Debo suponer que vuestra hija es virgen?

—Por supuesto —repuso Elona con brusquedad.

El mercader se inclinó de nuevo.

—Por favor, no os ofendáis. En Krasia, la Primera Esposa de un hombre inspeccionaría a las futuras esposas personalmente, pero si ésa no es vuestra costumbre, con vuestra palabra será suficiente.

—Tened por seguro, como que hay Abismo, que nuestra costumbre al respecto es que nadie, salvo los maridos y las Herboristas, inspeccionan la entrepierna de las novias —

aclaró ella—, así que no se os vaya a ocurrir ni a vos ni a vuestro señor pensar en probar la leche antes de comprarla.

—Por supuesto —repuso Abban, que asintió y sonrió ahora que había comenzado el regateo.

Jardir andaba de un lado a otro de su pabellón como un animal enjaulado, a la espera del regreso de Abban.

—¿Qué ha dicho? —inquirió con impaciencia en el momento en que el khaffit entró en la tienda—. ¿Está cerrado ya?

El mercader sacudió la cabeza y Jardir respiró hondo para aceptar la desilusión y dejarla pasar sin sentir dolor.

—La señora Leesha es más parecida a una dama'ting de lo que yo suponía —repuso él—. Tiene libertad para escoger marido, aunque hay que pagar una dote para obtener la bendición de su padre.

—Pagaré lo que sea.

El tullido hizo una reverencia.

—Ya me dijisteis eso —admitió—, pero yo, vuestro humilde servidor, he comenzado ya las negociaciones para minimizar el impacto sobre vuestras riquezas.

Ahmann movió una mano con un gesto despectivo.

—¿Así que tengo que acercarme yo mismo a ella?

—Su padre ha dado el permiso para que la cortejéis —contestó y el líder krasiano sonrió, cogió la lanza e hizo una pequeña parada delante de un espejo plateado para comprobar su aspecto.

—¿Qué le vais a decir? —le preguntó Abban.

Ahmann le devolvió la mirada.

—No tengo ni idea —contestó con sinceridad—. Pero si esto es voluntad de Everam, debo confiar en que lo que diga será lo correcto.

Abban frunció el ceño.

—No creo que esto funcione de esa manera, Ahmann.

Jardir se volvió a mirar al mercader sin necesidad de escuchar las palabras que no había dicho. Era como el Par'chin en ese aspecto: educado, tolerante y profundamente incrédulo.

Miró a su amigo y sintió un gran pesar en el corazón, porque comprendió por fin lo que significaba ser khaffit. Everam no les hablaba. Abban podría usar el nombre de Everam en cada una de las frases que componía, pero jamás había oído Su Voz o sentido el embeleso de someterse a Su Voluntad. Lo único que le hablaba al mercader era el beneficio y sería su esclavo para siempre.

Pero eso era también parte del plan de Everam, porque el khaffit veía cosas que los demás no veían, cosas que eran esenciales para él si quería ganar la Sharak Ka.

Puso una mano en su hombro y sonrió con tristeza.

—Ya sé que no lo comprendes, amigo mío, pero si tú no crees en el Creador, al menos, ten fe en mí.

El mercader se inclinó.

—Por supuesto. Pero al menos al principio, evitad hablar de vuestras otras esposas. Su madre me ha dicho que la señora Leesha es celosa y su genio estalla como una nube de tormenta.

Jardir asintió pues no le sorprendía que una mujer como ella fuera consciente de su propio valor y esperara que otras mujeres se apartaran a su paso. Eso sólo hacía que la deseara aún más.

Rojer dirigió de mala gana a sus aprendices durante los ejercicios. Habían mejorado un poco, pero cuando Kendall se inclinó a guardar su violín, quedó a la vista el extremo superior de las cicatrices que recorrían su pecho. Podría ser que las marcas de los demonios fueran una muestra de honor, pero para él también eran un recordatorio de lo lejos que aún estaban sus aprendices de ser de alguna utilidad durante la noche. Esperaba que los instructores del gremio de los Juglares llegaran pronto.

Por otro lado, los Leñadores entrenaban en el Cementerio de los Abismales. Tenían mucho trabajo por delante para construir la nueva zona protegida, pero mientras los krasianos estuvieran acampados en el claro, ningún Leñador tendría interés alguno en comenzar. Gared había hecho que algunos grupos patrullaran el pueblo y el resto se habían reunido en el Cementerio para entrenar y estar preparados en caso de necesidad. Leesha se pondría furiosa cuando viera que el trabajo no avanzaba, pero a pesar de todo lo que había sufrido, seguía siendo demasiado confiada.

Se oyó un grito y el Juglar alzó la mirada para ver cómo se acercaba el líder de los krasianos, seguido por sus dos guardaespaldas, Hasik y Shanjat. Llevaban las lanzas y los escudos a la espalda, pero mientras que él parecía relajado y sereno, los guerreros que le seguían tenían la mirada de quienes se saben rodeados de enemigos. Cerraban los puños sin darse cuenta, urgidos por la necesidad de empuñar la lanza.

Jardir se dirigió hacia Rojer y Gared dio un grito mientras se precipitaba a interceptarle junto con unos cuantos Leñadores. Los guardaespaldas se volvieron para enfrentarse a ellos y las lanzas y los escudos aparecieron en

sus manos al instante. Cuando los Leñadores vieron aquello, mostraron también sus armas a la vista, de modo que pareció por un momento que el enfrentamiento iba a ser inevitable.

Pero Jardir se volvió, lo que sorprendió tanto a los Leñadores como a los Sharum.

—¡Somos huéspedes de la señora Leesha! —gritó—. Hasta que ella no decrete lo contrario, no se derramará sangre alguna entre nuestros pueblos.

—Entonces decidle a vuestros hombres que bajen las armas —dijo el gigante, con un hacha en una mano y el cuchillo en la otra. Docenas de Leñadores, que se habían percatado de la situación, cruzaron el Cementerio a la carrera y se agruparon a su espalda, pero ni Hasik ni Shanjat se inmutaron, más bien parecían deseosos de enfrentarse a los Leñadores. Después de haberles visto luchar, Rojer suponía que darían más de lo que recibieran.

Pero Jardir les gritó algo en krasiano y los guardaespaldas volvieron a guardar las lanzas, aunque mantuvieron los escudos en posición.

—No he dicho que las guardéis, sino que las depongáis —rugió Gared.

El krasiano sonrió.

—A los invitados no se les pide que dejen sus armas en la puerta, Gared, hijo de Steave.

El Leñador abrió la boca para replicar, pero el Juglar le cortó.

—Por supuesto, lleva razón —dijo en voz alta y luego miró al gigantesco Leñador—. Guarda el hacha.

Los ojos de Gared estuvieron a punto de salírsele de las órbitas. Era la primera vez que Rojer le había dado una orden en público, una que estaba más que dispuesto a

rechazar, porque si él deponía sus armas, los demás Leñadores también lo harían.

Las miradas de ambos se encontraron y Gared le desafió, pero el Juglar era un mimo y su rostro imitaba con facilidad la mirada dura del Protegido, e incluso su voz se hizo más grave hasta alcanzar el sonido áspero que Arlen usaba para amedrentar a la gente y mantenerlos a distancia.

—No voy a decírtelo otra vez, Gared —insistió y sintió cómo se quebraba la voluntad del gigante. Éste asintió y dio un paso atrás, mientras colocaba de nuevo el hacha en su arnés y la hoja en su vaina. Los otros Leñadores le miraron sorprendidos, pero hicieron lo mismo y sólo les quedó el consuelo de su superioridad numérica.

Rojer se volvió para encararse con Jardir.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudaros?

—Lo hay —respondió él con una reverencia—. Querría hablar con la señora Leesha.

—No está en el pueblo.

—Ya veo. ¿Podéis decirme dónde se encuentra?

—¡Por el Abismo, no se lo digas! —bramó el Leñador, pero ninguno de los dos hombres le prestó atención.

—¿Para qué?

—Ella me entregó un regalo de valor incalculable —repuso él—, y desearía ofrecerle otro presente de igual valor.

—¿Qué presente?

Jardir sonrió.

—Eso es un asunto entre la señora Leesha y yo.

El Juglar reflexionó. Una parte de sí mismo le gritaba que no confiara en ese demonio del desierto que había asesinado y violado a tanta gente, pero a la vez, el krasiano parecía tener su propio código de honor y Rojer no creía que pensara hacerle daño a Leesha mientras durara la

tregua. Además, si el regalo que le ofrecía era un objeto mágico de igual valor, serían idiotas si lo rechazaban.

—Os llevaré con ella si dejáis atrás a vuestros guerreros.

Jardir hizo una reverencia.

—Por supuesto. —Los guardias gritaron en protesta, al igual que Gared y algunos de los Leñadores, pero nuevamente los dos hombres los ignoraron—. Mis intenciones hacia la señora Leesha son honorables y por supuesto aceptaré una carabina mientras esté en su presencia.

A Rojer le pareció una elección de palabras extraña, pero no encontró motivo alguno para iniciar una discusión. Se pusieron en marcha hacia la cabaña de la mujer. Gared insistió en acompañarles y mantuvo durante todo el trayecto la mirada fija en Jardir, aunque, por suerte, el líder krasiano parecía ajeno a ello.

—¿Por qué la señora no vive en la asombrosa zona protegida del pueblo? —preguntó Jardir—. Es demasiado valiosa para arriesgarse a que la ataquen los alagai.

Rojer se echó a reír.

—Si todo el Abismo se alzara esta noche, estaríais más seguro en la cabaña de Leesha que en ningún otro lugar del mundo.

Al krasiano le costó creer aquello, pero conforme se acercaron a la cabaña, descubrió que el camino era en realidad un sendero de grafos de piedra, cada uno lo suficientemente grande como para mantener a un hombre en pie sobre él.

Jardir se detuvo y miró las piedras, atónito. Luego se agachó y pasó la mano por su superficie.

—Por las barbas de Everam. Deben de haberse necesitado mil esclavos para tallar esto.

—No somos unos asquerosos esclavistas del desierto como vosotros —mascculló Gared. El primer impulso de Jardir fue matar al hombre, pero ésa no era manera de impresionar a la dama. En vez de eso, aceptó el insulto y no le concedió mayor importancia, tras lo cual devolvió su atención al camino.

—Los grafos han sido vaciados, no tallados —aclaró el Juglar—, pues los realizamos con una mezcla de piedras molidas y agua que llamamos yeso. Este material se endurece cuando se seca. Leesha talló los huecos en el suelo y luego unos hombres libres vertieron dentro la mezcla.

Jardir examinó el sendero con asombro.

—Son grafos de combate y están conectados.

Rojer asintió.

—Para el demonio que pone un pie en este camino es como caminar en un rayo de sol.

Jardir comprendió que había sido arrogante e ingenuo al burlarse de ellos. A pesar de sus costumbres salvajes, ni siquiera el Sharik Hora tenía el poder de algunas de las protecciones de la señora norteña.

El patio no era menos sorprendente, pues estaba cubierto de más senderos de yeso que tejían una compleja red de protección alrededor de la cabaña y sus aledaños. Había una gran huerta que florecía con fuerza, donde las hierbas y las flores estaban dispuestas en grupos definidos, pues florecían en líneas que reproducían la forma de otros grafos. Jardir no pudo reconocer muchos de ellos, pero había visto los suficientes para saber que ésos tenían una función distinta a la de rechazar o matar a los abismales.

Sintió la voluntad de Everam vibrar con mucha más fuerza en su interior. Esa mujer estaba destinada a ser su esposa. Con Inevera y Leesha a su lado, ¿qué sería lo que no podría conseguir en el mundo?

Leesha escuchaba el ritmo tranquilizador del golpeteo del hacha de Wonda partiendo leña mientras preparaba el almuerzo. Aquella tarea sencilla le ayudaba a aclararse las ideas mientras repasaba los sucesos de la noche anterior y comparaba a los hombres que había visto con las historias de los refugiados y las palabras de advertencia de Arlen.

No era que no confiara en sus relatos, pero Leesha prefería formarse sus propias opiniones. Los relatos de muchos de los refugiados se referían a rumores o exageraban y a veces el corazón de Arlen podía ser duro e implacable. Algo le había sucedido en Krasia, le habían hecho algo que no podía perdonar, pero como no hablaba de ello, Leesha sólo podía intentar adivinar qué era lo que había ocurrido.

Lo que sí podía decirse con absoluta certeza de los krasianos era que como guerreros no tenían igual. Leesha había comprendido al instante al verles combatir. Por lo general, los Leñadores eran más grandes y musculosos, pero ninguno de ellos se movía con la precisión que definía a los dal'Sharum. Los cincuenta guerreros acampados en el claro podían sumir Hoya en la destrucción antes de ser abatidos y si el resto del ejército de Jardir tenía la mitad de su habilidad, los hoyenses tendrían pocas oportunidades contra ellos, incluso aunque ella aportara todos los secretos del fuego.

Así que había decidido que lo mejor era no luchar, si podían evitarlo. Una cosa era matar demonios y otra distinta, humanos, cuyas vidas eran todas preciosas. Los libros del mundo antiguo decían que la humanidad se había contado por miles de millones, pero ¿cuántos habían quedado tras el Retorno? ¿Un cuarto de millón? Le enfermaba la idea de que los últimos seres humanos de la tierra lucharan entre sí.

Aunque, claro, tampoco podía rendirse. No les serviría la ciudad en bandeja a los krasianos. Había trabajado demasiado duro para recuperar el pueblo tras la disentería, para cobijar a los refugiados de Rizón y Lakton, y no iba a darse ahora por vencida. Tenía que averiguar si existía alguna forma de negociar una paz.

La primera reunión con el líder krasiano parecía indicar que había alguna posibilidad. Era culto e inteligente y no tenía nada que ver con el animal rabioso que habían retratado en algunos relatos. Además, tenía fe en sus creencias, aunque a veces a Leesha le parecieran brutales y crueles. Pero ella había escrutado en sus ojos y no había encontrado crueldad allí. Ahmann Jardir estaba haciendo lo que creía mejor para la humanidad, como si fuera un padre severo que administrara una tunda necesaria.

Leesha hizo una pausa en el trabajo al darse cuenta que había cesado el sonido del hacha. Alzó la vista cuando se abrió la puerta y Wonda se detuvo en la entrada.

—Lávate las manos y siéntate a la mesa —le dijo a la mujer—. El almuerzo estará listo en unos minutos.

—Os suplico perdón, señora, pero Rojer y Gared están aquí para veros.

—Pues entonces, diles que entren y pondré un par de platos más en la mesa.

Pero la mujer no se movió de su sitio.

—No vienen solos.

Leesha dejó el cuchillo sobre la tabla de cortar y se limpió las manos en un paño mientras caminaba hacia la puerta. Ahmann Jardir permanecía tranquilamente en pie en el porche, ignorando el modo envenenado en que le miraba Gared. Llevaba una fina túnica blanca sobre su ropaje negro de guerrero, acorde con el turbante blanco sobre el que llevaba la corona. Los ojos de Leesha se deslizaron por los grafos, pero se obligó a no hacerlo de modo demasiado evidente. Lo miró a los ojos, pero eso fue aún peor, porque él se sumió en los suyos con tal intensidad que la mujer se sintió como si se asomara a lo más profundo de su alma.

Él le hizo una reverencia.

—Perdonad que aparezca sin anunciarme, señora.

—Sólo tienes que decir una palabra y le arrojaré de vuelta por donde ha venido —apuntó Gared.

—Tonterías —repuso ella—. Sed bienvenido —le dijo a Jardir—. Wonda y yo estábamos a punto de sentarnos a almorzar. ¿Querríais acompañarnos?

—Estaría encantado y me sentiría muy honrado —contestó él, haciendo una nueva reverencia. Después, siguió a la Herborista al interior de la cabaña, aunque hizo antes una pausa para quitarse las sandalias y dejarlas junto a la puerta. Leesha descubrió que los grafos cicatrizados le cubrían hasta los pies. Una de sus patadas le haría el mismo daño a un abismal que si se la propinara el Protegido.

La comida que había preparado Leesha era un guiso sin carne servido con pan fresco y queso. Jardir inclinó la cabeza mientras ella bendecía la comida y después todos

comenzaron a comer a la vez. El krasiano había levantado el cuenco para beber cuando se dio cuenta de que los hombres de las tierras verdes dejaban los suyos sobre la mesa y usaban un extraño instrumento para llevarse la comida a los labios.

Miró al lado de su plato y vio un utensilio parecido allí, un palo de madera con un hoyo en un extremo. Observó a la mujer y copió sus movimientos para probar el guiso. Estaba delicioso y lleno de hortalizas que no había probado jamás. Comenzó a comer con más ansiedad y usó aquel denso pan norteño para rebañar los últimos restos del cuenco cómo vio que hacían Wonda y Gared.

—Exquisito —le dijo a la Herborista y sintió que le recorría un escalofrío al percibir el placer de ella ante el cumplido—. No tenemos comida como ésta en Krasia.

Leesha sonrió.

—Hay muchas cosas que podemos aprender unos de otros si encontramos una forma de vivir en paz.

—¿Paz, señora? —preguntó él—. Eso no existe en Ala. No mientras los alagai campen a sus anchas por la noche y los hombres se acobarden ante ellos.

—¿Así que lo que cuentan es verdad? —respondió ella con otra pregunta—. ¿Pretendéis conquistarnos a todos y alistar a toda nuestra gente para la Sharak Ka?

—¿Para qué tendría que conquistaros? Vuestra gente muestra humildad ante el Creador, se enfrenta con valentía a la noche y ha derramado sangre codo con codo con mis guerreros en la alagai'sharak. Eso os hace evejanos, aunque no lo sepáis.

—¡Yo, no! —rugió el gigante—. No quiero tener nada que ver con su sucia...

—¡Gared Cutter! —La voz de la Herborista le golpeó como si fuera el látigo de un dama y le silenció—.

Mantendrás unos modales adecuados en mi mesa o ¡te daré tal dosis de pimienta que no podrás hablar en un mes!

El Leñador se retrayó y una vez más Jardir quedó impresionado ante el poder de la mujer. A su lado, las dama'ting parecían tímidas.

Leesha se volvió hacia él.

—Mis disculpas, Ahmann. —Mostró un cierto desconcierto ante la brillante sonrisa que le dedicó el krasiano—. ¿Qué estaba diciendo?

—Mi nombre —repuso él con sencillez.

—Lo siento. ¿Ha sido inadecuado?

—Todo lo contrario. Suena hermoso cuando lo pronuncian vuestros labios.

Como no llevaba velo alguno que cubriera sus mejillas, Jardir pudo ver cómo la piel pálida se ruborizaba al escuchar sus palabras. Jamás había cortejado a una mujer antes, pero parecía como si el mismo Everam guiara sus actos.

—Hace más de tres mil años, mi ancestro Kaji gobernó estas tierras desde el Mar del Sur hasta las inmensidades heladas.

—Eso es lo que cuentan las historias —admitió la mujer —, aunque tres mil años es mucho tiempo y los relatos parecen algo... confusos.

—Quizá eso ocurra aquí en el norte, pero el templo del Sharik Hora de Lanza del Desierto lleva existiendo todo ese tiempo, y aún más, y nuestros registros son exactos. Kaji gobernó esta tierra, algunas veces usando la lanza y otras veces por alianza con las tribus que selló con su sangre. —Miró alrededor de la mesa—. Su sangre aún fluye con fuerza por vuestras tierras. Incluso el nombre de este pueblo le honra, Hoya del Liberador. No sois meros chin que haya que conquistar, sino hermanos de armas que

serán bienvenidos de nuevo al redil. Os nombraré tribu de Hoya y respetaré todos los derechos que eso conlleve.

—¿Qué derechos? —inquirió la Herborista.

Jardir rebuscó entre sus ropas y sacó su propio Evejah. Las tapas eran de piel fina y flexible grabada con grafos y el borde de las páginas era dorado. Le colgaba un lazo rojo para que sirviera de marcapáginas. Debido al uso diario, las hojas tenían un aspecto suave y gastado.

—Estos derechos —dijo y le alargó el libro.

Leesha cogió el tomo con la deferencia de quien conoce su valor y Jardir recordó que era la hija de un encuadernador cuando ella lo giró para observar el lomo. Después apartó su cuenco a un lado y extendió la tela del delantal sobre la mesa antes de depositarlo encima y abrirlo por la primera página.

—Es muy hermoso —dijo tras un rato—. Pero aunque me gustaría mucho aprender el lenguaje, me temo que no entiendo una palabra. —Cerró el libro y se lo devolvió.

Jardir alzó una mano para detenerla.

—Quedáoslo. ¿Con qué mejor libro ibais a poder aprender? Encontraréis sus verdades más de acuerdo con vuestras propias creencias de lo que imagináis.

—¡Oh, no puedo! —exclamó ella—. ¡Es demasiado valioso!

Jardir se echó a reír.

—¿Vos me habéis dado una capa que es digna rival de la del mismo Kaji y vais a rehusar un libro que contiene las verdades en las que él creía? Puedo hacer otro para mí.

Ella miró el libro y luego a él de nuevo.

—¿Lo escribisteis vos mismo?

—Con mi propia sangre —repuso él— durante los años que estudié en el Sharik Hora.

Leesha abrió unos ojos como platos.

—Comprendo que no son oro ni joyas —continuó—. Os cubriría con ellas si pudiera, pero no he traído baratijas al norte. Este objeto es lo más valioso que poseo, aparte de la corona, la lanza y la capa. Espero que lo aceptéis mientras Abban negocia una dote apropiada con vuestra madre.

—¿Dote? —preguntó ella sorprendida.

—Claro. Vuestro padre me dio permiso para que os cortejara y vuestra madre acordará vuestro precio. ¿No os han dicho nada?

—¡Por el Abismo que no lo han hecho! —gritó ella, poniéndose en pie tan rápido que la silla cayó a su espalda. En un instante todos se levantaron de sus sillas. Jardir sintió un repentino estremecimiento de miedo. La había ofendido, pero si no sabía cómo, no podría disculparse siquiera.

—¡Hijo del Abismo! —gritó el gigante y lanzó el puño por encima de la mesa en dirección al krasiano.

Jardir no recordaba la última vez que un hombre había osado golpearle. Si hubiera estado en cualquier otro lugar que no hubiera sido la mesa de la Herborista, hubiera matado al hombre por la afrenta, pero recordó que ella odiaba la violencia, de modo que sólo actuó en defensa propia. Cogió el puño de Gared y giró sobre sí mismo. Como consecuencia de la maniobra, Gared cayó de espaldas sobre la mesa. Después apoyó la punta del pie sobre la garganta del Leñador y sujetó aquella muñeca que parecía un tronco de árbol con otros dos dedos; sin embargo, aunque el gigante se debatió, estaba firmemente sujeto e indefenso y su rostro enrojecía por momentos.

—Tus superiores están hablando, Sharum —le dijo—. He tolerado tu continua grosería y falta de respeto a la señora Leesha, pero si intentas ponerme otra vez las manos encima, te arrancaré el brazo. —Dio un pequeño tirón y

Gared rugió de dolor. Todo el mundo se quedó mirando a la mujer para ver su reacción.

Leesha se cruzó de brazos.

—Espero que te hayas enterado, Gared Cutter. Nadie te ha pedido que ataques a persona alguna en mi casa. —Asintió en dirección a la puerta—. Vete fuera. Rojer y Wonda, también. Podéis esperar en el patio.

—¡Y un Abismo! —gritó Rojer, apoyado por Wonda, que asintió a su vez—. Si crees que te vamos a dejar sola con éste...

Se oyó un golpe seco y un relámpago que estalló a los pies de ambos y éstos dieron un salto de la sorpresa. Ella no dijo nada, pero su rostro tenía el mismo aspecto de una nube de tormenta mientras señalaba la puerta. Los dos salieron al momento y Jardir soltó a Gared, que también salió disparado.

Después, el krasiano se volvió hacia la mujer y se inclinó profundamente.

—Me disculpo, señora, aunque no entiendo qué es lo que os ha ofendido. He acudido a vos y a vuestra familia de modo honorable, pero vos actuáis como si hubiera intentado secuestraros después de haber robado vuestro pozo.

La Herborista no respondió en un buen rato pues le costaba un gran esfuerzo contener su ira. Tanta era que Jardir sintió la necesidad de ocultar sus ojos como si se encontrara ante una tormenta de arena. Poco a poco, ella aceptó el sentimiento y sus rasgos se serenaron de nuevo.

—Yo también debo disculparme. Mi enojo no tiene que ver con vos sino por ser la última en enterarme de que vuestra visita tenía como finalidad cortejarme.

—Abban les dijo a vuestros padres que vendría de forma inmediata. Había supuesto que os habrían avisado.

La Herborista asintió.

—Os creo. Mi madre lleva mucho tiempo intentando hacer este tipo de arreglos sin mi conocimiento.

Jardir hizo una reverencia.

—Si necesitáis tiempo para pensarlo, no tenéis por qué contestar ahora.

—Sí —comenzó ella—. Quiero decir, no. Es decir, me siento halagada, pero no me puedo casar con vos.

«Lo harás —pensó Ahmann—, estás destinada a amarme tanto como yo te amo.»

—¿Por qué razón? —inquirió en vez de decirle lo que estaba pensando—. Vuestra madre dijo que no habíais sido pedida aún y puedo ofrecer la dote que vuestra familia desee. Pronto tendré todas las tierras del norte bajo mi gobierno, y vos estaríais a mi lado. ¿Qué esposo os puede ofrecer más?

Leesha no dijo nada durante un momento y después sacudió la cabeza como si quisiera aclarársela.

—Eso no importa. Apenas os conozco, la dote no significa nada para mí y, francamente, no tengo muy claro si quiero que vos «gobernéis» nada.

—Acompañadme a Don de Everam —pidió él—. Venid a ver a mi gente y lo que estamos construyendo. Os enseñaré mi idioma como pedisteis y podréis conocerme y decidir si... soy digno de gobernar.

Ella lo miró durante largo rato, pero él aguardó con paciencia, sabiendo que su respuesta era *inevera*.

—De acuerdo —repuso ella al final—, pero con una carabina apropiada y si estamos de acuerdo en que sólo tomaré la decisión definitiva cuando esté de regreso en Hoya.

Jardir se inclinó de nuevo.

—Por supuesto. Lo juro por Everam.

Rojer caminaba por el patio con la mirada fija en la cabaña de Leesha, los puños cerrados de Gared tenían el aspecto de dos jamones, e incluso Wonda había sacado y cargado su arco. Finalmente, la puerta se abrió y la Herborista siguió al krasiano hasta el porche.

—Wonda, escolta al señor Jardir de nuevo a la ciudad. Gared, puedes terminar de atar en haces la leña de la pila.

El Leñador gruñó y cogió el hacha de Wonda, mientras ella y Jardir se dirigían hacia el camino. El Juglar miró a la mujer y ella asintió con la cabeza y le señaló la puerta. Ella entró primero y él la siguió; una vez dentro, se fue derecha a la mecedora de Bruna y se puso el chal. Eso nunca era buena señal.

—¿Cómo se ha tomado tu negativa? —le preguntó, sin molestarse en tomar asiento.

Leesha suspiró.

—De ningún modo. Me ha dicho que me tome algún tiempo y que lo piense. Me ha invitado a regresar a Rizón con él.

—No puedes ir.

La Herborista alzó una ceja ante la afirmación.

—No tienes más peso en mi decisión respecto al matrimonio que mi madre, Rojer.

—¿Me estás diciendo que quieres casarte con él? ¿Después de un simple té y un almuerzo incómodo?

—Claro que no —repuso ella—. No tengo intención alguna de aceptar su proposición.

—Entonces, ¿por qué Abismos quieres ponerte en sus manos?

—Tenemos un ejército a nuestras puertas, Rojer. ¿No ves el valor que tiene examinarlos con nuestros propios ojos? ¿Contar cuántas tiendas tienen y cómo piensan sus líderes?

—No a costa de nuestro propio líder —contestó él—. El duque Rhinebeck no va personalmente a Miln a ver en qué anda Euchor. Envía espías.

—No dispongo de espías.

El Juglar resopló.

—Tienes más de mil rizonianos que te deben sus vidas, muchos de los cuales han dejado una familia a sus espaldas. Seguramente podríamos persuadir a algunos de ellos para que regresasen a casa y mantuvieran los oídos bien abiertos.

—No voy a ordenar a la gente que se ponga en peligro.

—Pero ¿tú sí lo harás?

—No creo que Ahmann tenga intención de hacerme daño.

—Hace dos días era el demonio del desierto, ¿ahora es Ahmann? ¿Qué pasa, que pierdes la cabeza por todos los hombres que creen ser el Liberador?

Leesha le miró con el ceño fruncido.

—No quiero hablar más de esto, Rojer.

—No me importa lo que tú quieras —le espetó él—. Ya has oído cómo tratan los krasianos a las mujeres. No importa lo que esa serpiente escurridiza te haya dicho, en el momento en que estés fuera del alcance de los hoyenses, serás de su propiedad y cualquiera que te acompañe se encontrará con una lanza en un ojo.

—Entonces, ¿no vas a venir conmigo?

—¡Por la Noche!, ¿es que no has oído nada de lo que te he dicho? —la increpó.

—Todas y cada una de tus palabras —replicó ella—, pero aun así, voy a ir. Si ésa es la clase de hombre que Ahmann

es, entonces la guerra es inevitable y no importa lo que hagamos. Pero si hay una posibilidad, por pequeña que sea, de que lo que ha dicho hoy en esta mesa fuera verdad, entonces a lo mejor hay un modo de que coexistamos sin matarnos los unos a los otros, y eso será de más provecho para el mundo que el destino de Leesha Paper. Rojer suspiró, y se dejó caer sobre una silla.

—¿Cuándo nos vamos?

SEGUNDA PARTE

LA LLAMADA DEL ABISMO

8

Regreso a Arroyo Tibbet
Verano del 333 d.R.

El estado de ánimo del Protegido era sombrío mientras veía perderse en la lejanía la ciudad de Fuerte Miln. La felicidad que le había producido el reencuentro con Ragen y Elissa se había desvanecido tras toparse con Jaik. La conversación se repetía una y otra vez en su mente y ahora se le ocurrían todas las palabras que debería haber dicho entonces, pero eso no le ayudaba a resolver la duda persistente respecto a si su amigo tenía razón o no.

Con el fin de distraerse, comenzó a leer el libro que Ronnell le había dado, pero tampoco encontró consuelo en él. Allí se explicaban con toda claridad los secretos del fuego que Leesha ocultaba tan celosamente, junto con diagramas de artefactos metálicos que convertirían su fuerza en instrumentos de precisión letal. Eran objetos diseñados para matar, no a demonios, sino a seres humanos.

«¿Fueron los abismales los que nos pusieron al borde de la extinción? —se preguntó el Protegido—, ¿o fuimos nosotros mismos los culpables?»

Cuando el sol comenzó a ponerse vio una torre en ruinas a un lado del camino. Uno de los predecesores de Euchor había mantenido una guarnición en ella pero, al final, cayó en poder de los demonios y no se volvió a reconstruir. La mayoría de los Enviados, convencidos de que estaba hechizada, procuraban evitarla.

Una puerta medio desprendida colgaba torcida de las bisagras destrozadas y la pared exterior mostraba grandes agujeros.

El Protegido cabalgó hacia el interior de la torre y maneó a Rondador Nocturno en el interior de un círculo protegido. Después se desnudó hasta quedarse sólo con el taparrabos y seleccionó una lanza y un arco. Cuando cayó la oscuridad, la niebla maloliente empezó a filtrarse por entre las piedras destrozadas del patio. Los abismales acudían en mayor número a las ruinas abandonadas, ya que el instinto les dictaba que los antiguos habitantes podrían regresar algún día a ellas. Cincuenta hombres habían muerto cuando fallaron los grafos de esa torre, probablemente asesinados por los mismos demonios que se alzaban en ese momento. Se merecían una venganza.

El Protegido esperó hasta que los demonios le descubrieron y entonces cargó su arco y lo alzó. Su primera flecha acabó con el demonio del fuego que iba a la cabeza. Sin embargo, necesitó varios disparos para abatir al siguiente, un demonio de las rocas.

Cuando éste se desplomó, los demás se detuvieron, y algunos incluso comenzaron a retroceder con la intención de huir, pero el Protegido había colocado grafolitos en los agujeros del muro y la puerta y, por tanto, estaban

atrapados en la torre con él. Cuando se quedó sin flechas, los atacó con la lanza y el escudo, y finalmente también los abandonó para luchar con las manos y los pies desnudos.

Se fortalecía conforme avanzaba la noche pues absorbía cada vez más y más magia. Inmerso en el frenesí de la matanza no pensó en nada más hasta que, cubierto del icor de los demonios que crepitaba al entrar en contacto con los grafos tatuados, no encontró más enemigos que matar. El cielo comenzó a iluminarse poco después y los pocos abismales que quedaban se desvanecieron convertidos en neblina para huir del sol que ya comenzaba a eliminar la mancha de su corrupción de la superficie del mundo.

Pero entonces la luz también le alcanzó a él y sintió como si su piel estuviera ardiendo. El resplandor le hirió los ojos, y se sintió mareado; le ardía la garganta. Permanecer allí era una pura agonía.

No era la primera vez que le pasaba algo así. Leesha opinaba que se debía a que la luz del sol quemaba el exceso de magia que había absorbido, pero una parte de sí mismo, una parte instintiva, sabía la verdad.

El sol le rechazaba. Se estaba convirtiendo en un demonio y ya no pertenecía a la superficie del mundo.

El Abismo le llamaba, le atraía con promesas de refugio. Los caminos, como conductos de magia que emanaban del suelo, eran inconfundibles a sus ojos protegidos y todos le cantaban la misma canción. Ningún sol le quemaría al amparo del Abismo.

Comenzó a desmaterializarse y dejó que una pequeña parte de su esencia descendiera por uno de aquellos caminos.

«Sólo una vez —se dijo—, para poner a prueba mis fuerzas y ver si puedo luchar allí.» Era un pensamiento

noble, aunque no completamente honesto, porque lo más probable era que el intento terminara destruyéndole.

«De todos modos, el mundo estaría mejor sin mí.»

Pero antes de que pudiera diluirse escuchó un chasquido acompañado de un relámpago de luz cuando un rayo de sol cayó sobre uno de los cadáveres y estalló en llamas. Comprobó cómo se inflamaban uno tras otro, como si se tratara de una exhibición de fuegos artificiales.

Mientras los abismales se quemaban, su dolor empezó a disminuir. El sol lo debilitó como hacía siempre, pero no lo destruyó.

«Todavía —pensó—, pero lo hará pronto. Será mejor que entregue los grafos, mientras pueda, a la gente de Arroyo.»

Mientras se acercaba a Arroyo, el Protegido comenzó a encontrarse con más lugares que le resultaban familiares, de modo que su mente, ocupada hasta hacía poco con pensamientos relativos al Abismo, regresó al presente. Se encontró con la cueva del Enviado donde se había refugiado con Ragen y Keerin. También halló las ruinas donde les conoció, lugar que ahora, al menos, estaba libre de demonios. Una manada de lobos nocturnos residía allí y, por prudencia, los evitó. Hasta los abismales se lo pensaban dos veces antes de molestar a una manada de estos animales. El hecho de que los demonios se hubieran pasado siglos sacrificando de forma selectiva las presas más pequeñas y débiles, había hecho que los pocos depredadores que quedaban en estado salvaje fueran realmente formidables. Recibían ese nombre por su pelaje negro azabache y los adultos podían llegar a pesar ciento cincuenta kilos. Una manada podía abatir incluso a un demonio del bosque si lo acorralaban.

Un poco más adelante en el camino se encontró con el pequeño claro donde había cercenado el brazo del Manco.

Había esperado encontrarlo como lo dejó: el terreno chamuscado y ennegrecido alrededor de la zona despejada donde había construido su círculo.

Pero habían pasado sus buenos catorce años y aquel lugar yermo ahora florecía con una vida más espléndida aún que la del resto del lugar. Debía ser un buen presagio, aunque él no creía en esas cosas.

En un lugar remoto como Arroyo Tibbet, un Enviado o cualquier otro extraño, incluso aunque procediera de Pastos al Sol, la ciudad más próxima, era algo raro y solía atraer la atención. Como había llegado al pueblo antes de lo que había planeado, el Protegido se detuvo y esperó. Era mejor cruzar las cercanías y el pueblo propiamente dicho al final del día, cuando la gente estuviera ocupada comprobando los grafos y no vigilando el camino. Llegaría a Ciudad Central a una hora cercana al crepúsculo, justo a tiempo de alquilar una habitación en la posada del Jabalí. A la mañana siguiente, todo lo que tendría que hacer sería buscar al Portavoz del pueblo y darle a él o ella el grimorio con los grafos de combate y entregarles algunas armas a aquellos que las quisieran. Luego se marcharía, antes de que la mitad de la gente se hubiese enterado siquiera de que había estado allí. Se preguntó si Selia sería aún la representante del pueblo, como cuando él era joven.

La primera granja por la que pasó era la de Mack Pasture, pero aunque oyó el sonido de los animales en el establo, no vio a nadie. No tardó mucho en llegar a la de Harl. La granja de Tanner estaba completamente desierta y parecía no llevar así demasiado tiempo, pues los grafos aún estaban intactos y los campos no habían sido incendiados por los abismales. Sin embargo, no había ganado a la vista, y los campos estaban descuidados, como si no les hubieran prestado la atención adecuada durante un tiempo. Como no

había signos de ataques de los demonios, se preguntó qué podría haber pasado.

La granja de Harl tenía un significado especial para él. Durante once años, aquella granja había sido lo más lejos que había estado de su casa, pero más que por eso, la razón era que allí había besado a Beni y Renna la noche anterior a la muerte de su madre. Era irónico. Apenas podía recordar el rostro de su madre, sin embargo, recordaba aquellos besos a la perfección. También le vinieron a la memoria el modo en que sus dientes habían chocado torpemente con los de Beni y cómo ambos se habían retirado con brusquedad debido a la sorpresa, así como la suavidad y calidez de la boca de Renna y el sabor de su aliento.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que pensó en Renna Tanner. Sus padres les habían prometido y, si Arlen no hubiera huido, ahora probablemente estarían casados, criando a sus hijos y atendiendo la granja de Jeph. Se preguntó qué habría sido de ella.

Conforme avanzaba, las cosas le parecieron aún más extrañas. No había motivos para que tomara ningún tipo de precaución al aproximarse a la ciudad, pues no vio una sola alma mientras atravesaba Arroyo; sin embargo, era muy raro que todos los hogares estuvieran cerrados a cal y canto. Comprobó la fecha mentalmente, pero era demasiado pronto para la feria del solsticio de verano. Debían de haber sido convocados por el Gran Cuerno.

El Gran Cuerno se guardaba en Ciudad Central y sólo se usaba cuando tenía lugar un ataque, pues servía para indicar el lugar, de modo que los habitantes más cercanos pudieran ir en busca de supervivientes y reconstruir la zona, si era posible. Cuando eso sucedía, la gente encerraba el ganado, pues solían estar fuera más de una noche.

Sabía que había juzgado a la gente con demasiada dureza cuando abandonó su hogar. No eran muy diferentes de los pobladores de Hoya de Leñadores o cualquier otra de las docenas de aldeas que había visto. Puede que la gente de Arroyo no se enfrentara a los abismales como los krasianos, pero resistían a su manera, y también solían reunirse de vez en cuando para reafirmar sus lazos mutuos. Cuando peleaban entre ellos, solía ser por cosas de poca importancia. Nadie en Arroyo permitiría que un vecino pasara hambre o quedara sin refugio, como solía pasar con tanta frecuencia en las ciudades.

El Protegido olisqueó el aire y examinó el cielo, pero no había rastro de humo, el indicador más fiable de que había habido un ataque. Aguzó sus oídos, pero no había nada que le guiara hacia el lugar. Después de intentar rastrear alguna pista más sin éxito, enfiló de nuevo el camino hacia Ciudad Central. Seguro de que allí encontraría a alguien que le informara sobre el ataque.

Ya casi había oscurecido cuando llegó a Ciudad Central y el rumor de las voces llegó a sus oídos. Se relajó, al darse cuenta de que sus temores eran infundados y se preguntó qué habría sido lo que habría atraído a todo Arroyo a pasar la noche en la ciudad. ¿Se habría casado por fin alguna de las hijas del Jabalí?

Las calles estaban desiertas, pero parecía que toda la gente de la zona se hallaba allí. Todos los porches, puertas y ventanas que daban a la plaza estaban llenos de gente. Algunos, como los Watch, incluso habían instalado sus propios círculos y se mantenían apartados de los demás, aferrados a sus libros del Canon, mientras rezaban con fervor. Hacían un abierto contraste con la gente de la Colina de la Turba, que se abrazaban unos a otros a la vez que sollozaban. Entre ellos, captó por un momento la

imagen de la hermana de Renna, Beni, que estrechaba con fuerza a Lucik Boggin.

Siguió la dirección de sus miradas hasta el centro de la plaza, donde una hermosa joven estaba atada a una estaca plantada en el suelo.

Mientras, el sol se ocultaba en el horizonte.

Tardó sólo un instante en reconocer a Renna Tanner. Quizá la rapidez se debió a que la tenía presente en su mente en ese momento, o a que acababa de ver a su hermana, pero el rostro redondo de la muchacha le resultó inconfundible, incluso a pesar de todo el tiempo pasado, al igual que el largo cabello castaño que le llegaba casi hasta la cintura.

La muchacha colgaba desmayadamente, sostenida por las cuerdas que envolvían su pecho y sus brazos, más que por sus propias fuerzas. Tenía los ojos abiertos pero su mirada permanecía vacía, perdida, ausente de expresión.

—¿Qué Abismos está pasando aquí? —rugió, clavando los talones en los flancos de *Rondador Nocturno*. El gigantesco semental salió disparado hacia la plaza y sus cascos hollaron la hierba al galopar ante la multitud atónita. La plaza estaba iluminada por el resplandor titilante de antorchas y faroles, pero por encima de ella, el cielo estaba teñido de un intenso color púrpura. Sólo faltaban unos segundos para que empezaran a emerger los abismales.

El Protegido se dejó caer del lomo del caballo y se apresuró a llegar al lado de la estaca para deshacer los nudos que ataban a la chica. Un anciano se le acercó a grandes zancadas, agitando un gran cuchillo de caza con la hoja ensangrentada. La aguda nariz del Protegido captó el

olor a sangre seca y en ese momento reconoció al Legista Raddock, el Portavoz de Hoya de Pescadores.

—¡Esto no es asunto tuyo, Enviado! —exclamó mientras le señalaba con el cuchillo—. ¡Esta chica ha matado a uno de mis parientes y a su propio padre y exigimos verla vaciada por ese motivo!

El hombre tatuado se quedó mirando a Renna, sorprendido, y el pasado le golpeó como una bofetada. Los juegos de marido y mujer que ella y Beni habían querido jugar con él en el pajar, juegos que decían haber aprendido observando a su padre con Ilain. Las palabras de súplica, dichas en secreto por la muchacha a su padre, cuando le rogaba que la llevara consigo. Recordó también aquel sordo gruñido en la habitación de Harl en lo más profundo de la noche.

Otros recuerdos invadieron su mente pero esta vez los miró con los ojos de un adulto y no con la ingenuidad de un niño. El horror de lo sucedido le golpeó, seguido inmediatamente de un acceso de furia. Se acercó al hombre con tanta rapidez que éste no pudo reaccionar, le cogió la muñeca y la retorció en un movimiento sharusahk que lo lanzó al suelo al mismo tiempo que el cuchillo caía de sus manos.

El Protegido alzó la hoja para que todos la vieran.

—Si Renna Tanner ha matado a su padre —gritó—, entonces, ¡os digo que él lo merecía!

Después se acercó a Renna para cortar sus ataduras, pero varios Fisher, con Garric a la cabeza, le atacaron con sus lanzas. Él clavó el cuchillo en la estaca y se volvió para enfrentarse a los hombres.

Llamar lucha a aquello habría sido ser muy amable con los Fisher. Eran hombres fuertes, pero no guerreros, y él era un luchador entrenado y más fuerte que todos ellos

juntos. El único motivo de que ninguno quedara herido de forma irreparable fue su misericordia.

—Nadie va a ser vaciado mientras yo esté aquí —ladró a la multitud—. ¡Me la voy a llevar y me importa un engendro del Abismo lo que hagáis al respecto!

Se oyó un golpe sordo y, cuando alzó la mirada, sus ojos se abrieron de pura incredulidad. Jeorje Watch estaba allí ante él, con la misma apariencia de cuando le vio por última vez, aunque habían pasado unos dieciséis años y ahora su edad debía sobrepasar holgadamente los noventa.

—Puede que no podamos hacer nada —dijo con un asentimiento y luego lo señaló con su bastón—, pero créeme si te digo que no es con nosotros con quien tienes que luchar, muchacho. ¡Que la Plaga os lleve a los dos!

Arlen siguió la dirección que mostraba el bastón y vio que estaba en lo cierto. La niebla comenzaba a alzarse por toda la plaza y algunos abismales ya estaban solidificándose. Los Fisher que yacían en el suelo chillaron y se arrastraron para protegerse tras los grafos.

Jeorje Watch tenía una lúgubre sonrisa en el rostro, una de beatífica satisfacción, pero el Protegido no se inmutó. En vez de eso, echó hacia atrás la capucha y miró a los ojos al Pastor de Centinela Meridional.

—Me he enfrentado a cosas peores, anciano —rugió mientras se arrancaba la ropa. La multitud jadeó de sorpresa a la vista de su piel tatuada.

Como siempre, los primeros en llegar fueron los demonios del fuego. Uno saltó en dirección a Renna, pero el Protegido lo agarró de la cola y lo lanzó a través de la plaza. Otro más se precipitó sobre él, pero los grafos de su piel

estallaron en llamas y las garras no consiguieron su objetivo. El hombre tatuado sujetó con fuerza las mandíbulas del abismal, antes de que éste pudiera morderle o escupirle fuego en los ojos.

Los grafos de su rostro relucieron mientras absorbían el ataque y convirtieron el hálito ardiente del demonio en poco menos que una brisa fresca. Mientras tanto, los grafos que lucía en las palmas de sus manos aumentaron la intensidad de su brillo hasta que aplastó el morro del demonio y lo arrojó hacia un lado.

El siguiente en formarse fue un demonio del bosque que se arrojó contra *Rondador*, pero el semental se encabritó, lo pisoteó y las chispas estallaron en los cascos protegidos.

Se oyó un chillido procedente de arriba y Arlen se volvió sobre sí mismo a tiempo de aferrar a un demonio del viento que pasaba a su lado y volver su velocidad contra él, para estrellarle contra el suelo; una vez derribado, le aplastó la garganta con un fuerte golpe del pie y un estallido de magia.

Dos demonios más fueron a por él, pateó al primero en el estómago hasta derribarlo con un relámpago mágico antes de enzarzarse con el otro. A este último le cogió un brazo en una presa sharusahk, tiró con todas sus fuerzas, y le arrancó el miembro de cuajo, limpiamente. Luego se lo arrojó a Jeorje Watch aunque el brazo del demonio salió rebotado por los grafos del círculo del Pastor de Centinela Meridional.

Tres demonios del fuego se ensañaron con el abismal mutilado y pronto el herido chillaba mientras era consumido por las llamas. El otro demonio del bosque se recuperó e hizo el intento de ir a por el Protegido, pero éste le rugió y el demonio decidió que era mejor mantenerse a cierta distancia.

—¡Es el Liberador! —gritó alguien entre la multitud y otros muchos más se hicieron eco del grito, algunos incluso cayeron de rodillas a pesar de la mirada irritada que les dedicó el hombre tatuado.

—¡No estoy aquí para liberar a la gente que es capaz de entregar a una chiquilla a la noche! —bramó. Se volvió hacia Renna, sacó el cuchillo de la estaca y cortó las ligaduras. Ella cayó desmayada entre sus brazos y sus ojos se encontraron durante un momento. La vida regresó a la mirada de la chica, que sacudió la cabeza como si intentara aclarársela. El la subió sobre el lomo de *Rondador*.

—¡Esa bruja mató a mi hijo! —gritó Garric.

El Protegido se volvió y recordó con gran claridad las muchas palizas que se había llevado de parte de Cobie siendo niño.

—Tu hijo era un fanfarrón y no valía ni el meado de un abismal —le espetó y se subió a la montura tras Renna. Ella se acurrucó contra su cuerpo como si fuera una niña y se echó a temblar pese a la calidez de la noche.

Echó una ojeada hacia la multitud y escrutó las caras aterrorizadas. Vio allí a su padre, abrazando a Ilain Tanner y sintió otro ataque de ira. Nada había cambiado, si Jeph se había quedado allí quieto mientras contemplaba a Renna atada a la estaca, sabiendo lo que ambos sabían de Harl.

—¡He venido a enseñaros a luchar contra los abismales! —gritó a la gente—. ¡Pero veo que Arroyo Tibbet no cría más que cobardes e idiotas!

Volvió el caballo para marcharse pero algo le roía por dentro y echó una mirada hacia atrás para darle a la multitud una ojeada, la última.

—Cualquier hombre, mujer o niño que prefiera matar abismales antes que alimentarlos con su vecino, que se

reúna aquí conmigo mañana, al caer el crepúsculo —rugió —. Y si no, ¡que el Abismo os devore a todos!

Sus ojos se encontraron en ese momento con los de Jeph, pero él no pareció reconocerle.

—¡Renna Tanner es pariente mía! —exclamó éste a su vez, con lo que atrajo las miradas de la gente que le rodeaba—. ¡Refugiaos en mi granja, la encontraréis si seguís la carretera hacia el norte! ¡Renna conoce el camino! —Él no necesitaba la dirección de la granja, pero asintió y condujo a *Rondador* hacia donde le había indicado.

—¡Escúchame, Jeph Bales, no puedes acoger a esa bruja asesina! —bramó Raddock—. ¡El concejo lo ha votado!

—Pues me alegro entonces de no estar en el concejo —aulló Jeph en respuesta—, ¡porque te juro por la noche que si tú o algún otro viene a mi granja a buscarla, tendremos otro derramamiento de sangre!

Raddock abrió la boca para replicar pero un murmullo enfurecido recorrió a la multitud y el hombre miró a su alrededor con expresión inquieta, inseguro respecto al lado de quién se pondrían.

El Protegido gruñó y acicateó a *Rondador* que se puso al galope hasta salir de la plaza y luego, enfiló hacia la granja de su padre.

Renna no dijo una palabra en todo el trayecto, apoyada contra él y aferrada a sus ropas. Unos cuantos demonios se les acercaron, pero *Rondador* agachó la cabeza y aceleró, de modo que los rebasaron. Un par de veces, simplemente los arrolló sin disminuir siquiera el galope.

La granja de su padre no había cambiado demasiado desde la última vez que la vio, aunque habían hecho una ampliación en la parte trasera de la casa. Algunos de los postes de protección de los campos de cebada eran aún los que él mismo había tallado, aunque los habían cubierto de

varias capas de laca a lo largo de los años. Jeph cuidaba sus grafos con un fervor casi religioso, un hábito que había inculcado a su hijo, y que había salvado la vida de Arlen muchas veces desde entonces y que definía en buena parte el camino que había tomado.

Había una gran cantidad de abismales en el patio, cerca de la casa, poniendo a prueba los grafos. El Protegido disparó a dos para abrirse camino hacia el establo y, una vez a salvo tras sus grafos, acomodó a *Rondador Nocturno*. Luego, de pie en la entrada, eliminó uno por uno a los demás con ayuda del arco. Pronto el camino estuvo libre y escoltó a Renna hasta la casa.

El Protegido estaba temblando cuando depositó a la chica en el salón principal, encendió los faroles y prendió la chimenea. Todo le era tan familiar que se le encogía el corazón. Incluso olía igual. Casi esperaba ver salir a su madre de la fresquera y decirle que se lavara las manos para cenar. Un gato viejo se le acercó y le olisqueó, ronroneando y restregándose contra su pierna. Lo cogió y le rascó las orejas, y recordó cómo su madre había dado a luz a la carnada detrás del carro roto que había en el establo.

Se acercó a Renna, que estaba sentada donde la había dejado, y jugueteaba de modo distraído con la tela de su falda.

—¿Te encuentras bien?

La muchacha sacudió la cabeza, con los ojos fijos en el suelo.

—No sé si volveré a estar bien alguna vez.

—Sé lo que sientes. ¿Tienes hambre?

Como ella asintió, dejó al gato en el suelo y se dirigió a la fresquera; no le sorprendió encontrar todo tal como lo recordaba. Había jamón ahumado, hortalizas frescas y pan

en la panera. Lo llevó todo a la tabla de cortar y llenó una olla con agua del barril. Pronto había un estofado hirviendo a fuego lento sobre el hogar y el aroma invadía toda la casa. Después abrió el armario de la cocina y colocó los cuencos y las cucharas sobre la mesa. Fue a buscar a la chica y la encontró acariciando al gato, que se había enroscado en su regazo, con expresión ausente, mientras sollozaba y las lágrimas caían sobre la piel del animal.

Renna no habló mucho mientras comieron y él se sorprendió a sí mismo mirándola, con el vivo deseo de conocer las palabras apropiadas para devolver la vida a sus ojos.

—¿Está bueno el estofado? —le preguntó cuando ella cogió un trozo de pan para rebañar lo que quedaba en el cuenco—. Hay más, si quieres. —Ella asintió y él llevó la olla del fuego para servirle un poco más.

—Gracias —respondió la chica—. Me siento como si no hubiera comido durante días. Y la verdad es que no lo he hecho. No tenía hambre.

—Has pasado una semana muy difícil, supongo.

Ella buscó sus ojos.

—Habéis matado a todos esos demonios y lo habéis hecho con las manos desnudas. —Él asintió—. ¿Por qué?

El Protegido alzó una ceja.

—¿Hace falta alguna razón para matar demonios?

—Pero ellos os han dicho lo que he hecho. Y llevan razón. Si yo hubiera obedecido a mi padre nada de esto habría pasado. Quizá me merezco que me vacíen. —Apartó la mirada, pero él la cogió de los hombros con fuerza y la obligó a mirarle a la cara. Sus ojos relucían con fiereza y los de Renna se abrieron asustados.

—Escúchame, Renna Tanner. Tu padre no merecía que te preocupes por él. Sé lo que os hizo a ti y a tus hermanas

en aquella granja. Esa clase de hombres no merece que nadie se preocupe por ellos. Ha sido él quien ha provocado todos estos problemas, no tú. Jamás ha sido culpa tuya.

Como ella sólo se le quedó mirando, él le dio una sacudida.

—¿Me has oído?

Durante un momento, ella continuó mirándole y después asintió despacio. Y luego una vez más, con decisión.

—No estuvo bien lo que hizo con nosotras.

—Eso es poco decir —gruñó él.

—Y el pobre Cobie no hizo nada malo —continuó la joven y mientras las palabras fluían cada vez más deprisa. Elevó la mirada hacia él—. Él no era un acosador, al menos no que yo supiera. Todo lo que quería era casarse conmigo y papá...

—Lo mató por eso —finalizó él por ella, cuando la vio dudar.

La muchacha hizo un gesto de asentimiento.

—Los hombres como él son peores que los mismos demonios.

El Protegido cabeceó aprobando la idea.

—Por eso tienes que aprender a luchar contra los demonios, Renna Tanner. Es la única manera de vivir con la cabeza alta. No puedes confiar en que nadie más haga por ti lo que tú misma no haces.

Renna estaba acurrucada al lado del fuego, profundamente dormida, cuando el carro de Jeph apareció a la mañana siguiente. El Protegido miraba por la ventana, intentando tragarse el nudo que se le había formado en la garganta al ver saltar a cuatro chiquillos de la parte

trasera, los hermanos y hermanas que no había llegado a conocer.

Detrás de ellos bajó la vieja y dura Norine seguida de Ilain. Le belleza de Ilain lo había deslumbrado cuando era pequeño y ella todavía era hermosa, pero al ver a su padre ayudarla a descender del asiento delantero de la misma manera que antes hacía con su madre, algo le royó por dentro. No culpaba a Ilain por intentar escapar de Harl, no ahora al menos, pero eso no le hacía más fácil ni más tolerable la rapidez con la que ella había ocupado el lugar de su madre.

Observó el camino pero no se veía señal alguna de que les hubiesen seguido. Abrió la puerta y salió a su encuentro. Los niños se detuvieron de pronto y se le quedaron mirando mientras él se acercaba a Jeph.

—Está dormida al lado del fuego.

—Gracias, Enviado —repuso su padre.

—Espero que mantengas tu promesa de protegerla de cualquiera que desee hacerle daño —le espetó apuntando con un dedo tatuado al hombre.

Jeph tragó saliva, pero asintió.

—Así lo haré.

Los ojos del Protegido se entrecerraron. Su padre siempre tenía promesas sinceras en los labios, como él sabía muy bien, pero cuando llegaba el momento de entrar en acción solía fallar.

Pero como no tenía ninguna otra opción, asintió.

—Cogeré mi caballo y me marcharé.

—Esperad, por favor —rogó el hombre, tras cogerle del brazo. Arlen miró su mano como si le ofendiera y él la retiró con rapidez.

—Yo sólo... —dudó—. Nos gustaría que os quedarais a desayunar. Es lo menos que podemos hacer. Toda la ciudad

estará en la plaza esta tarde, como habéis dicho. Podéis descansar aquí mientras tanto.

El Protegido le miró, deseoso de marcharse del lugar, pero una parte de sí mismo ansiaba conocer a sus hermanos y su estómago rugía ante la perspectiva de un auténtico desayuno al estilo de Arroyo. Ésas eran cosas que habían significado muy poco para él cuando era niño, pero ahora eran recuerdos muy queridos.

—Supongo que puedo quedarme un rato —claudicó al fin y permitió que lo condujeran de nuevo al interior mientras los chicos corrían a realizar sus tareas y Norine e Ilain se dirigían a la fresquera.

—Este es el joven Jeph —indicó su padre al presentarle a su hijo mayor cuando se reunieron en torno a la mesa del desayuno. El chico le dedicó un cabeceo, pero su mirada no se apartó de las manos tatuadas e intentó echar una ojeada dentro de las sombras de su capucha—. La que está a su lado es Jeni Tailor —continuó el hombre—. Se prometieron hace dos estaciones. Y allí en el extremo están los más pequeños, Sylvie y Cholie.

Arlen, sentado frente a los chicos y al lado de Renna y Norine, tosió al oír los nombres de su madre y su tío. Tomó un sorbo del vaso de agua para disimular la sorpresa.

—Tienes unos hijos muy guapos.

—El Pastor Harral dice que sois el Liberador reencarnado —le espetó la pequeña Sylvie.

—Bueno, pues no lo soy —contestó él—. Sólo soy un Enviado que ha venido a traer buenas noticias.

—Entonces, ¿los Enviados son todos como vos, con todos esos tatuajes? —preguntó Jeph.

Él sonrió.

—Sólo yo soy así —admitió—. Pero no soy más que un hombre, nada más. Y no he venido a liberar a nadie.

—Pues sí que lo hicisteis con nuestra Renna —intervino Ilain—. Jamás os lo agradeceremos suficiente.

—No deberíais estar haciéndolo —replicó él.

Jeph se quedó inmóvil un momento, ante la reprimenda que encubrían sus palabras.

—Lleváis razón en eso —dijo al fin—, pero algunas veces cuando uno está entre mucha gente y toda esa gente toma una decisión...

—Deja de poner excusas, Jeph Bales —le increpó Norine —. El hombre tiene razón. ¿Qué otra cosa tenemos en el mundo salvo nuestros parientes y allegados? No hay nada que pueda apartarnos del deber que tenemos para con ellos.

El Protegido la miró. Ésa no era la Norine que él recordaba, la que se había quedado en el porche la noche que habían vaciado a su madre. Estaba allí y no hizo nada, excepto intentar contener a Arlen para que no fuera a ayudarla. Asintió y sus ojos se movieron para buscar los de Jeph.

—Ella tiene razón —afirmó el Protegido—. Tenemos que enfrentarnos a los que quieran hacernos daño, a nosotros y a los nuestros.

—Sonáis como mi hijo —dijo Jeph, con una mirada distante.

—¿Qué? —preguntó él y sintió que la garganta se le cerraba.

—¿Yo? —inquirió el hijo mayor.

El padre sacudió la cabeza.

—No, tu hermano mayor —le aclaró a su hijo; todo el mundo en la mesa, menos Renna y el Protegido, dibujaron

un grafo con rapidez en el aire—. Tuve otro hijo, de nombre Arlen, hace muchos años —explicó e Ilain le cogió una mano entre las suyas para darle fuerzas—. De hecho, estuvo prometido con Renna. La madre de Arlen fue vaciada y él huyó. —Bajó la mirada a la mesa y su voz se tensó—. Nuestro Arlen siempre hablaba de las Ciudades Libres. Me gusta pensar que consiguió llegar allí... —La voz se le quebró y sacudió la cabeza como si con eso pudiera aclararla.

—Pero ahora tienes una familia estupenda —intervino el Protegido, con la esperanza de hacer que la conversación derivara hacia algo más positivo.

Jeph asintió y cubrió las manos de Ilain con las suyas y se las acarició.

—Le doy gracias al Creador por ellos todos los días, pero eso no quiere decir que no me pesen aquellos que ya no están.

Después del desayuno, Arlen se dirigió hacia el establo para comprobar cómo estaba *Rondador Nocturno*, aunque era más por escapar de allí durante un rato que por verdadera necesidad. Acababa de comenzar a cepillar al caballo cuando se abrió la puerta y entró Renna. La muchacha cortó una manzana y le ofreció las dos mitades al caballo. Luego le acarició los flancos y el animal relinchó con suavidad.

—Hace unas cuantas noches llegué corriendo a la granja —comenzó—. De no ser por Jeph los demonios me habrían atrapado.

—¿De verdad? —le preguntó y sintió un nudo en la garganta cuando ella asintió.

—No vas a decírselo, ¿no?

—Decirle, ¿qué?

—Que eres su hijo —afirmó ella—. Que estás vivo y que le has perdonado. Ha esperado mucho tiempo. ¿Por qué le sigues castigando cuando puedo leer el perdón en tus ojos?

—¿Sabes quién soy? —la interpeló él, sorprendido.

—¡Pues claro que lo sé! —le increpó ella—. No soy estúpida, no importa lo que piensen los demás. ¿Cómo podrías saber quién era mi padre y lo que nos había hecho a mis hermanas y a mí si no fueras Arlen Bales? ¿Cómo podías saber que Cobie era un fanfarrón o cuál era la granja de Jeph? ¡Por la Noche, si te fuiste hacia los armarios como si aún fuera tu casa!

—No pretendía que nadie se enterase —afirmó el Protegido y se dio cuenta de repente de que había vuelto su acento de Arroyo, el que había perdido durante su temporada en Miln. Era un viejo truco de los Enviados cambiar el acento para adaptarse al de la gente de las aldeas con el fin de facilitar su tarea. Lo había hecho cientos de veces, pero ésta era diferente, porque entonces era un simple truco y, ahora, al fin, hablaba con su auténtica voz.

Renna le dio una fuerte patada en la espinilla y él aulló de dolor.

—¡Eso es por pensar que no lo sabía y aun así no decirme nada! —le gritó, y luego le empujó con tanta fuerza que el hombre cayó sobre una pila de heno que había en la parte posterior del compartimento—. ¡Te esperé durante catorce veranos! Siempre pensé que regresarías a buscarme. Estábamos prometidos. Pero no has vuelto a por mí, ¿a que no? ¡Ni siquiera ahora! ¡Pensabas hacer aquí un alto en el camino y luego marcharte sin que nadie lo supiera! —Le dio otra patada pero él se puso en pie con rapidez, e interpuso a *Rondador* entre ambos.

Ella tenía razón, sin duda. Era igual que su visita a Miln; había pensado que podía echar un vistazo rápido a su vida pasada sin que eso le afectara, como cuando uno retira una venda durante un momento para ver si la herida ha curado. Pero lo cierto era que había dejado que esas heridas se infectaran y ya era hora de sangrarlas.

—Una conversación de cinco minutos entre nuestros padres no nos convierte en prometidos, Ren.

—Yo le pedí a mi padre que hablara con Jeph —aclaró Renna—. Entonces te dije que estábamos prometidos y pronuncié las palabras en el porche aquel día al anochecer, cuando te fuiste. Eso nos convierte en prometidos.

Pero él sacudió la cabeza.

—Decir algo al anochecer no nos convierte en nada. Jamás me prometí contigo, Renna. Todos tomasteis las decisiones que os parecieron oportunas esa noche, todos menos yo.

Ella le miró y había lágrimas en sus ojos.

—Quizá no lo hiciste —concedió—, pero yo sí. Es la única cosa que he hecho en la vida por mí misma y no me voy a echar atrás. Supe cuando nos besamos que eso era lo que tenía que pasar.

—Pero tú ibas a casarte con Cobie Fisher —le echó él en cara y no pudo evitar que algo de amargura se colara en su voz—, a pesar de que solía pegarme junto con sus amigos.

—Y ya les hiciste pagar por eso. Cobie siempre fue bueno conmigo... —Sorbió por la nariz y tocó el collar que llevaba puesto—. Ni siquiera sabía que estabas vivo y necesitaba escapar de allí...

Él le puso una mano en el hombro.

—Ya lo sé, Ren. No quería decir eso. No te culpo por hacer lo que hiciste. Sólo quería decir que nada está

decidido de antemano. Todos hacemos lo que creemos que es mejor.

Ella le miró fijamente.

—Quiero irme contigo cuando te vayas. Creo que eso es lo mejor.

—¿Sabes lo que eso significa, Ren? Yo no me escondo detrás de un círculo de protección cuando se pone el sol. No es una vida segura.

—¿Y es que estoy segura aquí? Incluso aunque no me aten a la estaca tan pronto como te vayas, ¿quién me queda aquí? ¿Quién que no esté dispuesto a quedarse quieto y mirar mientras me vacían?

El Protegido la miró durante un buen rato e intentó encontrar las palabras apropiadas para rechazarla. Los Fisher no eran diferentes de otros pendencieros cualesquiera, así que podría intimidarlos cuando vinieran al caer la noche, si no lo había conseguido ya. Renna estaría a salvo en Arroyo. Se merecía estarlo.

Pero ¿estar bien en un lugar era cuestión sólo de seguridad? Si para él no lo era, ¿por qué tenía que serlo para ella? Él siempre había mirado con desdén a los que se pasaban la vida temiendo a la noche.

Pero tener cerca a Renna era como echar sal en una herida, un recuerdo de todo lo que había perdido cuando había comenzado a cubrirse la piel de grafos. Ya era bastante duro cuando los que le rodeaban eran desconocidos. Renna le hacía sentir como si aún tuviera once años.

Pero ella le necesitaba y eso apartaba de él la llamada del Abismo. Ése había sido el primer amanecer que no había deseado ceder a la tentación desde que partiera de Miln. En su interior, él sabía que jamás sobreviviría si intentaba entrar en el mundo de los demonios, pero ver

cómo su propia gente había expuesto a Renna a la noche, le hacía desear dejar atrás a la humanidad para siempre. Y si abandonaba Arroyo Tibbet solo, lo haría.

—Está bien —dijo al final—, siempre que seas capaz de mantener el ritmo. Si me retrasas, te dejaré en la primera ciudad a la que lleguemos.

Renna miró a su alrededor y buscó el rayo de sol que entraba a través del techo del pajar. Después se puso debajo de la luz solar y buscó los ojos del Protegido.

—No te retrasaré —le prometió y sacó el cuchillo de Harl —, el sol es mi testigo.

—Te agarras a ese cuchillo como si pudiera ayudarte contra un abismal —le advirtió él—. Déjame que lo proteja. —La chica pestañeó, miró el cuchillo y luego se lo alargó. Él extendió el brazo pero ella lo retiró súbitamente, y se lo llevó al pecho como si pensara que él iba romperlo.

—El cuchillo es la única cosa en el mundo que es mía. Prefiero protegerlo yo misma, si tú me enseñas a hacerlo.

Él la miró, dudando y recordó su tosco estilo de protección cuando era niña. Renna interpretó la mirada y frunció el ceño.

—Ya no tengo nueve años, Arlen Bales —le recriminó—. Llevo diez años protegiendo mi propiedad y no ha entrado ningún demonio, así que ya puedes cambiar esa expresión. Creo que puedo hacer un círculo estupendo o un grafo de calor mejor que tú.

Atónito, el Protegido sacudió la cabeza.

—Lo siento. Los Protectores de las Ciudades Libres me trataron del mismo modo cuando salí de Arroyo y llegué allí. Había olvidado lo insultante que es que duden de tus conocimientos.

Renna fue hacia donde él tenía guardado el equipo y sacó un cuchillo protegido de la vaina de la montura.

—Éste —dijo, acercándose de nuevo a su lado—. ¿Cómo se hace éste? —Señaló un grafo solitario que había en la punta—. ¿Y por qué todos los que hay a lo largo de la hoja repiten ese grafo sólo que vuelto del revés? ¿Cómo puede hacerse una red si no hay conecto— res? —Renna le dio vueltas al arma en las manos mientras pasaba el dedo por las docenas de grafos que había en la parte plana de la hoja.

El hombre señaló la punta.

—Éste es un grafo de penetración, que sirve para romper la coraza. Estos del borde son grafos de filo que sirven para que la hoja corte una vez que ha entrado en el cuerpo del demonio. Los grafos de filo se unen solos, si los giras de la manera apropiada.

Renna asintió y sus ojos se pasearon por las líneas.

—¿Y éstos? —Señaló a los símbolos dentro del filo de la hoja.

Después de la cena, Jeph preparó el carro y toda la familia se subió en él para dirigirse hacia Ciudad Central. Renna cabalgaba con el Protegido, sentada detrás de él a lomos de *Rondador Nocturno*.

Llegaron unos cuantos minutos antes de que se pusiera el sol. Si la plaza había estado atestada el día anterior, ahora parecía a punto de reventar. Estaban presentes todos los distritos de Arroyo Tibbet al completo, hombres, mujeres y niños. Llenaban las calles y la mayor parte de la plaza y en total vendrían a ser en torno a mil almas, cuyo único refugio lo constituían unos cuantos grafolitos que habían llevado hasta allí y pintado de forma apresurada.

Todo el mundo les miró cuando entraron. Ignoraron por completo a Jeph y su familia y se concentraron en el extranjero encapuchado y la chica que cabalgaba a su espalda. La multitud se apartó al paso del Protegido y él hizo girarse a *Rondador* varias veces de un lado y de otro para que todo el mundo pudiera verlos bien. Luego alzó la mano y se bajó la capucha, lo que arrancó un jadeo de sorpresa en la multitud.

—¡He venido de las Ciudades Libres a enseñar a la buena gente de Arroyo Tibbet a luchar contra los demonios! —gritó—. Pero me temo que no he visto «buena gente» aquí. ¡La buena gente no entrega a chicas indefensas a los abismales! ¡La buena gente no se queda inmóvil mientras vacían a alguien! —Mientras hablaba, el Protegido continuó moviendo el caballo de un lado para otro, buscando los ojos de la mayor cantidad de gente posible.

—¡Ella no es una chica indefensa, Enviado! —gritó a su vez Raddock, y se adentró entre los aldeanos de Hoya de Pescadores—. Es una asesina desalmada y el concejo votó que tenía que ser atada a la estaca por eso.

—Ay, estoy seguro de que lo hicisteis —asintió el Protegido en voz alta—. Y nadie se opuso a ello.

—El pueblo habla a través de sus Portavoces —replicó Raddock.

—¿Es eso verdad? —preguntó él a la multitud—. ¿Vosotros, aldeanos, confiáis en vuestros Portavoces?

Se alzó un coro de apasionadas exclamaciones por todos lados. La gente de Arroyo Tibbet estaba orgullosa de sus distritos y de los apellidos que compartían.

El Protegido asintió.

—Entonces creo que será a vuestros Portavoces a los que pondré a prueba. —Saltó del caballo y sacó de los arneses de la montura diez lanzas ligeras que clavó en el

suelo, donde quedaron temblando—. Todos los hombres y mujeres que se enfrenten a la noche y luchen a mi lado, o sus herederos si resultan muertos, ganarán una lanza con grafos de combate —explicó, a la vez que alzaba una de las armas—, así como los secretos de estos grafos, de modo que puedan construir las suyas propias.

Se extendió un silencio asombrado y todos volvieron los ojos hacia sus propios Portavoces.

—¿No podéis concedernos un poco de tiempo para que lo pensemos? —inquirió Mack Pasture—. Esto es algo precipitado.

—Por supuesto —concedió el Protegido mirando hacia el cielo—. Yo diría que tenéis... diez minutos. Mi intención es estar en camino hacia las Ciudades Libres mañana a esta misma hora.

Selia la Yerma salió de entre la multitud.

—¿Esperáis que los ancianos de Arroyo nos enfrentemos a la noche con la única defensa de unas lanzas?

Arlen la contempló, aún era alta y aterradora después de todos aquellos años. Aquella mujer le había calentado las posaderas más de una vez, aunque siempre por su propio bien. La idea de enfrentarse a Selia la Yerma le era más extraña que mirar por encima a un demonio de las rocas, pero esta vez era ella la que necesitaba que la pusieran en su sitio.

—Es más de lo que le habéis ofrecido a Renna Tanner —repuso él.

—No todos votamos a favor de eso, Enviado —replicó ella.

Él se encogió de hombros.

—Dejasteis que sucediera, que es lo mismo.

—Nadie está por encima de la ley —explicó ella—. Cuando el concejo vota, tenemos que poner por delante a la

ciudad, sin tener en cuenta cómo nos sentimos al respecto.

Arlen escupió a sus pies.

—¡Al Abismo con vuestra ley, si dice que hay que arrojar a uno de vuestros vecinos a la noche! Si queréis poner la ciudad por delante de cualquier otra cosa, venid aquí fuera y demostrad que sois capaces de recibid lo mismo que dais. De otro modo, cogeré mis lanzas y me iré.

Selia entrecerró los ojos, se recogió las faldas y avanzó a paso firme hacia el centro de la plaza. Se oyeron exclamaciones de asombro de la multitud, pero ella las ignoró y cogió una de las armas. Inmediatamente la siguieron el Pastor Harral y Brine el fornido. El gigantesco Leñador agarró la lanza con una mirada hambrienta en los ojos. Los Square y los Cutter le ovacionaron.

—¿Alguien tiene alguna pregunta más? —preguntó el Protegido, paseando la mirada a su alrededor. Cuando era niño en Arroyo Tibbet no tenía posibilidad de opinar, pero ahora por fin podía decir lo que deseaba. La gente se había animado de repente, pero identificó a los Portavoces con claridad, como islas en una corriente de agua.

—Creo que yo sí —dijo Jeorje.

El Protegido se enfrentó a él.

—Pregunta y te contestaré con toda sinceridad.

—¿Cómo podemos saber si sois realmente el Liberador? —inquirió.

—Como ya he dicho antes, Pastor, no lo soy. Sólo soy un Enviado.

—¿El Enviado de quién?

Él dudó, al ver la trampa. Si decía que de nadie, muchos asumirían que se debía a que era el Enviado del Creador. La mejor opción era mencionar a Euchor como su patrón. Arroyo Tibbet era técnicamente parte de Miln y la gente

podría pensar que los grafos de combate eran un regalo suyo. Pero había prometido ser sincero.

—Este mensaje no procede de nadie —admitió— Encontré los grafos en unas ruinas del mundo antiguo y las tomé para llevarlas a todas las buenas gentes, de modo que podamos comenzar a luchar contra los demonios.

—La Plaga no terminará hasta que no llegue el Liberador —dijo Jeorje, como si hubiera hecho caer al Protegido en una trampa lógica.

Pero él se limitó a encogerse de hombros y le dio al Pastor una lanza protegida.

—Podrías ser tú. Mata un demonio y ya veremos.

El hombre dejó caer su bastón y cogió el arma con los ojos brillantes.

—He visto más de cien años de Plaga. He visto morir a todos los que conozco, incluidos mis propios nietos. Siempre me he preguntado por qué era así, cuál era el motivo de que el Creador me mantuviera vivo tanto tiempo cuando llamaba a tantos otros a su lado. Creo que era porque aún me quedaba algo más por hacer.

—En Krasia se dice que un hombre no puede entrar en el Cielo a menos que lleve consigo a un abismal.

El anciano asintió.

—Gente sabia —afirmó y luego avanzó para situarse junto a Selia; a su paso, los Watch dibujaron grafos en el aire.

Rusco el Jabalí fue el siguiente en entrar en la plaza y lo hizo armando ruido, remangándose y mostrando a la gente unos brazos gruesos y carnosos. Cogió una de las lanzas que quedaban libres.

—Padre, ¿qué estás haciendo? —gritó su hija Catrín que corrió a agarrarle del brazo.

—¡Usa tu cabeza, chica! —la increpó él—. ¡Cualquiera que venda armas protegidas va a hacer una fortuna! —Se liberó de un tirón y se situó al lado de los demás Portavoces.

Se percibió algo de movimiento entre los Marsh donde Coran estaba sentado en una silla de respaldo duro.

—Mi padre ni siquiera puede ponerse en pie sin el bastón, dejadme luchar en su lugar —exclamó Keven Marsh.

Arlen sacudió la cabeza.

—Una lanza es tan buena como un bastón para un hombre que se sienta en el concejo y juega a ser el Creador. —Los Marsh comenzaron a sacudir los puños y a gritarle de forma amenazadora, pero él los ignoró y mantuvo los ojos fijos en Coran, retándole a dar un paso adelante. El viejo Portavoz de los Marsh frunció el ceño pero se levantó de la silla y cojeó hasta coger una de las lanzas. Dejó su bastón al lado del de Jeorje.

Los ojos del Protegido se detuvieron entonces en Meara Boggin, que se desprendió del abrazo de su hijo y avanzó a zancadas fuera del grupo de gente de la Colina de la Turba. Miró a Coline cuando pasó a su lado, pero la Herborista sacudió la cabeza.

—Tengo enfermos que atender, eso por no mencionar que tendréis suerte de salir vivos de ahí.

Mack Pasture también sacudió la cabeza.

—No estoy tan loco como para salir fuera del perímetro de las protecciones. Hay gente y ganado que depende de mí. Y no he venido aquí a que me vacíen. —Dio un paso hacia atrás y se oyó un rugido de descontento tanto entre los Bales como entre los Pasture.

—¡Déjanos nombrar a un nuevo Portavoz si éste no tiene lo que hay que tener! —gritó alguien.

—¿Por qué habríais de hacer eso? —replicó el Protegido —. ¡Ninguno de vosotros tuvo los redaños necesarios para defender a Renna Tanner!

—¡Eso no es verdad! —exclamó Renna y él se volvió hacia ella, que lo miraba con expresión dura—. Jeph Bales se enfrentó a un demonio del fuego para defenderme no hace más de cinco noches.

Todos los ojos se volvieron hacia el hombre, que se encogió ante las miradas de sus vecinos. El Protegido se sintió como si ella le hubiera dado una patada en la boca, pero el que ahora se encontraba a prueba era su padre y él tenía más interés que nadie en saber si era digno de empuñar una de las lanzas.

—¿Es eso verdad, Bales? —le preguntó—. ¿Luchaste contra un demonio en tu patio?

Jeph miró el suelo durante un buen rato y luego dirigió los ojos hacia sus hijos. Pareció tomar fuerzas tras verlos y enderezó la espalda.

—Sí, así es.

El Protegido miró a los Bales y los Pasture, granjeros y pastores procedentes de todos los lados de Arroyo.

—Si convertís a Jeph Bales en Portavoz antes de que caiga el sol, permitiré que sea él quien se enfrente a los demonios.

El rugido de aprobación fue inmediato y Norine le dio un empujón para ponerle en marcha. Finalmente, el Protegido se volvió para encararse con Raddock.

—¡No hay prueba alguna de que las lanzas funcionen! —gritó el Legista.

Él se encogió de hombros.

—Si no confías en mí, no aceptes la prueba.

—No os conozco, Enviado —repuso él—. No sé de dónde venís ni en qué creéis. ¡No sé nada de vos más que lo que

sale por vuestra boca y lo que decís es que los Fisher no obtendrán justicia! —Muchos de ellos asintieron y gruñeron de acuerdo con sus palabras—. Así que perdonadme —continuó él, dando un paso adelante hacia la plaza sin mirar no sólo a los suyos, sino a la otra gente de Arroyo también—, si no confío en vos por completo.

El Protegido asintió.

—Te perdono. —Señaló hacia la niebla que se alzaba a los pies del Portavoz—. Ahora, te advierto que será mejor que cojas una lanza o regreses a protegerte tras los grafos.

Raddock hizo un sonido muy poco digno y correteó de regreso al amparo de los grafos de los Fisher a la mayor velocidad que le permitieron sus viejas piernas.

El Protegido se dio la vuelta para contemplar a los Portavoces que habían osado presentarse. Agarraban sus lanzas de forma torpe, más como se sujeta un instrumento que un arma, pero mostraban una sorprendente carencia de miedo. A excepción de Jeph, que estaba más blanco que las escamas de un demonio de la nieve, los demás parecían serenos. Los Portavoces no cuestionaban sus decisiones una vez las habían tomado.

—Los demonios son más vulnerables ahora, cuando están a medio formarles explicó—. Si sois rápidos...

Antes incluso de que hubiera terminado de hablar, el Jabalí gruñó y se acercó a grandes zancadas a un demonio del bosque que se estaba formando. El Protegido recordó en ese momento la feria del solsticio de verano que se celebraba cada año cuando era niño. El Jabalí solía poner cerdos enteros en grandes espetones al fuego y pagaba a los chicos para que les dieran vueltas. Ahora alzó la lanza y la clavó en el pecho del abismal con la misma serena eficacia con la que ensartaba aquellos cerdos.

Los grafos de la punta de la lanza flamearon y el abismal chilló. La gente rugió al ver cómo la magia se ramificaba por el cuerpo semitraslúcido del demonio como si fuera un relámpago. El hombre aguantó mientras el demonio se debatía y la magia bailoteó por sus brazos como si la lanza hubiera cobrado vida con aquellos grafos relucientes. Finalmente, los meneos del abismal se detuvieron y el Jabalí sacó la lanza. El demonio, ahora sólido, cayó al suelo.

—Podría acostumbrarme a esta sensación —gruñó Rusco y escupió sobre el cadáver.

Selia fue la siguiente en moverse y eligió un demonio del fuego que comenzaba a tomar forma. Lo pinchó repetidas veces como si estuviera batiendo mantequilla y la magia llameó, formando arcos mortales.

Coran intentó ensartar a otro demonio del fuego en formación de la misma manera que hubiera hecho para pinchar un sapo en una charca, pero la pierna le cedió y perdió el equilibrio, de modo que falló. El demonio hizo un sonido parecido a un gorgoteo y escupió fuego.

—¡Padre! —gritó Keven Marsh al correr hacia la plaza. Agarró una de las dos lanzas que aún quedaban clavadas en el suelo, la enarboló como un hacha y golpeó el escupitajo en el momento en que salía de la boca del demonio. Luego siguió la misma trayectoria del escupitajo y le clavó la lanza al demonio de la misma manera que su padre pretendía hacer.

Keven alzó la mirada hacia el Protegido con una expresión dura en los ojos.

—No voy a permitir que vacíen a mi padre —dijo, mostrando los dientes como si esperara alguna protesta. Su hijo Fil cogió a Coran y le ayudó a refugiarse tras los grafos.

En vez de acusarle, el Protegido se inclinó ante él.

—Bien hecho.

Jeph se apresuró a atravesar a un demonio del fuego casi sólido, pero no fue lo bastante rápido y la criatura le escupió. El hombre gritó y cruzó la lanza en diagonal como si intentara de esa manera bloquear las llamas.

La multitud gritó aterrorizada, pero los grafos a lo largo de la empuñadura de la lanza relumbraron y el fuego se transformó en una brisa fresca. Jeph se recobró con rapidez y ensartó al abismal como si estuviera clavando el azadón en una raíz testaruda. Después apoyó el pie en el lomo humeante del demonio para sacar la lanza de la misma manera que lo haría sobre una bala de heno enganchada en los dientes de un rastrillo.

Un demonio del viento se solidificó y el Protegido se desprendió de sus ropas. Después agarró a la criatura y la dirigió hacia los grafolitos de los Boggin, donde se convulsionó contra la red de protección antes de caer aturdida al suelo.

—Meara Boggin —la llamó y señaló al demonio abatido e indefenso.

Mientras tanto, un demonio del bosque lanzó un brazo grueso como una rama hacia él, pero el Protegido le cogió de la muñeca y volvió su fuerza contra él, y lo hizo caer de espaldas ante Jeorje Watch, que le clavó la lanza como si estuviera golpeando el suelo con su bastón. La magia le recorrió el cuerpo y sus ojos adquirieron un brillo fanático.

El Pastor Harral y Brine, el fornido escoltaron a Meara hasta su víctima, con las lanzas listas por si se recobraba antes de que ella pudiera clavarle la suya. Pero no tenían de qué preocuparse porque la mujer se lanzó a ensartar al abismal como si estuviera clavando una palanca para abrir un barril de cerveza.

Otro demonio del bosque se formó y lo destruyeron entre Brine y Harral.

Ahora todos los demonios eran sólidos. Se había formado un buen número de ellos en la plaza, pero más de la mitad estaban muertos y los grafolitos impedían que aparecieran refuerzos.

Un demonio del fuego se acercó a Renna y ésta chilló, pero todavía se encontraba sobre la grupa de *Rondador* y el semental se alzó de manos y lo coceó.

—¡Cerrad el grupo! —ordenó el Protegido a los Portavoces—. ¡Las lanzas ante vosotros! —Los Portavoces siguieron sus órdenes. Arrinconaron a dos demonios del viento y acabaron con ellos entre todos. El Protegido les guió con calma alrededor de la plaza, dirigiendo los ataques y preparado para intervenir en caso de ser necesario.

Pero nadie le pidió que lo hiciera y el grupo despachó con rapidez los demonios que quedaban. Los Portavoces pasearon la mirada a su alrededor, aferrando la lanza ahora de un modo bastante diferente.

—No me había sentido tan fuerte en veinte años, cuando solía partir mi propia leña —comentó Selia. Los demás mostraron su acuerdo con un gruñido.

El Protegido paseó la mirada por la multitud reunida.

—¡Vuestros mayores lo han conseguido! —les gritó—. ¡Recordad esto la próxima vez que encontréis un demonio en vuestro patio!

—Ya no quedan abismales en la plaza —constató el Jabalí —. Hemos cumplido nuestra parte del trato, así que ahora nos debéis la segunda parte del pago.

El Protegido se inclinó.

—¿Ahora?

Rusco asintió.

—Tengo una pila de pergaminos blancos en la trastienda que podemos usar.

—De acuerdo —concedió él y el Jabalí hizo una reverencia y señaló en dirección a la tienda. Los otros Portavoces y el Protegido empezaron a dirigirse hacia aquel lugar pero, antes de seguirlos, Rusco se volvió para encarar a la multitud.

—Venid mañana —gritó—. Tomaré los pedidos para lanzas protegidas en el almacén y ¡estoy dispuesto a contratar a los que tengan buena mano con la protección para grabarlas! ¡Serviré por orden de llegada! —Un zumbido se extendió entre la gente ante las nuevas.

El Protegido sacudió la cabeza. El Jabalí haría un buen negocio con aquello. Aquel hombre siempre encontraba una manera de sacar beneficio de las cosas que la gente podía hacer por sí misma.

9

A la carrera
Verano del 333 d.R.

Renna se sentó en un rincón de la trastienda del almacén mientras Arlen enseñaba al concejo los grafos de combate. Dasy y Catrin entraban y salían sirviendo café recién hecho. Las chicas la observaban con miradas suspicaces, como si esperaran que se pusiera en pie de pronto y las atacara con el cuchillo de Harl, que descansaba sobre una mesa junto a ella. Había pintado grafos sobre su hoja con mano firme y ahora aplicaba uno de los instrumentos de grabación de Arlen sobre el metal, con mucho cuidado, para imprimir los grafos en la hoja. Arlen se le acercó una vez e intentó observar su trabajo, pero ella se volvió para que no lo viera. Se había acabado lo de pedir ayuda.

Para cuando la luz del amanecer empezó a colarse por entre las rendijas de los postigos, los Portavoces ya habían

terminado con su trabajo y cada uno tenía un rollo de pergamino en las manos.

Arlen habló con Rusco unos momentos después y luego se acercó donde estaba Renna.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió y disimuló un bostezo.

—Sólo algo cansada.

El Protegido se caló de nuevo la capucha.

—Quizá puedas echar un par de horas de sueño en la granja antes de que el Jabalí nos prepare las provisiones que necesitamos para marcharnos. El viejo sinvergüenza ha tenido las pelotas de cobrármelas, aun después de haberle ofrecido los medios necesarios para hacer una fortuna —comentó con un resoplido.

—No entiendo por qué esperabas algo distinto —repuso ella.

—¿Entonces, os vais de la ciudad? —les preguntó Selia al verlos dirigirse hacia la puerta—. ¿Ponéis Arroyo patas arriba y después os marcháis cabalgando antes de ver en qué termina todo esto?

—La ciudad ya estaba patas arriba cuando yo llegué —contestó Arlen—. Creo que ya dejé eso claro.

Selia asintió.

—Sí, lo dejasteis bien claro. ¿Qué noticias nuevas hay de las Ciudades Libres? ¿Han comenzado ya a proteger armas y matar abismales?

—Las Ciudades Libres ahora carecen de interés para vosotros —indicó él—. Cuando Arroyo esté libre de demonios, entonces será el momento de mirar hacia el mundo exterior.

Jeorje Watch dio un golpe con su lanza nueva en el suelo.

—«Atiende tu propio campo antes de ponerte a mirar al del vecino» —citó, un versículo muy popular del Canon.

Arlen se volvió hacia Rusco el Jabalí.

—Quiero que se hagan copias de los libros de grafos y se envíen a los Portavoces de Pastos al Sol.

—Bueno, eso no será nada barato —comenzó el comerciante—. Sólo el pergamino costará cerca de los veinte créditos y luego hay que escribirlo...

Arlen le interrumpió al alzar una pesada moneda de oro. Los ojos del Jabalí casi se le salieron de las órbitas ante el tamaño y el grosor de la moneda.

—Si esos grafos no les llegan, me enteraré —le dijo cuando el hombre cogió la moneda— y haré pergamino con tu propio pellejo.

Renna comprobó cómo el rostro rubicundo de Rusco palidecía y, aunque era bastante más grande que él, rehuyó la mirada de Arlen y tragó saliva con dificultad.

—En dos semanas. Lo juro.

—Tú también has aprendido a comportarte como un pendenciero —apuntó Renna cuando Arlen regresó a su lado. El no la miró pues aún llevaba la capucha puesta. Durante un momento, ella pensó que no la había escuchado.

—Recibí lecciones completas sobre el tema en mi período de entrenamiento como Enviado —comentó él, adoptando el tono grave que usaba cuando hablaba con la gente. Ella podía imaginarse la sonrisa burlona en sus labios protegidos.

El Jabalí abrió las puertas de la tienda. Una auténtica multitud aguardaba ante los escalones.

—¡Atrás! —bramó él—. ¡Abrid paso a los Portavoces! ¡No voy a tomar ni un solo pedido hasta que lo hagáis! —La gente refunfuñó ante el riesgo de perder su puesto en la cola, pero abrieron paso y dejaron salir a los ancianos.

Raddock estaba esperando a la cabeza del grupo cuando Renna descendió los escalones del porche de Rusco.

—¡Esto no ha terminado, Renna Tanner! No podrás esconderte toda la vida en la granja de Jeph.

—No me esconderé de nadie nunca más —le espetó ella, mirándole fijamente a los ojos—. Voy a abandonar este pueblo engendrado por el Abismo y jamás regresaré. —Raddock abrió la boca para replicar, pero Arlen alzó uno de sus dedos protegidos ante el anciano y se quedó callado. Después le observó con el ceño fruncido mientras Arlen formaba un escalón con las manos para que Renna pudiera impulsarse sobre el lomo de *Rondador Nocturno*.

El Protegido sacó entonces un libro pequeño de las alforjas de la montura, se volvió y examinó a la muchedumbre. Al ver a Coline Trigg, se dirigió hacia ella a grandes zancadas. La Herborista comenzó a retroceder y tropezó, con lo que cayó sobre los que teñía a su espalda y terminaron todos revueltos en el suelo en un motón bullicioso y desordenado.

Arlen esperó a que la mujer se incorporara, con el rostro ruborizado de vergüenza, y puso el libro sobre sus manos.

—Todo lo que sé sobre tratar las heridas provocadas por los demonios está aquí —le informó—. Eres lista, así que aprenderás pronto y lo pasarás a los demás.

Los ojos de Coline se abrieron por la sorpresa, pero asintió. Arlen soltó un gruñido y subió de un salto al caballo.

El Protegido abandonó la granja de Jeph sobre el mediodía para recoger los suministros prometidos por el Jabalí.

—Empaqueta tus cosas —le dijo a Renna al marcharse—. Nos iremos tan pronto como regrese.

Renna asintió y le observó alejarse. No tenía nada que llevarse, pues lo poco que poseía estaba en la granja de Harl. Sólo tenía el vestido de Selia que llevaba puesto, el cuchillo de su padre en la cintura y el collar de guijarros de río que Cobie le había dado, que aún colgaba de su cuello con dos vueltas. Habría deseado tener algo que darle a Arlen por llevarla consigo, pero no tenía nada más que ella misma. Para Cobie había sido suficiente, pero dudaba de que Arlen se diera por pagado con tanta facilidad.

Estaba sentada en el porche, grabando la hoja del cuchillo de su padre, cuando Ilain salió fuera y se sentó junto a ella.

—Te he preparado algo de comer para el viaje —le dijo, ofreciéndole una cesta—. La comida del Jabalí es más duradera que sabrosa. Su panceta ahumada tiene más humo que carne.

—Gracias —respondió Renna y cogió la cesta. Se quedó mirando a su hermana, a la que había echado de menos desesperadamente durante años y se preguntó por qué no tenía nada que decirle.

—No tienes por qué irte, Ren.

—Debo hacerlo.

—Ese Enviado es un hombre duro, Renna, y no sabemos nada de él salvo que mata demonios. Podría ser mucho peor que papá. Aquí estás a salvo. Después de lo que pasó la pasada noche, la gente está en paz contigo.

—¿Eso crees? —repuso ella—. Pues yo creo más bien que intentaron matarme.

—¿Así que vas a huir con un extranjero que está tan loco como para cubrirse de cicatrices en forma de grafos?

Renna se puso en pie y bufó.

—¡Eso es como si la noche acusara a alguien de oscuro! Tú no amabas a Jeph Bales cuando huiste con él, Lainie. Y

sólo sabías de él que era la clase de hombre que toma a una nueva esposa cuando el cuerpo de la anterior aún está caliente.

Ilain le dio una bofetada, pero Renna no se estremeció siquiera y mantuvo una expresión dura, hasta que fue su hermana quien retrocedió.

—Esa es la diferencia entre nosotras, Lainie, que yo no soy de las que huyen sino de las que mira hacia delante.

—¿Mirar adelante?

Renna asintió.

—No quiero vivir en Arroyo Tibbet. No quiero vivir en un lugar donde la gente deja que un hombre como papá haga su voluntad y luego exponen a la víctima a la noche. No sé cómo son las Ciudades Libres, pero tienen que ser mejores que esto. —Se inclinó hacia delante, bajando la voz de modo que nadie más pudiera oírla—. Yo maté a papá, Lainie —le dijo y alzó el cuchillo a medio proteger—. Lo hice. Maté bien muerto a ese hijo del Abismo. Alguien tenía que hacerlo, no sólo por lo que ya había hecho, sino por lo que aún podía hacer. Papá jamás pagó por nada, ni siquiera recibió una pizca de crueldad a cambio, aunque se la hubiera merecido de sobras.

—¡Renna! —gritó Ilain, mientras retrocedía como si su hermana se hubiera transformado en un abismal.

Renna sacudió la cabeza y escupió por encima de la barandilla del porche.

—Si hubieras tenido las pelotas suficientes, lo habrías hecho tú misma hace mucho tiempo, cuando Beni y yo aún éramos pequeñas.

Ilain abrió mucho los ojos pero no dijo nada, y su hermana no supo apreciar si era por el asombro o la culpabilidad. Renna le dio la espalda y miró hacia el patio.

—No te culpo —le dijo tras un rato—. Si yo hubiera tenido pelotas, lo habría matado la primera vez que me violó. Pero no lo hice porque tenía miedo.

Se volvió de nuevo y buscó los ojos de Ilain.

—Pero ya no tengo miedo, Lainie. Ni del Legista Raddock ni de Garric Fisher y tampoco de ese Enviado. Espero que sea un buen hombre, pero si se convierte en alguien parecido a papá, le haré un favor al mundo y lo mataré también. Tan seguro como que el sol sale cada día.

El Protegido entró cabalgando a toda velocidad en el patio un par de horas más tarde. Renna le aguardaba en el porche y se le acercó cuando Rondador Nocturno levantó polvo del suelo con una cabriola.

—Estamos desperdiciando la luz —le dijo, sin molestarse en desmontar. Luego le alargó una mano.

—¿Ni siquiera vas a decirles adiós?

—Las cosas se van a poner de lo más interesantes en Arroyo. Es mejor no dar motivos a nadie para pensar que tengo algo que ver con Jeph y Lainie Bales, más allá del hecho de que me fugo contigo.

Pero la chica sacudió la cabeza.

—Tu padre se merece un trato mejor del que le estás dando.

El la miró fijamente.

—No voy a decirle quien soy —gruñó.

Pero la chica no se acobardó.

—Al menos dile que su hijo no está muerto, si no, no eres nadie para juzgar quien se merece tus grafos y quien no. —El Protegido frunció el ceño, pero desmontó. Ella llevaba razón y él lo sabía, por mucho que odiara admitirlo.

—¡Nos vamos! —gritó la muchacha y todo el mundo acudió corriendo desde distintos lugares del patio. Arlen miró a su padre y le indicó con un gesto de la cabeza que se apartara a un lado. Jeph le siguió.

—Cabalgué en una caravana con un Arlen Bales del gremio de los Enviados —le dijo cuando estuvieron a solas —. Podría ser tu hijo. El apellido Bales es bastante común en todas partes, pero él era especial.

Los ojos del hombre se iluminaron.

—¿Es cierto eso?

Él asintió.

—Fue hace años, pero recuerdo que trabajaba para la compañía de Protección de Cob en Fuerte Miln. Quizá puedas conseguir noticias suyas allí.

Jeph alargó las manos y encerró una de las del Protegido entre las suyas.

—Que el sol os acompañe, Enviado.

Él asintió y se apartó, para regresar de nuevo donde estaba Renna.

—Estamos desperdiciando la luz —repitió. Ella accedió esa vez y le permitió que la subiera a la montura de *Rondador*. Luego él montó y Renna se agarró a su cintura mientras trotaban hacia el camino y giraban hacia el norte.

—¿El camino hacia las Ciudades Libres no va en dirección sur?

—Conozco un atajo. Es más rápido y evitaremos pasar por el pueblo. —*Rondador Nocturno* alargó el paso y pareció que volaban sobre el suelo. El viento agitaba el cabello de Renna y él se unió a su risa de alegría.

Tal como había dicho, Arlen recordaba cada senda y pastizal de las granjas del norte de Arroyo Tibbet. Antes de que Renna se diera cuenta, estaban en el camino principal a las afueras del pueblo, pasada incluso la granja de Mack Pasture.

Cabalgaron a gran velocidad durante el resto del día y ya habían avanzado bastante en el camino hacia las Ciudades Libres cuando él finalmente se detuvo, pues faltaba apenas un cuarto de hora para el crepúsculo.

—¿No estamos apurando demasiado el tiempo? —preguntó ella.

Arlen se encogió de hombros.

—Tenemos tiempo suficiente para extender los círculos. Si estuviera solo, ni siquiera me habría parado.

—Entonces no lo hagas —repuso ella, tragándose el miedo ante el pensamiento de verse expuesta a la noche—. Prometí no retrasarte.

Él la ignoró, desmontó y sacó dos círculos portátiles de las alforjas. Colocó uno en torno a *Rondador* y el otro en un pequeño claro, donde alineó los grafos con rapidez.

Renna tragó saliva pero no protestó. Con la espalda erguida, se aferró a su cuchillo y miró a su alrededor, a la espera de ver alzarse los demonios. Arlen la vio y notó su incomodidad. Se apartó de su tarea, y rebuscó en sus alforjas hasta que dio con algo.

—Ah, aquí está —dijo al fin. Abrió una capa con un solo movimiento y cubrió con ella los hombros de Renna; luego se la colocó bien y le subió la capucha.

Cuando la tela rozó su mejilla, Renna notó una gran suavidad, como si se tratara de la piel de un gatito. Estaba acostumbrada a la áspera textura del tejido fabricado en casa, así que aquella pieza le resultó de una finura que

sobrepasaba lo que hubiera creído posible. La miró y se le escapó una exclamación de asombro. Llevaba grafos bordados con unos puntos increíblemente pequeños, cientos de ellos.

—Es una capa de invisibilidad —le explicó Arlen—. Ningún demonio puede detectarte mientras estés envuelta en ella.

—¿Estás seguro? —inquirió ella, sorprendida.

—Te lo juro por el sol —repuso él.

De repente Renna se dio cuenta de que aún aferraba el cuchillo. Le dolían los nudillos de la fuerza con la que apretaba hasta que al final relajó la mano y lo soltó. Pareció tomar la primera inhalación profunda de aire en toda una hora.

Arlen se inclinó de nuevo sobre los círculos y acabó de prepararlos con rapidez, mientras Renna preparaba el fuego y sacaba la cesta de Ilain. Cuando hubieron acabado, se sentaron juntos y compartieron el pastel frío de carne y el jamón, las hortalizas frescas, el pan y el queso. Los abismales se arrojaban de vez en cuando contra los grafos, pero Renna confiaba en la capacidad de Arlen para la protección y no les prestó atención.

—Ese vestido tan largo que llevas no te permite sentarte en la silla con comodidad.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—No puedo soltarle toda la rienda a *Rondador* si no te sientas de modo correcto —le explicó.

—¿Puede correr aún más rápido? —inquirió ella con incredulidad.

El Protegido se echó a reír.

—Mucho más.

Ella se inclinó sobre él y le pasó los brazos en torno a los hombros.

—Si quieres que me quite el vestido, Arlen Bales, sólo tienes que decirlo. —Sonrió, pero Arlen se echó hacia atrás. Después le puso las manos en la cintura, se la sacó de encima de la misma manera que ella levantaba a la *Señora Rasguños* de su regazo, y se puso en pie de un salto.

—No te he traído para eso, Ren —le dijo y retrocedió unos pasos.

—¿Es porque no quieres aprovecharte de mí? —repuso ella, confundida.

—No es por eso —insistió él y cogió un costurero de una de las alforjas. Se lo arrojó y luego se volvió—. Divide en dos la falda y hazlo con rapidez. Tenemos trabajo que hacer esta noche.

—¿Trabajo?

—Al amanecer tendrás que haber matado a un demonio, o te dejo en la próxima ciudad por la que pasemos.

—Hecho —exclamó Renna. Se había quitado las enaguas y acortado la falda, además de abrirle dos grandes ranuras a ambos lados. Arlen alzó la vista desde donde se encontraba protegiendo una flecha, al borde del círculo, y sus ojos se deslizaron por los muslos desnudos.

»¿Te gusta lo que ves? —le preguntó ella y sonrió divertida ante su incomodidad cuando él se sobresaltó y movió los ojos con rapidez para enfrentarse a los suyos—. Acércate al fuego si quieres ver mejor.

Arlen se miró una mano durante un momento y se frotó los dedos protegidos, con los ojos perdidos en sus pensamientos. Finalmente sacudió la cabeza, se puso en pie y se le acercó.

—¿Confías en mí, Ren?

Ella afirmó con la cabeza y después él cogió un pincel y una tinta espesa, viscosa.

—Esto es roya del trigo. Te teñirá la piel durante unos cuantos días, puede que una semana.

Con cuidado, casi amorosamente, apartó el pelo largo de su rostro y pintó unos grafos en torno a sus ojos. Cuando hubo terminado, sopló con suavidad para secar la tinta. Apenas había unos centímetros entre las bocas de ambos y Renna deseaba apretar sus labios contra los suyos, pero todavía sentía el escozor de su rechazo y no se atrevió.

Cuando terminó los grafos, Arlen la miró.

—¿Ves algo más allá de la luz del fuego?

Renna echó una ojeada alrededor. La noche era más negra que el carbón.

—Nada.

Arlen asintió y puso las manos sobre sus ojos. Eran manos recias, llenas de cicatrices y encallecidas, pero a la vez, tiernas. La muchacha sintió un relajante cosquilleo en el lugar donde le rozaba la piel y se estremeció de placer. Luego, él apartó las manos y la sensación se desvaneció, aunque percibió una cierta calidez en los grafos en torno a los ojos.

—¿Qué ves ahora?

Renna paseó la mirada a su alrededor, sorprendida. Los árboles y las plantas relucían y una neblina iridiscente se enredaba en sus pies como un humo perezoso.

—Lo veo todo —respondió maravillada—. Más de lo que veo a la luz del sol. Todo reluce.

—Estás viendo magia. Se filtra desde el Abismo y le da a todos los seres vivientes esa chispa que los hace brillar.

—¿El alma?

Arlen se encogió de hombros.

—No soy un Pastor. Los abismales lo poseen y ahora llamearán con fuerza ante tus ojos.

Renna se volvió al oír un correteo entre los arbustos y ante su vista apareció un demonio del bosque que antes había sido invisible para ella, pero que ahora relumbraba en aquel mundo iluminado por la magia. Se miró las manos, que también brillaban ligeramente. Rondador Nocturno relucía aún con más fuerza y los grafos de sus cascos y arnés destacaban como las estrellas en el firmamento.

Pero Arlen era el que refulgía con más intensidad y los grafos de su piel brillaban rebosantes de poder. Parecía como si los hubieran escrito con luz y estuvieran permanentemente activados.

—Demasiados grafos —comentó él, al notar su mirada y luego se alzó la capucha—. He absorbido demasiada magia demoníaca para seguir siendo un hombre como cualquier otro.

—¿Por qué querías acumular tanto poder?

Arlen pareció algo confuso. Abrió la boca y luego la cerró.

—No sé si realmente lo quería o no —admitió al final—. Pero no es una decisión que luego puedas deshacer y no estaba en mis cabales cuando la tomé. —Señaló a Renna—. Y tú tampoco lo estás.

—¿Quién eres tú, Arlen Bales, para decir si estoy en mis cabales o no? —le increpó ella.

Él la ignoró de esa forma que la ponía furiosa, asió una lanza y se la ofreció. La muchacha miró el arma con expresión dubitativa y no hizo ademán de cogerla.

—Todos los Portavoces lo hicieron —le recordó Arlen.

—Ya lo sé, pero si voy a luchar, quiero hacerlo con mi cuchillo. —Había terminado de hacer los grafos de

penetración y de filo, pero nada más. Renna se lo ofreció a su vez para que lo inspeccionara.

—Es una buena hoja —le dijo Arlen cuando la tomó. Pasó el pulgar por el filo y la sangre brotó sin apenas hacer presión—. Y está tan afilada que podría uno afeitarse con ella.

—Mi padre lo cuidaba más que a su propia familia.

Él la miró pero no dijo nada. Examinó el cuchillo de cabo a rabo, poniendo especial atención en los grafos.

—Has hecho una buena protección —admitió con un punto de envidia—. Tan buena como cualquiera que haya visto. Se podría hacer mejor, pero está bien para empezar. —Se la devolvió con la empuñadura por delante y ella gruñó al cogerla—. Lo único que queda es probarla —añadió él—. Es hora de abandonar el círculo.

Renna había sabido desde el principio que tendría que hacerlo, pero no pudo controlar la oleada de pánico que la sobrecogió en ese momento. Le había dicho a su hermana que no iba a tener miedo nunca más, sin embargo eso no era del todo verdad. Puede que ya no temiera a los hombres, pero los abismales... Aún tenía presentes los recuerdos de aquella noche en la letrina y a veces la acosaban incluso estando despierta.

Arlen le puso una mano en el hombro.

—Estamos a kilómetros de cualquier lugar habitado, Ren. Los abismales se reúnen donde hay gente o grandes presas para cazar. Aquí sólo habrá unos cuantos. Tienes la capa y yo estoy a tu lado.

—Para salvarme —afirmó y él asintió, lo que le provocó una oleada de ira. Estaba harta de esperar que la salvaran otros. Pero cambió de parecer cuando vio al demonio del bosque acechando al borde del camino, y no pudo evitar

echarse a temblar—. No estoy preparada para esto —admitió, aunque odiaba mostrar su debilidad.

Pero el Protegido no la amonestó como había hecho con los Portavoces.

—Sé que estás aterrorizada. Yo también lo estaba la primera vez. Pero aprendí a aceptar el miedo en Krasia.

—¿Cómo se hace eso?

—Ábrete a la sensación y, después, da un paso atrás con tu mente hacia un lugar más profundo en tu interior.

Renna resopló.

—Eso no tiene sentido.

—Sí que lo tiene —repuso él—. He visto a chicos de la mitad de mi edad atacar a los demonios con nada más que una lanza sin proteger. Les he visto ignorar el dolor y persistir en la lucha, decididos a pelear hasta vencer o caer muertos. El miedo y el dolor sólo te afectan si tú los dejas.

—¿Lo dices en serio?

Cuando él afirmó con un asentimiento, Renna cerró los ojos y se abrió al sentimiento angustioso de su miedo, a la tensión en las extremidades y al estómago revuelto, a los puños cerrados y al rostro helado. En el momento en que se sintió consciente de todo ello, consiguió ignorar la mayor parte.

Arlen alzó un dedo y señaló hacia un demonio del bosque pequeño que colgaba de un árbol cercano. En otras circunstancias no habría podido distinguirlo del tronco, pero ahora relumbraba ante sus ojos protegidos en contraste con el brillo tenue del árbol.

Protegida por su capa, Renna abandonó el círculo y caminó con calma hacia el demonio. Éste olisqueó el aire con una mirada de vaga curiosidad, pero no dio señal de haber percibido su proximidad. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, Renna apuñaló al

demonio en la espalda. Los grafos relucieron y la coraza parecida a la corteza de árbol de la criatura se partió con facilidad. Sintió como si un juego rugiente le subiera por el brazo derecho, un dolor que fluía en oleadas alternado con una sensación de éxtasis.

El demonio se echó hacia atrás y chilló, pero Renna liberó la hoja y lo atravesó de nuevo. Y otra vez más. Un momento después, la criatura cayó al suelo y la neblina mágica que había bajo él se alejó flotando en ligeras volutas y remolinos.

Renna se irguió e inhaló una gran bocanada de dulce aire estival. Se sentía más fuerte, más viva de lo que jamás había estado en su vida.

Al otro lado del camino percibió de refilón los ojos relumbrantes de un demonio del fuego y esta vez no dudó. Su mirada se endureció mientras afirmaba el peso del cuerpo sobre una rodilla para atacar y atravesarle la cabeza. Esta vez saboreó el dolor de la magia mientras el demonio se debatía y, al final, caía vencido. El icor negro se derramó por el suelo y provocó pequeños fuegos humeantes.

El primer demonio del bosque que había visto en el camino medía cerca de los dos metros y había percibido el jaleo. Podría haberse escondido en el interior de la capa, pero en lugar de eso rugió y se lanzó sobre el abismal. El demonio le respondió con otro rugido y le lanzó un zarpazo, pero Renna era más fuerte y más rápida de lo que jamás había soñado y se echó a reír cuando evadió el torpe ataque y le clavó el cuchillo en el pecho. Esa vez fue diferente, fue tan sencillo como destripar un cerdo.

Renna paseó la mirada a su alrededor, jadeante, pero exultante. Sentía algo parecido a la... lujuria. Quería que hubiera más demonios, hubiera querido una horda entera.

Pero ya no quedaban más.

—Ya te lo dije —comentó Arlen, sonriente. Después guardó los círculos y cogió las riendas de *Rondador Nocturno*.

»Cabalguemos en mitad de la noche. Somos libres al fin.

Ella asintió y saltó con agilidad sobre la montura del semental gigante sin tocar siquiera el estribo. Se acomodó delante y dejó sitio atrás para que Arlen subiera. Él se echó a reír y saltó a su lugar con la misma facilidad con que lo había hecho ella. Pasó los brazos a su alrededor y acicateó a *Rondador*, a la vez que lanzaba un aullido de pura alegría cuando el corcel saltó hacia delante y emprendieron la galopada por el reluciente camino bajo la noche.

Había pasado un ciclo completo desde que el príncipe abismal había avistado a su presa en el criadero cercado. Se había visto obligado a pasar dos noches rastreándola, y sus huellas le habían llevado a sobrevolar una ruina abandonada que destilaba su intenso olor. La estructura estaba protegida por grafos recién trazados; Eran muy fuertes, pero de todas formas le resultaron fáciles de romper.

Aunque en realidad no había habido necesidad de ello, ya que el mentalista había identificado una mente humana en movimiento a través de los bosques muy lejos de las murallas.

Con un aleteo de sus alas descomunales, el mimetizador giró y voló hacia el humano, silencioso como la muerte. El mentalista extendió su mente para intentar acceder a los pensamientos del humano, pero se vio rechazado por una protección muy poderosa. Siseó, pero al extender el sondeo

más allá, descubrió que no estaba solo. La mente humana viajaba con una hembra cuya mente era tan abierta como el cielo. Se deslizó con cautela en sus pensamientos y permaneció allí inadvertido, mirando a través de sus ojos.

Renna hincó el cuchillo con fuerza en el cuerpo del demonio del bosque y giró la hoja dentro del corazón. A su lado, Arlen sujetaba a otro al que había conseguido tumbar de lado en el suelo, mientras los grafos letales que le cubrían todo el cuerpo hacían su trabajo.

Se oyó un aullido y Renna alzó la mirada para ver aparecer un tercer demonio en las ramas que se extendían sobre su cabeza. Lo esquivó con un giro del cuerpo cuando cayó sobre ella, pero la empuñadura del cuchillo se había quedado trabada en las irregularidades de la superficie de la coraza de su primera víctima. El abismal se había desplomado, muerto, y la hoja estaba atrapada en su cuerpo.

—Mierda de demonio —exclamó Renna. Luego se tiró de espaldas y encogió las piernas como Arlen le había enseñado. Cogió los brazos como ramas del demonio del bosque y tiró de ellos mientras le pateaba, para usar la velocidad de la criatura en su contra. El demonio aterrizó justo delante de Arlen, que le aplastó el cráneo.

—Deberías dejar que me pinte los nudillos para que pueda hacer eso yo misma —comentó la chica.

—No es necesario que protejas tu piel—contestó él—Con el cuchillo tienes suficiente.

Renna se acercó al demonio del bosque y recuperó su arma. La alzó para que el hombre la viera.

—No tenía el cuchillo.

—Pues te las has apañado bastante bien sin él.

—Sólo porque tú ya habías terminado con el otro —repuso ella—. No voy a usar la aguja, sólo un pincel y algo de roya.

Arlen la miró con el ceño fruncido.

—La absorción de magia es distinta cuando llevas los grafos en la piel, Ren. Son tan fuertes que te pierdes en ellos. Yo estuve perdido durante mucho tiempo cuando comencé a hacerlo y, aún ahora, no me he encontrado del todo. No me gustaría que eso te pasara a ti. Significas mucho para mí.

—¿De verdad? —preguntó ella.

—Es bueno tener alguien con quien hablar, aparte de Rondador —explicó Arlen, ajeno al súbito interés que había despertado en la chica—. Yo… me siento solo.

—Solo —repitió ella—. Sé lo que es sentirse así. También te puedes perder en ese sentimiento. El mundo está lleno de cosas en las cuales uno puede perderse y no nos vamos a pasar toda la vida escondidos tras los grafos por culpa de eso.

El Protegido la miró durante un buen rato. Finalmente, se encogió de hombros.

—No soy quién para decirte lo que tienes que hacer, Ren. Si quieres ignorar mi opinión y pintarte las manos, es decisión tuya.

El príncipe abismal observó el cortejo durante unos cuantos minutos más, pues le divertían los rituales de emparejamiento humanos. Estaba claro que el solitario apenas comprendía su magia ni la extensión de sus propios poderes y era ajeno a la presencia del mentalista. Tenía potencial para ser un unificador, pero aquí, en las tierras

baldías, no era una amenaza y se le podía observar sin peligro.

El demonio dejó a un lado los pensamientos superficiales de la hembra e intentó sumergirse más profundamente en su mente para obtener información sobre el otro humano, pero lo que había era de poco valor. Así que hizo que le preguntara algo.

—¿Cómo encontraste los grafos perdidos? —preguntó Renna, sorprendiéndose a sí misma. Sabía que Arlen odiaba hablar sobre lo que le había ocurrido después de haberse marchado de Arroyo.

—Ya te lo dije. Los encontré en unas ruinas.

—¿Qué ruinas?¿Dónde están?

—¿Qué importa eso? —repuso él con brusquedad—. Esto no es una de esas sagas juglarescas.

Ella sacudió la cabeza para aclarársela.

—Lo siento. No sé por qué de repente estaba tan interesada en ese tema. No importa. No quería inmiscuirme en tus cosas.

Arlen gruñó y se dirigió hacia la torre donde había pasado las últimas semanas trazando grafos mientras la entrenaba para cazar demonios.

El príncipe abismal siseó cuando el solitario rehuyó responder a la pregunta. La lógica le decía que debía matarlos a ambos, pero no había prisa. El número de grafos que había alrededor de su refugio sugería que no tenían previsto marcharse pronto. Podría vigilarlos durante unos cuantos ciclos más.

Cuando los humanos cruzaron los grafos, el mentalista se vio expulsado de la mente de la hembra. Un momento

más tarde, el mimetizador aterrizó en un claro y se convirtió en bruma, para custodiar el camino mientras el príncipe abismal se deslizaba hacia el Abismo para reflexionar.

10

El Palacio de los Espejos
Verano del 333 d.R.

La reunión del concejo terminó bastante después de la puesta de sol. Como Leesha había esperado, habían votado por unanimidad en contra de su viaje a Rizón con Jardir y se habían mostrado muy asombrados cuando ella les recordó que su votación no tenía valor alguno en ese asunto.

Leesha caminaba de regreso a la cabaña sin la protección de su Capa de Invisibilidad, pero Rojer había tendido un campo protector de música a su alrededor tan potente como cualquier red de protección. Sus poderes parecían haberse multiplicado por diez con el nuevo violín, pero Wonda y Gared, que cerraban la marcha tras Darsy y Vika, mantenían las armas preparadas.

—Sigo diciendo que has perdido la cabeza —gruñía Darsy y, a su modo, intimidaba tanto como Wonda, pues era más ancha que ella, aunque no tan alta y tan poco agraciada como la arquera, a pesar de no tener cicatrices.

Leesha se encogió de hombros.

—Os agradezco vuestras opiniones, pero esta decisión no está abierta al debate.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer nosotros si te toman prisionera? —preguntó Darsy—. No estamos en condiciones de montar una misión de rescate y tú eres la que mantiene unida a esta ciudad, especialmente ahora que el Liberador está vaya a saber el Creador dónde.

—El príncipe Thamos y la Milicia Impasible estarán pronto aquí —adujo la mujer.

—Ellos no pueden sustituirte —insistió Darsy.

—No espero que lo hagan —siguió ella—. Sólo tenéis que confiar en mí, en que seré capaz de cuidar de mí misma.

—Yo estoy más preocupada por el resto de nosotros —intervino Vika—. Si te casas con ese hombre te perderemos para siempre, y si te niegas y te toma prisionera también te perderemos. ¿Qué vamos a hacer?

—Por eso es por lo que os he traído aquí esta noche —explicó ella. Su cabaña apareció ante la vista y apenas habían entrado cuando Leesha le hizo una señal a Wonda para que alzara la trampilla que llevaba al sótano donde se encontraba su taller.

»Todos, salvo Vika y Darsy, os quedáis aquí arriba —les ordenó—. Éste es un asunto de Herboristas. —Los demás asintieron y ella escoltó a las otras dos mujeres escaleras abajo y fue encendiendo las lámparas químicas de fuego frío por el camino.

—¡Por el Creador! —exclamó Darsy sin aliento. No había entrado en el sótano desde hacía varios años, cuando Bruna la había despedido como aprendiza. Leesha lo había ampliado mucho desde entonces y ahora comprendía toda la parte interior de la cabaña y también parte del patio, un espacio enorme. Los pilares de sustentación protegidos del

edificio se disponían a lo largo de los muros de la cámara principal y de los muchos túneles que salían de ella.

Donde en algún otro momento Bruna había almacenado un puñado de palos tronadores para eliminar tocones persistentes del suelo y un par de jarras de fuego líquido de demonio, ahora había lo que a primera vista parecía un arsenal infinito.

—Aquí hay suficientes artefactos pirotécnicos para borrar Hoya de la faz de la tierra —comentó Vika.

—¿Por qué creéis que he mantenido mi vivienda tan lejos del pueblo? —explicó ella—. Llevo un año destilando fuego de demonio y enrollando palos tronadores noche tras noche.

—¿Por qué no se lo has dicho a nadie? —inquirió la mujer.

—Porque nadie tenía por qué saberlo. No tenía el más mínimo interés en echarme encima a los Leñadores del concejo municipal, ni intención de que creyeran que podían decidir sobre el uso de todo esto. Es asunto de las Herboristas y vosotras lo distribuiréis de la manera que creáis más oportuna mientras yo esté fuera y sólo cuando vaya a utilizarse para proteger vidas. Y me daréis vuestra palabra de que mantendréis la boca cerrada o pondré algo en vuestro té que hará que ni siquiera recordéis haber estado aquí.

Las dos mujeres la miraron intentando decidir si Leesha iba en serio con aquello. La mirada de la Herborista las convenció.

—Lo juro —dijo Vika.

Darsy vaciló un poco más, pero finalmente asintió.

—Lo juro por el sol. Pero esto no será suficiente si tú no regresas.

Leesha asintió y después se volvió hacia una mesa donde se apilaban una gran cantidad de libros.

—Ahí tenéis los secretos del fuego.

Jardir sonrió abiertamente cuando Leesha y su escolta llegaron. Era un grupo más pequeño de lo que había pensado que llevaría una mujer tan poderosa; sólo la acompañaban sus padres, Rojer, Gared el gigante y la mujer Sharum, Wonda.

—Esto va a enfurecer a los dama —comentó Abban, señalando a Wonda—. Exigirán que entregue sus armas y se cubra. Deberías pedir que la dejen atrás.

El krasiano sacudió la cabeza.

—Le prometí a Leesha que podría escoger a sus carabinas y no voy a romper mi palabra. Nuestra gente tendrá que aprender a aceptar las costumbres de la tribu de Hoya. A lo mejor, presentarles a una mujer que lucha la alagai'sharak será una buena manera de empezar.

—Siempre que ella se desenvuelva bien ante los demonios.

—La he visto luchar. Con un entrenamiento apropiado podría convertirse en una luchadora tan formidable como cualquier Sharum.

—Sed cauteloso, Ahmann. Forzar a nuestra gente a un cambio demasiado rápido podría llevar a que muchos de ellos lo rechazasen.

El hombre asintió, pues sabía cuánta verdad había en las palabras del comerciante.

—Quiero que te mantengas cerca de Leesha en el viaje de regreso a Don de Everam. Usa el pretexto de enseñarle nuestro idioma, como ella ha pedido. Sería indecoroso que

yo la atendiera tan de cerca, pero a ti sí te aceptarán sus carabinas norteños.

—Mejor que los dal'Sharum, de eso estoy seguro —masculló el tullido entre dientes.

Jardir asintió de nuevo.

—Quiero saberlo todo de ella. La comida que más le gusta, las fragancias que la complacen, todo.

—Por supuesto —concedió el tullido—. Me ocuparé de ello.

Mientras los dal'Sharum levantaban el campamento, el mercader cojeó hacia el carro cerrado donde viajaban Leesha y sus padres. Descubrió con sorpresa que la mujer conducía ella misma los caballos. No tenía criados que la atendieran o hicieran el trabajo por ella. El respeto que sentía por ella creció aún más.

—¿Puedo viajar con vos, señora? —le preguntó con una reverencia—. Mi señor me ha pedido que os instruya en nuestro lenguaje, como vos misma solicitasteis.

Ella sonrió.

—Por supuesto, Abban. Rojer puede cabalgar. —El aludido, que iba sentado a su lado en el pescante, gimió y puso mala cara.

El tullido hizo una inclinación aún más profunda, agarrándose con fuerza a su muleta. Como la dama'ting había temido, la pierna nunca había curado del todo y solía fallarle en los momentos más inoportunos.

—Si lo preferís, hijo de Jessum, podéis montar en mi camello —le indicó haciendo un gesto hacia donde estaba atada la bestia. El Juglar miró hacia el animal con la duda retratada en el semblante, hasta que vio el asiento

acolchado y cubierto, espacioso y ricamente decorado. Se le encendió una chispa en los ojos.

»Es una bestia dócil que seguirá a los demás animales sin necesidad de dirigirla de ningún modo —adujo Abban.

—Bueno, si con eso os hago un favor... —dijo él.

—Por supuesto —admitió el comerciante y Rojer cogió su violín y saltó del carro haciendo una voltereta. Luego echó a correr hacia el camello.

Pronto fue evidente que el mercader había mentido, pues la bestia tenía mal genio incluso en sus mejores momentos. Pero la primera vez que le escupió, el Juglar alzó su instrumento y la apaciguó como hacía con los alagai. Leesha debía de ser de gran valor para Ahmann, pero también aquel hombre merecía que se le tuviera en cuenta.

—¿Puedo haceros una pregunta, Abban? —inquirió Leesha, interrumpiendo su estado reflexivo.

El mercader asintió.

—Por supuesto, señora.

—¿Habéis llevado esa muleta desde vuestro nacimiento? —le preguntó.

El hombre sintió una gran sorpresa ante su atrevimiento. Entre su gente, la enfermedad era motivo de burla o, sencillamente, se ignoraba. Y nadie se preocupaba lo suficiente de un khaffit para preguntarle esas cosas.

—No nací así, no —explicó—. Resulté herido durante el Hannu Pash.

—¿El Hannu Pash?

El tullido sonrió.

—Ése es un tema tan bueno como cualquiera para comenzar nuestras lecciones —le dijo; se subió al carro y se sentó a su lado—. En vuestra lengua, significa «camino de la vida». A todos los niños krasianos se los separa de sus madres cuando son pequeños y se les envía al sharaj de su

tribu... una especie de barracones de entrenamiento, para averiguar si Everam los ha destinado a ser Sharum, dama o khaffit. —Se dio unos golpecitos en la pierna coja con la muleta—. Esto fue inevitable. Jamás fui un guerrero y yo lo sabía con toda certeza desde el primer día. Había nacido khaffit y los... rigores del Hannu Pash lo demostraron.

—Tonterías —comentó ella.

Abban se encogió de hombros.

—Ahmann piensa de forma parecida.

—¿Ah, sí? —inquirió ella con sorpresa—. Jamás lo habría adivinado teniendo en cuenta la forma en que os trata.

El mercader asintió.

—Os suplico que lo perdonéis por ello, señora. Mi señor fue enviado al Hannu Pash el mismo día que yo y se enfrentó a la voluntad de Everam una y otra vez al llevarme consigo pegado a su espalda a lo largo de nuestra estancia en el Kaji'sharaj. Me dio una oportunidad tras otra y siempre que me puso a prueba, le decepcioné.

—¿Y esas pruebas fueron justas?

Él se echó a reír.

—Nada en Ala es justo, señora, y en la vida de un guerrero es donde menos justicia se puede encontrar. Tanto si uno es fuerte como si no, si es piadoso o está sediento de sangre, tanto si es valiente como cobarde, el Hannu Pash revela al hombre interior que hay dentro del niño y, en mi caso al menos, fue todo un éxito. Mi corazón no es el de un Sharum.

—Eso no es algo de lo que avergonzarse.

El hombre sonrió.

—Desde luego que no y yo no me avergüenzo. Ahmann me considera valioso, pero sería... inapropiado que él me mostrara amabilidad delante del resto de los hombres.

—La amabilidad jamás es inapropiada —replicó ella.

—La vida en el desierto es dura, señora, y hace que mi gente también lo sea. Os suplico que no nos juzguéis hasta que no nos conozcáis mejor.

Leesha asintió.

—Ése es el motivo por el que os acompaño. Mientras tanto, dejadme que os examine. Quizá pueda hacer algo por vuestra pierna.

Una imagen cruzó como un relámpago ante los ojos de Abban: Ahmann les sorprendía mientras él se bajaba los pantalones de seda para que la mujer le examinara. Después de eso, su vida valdría menos que una bolsa de arena.

El mercader rechazó el ofrecimiento con un gesto de la mano.

—Soy un khaffit, señora, no merezco vuestra atención.

—Sois un hombre como otro cualquiera y si tenemos que pasar un tiempo juntos, no soportaré oíros decir otra cosa.

El hombre le hizo una venia.

—Conocí hace tiempo a otro hombre de las tierras verdes que pensaba como vos —comentó, como de pasada.

—¿Ah, sí? ¿Cómo se llamaba?

—Arlen, hijo de Jeph, del clan Bales de Arroyo Tibbet —repuso él y vio que por los ojos de la mujer cruzaba una chispa de reconocimiento, aunque su rostro no mostró ninguna otra señal.

—Arroyo Tibbet está muy lejos de aquí, en el ducado de Miln —explicó ella—. Nunca he tenido el placer de conocer a alguien procedente de allí. ¿Cómo era?

—Mi gente lo llamaba Par'chin, que significa, «forastero valiente». Se encontraba igual de cómodo en el bazar que en el Laberinto con los Sharum. Ah, qué pena, abandonó nuestra ciudad hace años y no regresó jamás.

—Quizá algún día os lo encontréis de nuevo.

Él se encogió de hombros.

—*Inevera*. Si Everam lo desea, me encantaría volver a verle y saber que se encuentra bien. —Viajaron juntos el resto del día y hablaron de muchas otras cosas, pero el tema del Par'chin no volvió a salir. Sin embargo, el silencio de Leesha le dijo mucho a Abban.

La marcha de Leesha y sus acompañantes se veía entorpecida por el carro, de modo que los dal'Sharum no pudieron poner sus corceles al galope cuando se puso el sol, pues los hoyenses se hubieran convertido en una presa fácil para los demonios. Ahmann dio la orden de parar y acampar. El mercader estaba levantando su tienda cuando Jardir lo llamó a su presencia.

—¿Qué tal ha ido el primer día?

—Tiene una mente muy rápida. Comencé a enseñarle frases sencillas, pero a los pocos minutos ya estaba diseccionando la estructura de las oraciones. Será capaz de presentarse ante cualquiera y hablar del tiempo para cuando lleguemos a Don de Everam y hablará con fluidez para cuando llegue el invierno.

Ahmann asintió.

—Era la voluntad de Everam que aprendiera nuestro idioma.

—Abban se encogió de hombros ante la afirmación—. ¿Qué más has averiguado?

El mercader sonrió.

—Le gustan las manzanas.

—¿Las manzanas? —inquirió Ahmann confundido.

—Una fruta de un árbol del norte.

El krasiano frunció el ceño.

—Te has pasado el día hablando con esa mujer y, ¿lo único que has averiguado es que le gustan las manzanas?

—Rojas y duras, recién cogidas del árbol. Lamenta que con tantas nuevas bocas que alimentar se hayan vuelto escasas. —Abban sonrió, pero el rostro de Ahmann compuso una expresión poco amistosa. El mercader metió la mano en el bolsillo y extrajo una pieza de fruta—. Manzanas como ésta.

La sonrisa del Liberador casi le llegó de oreja a oreja.

Abban salió de la tienda de Ahmann sintiendo un ligero pellizco de culpabilidad por no contarle la reacción de Leesha ante la mención del Par'chin. No había mentido, pero ni siquiera en su interior comprendía por qué lo había hecho. El Par'chin era su amigo, eso era cierto, pero él jamás había permitido que la amistad interfiriera en el camino de la prosperidad y ese camino estaba inextricablemente unido a que Ahmann tuviera éxito en conquistar el norte. Y el mejor modo de conseguirlo consistía en que el Liberador encontrara y matara al Par'chin lo antes posible. El hijo de Jeph no era la clase de enemigo que un hombre pudiera tomarse a la ligera.

Pero Abban había sobrevivido como khaffit averiguando secretos y esperando luego el momento oportuno de sacarles provecho, y no cabía duda de que no había en todo el mundo un secreto más grande que éste.

Leesha estaba removiendo una olla cuando Jardir llegó a su campamento. Al igual que el Protegido, él podía caminar a través de las áreas desprotegidas del caótico campamento krasiano. Llevaba puesta la capa de Leesha sobre los hombros, pero retirada hacia atrás, de modo que no le suponía protección alguna ante los ojos de los abismales.

Y, desde luego, no la necesitaba, a menos que un demonio del viento lo identificara desde arriba. Los dal'Sharum habían estado cazando los demonios que infestaban el campamento a la caída del sol y habían

apilado los cadáveres en lo que sería una gran hoguera cuando el sol les prendiera fuego al amanecer.

—¿Puedo acompañaros junto al fuego? —inquirió en thesano.

—Por supuesto, hijo de Hoshkamin —replicó ella en krasiano. Tal como le había enseñado Abban, partió un trozo de una rebanada de pan recién cortada y se lo ofreció —. Comparte el pan con nosotros.

Jardir sonrió y se inclinó profundamente al aceptar el pan.

Rojer y los otros también acudieron a comer junto al puchero, pero se marcharon en cuanto Leesha les dedicó una mirada cargada de intención. Sólo Elona se quedó a la distancia suficiente para prestar oído, lo que a Jardir pareció encontrar muy apropiado, aunque a Leesha le molestara que la espiaran.

—Vuestra comida continúa deleitando mis sentidos —comentó él cuando hubo terminado su segundo cuenco del puchero.

—Sólo es estofado —repuso ella, pero no pudo evitar sonreír ante el cumplido.

—Espero que no estéis demasiado llena —le dijo después el hombre y sacó una gran manzana roja—. Me he aficionado mucho a esta fruta del norte y me gustaría compartirla con vos igual que antes hemos compartido el pan.

Leesha sintió que se le hacía la boca agua al verla. No recordaba cuándo había sido la última vez que había comido una manzana madura. Con toda aquella cantidad de refugiados que saqueaban el terreno alrededor de Hoya del Liberador como si fueran langostas, las manzanas desaparecían de los árboles en el momento en que eran comestibles y, a veces, incluso antes.

—Me encantaría —respondió intentando controlar el ansia en la voz. Jardir sacó un cuchillo pequeño y la cortó en rebanadas para disfrutarla. Leesha saboreó el suave crujido de cada bocado y les llevó un rato terminar la pieza. Ella se dio cuenta de que, aunque decía gustarle tanto, se la había dejado casi toda a ella, quedándose sólo con los extremos. La observaba masticar con el deleite retratado en los ojos.

—Gracias, ha sido maravilloso —dijo Leesha cuando terminaron.

Jardir se inclinó desde donde estaba sentado frente a ella.

—El placer ha sido mío. Y ahora, si lo deseáis, también sería un placer para mí leeros pasajes del Evejah, tal como os prometí.

La mujer sonrió y asintió. Luego sacó el delgado libro encuadernado en piel de uno de los profundos bolsillos de su vestido.

—Me gustaría mucho, pero si queréis leerme el libro, debéis comenzar desde el principio y jurarme que lo leeréis entero, sin omitir nada.

El krasiano inclinó la cabeza en su dirección y por un momento ella temió haberle ofendido. Sin embargo, poco después una sonrisa le cruzó la cara.

—Eso nos llevará muchas noches.

Leesha paseó la mirada por el campamento y las llanuras vacías.

—Me parece que, de momento, tengo las noches bastante libres.

Sorprendentemente, no fue Wonda quien atrajo la mayor parte de la atención cuando llegaron a Don de Everam, sino Gared. Jardir observó cómo los ojos de los Sharum examinaban el tamaño y los músculos poderosos del Leñador y buscaban sus debilidades, valorando su aptitud para la lucha como hacían con todo el mundo. Ése era el modo que tenían los Sharum de estar siempre preparados para luchar contra cualquiera, tanto enemigos, como hermanos, padres o amigos. Todos los guerreros estarían deseosos de probar su fuerza contra el gigantesco guerrero del norte. El Sharum que le derribara obtendría un gran honor.

Sólo después de que evaluaran debidamente a Gared, la amenaza más obvia, los ojos de los guerreros pasaron a Wonda, y unos cuantos tuvieron que mirar dos veces para darse cuenta de que era una mujer.

No habían avisado de su llegada, pero cuando entraron en el patio del palacio de Jardir, Inevera y las damaji'ting ya les aguardaban. Su primera esposa yacía en un palanquín cubierto de almohadones, sostenido por musculosos esclavos chin vestidos sólo con bidos y túnicas. La mujer se exhibía con la misma ropa escandalosa de siempre y ni siquiera los norteños pudieron sofocar una exclamación de asombro ni pudieron evitar ruborizarse al verla, cuando los esclavos dejaron el palanquín en el suelo y ella se puso en pie. Sus caderas se balancearon de modo hipnótico cuando se acercó a Jardir con los brazos extendidos.

—¿Quién es ésa? —preguntó Leesha.

—Mi Primera Esposa, la Damajah Inevera —repuso Jardir—. Las otras son mis esposas menores.

Ella le echó una mirada afilada y, como Abban le había advertido, su rostro se transformó en una nube de

tormenta.

—¡¿Ya estáis casado?! —inquirió con voz exigente.

El krasiano la miró con curiosidad. Esto no debía suponer un problema para ella, incluso aunque tuviera cierta inclinación a los celos.

—Por supuesto. Soy el Shar'Dama Ka.

Ella abrió la boca para replicar, pero en ese momento Inevera llegó hasta ellos, así que Leesha tuvo que tragarse lo que había estado a punto de decir.

—Esposo —dijo la mujer, tras abrazarle y besarle de modo apasionado—, cómo he echado de menos tu calor en nuestro lecho.

Jardir se sintió desconcertado durante un momento, pero entonces vio cómo los ojos de la mujer se dirigían hacia Leesha, y se sintió tan sucio como si un perro le hubiera marcado.

—Permíteme presentarte a nuestra honorable invitada, la señora Leesha, hija de Erny, Primera Herborista de la tribu de Hoya. —Los ojos de la sacerdotisa se entrecerraron ante el título y luego los miró fijamente, primero a él y luego a ella.

Por su parte, la Herborista se desempeñó bien, sin retroceder ni un centímetro cuando se enfrentó a la mirada de Inevera con una serena calma. Después se sumergió en la reverencia con las faldas extendidas propias de las mujeres del norte.

—Es un honor conoceros, Damajah.

La sonrisa de su esposa y la inclinación en respuesta fueron igualmente inescrutables y, en ese momento, Jardir comprendió que Abban llevaba razón. Inevera no aceptaría a esa mujer como su Jiwah Sen y ciertamente no se tomaría bien que Jardir se casara con ella sin su permiso y le diera el dominio sobre todas las mujeres del norte.

—Deseo hablarte en privado, esposo —dijo y él asintió. Ahora que había llegado el momento de enfrentarse a ella, no tenía deseos de posponerlo. Dio gracias a Everam de que el sol aún estuviera alto en el cielo y no pudiera usar la magia de los hora bajo su luz.

—Abban, haz que preparen el Palacio de los Espejos para que la señora Leesha se aloje en él durante su estancia aquí —le ordenó en krasiano. El palacio no era apropiado para una persona como ella, pero era el mejor que Don de Everam podía ofrecer, con tres pisos, y ricamente decorado con alfombras, tapices y espejos plateados.

—Creo que el damaji Ichach lo está ocupando en estos momentos —le contestó.

—Entonces será conveniente que el damaji busque un nuevo alojamiento.

El mercader hizo una reverencia.

—Comprendo.

—Por favor, excusadme —le dijo Jardir a Leesha, tras inclinarse ante ella—. Debo tratar algunos asuntos con mi esposa. Abban se ocupará de acomodaros. Cuando estéis instalada, iré a visitaros.

Ella asintió, un gesto frío que traslucía el fuego que ardía debajo. El krasiano sintió que se le aceleraba el pulso al percibirlo y le dio fuerzas cuando siguió a Inevera hacia el palacio.

—¿Con qué propósito has traído a esa mujer hasta aquí? —le exigió Inevera cuando estuvieron a solas en la cámara cubierta de almohadones aledaña al salón del trono.

—¿No te lo han dicho los huesos? —replicó él, burlón.

—Pues claro que sí —le espetó ella—, pero confiaba en que estuvieran equivocados y no fueras tan idiota.

—Los matrimonios han sido la base de mi poder en Krasia, ¿tan estúpido es pensar que puedan servirme igual aquí en el norte?

—Éstos son chin, esposo. Están bien para que los dal'Sharum tengan descendencia, pero no hay entre ellos ni una sola mujer que merezca tu semilla.

—No estoy de acuerdo. Esta Leesha vale tanto como otras mujeres con las que he estado.

Inevera frunció el ceño.

—De todos modos, eso no importa. Los huesos han hablado en su contra y yo no aprobaré la unión.

—Tienes razón, eso no importa. Pero aun así me casaré con ella.

—No puedes hacer eso —repuso—. Soy tu Jiwah Ka y soy yo quien decide con quien puedes casarte.

Jardir sacudió la cabeza.

—Tú eres mi Jiwah Ka krasiana. Leesha será mi Jiwah Ka en el norte y tendrá el control sobre todas las mujeres con las que me case aquí.

Los ojos de la Damajah casi se le salieron de las órbitas y Jardir pensó por un momento que se le caerían de la cara. Luego chilló y se lanzó contra él, con aquellas largas uñas pintadas por delante. La espalda de Jardir, que a menudo se había visto arañada por ellas en circunstancias muy diferentes, pedía atestiguar lo afiladas que eran.

Giró con rapidez para quedar fuera de su trayectoria. Recordaba perfectamente la última vez que ella le había golpeado, así que bloqueó y evitó el más mínimo contacto mientras ella atacaba aún con más furia. Sus largas piernas, cubiertas sólo con aquella diáfana seda, daban patadas altas y rápidas, mientras sus dedos salían

disparados hacia él, buscando los puntos débiles donde se unían los músculos y los nervios de un hombre. Si conseguía alcanzar alguno de esos puntos, sus miembros dejarían de obedecerle.

Fue el primer despliegue real de la sharusahk de las dama'ting que había visto en su vida y estudió sus movimientos precisos y letales con fascinación, con la certeza de que Inevera podría matar a un damaji antes de que éste se hubiera dado cuenta siquiera de que le habían golpeado.

Pero Jardir era el Shar'Dama Ka. Era el más grande maestro de la sharusahk y su cuerpo era más fuerte y rápido de lo que había sido nunca debido a la magia de la Lanza de Kaji. Ahora que respetaba su habilidad como guerrera y mantenía alta la guardia, ni siquiera Inevera era rival para él. Finalmente consiguió cogerla de la muñeca y, con un giro, la hizo caer sobre la pila de almohadones.

—Atácame de nuevo —le dijo— y seas una dama'ting o no, te mataré.

—Esa puta pagana te ha hechizado —escupió ella.

Jardir se echó a reír.

—Quizá. O a lo mejor me ha liberado.

El damaji Ichach les miró con desprecio al abandonar el Palacio de los Espejos con sus esposas e hijos.

—Si los ojos pudieran vaciar, tendríamos que darnos por muertos —comentó Rojer.

—Cualquiera creería que es suya y no robada a un cortesano rizoniano —replicó Leesha.

—¿Quién sabe con esta gente? —se preguntó él—. A lo mejor se habría tomado esto como un honor si hubiéramos

tenido la cortesía de matarle a él y toda su familia primero.

—Eso no tiene gracia, Rojer.

—No sabía que estuviera bromeando.

Poco después, Abban salió de la mansión y se inclinó profundamente.

—Vuestro palacio os espera, señora. Mis esposas están preparando los pisos inferiores para el alojamiento de vuestros acompañantes, pero vuestras habitaciones privadas, en el piso superior, están preparadas para recibiros.

La mujer alzó la mirada hacia el gigantesco edificio. Había docenas de ventanas en el piso que había mencionado el mercader. ¿Todo ese nivel era para su uso exclusivo? Tenía fácilmente diez veces el tamaño de la cabaña que compartía con Wonda.

—¿El piso entero es para ella? —preguntó el Juglar, observando la mansión con la boca abierta.

—Vuestras habitaciones serán igual de ricas, hijo de Jessum —le informó el tullido, con una nueva inclinación—, pero la tradición dicta que una novia virgen debe habitar a solas en la planta superior con la única compañía de sus carabinas en la planta inferior, para asegurar que llevará el velo en la boda con la virtud intacta.

—Aún no he aceptado la proposición de Ahmann —señaló la muchacha.

Abban hizo una venia.

—Lo sé, pero tampoco la habéis rechazado y mi señor os tratará como haría cualquier pretendiente, hasta el momento en que toméis vuestra decisión. Las reglas de la tradición aquí son inflexibles, me temo. —Luego se inclinó para acercarse a ella y ocultó el movimiento de sus labios mesándose la barba—. Y os aviso encarecidamente, señora, de que, a menos que vuestra respuesta sea positiva, no

toméis ninguna decisión definitiva mientras permanezcáis en Don de Everam.

Leesha asintió, pues había llegado a la misma conclusión por sus propios medios.

Entraron en el palacio y vieron mujeres vestidas de negro por todas partes, arreglando y acicalando los distintos espacios. El vestíbulo principal estaba flanqueado a ambos lados por espejos que reflejaban las paredes hasta el infinito. La bella alfombra que cubría el suelo de piedra pulida era gruesa, con hilos negros en la trama, y la baranda de la amplia escalera que conducía a los pisos superiores estaba pintada en oro y marfil. Los retratos, con toda seguridad pertenecientes a los anteriores propietarios, se alineaban en las paredes, observándoles compungidos al subir los escalones. Leesha se preguntó qué habría sido de ellos cuando llegaron los krasianos.

—Si fuerais tan amable de esperar aquí con vuestro séquito, señora —dijo el mercader—, volveré pronto a escoltaros a cada uno a vuestras habitaciones.

Ella asintió y el hombre le hizo una reverencia y los dejó en un salón enorme desde cuyas ventanas podía contemplarse todo Rizón.

—Sal fuera y vigila la puerta, Gared —le ordenó Leesha cuando salió el tullido. Una vez estuvo cerrada la puerta, se volvió hacia su madre.

—¿Les dijiste que yo era virgen? —la increpó.

Elona se encogió de hombros.

—Ellos lo dieron por supuesto. Y yo les dejé que lo creyeran.

—¿Y si me caso con él y descubre que no es cierto?

Su madre soltó un bufido.

—No serías la primera novia en ir al lecho nupcial habiendo conocido varón. Y no hay hombre que rechace a

una mujer a la que desea por ese motivo. —Miró de reojo a Erny, que estudiaba sus propios zapatos con gran atención, como si leyera en ellos un texto escrito.

Ella le miró con el ceño fruncido pero sacudió la cabeza.

—No importa. No voy a ser una esposa más en un harén. ¡Cómo ha podido tener valor de traerme aquí sin decírmelo!

—¡Oh, por el amor de la Noche! —le espetó Rojer—. No tienes excusa para no saberlo. Todas las historias que hablan de Krasia comienzan con un señor y sus docenas de esposas aburridas encerradas en un harén. Y de todos modos, ¿qué más da? Siempre has dicho que no tenías intención de casarte con él.

—Nadie te ha preguntado —le replicó Elona con dureza y Leesha la miró sorprendida.

—Tú ya sabías que estaba casado, ¿no? —la acusó—. ¡Tú lo sabías y aun así has intentado venderme como si fuera ganado!

—Lo sabía, sí —respondió ella—. Y también sabía que quemaría Hoya hasta dejarla convertida en un montón de cenizas si no conseguía convertir a mi hija en su reina. ¿Tan mal he hecho?

—Tú no eres quién para decidir con quién voy a casarme.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo —la reprendió ella—, porque tan seguro como la noche que tú no lo harás.

Leesha la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que les has prometido, madre? ¿Y qué te han ofrecido a cambio?

—¿Prometido? —Elona se echó a reír—. Esto es un matrimonio. Todo lo que el novio quiere es un juguete para la cama y una buena criadora. Les prometí que serías fértil y le darías hijos. Eso fue todo.

—Me das asco. ¿Y cómo puedes saber eso?

—Les mencioné a tus seis hermanos mayores —admitió ella—, todos trágicamente muertos matando demonios. —Elona compuso una expresión de dolor.

—¡Madre! —gritó ella.

—¿Crees que seis son demasiados? Me preocupaba haberme pasado, pero Abban lo aceptó sin cuestionarlo, incluso parecía decepcionado. Quizá debería haber mencionado más.

—¡Hasta uno sería demasiado! ¿Cómo puedes mentir sobre niños muertos, es que no sientes respeto por nada?

—¿Respeto por qué? ¿Por las pobres almas de unos niños inexistentes?

La Herborista percibió cómo se le tensaban los músculos tras el ojo izquierdo y comprendió que se avecinaba un terrible dolor de cabeza. Se masajeó la sien.

—Ha sido un error venir aquí.

—Pues ya es un poco tarde para darse cuenta de eso —intervino Rojer—. Aunque nos dejasen marchar, irnos ahora sería como escupirles a la cara.

El dolor tras el ojo se agudizó en extremo y Leesha sintió náuseas.

—Wonda, tráeme mi bolsa de las hierbas. —Sería más fácil tratar con su madre después de tomar una tintura para facilitar el flujo sanguíneo y, de ese modo, controlar el dolor de cabeza.

Jardir llegó poco después de que las habitaciones inferiores estuvieran preparadas y los acompañantes de Leesha debidamente acomodados en ellas. La Herborista se preguntó si había esperado a propósito que estuviera a solas para visitarla.

Se detuvo en la entrada e hizo una reverencia, pero no entró.

—No deseo deshonraros. ¿Preferís que esté vuestra madre presente como carabina?

La mujer resopló.

—Preferiría que un abismal me sirviera de carabina. Creo que puedo manejaros si ponéis una mano en un lugar poco apropiado.

El krasiano se echó a reír y entró.

—De eso no me cabe la menor duda. Debo disculparme por lo inapropiado de vuestro acomodo. Desearía tener un palacio merecedero de vuestro poder y belleza, pero, ay, este pobre tugurio es lo único que puede ofrecer Don de Everam por el momento.

Leesha deseaba decirle que jamás había visto un palacio tan hermoso salvo el que poseía el duque Rhinebeck, pero se mordió la lengua ante el cumplido, pues era consciente de que los krasianos lo habían robado y no merecían elogios por su esplendor.

—¿Por qué no me dijisteis que ya estabais casado? —inquirió con dureza.

Él dio un respingo y ella vio reflejarse una sorpresa real en su rostro. Le hizo una profunda reverencia.

—Perdonadme, señora. Supuse que ya lo sabíais. Vuestra madre sugirió que no hablara de ello debido a que vuestra naturaleza celosa rivalizaba con vuestra belleza, lo cual sin duda, debe de ser algo terrible.

Leesha sintió de nuevo que le zumbaba la sien a la mención de su madre, aunque no pudo evitar el placer del cumplido, a pesar de resultar algo empalagoso.

—Me sentía halagada por vuestra propuesta —repuso ella—. ¡Por el Creador, si hasta lo consideré seriamente! Pero no siento ningún deseo de pertenecer a una multitud,

Ahmann. Las cosas no se hacen así en el norte. El matrimonio es la unión de dos personas, no dos docenas.

—No puedo cambiar la situación, pero os suplico que no os precipitéis en tomar una decisión. Puedo convertiros en mi Primera Esposa de las tierras del norte, con el poder para rechazar a todas las que puedan venir después. Si preferís que no tome otras esposas norteñas, así será. Pensadlo cuidadosamente. Si me dais hijos, mi gente no tendrá más remedio que aceptar a la tribu de Hoya.

La Herborista frunció el ceño, pero sabía que era mejor no rechazarle de plano. Estaban en su poder y ella lo sabía. Una vez más lamentó la precipitada decisión de viajar hasta allí.

—La noche caerá pronto —comentó Jardir, cambiando de tema al ver que ella no contestaba—. He venido para invitaros a vos y vuestros guardaespaldas a la alagai'sharak.

Ella se le quedó mirando un buen rato, mientras reflexionaba.

—La guerra contra los alagai es un terreno común de encuentro para toda nuestra gente —le explicó—. Ayudaría a que mis guerreros os aceptaran si ven que sois... hermanos en la noche.

Ella asintió.

—De acuerdo, pero mis padres se quedarán aquí.

—Por supuesto. Juro por las barbas de Everam que estarán a salvo.

—¿Hay alguna razón para temer lo contrario? —preguntó, al recordar la mirada envenenada del damaji Ichach.

Jardir hizo una venia.

—Por supuesto que no. Simplemente afirmaba lo obvio. Mis excusas.

Cuando acudieron a la alagai'sharak, Leesha quedó impresionada por las apretadas unidades de guerreros krasianos que formaron para la inspección de Jardir. Abban cojeaba junto a ella y se sintió tan agradecida como siempre por su presencia. Su comprensión del krasiano progresaba con rapidez, pero había cientos de normas culturales que tanto ella como sus acompañantes ignoraban. El mercader, al igual que Rojer, era capaz de hablar sin mover apenas los labios y sus instrucciones susurradas acerca de cuándo inclinarse y cuándo asentir, cuándo defender su opinión y cuándo claudicar, les mantenían alejados de conflictos.

Pero más allá de eso, a la Herborista le gustaba Abban. A pesar de la herida que le había colocado en el escalón más bajo de su sociedad, el khafflt se las había apañado para mantener el ánimo y el sentido del humor y había alcanzado una especie de poder.

—No pueden estar todos —murmuró el Juglar, al mirar a los Sharum reunidos, que eran en torno a unos mil—. No puedo creerme que estos hombres hayan conquistado todo un ducado. Podemos reclutar esta misma cantidad de hombres sólo en Hoya.

—No, Rojer —susurró Leesha en respuesta, sacudiendo la cabeza—. Podemos reunir carpinteros y panaderos. Y también tenemos lavanderas y costureras que pueden coger un arma si necesitan defenderse por la noche. Pero estos hombres son soldados profesionales.

El Juglar gruñó y dirigió la mirada de nuevo hacia los hombres reunidos.

—Aun así, no son demasiados.

—Tenéis razón, por supuesto —explicó el mercader, que obviamente había escuchado cada palabra de su intercambio de susurros—. Sólo estáis viendo una pequeñísima parte de los guerreros a las órdenes de mi señor. —Hizo un gesto hacia las doce unidades de hombres que esperaban en el patio, ante la puerta principal—. Estos son los luchadores de élite de cada una de las doce tribus de Krasia, elegidos como guardia de honor por sus damaji para que permanezcan en la ciudad. Tenéis ante vuestros ojos a las tropas más temibles que el mundo ha visto jamás, pero aun así no son nada comparadas con el millón de lanzas que puede reunir el Shar'Dama Ka. El resto de las tribus están dispersas por los cientos de villas de Don de Everam.

«Un millón de lanzas», pensó Leesha. Si Jardir pudiera reunir sólo a una cuarta parte de ese contingente, sería preferible que las Ciudades Libres se rindieran sin oponer resistencia y, en lo que se refería a ella, ya podía hacerse a la idea de ser el juguete sexual de Jardir. Arlen estaba convencido de que el ejército krasiano era mucho más pequeño de lo que realmente era. Leesha miró a Abban, preguntándose si estaba diciendo la verdad. Docenas de preguntas la asaltaron, pero se las guardó para sus adentros, pues al hacerlas podría revelar algo más que su propia opinión.

«No dejes que nadie sepa lo que piensas hasta que no haya necesidad», le había enseñado Bruna, una filosofía con la que parecía estar de acuerdo también la duquesa Araine.

—¿Y la gente que vivía en esas aldeas? ¿Qué ha sido de ellos?

—Siguen viviendo allí —repuso el mercader y pareció realmente ofendido—. Debéis pensar que somos monstruos para temer que andemos asesinando inocentes.

—Pues me temo que ésos son los rumores que corren por el norte.

—Bueno, pues no son ciertos. La gente conquistada paga impuestos, eso sí, y sus hombres y niños entrenan para la alagai'sharak, pero, por lo demás, sus vidas no han cambiado. Además, les hemos devuelto el orgullo de enfrentarse a la noche.

Una vez más, Leesha estudió el rostro del tullido intentando averiguar dónde la exageración se transformaba en mentira, pero no halló nada. Hacer levas de hombres y niños para la guerra era un horror, pero al menos podría decir a las angustiadas refugiadas de Hoya que sus maridos, hermanos e hijos capturados aún estaban vivos.

Leesha y los demás percibieron un rumor entre las filas de los guerreros, pero los líderes cubiertos por velos blancos ladraron unas órdenes y los Sharum se callaron y permanecieron en formación para la inspección. Al frente de los guerreros había dos hombres, uno con un turbante blanco sobre las ropas negras y el otro vestido con el inmaculado ropaje propio de un dama.

—Jayan, el primer hijo de mi señor —indicó Abban—, y, el hermano que le sigue, Asome. —Y señaló al clérigo.

Jardir avanzó ante sus hombres y el poder que irradiaba era palpable. Los guerreros le miraban sobrecogidos e incluso los ojos de sus hijos mostraban el mismo ardor fanático. A Leesha le sorprendió comprender la mayor parte de lo que dijo tras apenas dos semanas de aprendizaje.

—¡Sharum de Lanza del Desierto! —gritó Jardir—. Esta noche debemos sentirnos honrados, ya que se nos unirán

en la alagai'sharak los Sharum de la tribu del norte, Hoya, nuestros hermanos en la noche. —Hizo un gesto hacia el grupo de la Herborista y un murmullo asombrado recorrió las filas de los guerreros.

—¿Han venido a luchar? —exigió Jayan.

—Padre, el Evejah afirma con claridad que a las mujeres les está prohibida la sharak —protestó Asome.

—El Evejah fue escrito por el Liberador —replicó Jardir —. Y ahora el Liberador soy yo, y diré cómo hay que luchar la sharak.

Jayan sacudió la cabeza.

—No lucharé al lado de una mujer.

El líder krasiano atacó como un león, con tanta rapidez que su mano se convirtió en un borrón cuando se lanzó hacia su hijo para agarrarlo de la garganta. Jayan jadeó y empujó el brazo de su padre para desasirse, pero su mano parecía de hierro y no pudo apartarla. Luego Jardir extendió el brazo en toda su longitud y los pies del joven abandonaron el suelo hasta que los dedos apenas rozaron el polvo.

Leesha gritó horrorizada e intentó acudir a su lado, pero Ab— ban bloqueó su avance con la muleta, con una fuerza sorprendente.

—No seáis necia —susurró el tullido con aspereza. Algo en la urgencia de su voz la alertó y retrocedió, mientras observaba impotente cómo Jardir ahogaba a su hijo. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando arrojó al chico al suelo, jadeando y debatiéndose, pero aún vivo.

—¿Qué clase de animal ataca a su propio hijo? —preguntó ella, horrorizada.

El mercader abrió la boca para replicar, pero Gared intervino de improviso.

—No ha tenido alternativa. Nadie lucharía durante la noche detrás de un padre que ni siquiera es capaz de mantener a raya a sus hijos.

—No necesito que el fanfarrón del pueblo me dé lecciones —le cortó la chica.

—No, lleva razón —saltó Wonda, para asombro de la Herborista—. No entiendo lo que han dicho, pero mi padre me hubiera aplastado la nariz si hubiera usado ese tono con él. Creo que ha hecho bien en darle una lección.

—Al parecer, nuestras costumbres no son tan distintas como parecen a primera vista, señora —indicó Abban.

La alagai'sharak consistía en un barrido nocturno alrededor del perímetro de la ciudad. Los Sharum salieron por la puerta norte y se desplegaron, hombro con hombro y escudo con escudo, seis tribus hacia el este y otras seis hacia el oeste, matando a todos los alagai que encontraron en su camino hasta que volvieron a encontrarse en la puerta sur. Para evitar más conflictos, Jardir envió a Jayan y a Asome hacia el este y se llevó consigo a Leesha y a sus acompañantes en la dirección contraria. Abban permaneció tras las puertas.

Nadie de la tribu de Hoya portaba escudo, así que Jardir los puso detrás de la línea, y escoltó personalmente a la Herborista junto a Hasik y un puñado de las Lanzas del Liberador. Los demonios acudían con rapidez tras el paso de los dal'Sharum para alimentarse de los cadáveres de los abismales que habían caído y no dudaron en atacar también al pequeño grupo.

Al principio los krasianos se habían afanado en protegerlos pero, como Jardir había esperado, pronto los

norteños les dejaron claro que no era necesario. El violín de Rojer engañaba a los demonios y los conducía a las trampas preparadas o los hacía lanzarse unos contra otros. Leesha dispersaba a los alagai como el viento a la arena arrojándoles su fuego mágico. Gared y Wonda se internaban en las manadas de demonios con total impunidad, pues el gigantesco Leñador los hacía pedazos con el hacha y el machete, y el arco de Wonda zumbaba como las cuerdas del violín del Juglar al matar a cuanto demonio se le ponía por delante tan pronto como los veía desde lejos. Incluso derribó a algunos del cielo antes de que pudieran abatirse sobre el muro de escudos.

Wonda estaba bastante lejos de los demás cuando se le acabaron las flechas. Un demonio del fuego siseó y la atacó, y un guerrero perteneciente a las Lanzas del Liberador dio un grito y se apresuró a defenderla.

Pero el soldado no tendría por qué haberse molestado, ya que Wonda se echó el arco al hombro y cogió al demonio por los cuernos. Después eludió el escupitajo de fuego que le lanzó con un giro y lo derribó con un elegante volteo sharusahk. Finalmente enarboló un cuchillo protegido y le abrió el gaznate.

Wonda alzó la mirada y el ansia de derramar icor demoníaco que asomaba a sus ojos igualaba a la de cualquiera de los Sharum que Jardir había conocido a lo largo de su vida. La muchacha sonrió al guerrero estupefacto que un momento antes se había apresurado a rescatarla, pero luego sus ojos se abrieron de par en par y señaló al cielo.

—¡Cuidado! —gritó, pero era demasiado tarde; un demonio del viento se precipitó desde el cielo, clavó las garras en la armadura del guerrero y la desgarró con sus letales extremidades.

Todo el mundo reaccionó a la vez. En la mano de Rojer apareció un cuchillo protegido que voló a encontrarse con el demonio al igual que otra hoja que lanzó Wonda y tres lanzas más que lo hicieron caer antes de que pudiera alzar el vuelo de nuevo. Leesha se recogió las faldas y corrió hacia el guerrero caído. El alagai aún se debatía a apenas unos centímetros de distancia cuando ella se arrodilló a su lado. Jardir se apresuró a unírsele mientras Gared y los demás guerreros acababan con el demonio y vigilaban la aparición de otros.

El guerrero, cuyo nombre era Restavi, había servido lealmente a Jardir durante años. Su armadura estaba empapada de sangre. Luchó salvajemente para que Leesha no pudiera examinar su herida.

—Sujetadle —ordenó ella y su tono no sonó diferente del de cualquier dama'ting, acostumbrada a que se le obedeciera—. No puedo trabajar si no deja de moverse.

Jardir accedió y sujetó a Restavi con firmeza por los hombros. El guerrero buscó los ojos de su señor con los suyos, dilatados y enloquecidos.

—¡Estoy preparado, Liberador! —gritó—. ¡Bendecidme y enviadme hacia el camino solitario!

—¿Qué dice? —preguntó la mujer mientras cortaba las gruesas ropas y las apartaba junto con las destrozadas placas de cerámica que contenían. Soltó un juramento al ver el tamaño de la herida abierta.

—Me dice que su alma está preparada para ir al Cielo. Y me pide que le bendiga con una muerte rápida.

—No haréis tal cosa —repuso ella con dureza—. Decidle que puede que su alma esté preparada, pero no su cuerpo.

«Cuanto se parece al Par'chin», pensó Jardir y se sorprendió a sí mismo echando de menos a su amigo. Era obvio que Restavi se moría, pero la sanadora norteña

rehusaba dejarle marchar sin luchar. Debía de haber alguna clase de honor en ello y Jardir sabía bien lo ofendida que se sentiría Leesha si él ignoraba sus deseos y mataba al hombre, incluso aunque él mismo lo hubiera pedido.

Jardir tomó el rostro del hombre entre sus manos y le miró fijamente a los ojos.

—¡Tú eres una Lanza del Liberador! Caminarás por el camino solitario cuando yo te lo ordene, y no antes. ¡Así que acepta tu dolor y aguanta!

Restavi se estremeció pero asintió; luego inhaló profundamente y se relajó. Leesha miró al hombre sorprendida. Después empujó a Jardir hacia un lado y volvió al trabajo.

—Que la muralla de escudos continúe su camino —le dijo a Hasik—. Yo esperaré con la señora mientras atiende a Restavi.

—¿Para qué? —preguntó Hasik—. Aunque sobreviva jamás podrá volver a empuñar la lanza.

—Lo sé tan bien como tú —repuso él—. Pero esto es inevera. No interferiré en los actos de mi prometida más de lo que lo haría en el caso de una dama'ting.

Las Lanzas del Liberador se mantuvieron apartados, formando un círculo que dejó a Leesha y al herido en el centro, aunque no había necesidad. Rojer había tejido un escudo de sonidos a su alrededor y ningún alagai osó acercarse.

—Ya podemos trasladarle —les comunicó ella al final—. He detenido la hemorragia, pero necesitará más cirugía, y para ello necesito una mesa apropiada y más luz.

—¿Vivirá para luchar otro día más? —inquirió Jardir.

—Está vivo, ¿no es eso suficiente por ahora?

Jardir frunció el ceño y eligió sus palabras cuidadosamente.

—Si no puede luchar, él mismo se quitará la vida más adelante.

—¿O se convertirá en khaffit? —preguntó ella con expresión fiera.

Jardir sacudió la cabeza.

—Restavi ha matado cientos de alagai. Tiene un lugar asegurado en el Cielo.

—Entonces, ¿por qué desearía suicidarse? —exigió saber ella.

—Es un Sharum —repuso él—. Debe morir bajo las garras de un alagai, y no viejo y marchito en la cama, siendo una carga para su familia y para su tribu. Ese es el motivo por el cual las dama'ting no cuidan de los heridos hasta que llega el amanecer.

—Entonces, ¿todos los heridos de gravedad deben morir? —Jardir asintió—. Eso es inhumano.

El se encogió de hombros.

—Son nuestras costumbres.

La Herborista le miró y luego sacudió la cabeza.

—Ahí tenéis la diferencia entre nosotros. Vuestra gente vive para luchar y la mía lucha para vivir. ¿Qué haréis cuando ganéis la Sharak Ka y no quede nada por lo que luchar?

—Entonces Ala y el Cielo serán uno y viviremos en el paraíso.

—¿Por qué no habéis matado a este hombre cuando os lo ha pedido?

—Porque me pedisteis que no lo hiciera. Ya cometí ese error una vez, al ignorar la súplica de uno de los vuestros y casi me cuesta su amistad.

La mujer inclinó la cabeza con curiosidad.

—¿Ese al que Abban llama el Par'chin?

Los ojos del krasiano se entrecerraron.

—¿Qué os ha contado el khaffit de él?

Leesha le enfrentó con una mirada severa.

—Nada, salvo que eran amigos y que yo le recuerdo a él. ¿Por qué?

El repentino estallido de ira que sintió hacia Abban se desvaneció con rapidez y le dejó vacío y triste.

—El Par'chin también era mi amigo —dijo al final— y vos sois igual a él en muchos sentidos, pero diferente en otros. El Par'chin tenía el corazón de un Sharum.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que luchaba para que vivieran los demás, como vos hacéis, pero en cuanto a él mismo, vivía para la lucha. Estando herido y sin ninguna esperanza, plantó los pies en el suelo y luchó hasta el último aliento.

—¿Está muerto? —preguntó Leesha, sorprendida.

Jardir asintió.

—Hace ya muchos años.

Leesha trabajó denodadamente por la noche en la sala de cirugía de un antiguo hospital rizoniano, en el intento de curar al dal'Sharum herido. Tenía los brazos cubiertos de sangre y le dolía la espalda de inclinarse sobre la mesa, pero Restavi viviría y probablemente incluso se recuperaría por completo.

Las dama'ting que habían ocupado el edificio cuchicheaban entre ellas mientras Leesha trabajaba y la observaban entre maravilladas y horrorizadas. La mujer percibió la cólera ante su intrusión, especialmente por ser durante la noche y su resentimiento ante las órdenes que les espetó, pero el traductor era el mismísimo Jardir y ninguna de las mujeres vestidas de blanco osó negarse a las

órdenes del Shar'Dama Ka. Wonda y Gared se habían visto obligados a permanecer fuera, al igual que Rojer y los guardaespaldas de Jardir.

Las dama'ting, que actuaban como si fueran prisioneras en su propia casa, respiraron aliviadas cuando Inevera entró como un ciclón en la sala de cirugía. Su rostro estaba lívido de ira cuando se dirigió directamente hacia la Herborista hasta quedarse ante ella nariz con nariz.

—¿Cómo te atreves? —rugió en perfecto thesano, aunque con un marcado acento. El perfume la rodeaba como una nube y su ropa de prostituta le recordó a Leesha a su madre.

—¿Cómo me atrevo a qué? —repuso con tono desafiante, sin retroceder un centímetro—. ¿A salvar la vida de un hombre que habríais dejado desangrarse hasta el amanecer?

La única respuesta de Inevera consistió en una fuerte bofetada y sus uñas arañaron el rostro de Leesha. La Herborista cayó hacia un lado con la mejilla ensangrentada, pero antes de que pudiera recuperarse, la krasiana desenvainó un cuchillo curvado y se fue hacia ella de nuevo.

—No eres digna de estar en presencia de mi marido y mucho menos de compartir su cama —le escupió.

La mano de Leesha desapareció en uno de los muchos bolsillos de su delantal y cuando Inevera se acercó, la Herborista sacudió los dedos en dirección a su rostro, despidiendo un polvo cegador en una pequeña nube.

La sacerdotisa chilló y se encogió, tapándose el rostro, mientras la Herborista se ponía en pie. Inevera se arrojó una jarra de agua sobre la cara y luego volvió la mirada hacia Leesha. El maquillaje le corría por las mejillas formando horrorosos arroyuelos y sus ojos enrojecidos, llenos de odio, prometían la misma muerte.

—¡Es suficiente! —gritó Jardir, interponiéndose entre las dos mujeres—. ¡Os prohíbo que peleéis!

—¿Tú me lo prohibes? —le increpó la Damajah, incrédula. Leesha sintió lo mismo pues no creía que Jardir pudiera prohibirle hacer algo más de lo que podía hacerlo Arlen, pero el krasiano parecía concentrado sólo en su esposa. Jardir alzó la Lanza de Kaji para que todos la vieran.

—Sí. ¿Pretendes desobedecerme?

En ese momento, cayó un denso silencio sobre la habitación y las otras dama'ting se miraron unas a otras, confundidas. La Damajah podría ser su líder, pero Jardir era la voz de su dios. La Herborista imaginaba lo que podría ocurrir si la mujer seguía resistiéndose.

Al parecer, Inevera también se dio cuenta y se desinfló. Giró sobre sus talones y salió del hospital como un torbellino tras hacer un gesto con los dedos hacia las otras dama'ting para que la siguieran.

—Pagaré por esto —murmuró Jardir para sus adentros en krasiano, pero Leesha entendió lo que decía. Durante un momento, sus hombros se abatieron y no se pareció al líder infalible e invencible de Krasia, sino a su propio padre tras una pelea con Elona. Leesha casi podía verle imaginar las miles de formas en las cuales Inevera podía destrozarle la vida y sintió compasión por él.

Pero el grito de una mujer interrumpió el silencio y el hombre cansado se desvaneció al instante, reemplazado de nuevo por el líder más poderoso del mundo.

11

Una pizca de hoja negra
Verano del 333 d.R.

El gigante de las tierras verdes rugía como un león cuando Jardir salió disparado del santuario de las dama'ting seguido de cerca por Leesha. Amkaji y Coliv le habían atado las muñecas y tres dal'Sharum tiraban de las cuerdas de cada brazo, como si fuera un semental encabritado. Un guerrero se colgaba con tenacidad de la enorme espalda con los brazos cruzados sobre la garganta intentando asfixiarle, pero si Gared lo había notado, no daba señal de ello. Los pies del guerrero batían el aire lejos del suelo, e incluso aquellos que tiraban de las cuerdas tenían problemas para mantener sujeto al Leñador.

Rojer estaba indefenso, pues un dal'Sharum lo sujetaba con una sola mano, casi con despreocupación, contra la pared mientras observaba cómo sudaba con una sonrisa divertida en la boca.

—¿Qué pasa aquí? —exigió Jardir—. ¿Dónde está la mujer?

Antes de que ninguno de los Sharum pudiera contestar, se oyó otro grito que procedía de un callejón entre los edificios.

—¡El guerrero que toque a uno de los norteños antes de que yo regrese perderá las manos con las que los ofenda! —gritó mientras corría hacia el lugar pasando junto a los otros a una velocidad cegadora.

Wonda estaba en el callejón, sujeta por detrás por un guerrero que aullaba. Todo parecía indicar que la mujer le había mordido el brazo. Otro yacía en el suelo sujetándose la entrepierna y el tercero, Jurim, estaba apoyado contra la pared, mirando horrorizado su brazo torcido en un ángulo imposible.

—¡Suéltala! —rugió Jardir y todo el mundo se volvió para mirarle. La chica quedó en libertad de forma inmediata y clavó el codo en el estómago del guerrero que tenía a su espalda. La arquera buscó el cuchillo que llevaba en el cinto mientras el hombre permanecía doblado sobre sí mismo.

Jardir la apuntó con la lanza.

—No lo hagas —le advirtió y en ese momento llegó Leesha, que soltó una exclamación de horror ante la escena. Después corrió hacia Wonda.

—¿Qué ha pasado?

—¡Estos hijos del Abismo han intentado violarme! —repuso ella.

—La puta norteña miente, Liberador —escupió Jurim—. ¡Nos atacó y me rompió el brazo! ¡Exijo su vida!

—¿Esperas que creamos que Wonda os trajo hasta aquí y os atacó? —demandó Leesha.

El líder krasiano los ignoró a ambos. Era obvio lo que había sucedido. Había esperado que la destreza de Wonda

en el campo de batalla hubiera impresionado a los guerreros lo suficiente como para disuadirlos de ese tipo de comportamiento, pero, por lo que parecía, Jurim y los otros habían sentido la necesidad de recordarle que lejos de la batalla seguía siendo una mujer, soltera además. Según la ley del Evejah, ella no tenía derecho a rechazar a un Sharum o a atacar a un hombre por la razón que fuera. Jurim y los demás no habían cometido ningún crimen y estaban en su derecho al exigir la vida de la chica.

Pero Jardir sabía que los norteños no lo verían de esa manera y necesitaba a sus guerreros, tanto hombres como mujeres, para la Sharak Ka. Echó una ojeada al rostro de Leesha y comprendió, también, que no todas sus razones eran desinteresadas. Tenía que enseñar a los Sharum a controlarse. Una lección lamentable como la que había impartido a Hasik hacía ahora tantos años.

Jardir les señaló a los hombres la pared y todos se alinearon allí con las espaldas erguidas, ignorando las heridas que les había infligido la chica. Fuera cual fuera su sexo, había dejado claro que había nacido para ser guerrera.

Jardir percibió cómo la Herborista tomaba aire a su espalda pero alzó una mano antes de que ella pudiera hablar, mientras caminaba delante de sus hombres.

—Soy el pretendiente de la señora Leesha —dijo con calma—. Un insulto a uno de los criados de la señora es un insulto hacia ella. Y un insulto hacia ella, es un insulto hacia mí. —Miró a Jurim a los ojos, tocándole ligeramente el pecho con la punta de la Lanza de Kaji—. ¿Me has insultado, Jurim? —le preguntó con suavidad.

Los ojos del guerrero casi se le salieron de las órbitas. Miró frenéticamente a la muchacha y luego volvió la vista a su señor. Se retorció bajo la punta de la lanza, aunque su

toque era ligero como una pluma, y comenzó a temblar. Sabía que su vida dependería de la respuesta, pero mentir al Liberador le costaría su lugar en el Cielo.

Jurim se vino abajo; cayó de rodillas y sollozó. Apretó la frente contra el polvo del suelo y gimió. Después se abrazó a los pies de Jardir.

—¡Perdonadme, Shar'Dama Ka!

Jardir le dio una patada, luego dio un paso hacia atrás y miró a los guerreros que había a los lados de Jurim. De forma inmediata, ellos también cayeron de rodillas y pusieron las frentes en el suelo, entre gemidos.

—¡Silencio! —gritó y los hombres se callaron al instante. Jardir señaló a Wonda—. Esa mujer ha matado esta noche más alagai que vosotros tres juntos, de modo que su honor vale vuestras tres vidas.

Los hombres se encogieron de miedo, pero no osaron hablar en su defensa.

—Id al templo a orar esta noche y mañana —les informó —. Cogeréis luego vuestras lanzas y saldréis a la noche, desnudos, sin escudo y vestidos sólo con los bidos negros. Cuando caigáis, vuestros huesos irán al Sharik Hora.

Los hombres se estremecieron, sollozaron de alivio y besaron los pies de Jardir, pues con aquellas palabras les había prometido lo único que un Sharum temía perder: la muerte propia de un guerrero y la entrada al paraíso del Cielo.

—Gracias, Liberador —exclamaban una y otra vez.

—¡Iros! —ordenó y salieron corriendo de manera inmediata.

Jardir miró de nuevo a Leesha, cuyo rostro tenía la misma apariencia temible de una tormenta de arena.

—¿Les has dejado ir como si nada? —le increpó. Jardir comprendió que toda la conversación había sido en

krasiano y que ella apenas había entendido nada de lo que se había dicho.

—Claro que no —repuso él, de nuevo en thesano—. Serán enviados a la muerte.

—¡Pero os han dado las gracias!

—Sí, por no haberles castrado y arrancado el uniforme negro —replicó Jardir.

Wonda escupió en el suelo.

—Les está bien merecido a esos hijos del Abismo.

—¡No, ni mucho menos! —exclamó Leesha. Jardir vio con claridad lo enfadada que estaba, pero no tenía idea de por qué. ¿Debería haberlos matado personalmente, ante su vista? Los norteños tenían reglas distintas relativas a sus mujeres y no tenía ni idea de cómo manejar ese tipo de asuntos.

—¿Qué otra cosa deseáis? —le preguntó—. No han llegado a violar a la chica, ni siquiera la han herido —asintió de manera respetuosa en dirección a Wonda—, así que no debería haber compensación por la pérdida de su virginidad.

—De todas formas, no soy virgen —intervino la aludida y la Herborista le dirigió una mirada de advertencia, pero sólo consiguió que la arquera se encogiera de hombros.

—Entonces, ¿por qué es necesario que paguen con sus vidas?

Jardir la miró con curiosidad.

—Morirán con honor. Mañana se enfrentarán a la noche desnudos y con la única protección de sus lanzas.

Los ojos de Leesha casi se le salieron de las órbitas.

—¡Pero eso es de bárbaros!

Entonces fue cuando Jardir lo comprendió. El tabú norteño era contra la muerte. Se inclinó en gesto de respeto.

—Había pensado que el castigo os satisfaría, señora. También podría castigarles con latigazos, si lo preferís.

Leesha miró a Wonda que se volvió a encoger de hombros y luego se volvió hacia Jardir.

—Muy bien. Pero exijo estar presente como testigo y cuidar las heridas de los hombres cuando el castigo haya finalizado.

A Jardir le sorprendió la petición, pero lo ocultó bien inclinándose profundamente. Las costumbres de las gentes de las tierras verdes eran fascinantes.

—Por supuesto, señora. Será mañana al anochecer, para que todos los Sharum lo vean y lo recuerden. Yo mismo les administraré los latigazos.

La Herborista asintió.

—Gracias. Eso será suficiente.

—Por esta vez —rugió Wonda, y Jardir sonrió al ver la fiereza de sus ojos. Habían sido necesarias tres Lanzas del Liberador sólo para sujetarla y ¡ninguno de ellos había sido capaz de completar la hazaña! Con algo más de entrenamiento, incluso los kai'Sharum caerían ante ella. Mientras observaba a la guerrera tomó una decisión, una que sabía que dividiría a su ejército, pero Everam le había escogido para liderar la Sharak Ka y él lo haría como le pareciera más adecuado.

Le dedicó a la mujer la misma reverencia que hubiera destinado a un guerrero.

—No habrá otra ocasión, Wonda vah Flinn am'Hoya. En esto tenéis mi palabra.

—Gracias —añadió Leesha y puso una mano sobre su brazo. El contacto hizo que el espíritu de Jardir se elevase.

Rojer escuchó un fuerte golpeteo en la puerta.

—¿Quién es? —gritó, despierto de golpe. Miró alrededor. La habitación estaba a oscuras, pero por los bordes de las cortinas de terciopelo se filtraba la luz.

La cama era una maravilla como Rojer no había visto desde sus tiempos en el burdel del duque Rhinebeck. El colchón y las almohadas estaban rellenos de plumas de ganso y las sábanas tenían un tacto suave bajo el edredón de plumón. Era como dormir sobre una cálida nube. Como no volvió a oír nada más, no pudo resistir su atracción y hundió la cabeza de nuevo en el dulce abrazo de la almohada.

La puerta se abrió y Rojer entreabrió un ojo cuando entró una de las esposas de Abban, o a lo mejor una de sus hijas, pues jamás las distinguía unas de otras. Como todas, vestía con aquellas am-plias ropas negras que escondían todo salvo los ojos, que mantenían bajos en su presencia.

—Tenéis un visitante, hijo de Jessum —le anunció.

Se acercó a las pesadas cortinas de terciopelo y tiró de ellas. Rojer gimió y se tapó los ojos con la mano cuando la luz se derramó a través de las ventanas del dormitorio ricamente decorado. Leesha tenía un piso entero de aquella gigantesca mansión, pero Rojer disfrutaba de un ala entera del segundo piso con más habitaciones de las que sus padres tenían en toda la posada de Pontón. Elona se había puesto furiosa al enterarse de la generosidad con la que le habían agasajado los krasianos, pues ella sólo había obtenido un dormitorio con un salón de estar, y se quejó a pesar de lo lujosos que eran.

—¿Qué hora es? —preguntó Rojer. Tenía la sensación de no haber dormido más de una hora o dos.

—Acaba de amanecer.

El Juglar gimió de nuevo. No había dormido ni una hora.

—Dile a quien sea que venga más tarde —le dijo, dejándose caer de nuevo sobre el colchón.

La mujer se inclinó profundamente.

—No puedo, señor. Vuestra visitante es la Damajah. Debéis verla enseguida.

Rojer se incorporó de un salto y olvidó todos sus deseos de dormir.

Todo el palacio rebullía de actividad en el momento en que Rojer estuvo presentable y pudo abandonar sus habitaciones. La caja de maquillaje de Juglar que llevaba consigo había hecho desaparecer los círculos oscuros de debajo de sus ojos y el brillante pelo rojo estaba bien peinado y atado en una coleta. Llevaba su mejor traje de juglar.

«La Damajah —pensó—, ¿qué Abismos querrá de mí?»

Gared le aguardaba en el vestíbulo y ocupó su lugar a su espalda. Rojer no podía negar que se sentía mucho más seguro sabiendo que el gran Leñador le seguía, y cuando llegó a las escaleras, Leesha y Wonda descendían seguidas de Erny y Elona.

—¿Qué querrá? —preguntó la Herborista. No había dormido más que él pero lo aparentaba menos, incluso sin usar maquillaje.

—Puedes mirar en mis bolsillos —comentó él—. Tampoco encontrarás allí la respuesta.

Todos le siguieron escaleras abajo, haciéndole sentir como si les condujera al borde de un precipicio. Él era un artista y estaba acostumbrado a ser el centro de atención, pero aquello era distinto. Se llevó una mano al pecho y

acarició el medallón que llevaba bajo la camisa. Su tacto le consoló mientras seguía las indicaciones de las mujeres de Abban hasta llegar al vestíbulo principal.

Como ya le había sucedido antes, Rojer se ruborizó ante la presencia de la Damajah. Se había acostado con docenas de aldeanas y más de una culta cortesana angiersina, todas ellas atractivas, algunas guapas y unas cuantas, incluso hermosas. Aunque Leesha las sobrepasaba a todas en belleza, parecía no darse cuenta de ello y no hacía nada para obtener ventaja de su hermosura.

Pero la Damajah sí que lo hacía. La curva perfecta de su barbilla y la forma elegante de la nariz se dejaban ver tras el velo transparente. También quedaban expuestos a la vista los grandes ojos de aspecto exótico con sus largas pestañas acariciantes y los rizos negros aceitados que se derramaban por sus hombros. Las ropas diáfanas que solía llevar cubrían todo y nada a la vez, dejando adivinar la suavidad de sus brazos y la redondez de los muslos, la perfecta curva de sus senos, las oscuras areolas y el sexo depilado. El aire que la envolvía olía a un dulce perfume.

Pero además, cada gesto, cada postura, cada expresión conseguían que todo lo anterior fuera una armonía que deleitaba a cualquier hombre que se encontrara en su presencia. La Damajah era capaz de hacerles a los hombres con su cuerpo lo que Rojer le hacía a los demonios con su violín. Sintió cómo se endurecía y agradeció sus amplias prendas juglarescas.

Inevera los esperaba en el vestíbulo con dos chicas a su espalda cubiertas con la ropa a la moda krasiana que la Damajah desdeñaba para ella misma, aunque estaban hechas de fina seda. Una de ellas vestía el blanco de las dama'ting y la otra iba de negro. De la parte trasera de los pañuelos que llevaban anudados a la cabeza, sobresalían

unas largas trenzas oscuras, atadas con cintas doradas y que les llegaban más abajo de la cintura. Sus ojos le examinaban a través de los velos.

—Rojer asu Jessum am'Pontón —recitó Inevera con aquella voz exótica que le hacía estremecerse de placer. Intentó recordarse a sí mismo que era su enemiga, pero le pareció una cuestión sin importancia—. Me honra encontrarme con vos —continuó ella, inclinándose tan profundamente que Rojer temió que se le salieran los pechos de la ropa. Se preguntó si a ella le importaría que sucediera eso. Las muchachas que la seguían hicieron una reverencia aún más profunda.

El Juglar les dedicó su mejor reverencia en respuesta.

—Damajah —dijo con sencillez, pues no sabía cuál era la forma apropiada de dirigirse a ella—. El honor es mío, pues alguien tan insignificante como yo no merece que vengáis a verle.

—No la adules tanto, Rojer —mascculló Leesha entre dientes.

—Mi esposo me ha pedido que venga, pues me ha dicho que habéis aceptado su oferta de que os encuentre esposas apropiadas para que vuestra magia pase a la siguiente generación.

—¿Eso he hecho? —preguntó el Juglar. Recordaba la conversación que habían tenido en Hoya del Liberador, pero pensó que había sido una broma. No podían haber creído...

—Por supuesto, mi esposo os ofrece a su hija mayor, Amanvah, para que sea vuestra Jiwah Ka. —La chica con las ropas de dama'ting dio un paso adelante y se arrodilló sobre la gruesa alfombra para posar luego la frente sobre ella. El movimiento hizo que las ropas se tensaran en torno a su cuerpo y se insinuara la figura femenina que había

debajo de ellas. Rojer hizo un esfuerzo por apartar los ojos antes de que le sorprendieran admirándola y volvió a mirar a la Damajah como lo haría un conejo aterrorizado.

—Debe de haber alguna clase de... —«error», hubiera querido añadir, pero la palabra se le atascó en la garganta cuando Inevera hizo avanzar a la otra chica.

—Ésta es Sikvah, la criada de Amanvah —añadió cuando la muchacha se postró junto a su ama—. Es la hija de Hanya, la hermana del Shar'Dama Ka.

—¿Su hija y su sobrina? —inquirió él con la voz llena de sorpresa.

La sacerdotisa hizo una reverencia.

—Mi marido me ha hecho saber que Everam habla a través de vos. No os honraría con nada inferior a su propia sangre. Sikvah sería una apropiada segunda esposa, si lo deseáis. Después, Amanvah puede buscaros a otras futuras esposas según vuestro gusto.

—Por el Creador, ¿cuántas mujeres necesita un hombre? —exclamó Leesha.

«¿Está celosa? —pensó Rojer irritado—. Muy bien. Prueba un poco de tu propia medicina por una vez.»

Inevera miró a la Herborista con desdén.

—Si él lo merece y ellas son adecuadas para él, un hombre debe tener tantas como pueda mantener y embarazar. Pero algunas —la miró con aire despectivo— no son adecuadas.

—¿Quién es la madre de Amanvah? —preguntó Elona antes de que su hija pudiera responder.

La sacerdotisa dirigió la mirada en su dirección y elevó una ceja. Elona extendió sus faldas y se sumió en una suave y respetuosa reverencia que parecía ir totalmente en contra de la mujer que Rojer conocía.

—Soy Elona Paper de Hoya del Liberador, la madre de Leesha.

Los ojos de Inevera se abrieron ante el anuncio, pero sonrió y se acercó a la mujer para abrazarla.

—Por supuesto, me siento honrada de conoceros. Tenemos muchos asuntos que discutir, pero los dejaremos para otra ocasión. Entiendo que la madre del hijo de Jessum está con Everam. ¿Responderéis vos por él en este asunto?

—Por supuesto —dijo Elona con un asentimiento y la Herborista le dirigió una mirada envenenada.

—¿Responder por mí? —preguntó Rojer.

Inevera sonrió con coqueta timidez.

—Es sólo para asegurarnos de que os comportéis correctamente cuando levanten sus velos y para verificar su virginidad. —Él sintió que se ruborizaba de nuevo y tragó intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Yo... —comenzó, pero la mujer le ignoró.

—Yo soy la madre de Amanvah —informó a Elona—. ¿Cuenta eso con vuestra aprobación?

—Sin duda —repuso ella con seriedad, como si no hubiera otra respuesta que una persona en su sano juicio pudiera dar.

La sacerdotisa asintió y se volvió hacia los demás.

—¿Nos excusáis, por favor?

Todo el mundo se quedó inmóvil durante un momento, pero luego Elona batió palmas y los sobresaltó a todos.

—Ya la habéis escuchado, ¡largo! Tú no, Rojer —le dijo al Juglar tomándolo del brazo cuando se volvió para marcharse junto con los demás.

La única que permaneció fue Leesha.

—No tenéis nada que hacer aquí, hija de Erny —le espetó Inevera—. No sois familia del novio ni de las novias.

—Oh, claro que lo soy, Damajah —le aclaró ella—. Si mi madre representa a Rojer, entonces, yo, como hija suya, debo ocupar el lugar de su hermana. —Leesha sonrió y se inclinó para acercarse a la sacerdotisa—. El Evejah es bastante claro en ese asunto —le susurró con suficiencia.

La Damajah frunció el ceño y abrió la boca para responder, pero Rojer se lo impidió.

—Quiero que se quede. —Las palabras terminaron en un gallo cuando Inevera se volvió hacia él, pero una amplia sonrisa se extendió por el rostro de la mujer y se inclinó.

—Como deseéis.

—Cierra las puertas, Leesha —le ordenó su madre—. No quiero que Gared se deje caer por aquí con la excusa de que ha olvidado el hacha. —La sacerdotisa se echó a reír y la visión de su diversión compartida asustó al Juglar más que ninguna otra cosa. Elona parecía saber mucho mejor que él lo que estaba sucediendo.

Leesha también parecía preocupada, pero Rojer no sabía si era por las risas de su madre e Inevera o por el modo despreocupado con el cual Elona le daba órdenes. La Herborista se volvió y se dirigió hacia las grandes puertas doradas, que atrancó como un sonido que sobresaltó al Juglar. Se sentía más como si le estuvieran encerrando a él, que manteniendo a Gared fuera.

Inevera chasqueó los dedos y las chicas se irguieron, aunque continuaron arrodilladas.

—Amanvah es dama'ting —explicó, poniendo una mano sobre su hombro—. Es sanadora, comadrona y elegida de Everam. Es joven, pero ha realizado ya sus dados y pasado todas las pruebas. —Después miró a Leesha y sonrió—. Quizá ella pueda curaros esos cortes de la cara —le dijo, señalando las líneas rojas en la mejilla donde ella le había arañado.

La Herborista sonrió en respuesta.

—Parece que pestañeáis mucho, Damajah. ¿Os escuecen los ojos? Puedo prepararos un enjuague, si lo deseáis.

Rojer miró a Inevera, esperando de ella una respuesta envenenada, pero la sacerdotisa simplemente sonrió y continuó.

—Yo misma le he dado a mi esposo ocho hijos y tres hijas. Las mujeres de mi familia poseen la misma fertilidad y los huesos dicen que Amanvah será capaz de tener muchos hijos.

—¿Qué huesos? —preguntó Leesha.

La sacerdotisa frunció el ceño al responderle.

—Eso no os concierne, chin —le espetó. Pero en un instante, la sonrisa había regresado a su rostro—. Lo que realmente importa es que Amanvah os dará vástagos, hijo de Jessum. La madre de Sikvah era muy fértil. Ella también será una buena criadora.

—Sí, pero ¿saben cantar? —inquirió Rojer, esperando de ese modo aliviar la incomodidad que sentía. Era el punto álgido del chiste subido de tono favorito de Arrick, cuya gracia radicaba en un hombre que jamás se sentía satisfecho no importaba la cantidad de mujeres que se llevara al lecho.

Pero la sacerdotisa sonrió y asintió.

—Por supuesto —dijo. Acto seguido, chasqueó los dedos y ladró una orden en krasiano a las chicas.

Amanvah se aclaró la garganta y comenzó a cantar con una voz rica y pura. El Juglar no entendía las palabras y jamás se le había dado bien el canto, pero después de pasar años tocando para Arrick, el mejor cantante de su época, sabía bien cómo juzgar lo que oía.

La voz de Amanvah hubiera avergonzado a su maestro. El sonido lo elevó como si fuera un vendaval, levantó sus

pies del suelo y lo llevó lejos con sus notas.

Pero entonces entró en juego una segunda voz, la de Sikvah, que envolvió a la primera con suavidad. Al instante armonizaron la una con la otra y Rojer quedó boquiabierto. Aunque fueran mujeres, si acudían al gremio de los Juglares en Angiers, tendrían aseguradas sus carreras.

Rojer no dijo nada, sino que se limitó a permanecer en silencio mientras las dos mujeres cantaban. Cuando al final la Damajah dio por terminada la melodía con un gesto de la mano, se sintió como una marioneta a la que le hubieran cortado súbitamente las cuerdas.

—Sikvah es también una cocinera competente —continuó la sacerdotisa— y ambas han sido entrenadas en el arte de hacer el amor, aunque aún no han conocido hombre.

—El... esto, ¿arte? —inquirió Rojer mientras sentía cómo se ruborizaba de nuevo.

La mujer se echó a reír y chasqueó los dedos. Amanvah se puso en pie de inmediato, con un ademán lleno de gracia y alzó una mano para soltarse el velo. La fina seda blanca flotó como una voluta de humo y reveló un rostro de una belleza demoledora. La chica era, sin duda, hija de su madre.

Sikvah se situó detrás de ella y abrió algún broche oculto sobre el hombro de su ama y la ropa de Amanvah pareció simplemente disolverse al abandonar su cuerpo y caer al suelo con un susurro. La muchacha quedó desnuda ante él y el Juglar no pudo contener una exclamación de asombro.

Inevera movió un dedo y Amanvah se dio la vuelta, obediente, para que el hombre pudiera inspeccionarla desde todos los ángulos. Su cuerpo era tan perfecto como el de su madre y Rojer comenzó a temer que sus pantalones no fueran lo suficientemente holgados. Se preguntó si

esperarían que él también se desnudara de modo que todas las mujeres pudieran contemplar su excitación.

—¡Por el Creador!, ¿todo esto es necesario? —preguntó Leesha.

—Tranquilízate —le ordenó su madre con brusquedad—. Claro que lo es.

Amanvah se dio la vuelta de nuevo y soltó el ropaje de seda de Sikvah, que se desvaneció como las sombras bajo el sol hasta convertirse en un charco de tinta a sus pies. Quizá no era tan bella como su prima pero, aparte del resto de mujeres que estaban en la habitación, Rojer jamás había visto nada igual.

—Ahora debéis comprobar su pureza —añadió Inevera.

—Yo... esto... —Rojer se miró las manos y luego las escondió en los bolsillos—. Eso no será necesario.

La mujer se echó a reír.

—Vos, no, vuestras mujeres —aclaró con una sonrisa traviesa—. Debemos reservar algo para la noche de bodas, después de todo. —Le guiñó un ojo y el Juglar se sintió mareado. Después se volvió hacia Elona—. ¿Os importaría hacer los honores?

—Ah... bueno... —comenzó la mujer—, en realidad mi hija está más cualificada que yo...

Leesha resopló.

—Mi madre jamás reconocería un himen si viera uno —le susurró a Rojer—. Se deshizo de él antes de que tuviera tiempo de echarle una ojeada.

Elona captó las palabras y frunció el ceño, aunque no dijo nada y se limitó a mirarla con ojos llameantes.

—Oh, bueno, está bien —concedió la Herborista al final con un gruñido—, hagamos lo que sea para terminar con este asunto de una vez. —Después se inclinó para recoger las ropas de las chicas del suelo, se las echó sobre un brazo

y las condujo a una pequeña habitación para los criados cerrada con cortinas que se encontraba a un lado del pasillo.

Leesha cerró la cortina para que no se viera nada desde fuera y las chicas se tumbaron obedientemente sobre una mesa, como si fueran yeguas de cría. Durante los años que había pasado como Herborista había examinado a cientos de jóvenes, incluida a la mismísima duquesa de Angiers, pero siempre había sido por cuestiones de salud, no para cumplir rito de pureza alguno. Bruna tenía poca paciencia con esas tonterías y su aprendiza no era distinta.

Sin embargo, Leesha era consciente de lo frágiles que eran las relaciones con los krasianos. No conseguiría ganar aliados entre ellos escupiendo públicamente sobre sus tradiciones.

El himen de Amanvah estaba intacto, pero cuando reconoció a Sikvah la chica se encogió con un ligero gemido. Estaba sudando y su piel de tono oliváceo parecía más pálida que antes. Apretó con fuerza cuando la Herborista deslizó un dedo en su interior, pero le bastó. No era virgen.

Leesha no pudo reprimir una sonrisita de suficiencia. Aunque ése fuera un ritual bárbaro, le había dado una excusa para mostrarse ofendida y rechazar a las chicas antes de que Rojer cometiera alguna estupidez. Pero el miedo en los ojos de la muchacha fue como una bofetada. Amanvah captó la mirada y frunció el ceño.

—Vestíos —le dijo a las chicas y les entregó las ropas. Sikvah se puso la suya con rapidez y después se acercó a su

prima para ayudarla, quien la miró fijamente mientras le abrochaba el vestido de seda de dama'ting.

El rostro de la Herborista mostraba serenidad cuando regresó con las muchachas. Rojer sabía que su veredicto era irrelevante, ya que él no estaba más dispuesto a casarse con la hija de Jardir que ella con él pero, por algún motivo, el corazón le galopaba en el pecho como si su vida dependiera de la respuesta de ella.

—Ambas son vírgenes, por si eso sirve de algo —comentó y Rojer respiró hondo.

—Por supuesto —sonrió la Damajah. Pero Amanvah no parecía estar de acuerdo. Se acercó a su madre y le susurró algo al oído, y después señaló primero a Sikvah y luego a Leesha.

El rostro de la sacerdotisa se oscureció como el cielo durante una tormenta y se aproximó a su sobrina en un par de zancadas, para sujetarla de la larga trenza. Rojer intentó impedírselo, pero Elona lo sujetó con tanta fuerza que el brazo le dolió y lo mantuvo en su lugar con una firmeza sorprendente.

—No seas estúpido, violinista —le siseó. Sikvah chilló cuando su tía la arrastró tras la cortina donde antes la habían examinado. Amanvah las siguió y corrió la tela tras ellas.

—¿Qué Abismos ha pasado? —preguntó el Juglar.

Leesha suspiró.

—Sikvah no es virgen.

—Pero dijiste que sí lo era —replicó él.

—Tengo muy claro lo que le pasa a una chica cuando la gente empieza a cuestionarse su «pureza» y preferiría que

me vaciaran antes que hacérselo yo misma a alguien.

Su madre sacudió la cabeza.

—No puedes salvar a las personas de sí mismas, Leesha. Tu mentira probablemente sólo habrá empeorado las cosas. Si te hubieras limitado a decir la verdad y me hubieras dejado pedir una bolsa más de oro por la disminución de su valor como esposa, ya habríamos acabado con esto.

—¡Es un ser humano, madre, no una...!

Rojer las ignoró a ambas, y mantuvo los ojos pegados a la cortina, pensando en la pobre chica que tenía aquella voz tan hermosa. Se oyeron unos murmullos sofocados pero no pudo captar las palabras debido a la estridente discusión que mantenían madre e hija a su espalda.

—¡¿Queréis callaros las dos, por favor?!

Ambas mujeres le miraron enfadadas, pero se tranquilizaron. En ese momento ya no se oía sonido alguno al otro lado de los ropajes y eso asustó aún más a Rojer. Estaba a punto de precipitarse hacia allí cuando las cortinas se abrieron e Inevera regresó donde estaban ellos a grandes zancadas, seguida por Amanvah y una sollozante Sikvah. La hija de la sacerdotisa había echado un brazo por encima de los hombros de su prima, la consolaba y dejaba que se apoyara en ella. El Juglar se sintió conmovido por ellas y deslizó la mano hacia el pecho para tocar el medallón a través de la tela de la camisa.

La Damajah se inclinó ante él.

—Os presento mis disculpas por haberos insultado, hijo de Jessum. Vuestra recolectora de hierbajos os ha mentido. Sikvah es impura y, por supuesto, será castigada severamente por sus mentiras. Os suplico que no dudéis del honor de mi hija por su relación con esta prostituta. —La sacerdotisa mantenía su mano sobre el cuchillo enjoyado que llevaba en la cintura mientras hablaba y el Juglar se

preguntó qué clase de castigo consideraría severo una gente tan dura como aquélla.

Todas esperaron su respuesta. Los ojos del Juglar se pasearon por la habitación y dio la sensación de que todas las mujeres contenían el aliento. ¿Por qué? Ninguna le había prestado la menor atención hasta ese momento.

Pero entonces se dio cuenta. «Yo soy el ofendido.»

Sonrió, cubriéndose con su máscara de Juglar mientras erguía la espalda y se enfrentaba por primera vez al impacto de la mirada de Inevera.

—Después de oírlas cantar, no quiero romper el conjunto. La voz de Sikvah es más importante para mí que su pureza.

La sacerdotisa se relajó un poco.

—Sois muy indulgente, mucho más de lo que esta puta merece.

—Todavía no he decidido nada —aclaró Rojer—, pero preferiría que no se la sometiera... a ninguna tensión indebida que pueda afectar su voz hasta que lo haga. —La Damajah sonrió tras su velo transparente como si hubiera pasado algún tipo de prueba.

Elona cogió a Rojer del brazo y dio un tirón para que retrocediera.

—Pero por supuesto, esto afectará a la cuantía de la dote.

La sacerdotisa asintió.

—Por supuesto. Si estáis de acuerdo en hacer de carabina, las chicas permanecerán en las habitaciones de Jessum para que se acostumbre a ellas y se asegure de su falta de... tensión antes de tomar una decisión.

—Oh, mi madre es una carabina excelente —masculló Leesha entre dientes. Inevera la miró con curiosidad, como

si no estuviera segura del sarcasmo que encerraba la voz de la joven, aunque no dijo nada.

Rojer sacudió la cabeza como si saliera de un sueño. «¿Acabo de prometerme?»

Abban llegó poco antes de la caída del sol para acompañarles hasta el lugar donde tendría lugar el castigo público. Leesha comprobó por última vez las hierbas e instrumentos que llevaba en la cesta y respiró hondo para calmar su estómago revuelto. Los dal'Sharum no merecían menos por lo que le habían hecho a Wonda, pero eso no quería decir que ella deseara ver sus espaldas destrozadas. Después de haber visto lo remisos que eran los krasianos a las curas, le preocupaba que las heridas se infectaran y acabaran por matar a los hombres si ella no los trataba con sus propias manos.

Cada semana, en Fuerte Angiers, tanto ella como Jizell habían tratado a los hombres tras su paso por el poste del castigo, pero nunca había sido capaz de presenciarlo sin echarse a llorar, así que generalmente no iba. Era una práctica espantosa, aunque había de decir en su favor que rara vez había tenido que tratar dos veces al mismo hombre. Una vez que aprendían la lección, no la olvidaban.

—Espero que entendáis el honor que os concede mi señor a vos y a la hija de Flinn al administrar los azotes personalmente —comentó Abban— en vez de dejarlo en manos de algún dama que seguramente sería indulgente por simpatía con su acto.

—¿Los dama sienten simpatía por los violadores? —inquirió Leesha.

El mercader sacudió la cabeza.

—Señora, debéis entender que nuestras costumbres son diferentes de las vuestras. El hecho de que vos y vuestras mujeres caminéis libremente con los rostros y vuestros... esto... —Abban hizo un gesto hacia el escote de la Herborista— encantos a la vista ofende a muchos hombres que temen que inculquéis ideas ilícitas en las mentes de sus propias mujeres.

—Y por eso intentaron poner a Wonda en su lugar —dijo ella. El hombre asintió.

Leesha acentuó el ceño fruncido pero su estómago se calmó de pronto. Hacer daño de forma intencionada iba contra su juramento como Herborista, pero ni siquiera Bruna no hubiera dudado en propinar unas cuantas lecciones dolorosas a la gente que cometiera actos incivilizados.

—Mi señor ha ordenado que también asistan los damaji con sus kai'Sharum —indicó el mercader—. Desea que ellos vean que han de aceptar algunas de vuestras costumbres.

Ella asintió.

—Ahmann me comentó que había pasado algo parecido cuando conoció al Par'chin.

Abban hizo un esfuerzo por parecer indiferente, pero Leesha percibió un cierto cambio de color en su piel. No era de sorprender que Arlen tuviera ese efecto en la gente incluso antes de comenzar a tatuarse.

—¿Mi señor mencionó al Par'chin? —inquirió.

—Lo hice yo, en realidad —repuso ella—. Me sorprendió que Ahmann lo conociera también.

—Oh, sí, mi señor y el Par'chin fueron grandes amigos —reconoció el hombre para su sorpresa—. Ahmann era su ajin'pal.

—¿Ajin'pal?

—Su... —el mercader frunció el ceño mientras buscaba el término apropiado— hermano de sangre, como diríais vosotros. Ahmann le permitió acceder al Laberinto y ambos derramaron sangre el uno por el otro. Entre mi gente, eso une a dos personas tanto como llevar la misma sangre en las venas. —La Herborista abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera decir algo más, Abban la cortó—. Debemos marcharnos si queremos llegar a tiempo, señora —le indicó el mercader y ella asintió; ambos se unieron al resto de la delegación de Hoya, incluidas Amanvah y Sikvah, que se ocupaban de Rojer en todo momento.

Les escoltaron hasta la plaza circular de Fuerte Rizón, una amplia zona adoquinada en el centro de la ciudad, en cuyo interior había un pozo y que estaba rodeada de tiendas muy bulliciosas. Leesha vio a unas cuantas rizonianas comprando entre las krasianas. Éstas, aunque aún lucían vestidos al estilo norteño, llevaban los rostros envueltos en velos que también cubrían su escote. Muchas de ellas se quedaron mirando con ojos sorprendidos a Leesha y a su madre, que caminaban sin cubrir, quizá a la espera de que los dal'Sharum que las escoltaban las atacaran en cualquier momento.

Ya se habían reunido muchos krasianos y entre ellos se encontraban bastantes damaji sobre palanquines cubiertos, Sharum y dama. Habían erigido tres postes de madera en el círculo, pero no había grilletes ni correas a la vista.

Hubo una cierta conmoción entre la multitud cuando Jardir entró en la plaza, seguido por Inevera en su palanquín y sus otras esposas a la zaga. Leesha contó catorce en total, pero no tenía idea de si estaban todas o no. Cuando llegaron se colocaron al lado de

Leesha y los hoyenses, tan cerca que podían oler el perfume de la Damajah.

Jardir caminó hacia los postes e hizo un gesto con la mano hacia las Lanzas del Liberador. Los tres dal'Sharum no necesitaron que nadie les urgiera a avanzar, sino que atravesaron la plaza con resolución y se desnudaron hasta la cintura. Después se arrodillaron y tocaron con la frente los adoquines que había a los pies de Jardir. En seguida se pusieron de nuevo en pie y envolvieron los postes con los brazos sin que nada les sujetase a ellos. Aquel al que Wonda había roto el brazo lo llevaba escayolado.

Jardir rebuscó entre sus ropas y sacó un látigo de tres colas de cuero trenzado con agudas púas metálicas entretejidas en los últimos centímetros.

—¿Qué es eso? —le preguntó Leesha a Abban. La Herborista había esperado que usara una simple fusta, pero aquel látigo parecía mucho más doloroso.

—Lo llaman el látigo de cola de alagai —repuso el hombre— y es el látigo que llevan los dama. Se dice que los golpes que propina son como los latigazos de la cola de un demonio de la arena.

—¿Cuántos golpes recibirá cada uno?

El mercader se echó a reír.

—Tantos como puedan soportar. Los Sharum son azotados hasta que ya no pueden sostenerse contra el poste y caen al suelo.

—Pero... ¡eso podría matarlos!

El tullido se encogió de hombros.

—Los Sharum son grandes guerreros, pero no son conocidos por su inteligencia o su instinto de supervivencia precisamente. Se toman soportar los máximos latigazos posibles como una prueba de hombría. Sus hermanos de armas apostarán cuál de ellos aguantará más tiempo.

Leesha frunció el ceño.

—Jamás comprenderé a los hombres.

—Ni yo —admitió Abban.

El castigo era brutal y poco agradable de ver, pues cada golpe del látigo dejaba brillantes líneas sangrientas en las espaldas de sus víctimas. Jardir propinaba un latigazo a cada uno de ellos antes de regresar al primero, pero Leesha no sabía si lo hacía por humanidad o para evitar que quedaran entumecidos por el impacto. La Herborista se encogía cada vez que caía un golpe y le parecía como si la estuvieran golpeando a ella también. Pronto tuvo el rostro inundado de lágrimas, y deseó huir de aquella horrible escena cuando grandes heridas se abrieron en las espaldas de los hombres hasta el punto de dejar las costillas al aire. Ninguno de ellos gritó en ningún momento ni tuvo el suficiente sentido común para dejarse caer al suelo.

En un momento determinado, Leesha apartó la mirada del espectáculo y contempló a Inevera, que observaba la escena con gran calma. La sacerdotisa también la miró y le sonrió burlona al percibir las lágrimas que corrían por su rostro.

Entonces, algo se rompió en el interior de Leesha y una llamarada de ira la protegió, como un grafo, del sufrimiento de los hombres. Irguió la espalda, se secó los ojos y asistió al resto del castigo con la misma fría atención que mostraba la Damajah.

Parecía que aquello no iba a acabarse nunca, pero al final, uno de los guerreros se desplomó y otro le siguió poco después. Leesha vio a muchos de sus compañeros intercambiar monedas como resultado de las apuestas y tuvo ganas de escupirles. Cuando cayó el último Sharum, Jardir asintió en su dirección y ella se apresuró a acudir al lado de los hombres. No tardó en sacar el hilo, el bálsamo y los vendajes que había llevado consigo. Esperó que fuera suficiente.

Jardir dio un golpe con la lanza en el suelo y ella alzó la vista.

—¡Corred la voz para que se enteren todos los que deseen encontrar el paraíso al final del camino solitario! —bramó el líder krasiano y su voz retumbó por todo el círculo y las calles aledañas—. ¡Cualquier mujer que mate un demonio en la alagai'sharak será llamada Sharum'ting y tendrá todos los derechos acordes al rango de Sharum!

Un murmullo asombrado se extendió entre los guerreros reunidos y la Herborista vio los rostros horrorizados de dama y Sharum por igual. Se elevaron algunas protestas airadas pero Jardir las silenció con un rugido.

—Si alguien se opone a este decreto en el día de hoy —exclamó mostrando los dientes— que dé un paso adelante. Le prometo una muerte rápida con honor. Con el que se oponga a él mañana no seré tan benévolo. —Había muchas expresiones irritadas en los rostros de la multitud pero nadie fue tan estúpido como para dar un paso adelante.

Al día siguiente, Abban llegó al patio del Palacio de los Espejos acompañado de un dal'Sharum. El velo rojo que llevaban los guerreros por la noche descansaba sobre sus hombros, pero la barba negra estaba entreverada de gris. No había nada que sugiriera debilidad en la figura de aquel hombre, pero Leesha se sorprendió. Parecía que eran pocos los guerreros krasianos que vivían lo suficiente para que las canas asomaran a su barba. El hombre caminaba con porte orgulloso, pero su rostro endurecido estaba contraído como si intentara reprimir un mal gesto.

—Permitidme presentaros a Gavram asu Chenin am'Kaval am'Kaji, instructor del sharaj de los kaji —

presentó el mercader. El guerrero se inclinó tras escuchar la frase y Leesha extendió sus faldas e hizo una reverencia en respuesta.

El guerrero comentó algo en krasiano, pero lo hizo demasiado deprisa para que ella pudiera entenderle.

—Dice que está aquí por orden del Liberador con el fin de entrenar a los guerreros norteños para la alagai'sharak. El Instructor Kaval fue el maestro del Shar'Dama Ka, y también el mío, cuando estuvimos en el sharaj —añadió Abban—. No hay otro mejor.

Leesha entrecerró los ojos y miró al mercader, intentando averiguar en la habitual impasibilidad de su rostro qué significaba realmente aquello. Después de todo, a él lo habían mutilado en el sharaj.

Luego, se volvió hacia Gared y Wonda.

—¿Queréis entrenaros?

Kaval y Abban tuvieron una breve conversación que se desarrolló de nuevo a toda velocidad de modo que, aunque Leesha entendió muchas de las palabras, no pudo comprender el mensaje. El mercader parecía no estar de acuerdo en algo, pero el instructor cerró el puño y el khaffit se inclinó en señal de sumisión.

—El instructor me pide que le diga a vuestros guerreros que sus deseos son irrelevantes. El Shar'Dama Ka ha dado una orden y deben obedecerla.

La Herborista frunció el ceño y abrió la boca para responder, pero Gared la cortó.

—No pasa nada, Leesha. —Alzó la mano—. Yo quiero aprender.

—Yo también —se sumó la mujer.

Ella asintió y se hizo a un lado cuando Kaval les hizo señas para que se adelantaran con el fin de examinarlos. El instructor gruñó su aprobación ante Gared, pero pareció

menos impresionado por Wonda, aunque era grande y fuerte como la mayoría de los dal'Sharum. Luego regresó hacia donde se encontraba la Herborista.

—Podré convertir al gigante en un gran guerrero —tradujo Abban—, siempre que sea disciplinado. La mujer... ya veremos. —La expresión de su rostro no dejaba entrever mucha esperanza.

El instructor caminó de vuelta hacia el patio con movimientos rápidos y elegantes. Miró a Gared y ladró una orden, tras la cual, hundió el puño en su pecho.

—El instructor quiere que le ataquéis —explicó el mercader.

—No necesito que me traduzcáis eso —replicó Gared. Dio un paso hacia delante, e intentó intimidarlo con su altura, pero el guerrero no pareció en absoluto impresionado. El Leñador rugió y atacó pero sus golpes, aunque iban bien dirigidos, sólo encontraron aire. Después embistió para agarrar al krasiano, pero un instante después se encontró de espaldas en el suelo. Kaval le retorció el brazo hasta que al gigante se le escapó un gemido de dolor. Después lo soltó.

—Será mucho más duro con vos —advirtió Abban a Wonda—. Armaos de valor.

—No tengo miedo —repuso ella y dio un paso adelante.

Wonda resistió más que Gared ya que sus movimientos eran más rápidos y fluidos, pero el resultado no fue diferente. Dos veces los golpes de la mujer estuvieron a punto de alcanzar al instructor, que necesitó entrar en contacto con ella para bloquearlos. Sin embargo, la primera vez él respondió con un revés a la mandíbula que la hizo tambalearse y escupir sangre, y la siguiente fue un fuerte puñetazo al estómago que la dejó doblada tras expulsar violentamente el aire.

Kaval aprovechó aquel momento para coger su brazo y retorcérselo hasta tumbarla sobre los adoquines. Mientras caía, Wonda disparó una patada al rostro del instructor que alcanzó su objetivo con contundencia, pero el krasiano no se inmutó siquiera, salvo por una sonrisa que se extendió por su cara mientras presionaba la torsión del brazo. La mujer palideció y apretó los dientes, aunque rehusó gritar.

—El instructor le romperá el brazo si no se rinde —avisó el mercader.

—Wonda —advirtió a su vez Leesha y la joven tuvo el sentido común de soltar un grito.

Kaval la liberó y dijo algo al mercader en tono gruñón.

—Quizá pueda sacar algo de ella, después de todo —tradujo él—. Haced el favor de marchaos para que podamos entrenar sin distracciones.

Leesha miró a ambos guerreros y asintió.

—¿Qué tal si os unís a Rojer y a mí para tomar el té, Abban?

—Me sentiría muy honrado —repuso él, con una inclinación.

—Pero primero —dijo ella con tono duro—, dejadle claro a maese Kaval que le haré pagar con el mismo Abismo si cuando regrese me encuentro a mis guerreros demasiados magullados para luchar esta noche.

Las esposas de Abban intentaron servirles, pero Amanvah siseó y las despidió. Después dio unas palmadas y Sikvah se apresuró a preparar el té. Leesha arrugó la nariz. A pesar de ser la sobrina de Jardir, la chica era poco más que una esclava.

—Se comportan así desde ayer—comentó el Juglar. La dama'ting dijo algo en krasiano y el mercader asintió en su dirección.

—Es nuestro deber estar al servicio de Rojer —tradujo—. No toleraremos que lo haga nadie más.

—Podría acostumbrarme a esto —manifestó el Juglar con una sonrisa. Después se echó hacia atrás y puso las manos tras la cabeza.

—Pues no te acostumbres demasiado —le recriminó la Herborista—. No va a durar mucho. —Miró a Amanvah, cuyos ojos se estrecharon al escucharla, aunque no dijo nada.

Sikvah regresó en seguida con el té. Lo sirvió en silencio, con los ojos bajos, y después se retiró junto a la pared, donde permanecía su prima. Leesha probó un sorbito del té, lo paladeó un mo-mento en la boca y luego lo escupió de nuevo en la taza.

—Has añadido una pizca de hoja negra en polvo a la mezcla —le dijo a Sikvah y luego apoyó de nuevo la taza en la mesa—. Muy astuto. La mayoría de la gente no lo habría notado y, con esa dosis, os habría llevado semanas matarme.

El Juglar soltó una exclamación de asombro y se derramó el té por encima. Leesha cogió su taza al vuelo, pasó un dedo por el borde de porcelana y probó la bebida.

—No tienes de qué preocuparte, Rojer. Parece que no están tan impacientes por deshacerse de ti.

Abban colocó con mucho cuidado la taza sobre la mesa y la dama'ting le miró y dijo algo en su idioma.

—Ah... —comentó el mercader en dirección a Leesha—. Habéis hecho una acusación muy seria. ¿Queréis que la traduzca?

—Por supuesto —rió ella—, aunque no tengo duda alguna de que ella ha entendido todas y cada una de mis palabras.

El tullido comenzó a hablar y la muchacha dejó escapar un chillido, se plantó delante de la Herborista y le gritó algo.

—La dama'ting os ha llamado estúpida y mentirosa —aportó el mercader.

Leesha sonrió y alzó la taza.

—Dile que se la beba, entonces.

Los ojos de Amanvah refulgían cuando le arrancó la taza de la mano sin esperar a la traducción. El líquido estaba aún caliente, pero ella se alzó el velo y lo agotó de un solo trago. Luego miró con ojos ardientes a la Herborista y una clara expresión petulante de triunfo, pero Leesha se limitó a sonreír.

—Dile que sé perfectamente que puede tomarse el antídoto esta noche, pero que si es la misma hierba que usamos en el norte, tendrá hemorragias estomacales durante una semana. —El color huyó del pequeño trozo de piel visible en torno a los ojos de la chica mucho antes de que Abban finalizara la traducción. Leesha añadió luego—: La próxima vez que intentes algo parecido se lo diré a tu padre y, si le conozco de algo, la sangre que compartís no evitará que te arranque esa bonita ropa blanca de la espalda y te dé una buena tunda, si es que no te mata en el mismo momento.

Amanvah siguió mirándola con mala cara, pero la Herborista la despidió con un gesto de la mano.

—Déjanos.

Ella siseó algo.

—No estás en posición de ordenarnos marchar —tradujo Abban.

Leesha se volvió hacia el Juglar, que tenía aspecto de estar enfermo.

—Envía a tus novias a sus habitaciones, Rojer.

—¡Marchaos! —ladró él e hizo un gesto con la mano. Ni siquiera las miró. Las cejas de Amanvah se inclinaron formando una acusada «v» y escupió algo en krasiano a Leesha antes de salir tempestuosamente con Sikvah pegada a sus talones. La Herborista memorizó las palabras y archivó la maldición en su mente por si la necesitaba en algún momento.

El mercader se echó a reír.

—No me extraña que la Damajah os tema.

—Pues a mí no me parece que esté asustada —señaló ella—. Qué insolente intentar matarme a plena luz del día.

—No es de sorprender a la vista del último decreto de Ahmann —replicó el mercader—. Pero creedme, con ello os hace un gran honor. En Krasia, si nadie intenta matarte es porque no merece la pena tomarse la molestia.

—Quizá sea hora de marcharnos —sugirió Rojer, cuando Abban se fue—. Si es que nos dejan, claro. —No podía negar que se había sentido tentado por Amanvah y Sikvah, pero ahora sólo podía pensar en cuchillos escondidos por todas partes bajo los suaves almohadones de seda de sus habitaciones.

—Ahmann nos dejará ir si se lo pido, pero no voy a hacerlo.

—Leesha, ¡han intentado matarte!

—Inevera lo ha intentado y ha fallado —aclaró ella—. Mi huida la favorecería tanto como mi muerte. Me niego a que me gane la partida esa... esa...

—¿Bruja? —apuntó Rojer.

—Bruja —admitió la Herborista—. Tiene demasiado poder sobre Ahmann tal como están las cosas. No le voy a dejar que le coma la oreja sin plantar pelea.

—¿Estás segura de que es su oreja lo que te interesa? —preguntó él. La mujer le miró con el ceño fruncido, pero él enfrentó su mirada con aplomo—. No estoy ciego, Leesha. He visto cómo le miras. Quizá no como una esposa krasiana, pero tampoco como una amiga.

—Lo que sienta por él es irrelevante —explicó ella—, puesto que no tengo intención de formar parte de su harén. ¿Sabes que Kaji tuvo mil esposas?

—Pobre bastardo —se compadeció el Juglar—. Una es más de lo que puede manejar la mayoría de los hombres.

Leesha resopló.

—Pues harás bien en recordarlo. Además, Abban y Ahmann conocían a Arlen y le consideraban su amigo.

—Eso no es lo que él nos contó a nosotros. Al menos, en lo que respecta a Jardir.

—Lo sé. Y quiero saber cuál es la verdad.

—Sobre Amanvah y Sikvah —preguntó Rojer—, ¿las vamos a enviar de vuelta?

—¿Para que maten a Sikvah por mentir sobre su virginidad y por intento fallido de asesinato? De ningún modo. Somos responsables de ella.

—Eso fue antes de que intentara asesinarte.

—Abre los ojos, Rojer. Si le digo a Wonda que le dispare una flecha a Inevera, no tengo duda alguna de que lo hará, pero el crimen sería obra mía. Será mejor que las mantengamos donde podamos observarlas y a lo mejor averiguamos algo útil.

Era ya muy entrada la noche cuando el sonido de unos gritos despertó a la Herborista. Alguien estaba llamando a su puerta y encendió la lámpara antes de ponerse una bata de seda krasiana que Jardir le había enviado. La sentía fresca y deliciosamente suave sobre la piel.

Leesha abrió la puerta y se encontró con Rojer. El Juglar tenía un aspecto terrible.

—Es Amanvah. La escucho quejarse en sus habitaciones, pero Sikvah no quiere abrirme la puerta.

—Lo sabía —masculló ella entre dientes; se ciñó más la bata y se colgó el delantal con bolsillos—. Está bien —dijo con un suspiro—. Veamos qué pasa.

Ambos se dirigieron hacia el ala que habitaba el Juglar y Leesha tocó en la puerta de las habitaciones que ocupaban las dos chicas krasianas. Escuchaba los lamentos amortiguados de la dama'ting a través de la puerta y Sikvah les gritaba en krasiano que se marcharan.

La Herborista frunció el ceño.

—Rojer —exclamó en voz alta—, corre y trae a Gared. Si esta puerta no se ha abierto cuando vuelvas, haremos que la tire abajo. —El hombre asintió y la obedeció al instante.

Tal como esperaba, una rendija se abrió en la puerta apenas un momento más tarde y por ella asomó el rostro aterrorizado de Sikvah.

—Todo va bien —aclaró la krasiana, pero Leesha la apartó de un empujón y entró en la habitación. Después se dirigió hacia la voz de Amanvah, en la cámara privada de la habitación. Sikvah chilló e intentó interponerse entre ella y la puerta pero, una vez más, la Herborista la ignoró e intentó a abrirla. Estaba cerrada.

—¿Dónde está la llave? —exigió. Sikvah hizo como que no la escuchaba y se puso a balbucear en krasiano, pero

Leesha ya había tenido suficiente. Cogió a la muchacha y le dio una bofetada. El sonido reverberó por toda la habitación.

»¡Deja de simular que no me entiendes! —le espetó—. No soy idiota. Si dices una palabra más en tu idioma, la cólera de la Damajah será el menor de tus problemas.

Sikvah no replicó, pero el terror que reflejaba su mirada le dejó bien claro que la había entendido.

—Dónde. Está. La. Llave —silabeó de nuevo Leesha, acentuando cada palabra con una exhibición de dientes. La muchacha introdujo la mano entre sus ropas y se la dio.

Leesha abrió la puerta al momento. La cámara privada ricamente decorada apestaba a excrementos y vómito, cuya fetidez realzaba un brasero de incienso donde ardían jazmines. Aquella combinación nauseabunda habría provocado arcadas a cualquiera, pero Leesha ignoró el hedor y se dirigió directamente hacia Amanvah, que yacía en el suelo al lado de un orinal, entre quejas y gemidos. La muchacha se había quitado el velo y la piel de color oliva parecía casi blanca.

—Se ha deshidratado —dijo la Herborista—. Trae una jarra de agua fría y pon una tetera a hervir. —Sikvah salió disparada a obedecerla y ella siguió examinando a la chica, al igual que los desechos que había en el orinal. Luego, olisqueó la taza que había en el tocador y probó los posos.

—Está flojo —le dijo a Amanvah—. Deberías haber usado tres veces más belladona y habrías contrarrestado sin problemas la hoja negra. —La joven dama'ting no dijo nada, se limitó a mirarla de manera inexpresiva mientras luchaba por respirar, aunque Leesha se había dado cuenta de que la había oído y entendido cada palabra.

La Herborista sacó un mortero de su delantal y sus manos volaron de un bolsillo a otro casi sin mirar mientras

lo llenaba con la mezcla apropiada de hierbas. Sikvah le llevó el agua caliente y Leesha hizo una nueva infusión. Luego, pidió a Sikvah que incorporara a su prima, tras lo cual ella procedió a hacerle tragar el brebaje.

—Abre las ventanas para que entre algo de aire fresco —le ordenó después— y trae almohadas. Tiene que estar al lado del orinal durante las siguientes horas mientras la hidratamos.

Rojer y Gared asomaron la cabeza pero la Herborista les mandó a la cama de manera fulminante. Ambas mujeres atendieron a la dama'ting hasta que se le calmaron las tripas y pudieron trasladarla a la cama.

—Ahora tienes que dormir —dijo Leesha después de haber administrado otra taza de infusión a Amanvah—. Te despertarás dentro de doce horas y entonces debes comer un poco de arroz y pan.

—¿Por qué haces esto? —susurró la chica, con un acento tan marcado como el de su madre, pero en un perfecto thesano—. Mi madre no sería tan amable con alguien que hubiera tratado de envenenarla.

—Ni la mía, pero nosotras no somos nuestras madres, Amanvah —repuso ella.

La dama'ting sonrió.

—Cuando la vea desearé haber muerto envenenada.

La Herborista sacudió la cabeza.

—Ahora te encuentras bajo mi techo. Nadie te va a hacer daño ni te va a obligar a que te cases con Rojer si no quieres.

—Oh, pero nosotras queremos, señora —intervino Sikvah—. El hijo de Jessum es apuesto y ha sido tocado por Everam. ¿A qué más puede aspirar una mujer que a ser su primera o segunda esposa?

Leesha abrió la boca para replicar pero la cerró de pronto, pues sabía que su respuesta caería en oídos poco receptivos.

Cuando al fin salió de las habitaciones de Amanvah, Elona la esperaba sentada en el vestíbulo. Leesha suspiró, pues lo único que deseaba en ese momento era arrastrarse hasta su cama, pero su madre la interceptó y la acompañó hacia las escaleras.

—¿Es cierto lo que dice Rojer? ¿Esas chicas han intentado envenenarte? —Ella asintió y Elona sonrió—. Eso quiere decir que Inevera cree que puedes quitárselo.

—Estoy bien, por si eso te preocupa —comentó Leesha.

—Pues claro que estás bien —repuso su madre—. Eres mi hija, lo quieras o no. Ninguna bruja del desierto va a detenerte una vez que le has echado el ojo a un hombre.

—No quiero robarle el marido a otra mujer, madre.

Elona se echó a reír.

—Entonces, ¿para qué has venido hasta aquí?

—Para intentar evitar una guerra —afirmó con contundencia.

—¿Y si el coste de evitar una guerra es robarle el marido a la mujer que ha intentado asesinarte? ¿Acaso es ése un precio muy alto? —Bufó—. De todas maneras, eso no es robar. Estas mujeres comparten a los maridos como las gallinas a los gallos.

Leesha puso los ojos en blanco.

—Oh, qué suerte poder ser una de las gallinas ponedoras de Ahmann.

—Mejor ésas que las que van al matadero —replicó Elona de manera fulminante.

Llegaron a las habitaciones de la Herborista y su madre la siguió al interior. Leesha se dejó caer sobre un diván cubierto de cojines y enterró la cabeza entre las manos.

—Desearía que Bruna estuviera aquí. Ella sabría qué hacer.

—Ella se casaría con Jardir y lo domeñaría. Si tuviera tu cuerpo y tu juventud habría doblegado la voluntad de los dos Liberadores y encima lo habría disfrutado.

—Eso no puedes saberlo, madre.

—Lo sé mejor que tú —repuso ella—. Fui aprendiza de esa vieja bruja antes de que nacieras y todavía quedaban unos cuantos hombres vivos lo bastante viejos para recordarla en sus años mozos. Jamás tenía las piernas cerradas, contaban ellos, aunque se casó bien tarde y controlaba la ciudad con mano más firme entonces que cuando empezó a chochear. Con más firmeza que tú ahora, porque tenía poder no sólo aquí —se señaló la sien—, sino también aquí. —E indicó su entrepierna con el dedo—. Ahí es donde está el poder de una mujer, mucho más que en recoger hierbas, y sólo una tonta no aprovecharía esa ventaja.

Leesha abrió la boca para protestar pero, por algún motivo creyó en la verdad de aquellas palabras y no refutó su argumento. Bruna era una vieja verde que se pasaba el día haciendo comentarios subidos de tono y contando chascarrillos de su promiscua juventud. Leesha no se había tomado en serio la mayoría de aquellas historias, pues pensó que a la vieja simplemente le gustaba escandalizar a la gente, pero ahora no estaba tan segura.

—¿Sacar ventaja cómo?

—Jardir está obsesionado contigo. Cualquier mujer se daría cuenta de eso con una sola ojeada. Eso es lo que Inevera teme de ti y ahí es donde tienes la oportunidad de

coger a esa serpiente del desierto por la garganta y alejarla de tu gente.

—Mi gente. Hoya—susurró la Herborista.

—¡Pues claro, Hoya! —le espetó Elona—. El sol ya se ha puesto para Rizón, y no hay nada que hacer ahí.

—¿Y qué pasa con Angiers? —preguntó Leesha—. ¿Y Lakton? ¿Y todas las aldeas que hay entre las ciudades? Quizá pueda proteger Hoya, pero ¿qué puedo hacer por ellos?

—¿Desde la cama de Jardir? —preguntó Elona con incredulidad—. ¿Es que hay algún lugar en el mundo desde donde puedas influir más en la guerra? Satisface la lujuria de un hombre y te dará todo lo que pidas. Seguro que ese gran cerebro tuyo puede idear algunas peticiones sencillas con las que vadear lo peor de esta marea. —Elona se inclinó sobre Leesha y pegó los labios a su oreja—. ¿O dejarás que sea la voz de Inevera la que susurre consejos en sus oídos mientras se adormece por la noche?

Era un pensamiento aterrador y la Herborista sacudió la cabeza, aunque seguía sintiéndose insegura.

—No tienes las puertas del Cielo entre tus piernas, Leesha. Sé que habrías preferido esperar hasta tu noche de bodas y, para decir la verdad, yo también lo hubiera querido para ti. Pero las cosas no han salido así y la vida sigue.

Leesha miró a su madre con dureza, pero vio la mirada desafiante de la mujer, dispuesta a sostener todas y cada una de sus palabras.

—Ves el mundo con mucha claridad, madre. A veces te envidio.

Aquello cogió a Elona por sorpresa.

—¿De verdad? —preguntó con incredulidad.

—No a menudo, tranquila —respondió su hija con una sonrisa.

12

Feral
Verano del 333 d.R.

Renna aguardó pacientemente hasta que el demonio de las rocas se materializó. Se había apostado en lo alto de un árbol solitario que había en la cima de una colina, donde una gran extensión de roca emergía de la tierra como un hueso roto a través de la carne.

El rastro de huellas le había mostrado que el abismal gigante, de unos cuatro metros de altura, se materializaba en el mismo punto casi todas las noches. Durante las últimas seis semanas, Arlen le había enseñado muchas cosas, incluido el hecho de que los demonios de las rocas eran criaturas de hábitos adquiridos y que los demonios menores habían aprendido a mantenerse lejos de los lugares reclamados por un demonio de las rocas.

Cuando la niebla fétida comenzó a filtrarse a través del suelo y a coagularse en formas demoníacas, Renna cerró los

ojos y respiró hondo mientras abrazaba su miedo y se refugiaba en el interior de su mente.

Era sorprendente lo bien que funcionaba la técnica krasiana. Al principio había sido todo un reto para ella, pero luego sólo tardaba un momento en cambiar de perspectiva y evadirse a un lugar donde no había dolor, miedo, enemigos o fracaso.

El mundo tenía un aspecto distinto cuando abrió los ojos. Lo contempló de pie sobre la rama, sujetándose sólo con los dedos desnudos de los pies, en perfecto equilibrio. Con la mano izquierda aferraba el cuchillo de Harl y pasaba, de manera inconsciente, el pulgar por encima de los grafos que había tallado en la empuñadura de hueso. En la derecha sujetaba una castaña.

Una brisa fresca alborotó las hojas amarillentas a su alrededor y Renna volvió a inhalar profundamente mientras dejaba que el aire acariciara su piel desnuda. En ese momento se sentía parte del mundo nocturno, mientras el demonio desprevenido se materializaba debajo de ella.

El cambio también había afectado a su largo cabello castaño, que ahora llevaba corto y de punta, con sólo una larga trenza que recordaba su anterior longitud. Se había deshecho del vestido y había cortado las enaguas en dos partes: con una se había hecho un chaleco muy ajustado para mantener los pechos sujetos, pero abierto en la parte inferior para dejar al descubierto el vientre protegido; y con la otra, una falda abierta hasta los muslos para poder mover las piernas cubiertas de grafos con libertad.

Arlen se había negado a protegerle la carne pero Renna había ignorado su advertencia, y ella misma había triturado la roya para obtener la tinta que teñía su piel de marrón oscuro y que duraba varios días antes de desvanecerse.

La muchacha bajó la mirada y, al ver cómo el demonio se solidificaba, le arrojó la castaña. Antes de comprobar si había alcanzado su objetivo, se soltó de la rama y se dejó caer con ligereza y en silencio.

La castaña impactó en el hombro del demonio y el grafo de calor que Renna había grabado en su suave superficie relumbró en la oscuridad cuando absorbió magia del poderoso abismal. El fruto se calentó al momento y explosionó con un estampido.

El demonio de las rocas no sufrió daño alguno, pero el relámpago y el ruido le hicieron volver la cabeza en la dirección contraria, justo en el momento en que la chica aterrizaba sobre su amplio hombro acorazado. Renna agarró uno de los cuernos con la mano libre para afianzarse y dirigió el cuchillo al gaznate del monstruo. Los grafos de la hoja relucieron y Renna se vio recompensada con un estallido de magia a la vez que un chorro caliente de icor negro le cubría la mano.

La joven gruñó y echó el brazo hacia atrás para propinar otro tajo, pero el demonio inclinó la cabeza hacia atrás con un aullido y lo único que Renna pudo hacer fue sujetarse al cuerno para no caerse.

Renna tuvo que contorsionarse violentamente para evitar los zarpazos del demonio, que llegó incluso a golpearse su propia cabeza en su afán de deshacerse de ella. Aun así, la chica no dejó de clavarle el cuchillo donde pudo y de patear todo lo que encontraron sus pies protegidos. La magia fluía por todo su cuerpo tras cada golpe, una descarga eléctrica que la hacía más rápida, más fuerte y más resistente a cada impacto. Los grafos en torno a sus ojos se activaron y la noche se iluminó con el resplandor de la magia.

Los golpes sólo sirvieron para distraer al demonio. Renna no podía acceder a los ojos y la garganta, las zonas más vulnerables y no tenía punto de apoyo para poder atravesarle el cráneo. Se echó a reír ante el desafío.

Guardó el cuchillo y rebuscó en el cinturón hasta encontrar el largo collar de guijarros que le había regalado Cobie Fisher en lo que ahora le parecía otra vida. Pasó el collar en torno al gaznate del demonio y se soltó del cuerno para sujetarse por ambos extremos del mismo. Luego cruzó los brazos y se deslizó a lo largo del surco que se abría entre las dos grandes placas acorazadas que protegían los hombros del demonio, hasta quedar colgada de los dos extremos de cuero del collar, fuera del alcance del abismal.

El monstruo se sacudió con fuerza pero Renna no se soltó y usó todo su peso para estrangular al demonio con el collar de guijarros protegidos. Había pintado las suaves piedras con grafos de bloqueo y éstos llameaban repeliendo al abismal, de modo que la magia le golpeaba desde todas partes.

Los furiosos pisotones y sacudidas del gigantesco demonio de las rocas pronto disminuyeron hasta convertirse en pasos tambaleantes. El collar se calentaba conforme la magia crecía en intensidad e iluminaba la noche.

Al final, hubo un chasquido y un fulgor repentino antes de que la magia se desvaneciera. La cabeza con cuernos del abismal cayó y Renna tuvo que apartarse precipitadamente de su camino con un salto. Se hizo a un lado con agilidad antes de que el demonio se derrumbara pesadamente junto a ella. Aún sentía hormiguear la magia robada en la piel, mientras le curaba los arañazos y cardenales que le había provocado el combate. Contempló el negro icor que le manchaba las manos y se echó a reír de nuevo; luego hizo

ondear el collar sobre su cabeza y partió a la carrera a continuar la caza.

Jamás se había sentido tan libre.

Un demonio del fuego se acercó a ella. Era un abismal solitario que cazaba entre la maleza que cubría el espacio entre árbol y árbol. Renna afirmó los pies cuando la atacó, a la espera de que revelara sus intenciones.

Los demonios del fuego siempre lanzaban un escupitajo de fuego tan pronto como tenían la presa al alcance. Dicho ataque podía incendiar cualquier cosa y generalmente aturdía a la víctima, y la dejaba indefensa mientras el abismal continuaba su ataque con las garras y los dientes. Pero si se evitaba el escupitajo inicial, el demonio necesitaba un breve período de tiempo antes de volver a lanzar otro.

Renna se agachó, con la cara casi pegada al suelo, de modo que ofrecía un objetivo claro. El demonio se paró frente a ella e inhaló. Luego, cerró los ojos al comenzar a soplar, un reflejo no muy distinto al de un humano al estornudar, y, en ese momento, Renna saltó hacia la izquierda, de modo que el brillante escupitajo de fuego trazó un arco en el aire vacío.

Para cuando el abismal abrió los ojos y comprobó que la chica había desaparecido, ella estaba a su espalda. Renna lo cogió de los cuernos, tiró hacia atrás de la cabeza y le cortó el cuello igual que a las liebres que capturaba en el campo de su padre.

El icor del demonio la salpicó y le quemó la piel como si fueran las brasas de un fuego, pero estaba más allá del dolor. Se frotó barro en los lugares donde la habían

alcanzado las gotas para enfriar la piel y luego se puso en pie.

Un rumor sordo le indicó que los escasos momentos que había durado el combate habían sido suficientes para que la rodearan. Se volvió y vio a un demonio del bosque agazapado tras ella, que pese a estar encorvado, medía casi dos metros hasta los hombros. Un poco más allá y aguardando entre los árboles, sus ojos protegidos captaron dos abismales más, con la recia coraza disimulada entre la maleza que les rodeaba, aunque no podían enmascarar la magia. Cuando se enzarzó en un combate con el primero, el más fuerte, los otros la flanquearon.

Renna había matado muchas veces demonios del bosque, pero jamás se había enfrentado con tres a la vez sin que Arlen la acompañara.

«¿Serán más de lo que puedo asumir?», pensó, pero en seguida apartó aquel pensamiento de su mente. Los demonios no huían; una vez te habían localizado no había donde esconderse. Sólo quedaba matar o morir.

—Vamos allá —gruñó y apuntó al demonio que tenía delante con el cuchillo.

El Protegido vio a Renna desde los árboles al otro lado del camino y sacudió la cabeza. Le había llevado un buen rato rastrearla. Había salido a recolectar hierbas y leña, y le había hecho prometer que lo esperaría en la torre hasta su regreso, para salir luego juntos de caza. No era la primera vez que la muchacha había perdido la paciencia o, simplemente, había ignorado sus deseos y se había marchado por su cuenta.

Viéndola salir del punto ciego del demonio y abrirlo en canal con el cuchillo de su padre, tuvo que admitir que aprendía rápido. Renna se había entregado al arte de la caza de demonios en cuerpo y alma, con más dedicación

aún que Wonda y su habilidad después de unas pocas semanas de instrucción era prueba de ello.

El Protegido se preguntó si había hecho bien en enseñarle a abrazar sus miedos. Renna había alcanzado rápidamente el punto de la temeridad; se había convertido en un peligro para sí misma tanto como para los demonios.

Él comprendía mejor que nadie por lo que estaba pasando, más de lo que ella llegaría a sospechar jamás. La noche no tenía piedad, incluso para los que la abrazaban, como mostraba la caterva de demonios del bosque que la acechaban mientras ella se ocupaba del demonio del fuego. Como en el dicho de los árboles que no dejan ver el bosque, Renna había visto al que se le había acercado abiertamente, pero serían las ramas las que acabarían con ella.

El Protegido colocó una flecha en su arco largo y se preparó para disparar. Esperaría hasta que ella viera a los tres y se diera cuenta de que estaba perdida antes de matarlos. A lo mejor así escarmentaba y empezaba a ser más cautelosa.

El demonio del bosque rugió, una exhibición de poder destinada a aterrorizarla y aturdiría, al igual que el escupitajo del demonio del fuego. Sus compañeros se acercaron agazapados y se colocaron en posición de ataque.

Pero Renna no estaba dispuesta a concederles ninguna oportunidad y cayó sobre ellos en lo que a primera vista parecía un ataque suicida. El demonio del bosque exhibió varias filas de dientes y las garras curvadas, y adelantó el pecho para encajar su golpe. Sólo los demonios de las rocas aventajaban a los del bosque en fuerza, motivo por el cual

la bestia probablemente jamás había visto que nada atravesase su coraza parecida a la corteza.

Renna giró sobre sí misma y usó el impulso para dar fuerza a su patada circular. El empeine y la espinilla protegidos se estamparon en el pecho del demonio, que fue rechazado hacia atrás por un estallido de magia y cayó aturdido.

Los otros demonios rugieron mientras emergían de entre los árboles y Renna cogió a uno de la muñeca y clavó los pies en el suelo para girar las caderas y volver la fuerza del ataque del demonio contra sí mismo. Lo hizo casi sin esfuerzo, del mismo modo que lanzó al pesado demonio del bosque a través del aire contra el tercer miembro de la cuadrilla. Después corrió hacia los dos demonios derribados y clavó el cuchillo de Harl en todos los lugares que le parecieron vulnerables, mientras los abismales luchaban por desenredarse y ponerse en pie de nuevo.

Uno de ellos lanzó una de sus largas extremidades en forma de rama hacia Renna, que en ese momento estaba a su alcance. Ella se echó hacia atrás y sintió silbar el aire cuando las garras pasaron de largo por encima de su pecho. Todavía no había sido capaz de proteger la tela de su chaleco y las garras habrían penetrado profundamente allí donde hubieran impactado. En ese momento envidió la capacidad de Arlen de luchar desnudo.

Renna se enderezó ilesa, pero había perdido impulso y los tres demonios habían recuperado su posición erguida. Tenían heridas chamuscadas allí donde ella les había clavado el cuchillo, pero aunque sanaba con rapidez gracias a la magia que les había robado, ellos también se recuperaban rápidamente, de modo que en escasos momentos estarían curados por completo.

En el momento en que cargaron contra ella, Renna metió la mano en el bolsito que llevaba colgado de la cintura y les arrojó un puñado de castañas protegidas. Los demonios chillaron y alzaron los brazos para defenderse cuando los grafos de calor explotaron y las castañas se consumieron entre intensas llamaradas y chasquidos.

Los dos abismales que se encontraban más alejados escaparon sin sufrir daño, pero el que estaba en el centro se llevó lo peor de la salva y su hombro comenzó a arder. Poco después, el fuego había prendido en todo su cuerpo y la criatura chillaba y se agitaba enloquecida.

Al ver estallar en llamas a su compañero, los otros demonios se alejaron de él y se separaron entre sí, dándole a Renna la oportunidad que estaba esperando. Atacó a uno de ellos y le clavó el cuchillo en el punto vulnerable que había entre la tercera y cuarta costillas del costado derecho. La larga hoja atravesó el negro corazón del abismal.

Se agachó bajo el abismal agonizante y lo sujetó por el hombro con la mano izquierda mientras arremetía contra él. El grafo pintado en la palma de su mano liberó calor con un estallido y quemó la piel acorazada y nudosa del demonio. Una parte de su magia salió disparada trazando un arco en el aire hacia ella, y el impacto la hizo sentir llena de fuerza y poder. Después giró sobre sí misma y hundió el cuchillo más profundamente, y lo usó como punto de apoyo para alzar al demonio de cien kilos sobre la cabeza. Chilló, y su grito sonó como el de un demonio, mientras lo arrojaba contra su compañero en llamas.

El cuchillo de Harl, aún hundido en el cuerpo del demonio, debería haberse liberado en ese momento, pero la pieza que unía la empuñadura con la hoja quedó

enganchada en la costilla inferior. Renna gritó cuando el arma se le escapó de la mano.

Al verla desarmada, el último demonio cargó contra ella con un rugido y la aplastó contra el suelo con su peso.

Los grafos relampaguearon por el cuerpo de Renna, pero el demonio, enloquecido por el dolor y la cólera, mordió y arañó frenéticamente hasta que sus garras alcanzaron su objetivo. Renna aulló cuando las garras se clavaron en su carne y la sangre cálida empapó el suelo.

Se oyó un ruido entre los árboles y ella comprendió que eran más demonios del bosque, que se dirigían hacia allí atraídos por la luz y el ajetreo. No tardarían en llegar, aunque eso poco importaría si no se libraba en seguida del demonio que tenía encima.

El abismal rugió de nuevo y ella le devolvió el rugido mientras lo empujaba con fuerza e invertía la posición. Era un movimiento sharusahk básico, uno que cualquier novicio hubiera previsto, pero los abismales sólo tenían un conocimiento instintivo del principio de la palanca. Renna movía las rodillas sin descanso para golpear los muslos del demonio y evitar así que alzara las patas hacia arriba y le clavara las garras inferiores. Había tenido suficientes gatos como para saber que la lucha acabaría bien pronto si le dejaba esa ventaja.

Se las apañó para liberar una mano, agarró el collar de las cuentas y envolvió con él el cuello del abismal. Después se apretó con fuerza contra él para minimizar el alcance de las garras y cruzó los extremos del collar para tirar de ellos en direcciones opuestas. Las garras la hirieron, pero ella se abrazó al dolor y mantuvo el collar tenso hasta que los grafos flamearon. La enorme cabeza cornada cayó sesgada con un chasquido y la roció de humeante icor negro.

El Protegido había aflojado de manera inconsciente la tensión del arco cuando Renna arrojó las castañas. Conocía los grafos de calor; ya eran comunes en Arroyo Tibbet donde sus padres los habían usado a menudo en el invierno para pintar con ellos grandes piedras alrededor de la casa y el establo. Solían absorber el calor y mantenerlo. Había intentado hacer armas con ellos en el pasado, pero aunque eran útiles para las puntas de flecha, siempre estropeaban las armas de mano o bien le quemaban la palma a través de las envolturas de la empuñadura. Incluso los diminutos grafos de calor de su piel le quemaban de forma espantosa cuando se activaban.

Jamás se le había ocurrido pintarlos sobre castañas. Renna llevaba apenas unas semanas luchando durante la noche y ya protegía las cosas de manera creativa, usando cosas en las que él no había pensado nunca.

Observó el brillo salvaje en sus ojos cuando alzó el demonio sobre su cabeza y se preguntó si él habría tenido el mismo aspecto las primeras veces que había sentido la excitación producida por la magia abismal. Supuso que sí. Era un pensamiento embriagador y le daba a uno una falsa sensación de invencibilidad.

Pero Renna no lo era y eso quedó bien claro al momento siguiente, cuando se vio desarmada y el demonio del bosque la tiró al suelo. El Protegido lanzó un grito y el miedo le heló la sangre mientras forcejeaba con el arco para ponerlo en posición. Intentó apuntar mientras luchaban en el suelo, pero era imposible obtener un buen blanco y no quería correr el riesgo de herir a Renna. Dejó caer el arma y salió de su escondite en estampida para rescatarla.

Sólo para descubrir que su ayuda no era necesaria.

Permaneció en pie con el corazón aún golpeándole el interior del pecho ante la visión de Renna, la hermosa Renna, con cuyos dulces besos infantiles había soñado tantas veces en su soledad, ensangrentada y magullada sobre el cadáver de un demonio.

La mujer se volvió hacia él con un rugido hasta que el reconocimiento iluminó su mirada. Entonces le sonrió, como un gato que deposita una rata muerta a los pies de su amo.

Renna se dejó caer junto al cadáver y luchó para ponerse en pie antes de que otros demonios pudieran atacarla. Estaba cubierta por su propia sangre, aunque notaba como menguaba el flujo conforme la magia recién adquirida iba cerrando las heridas. Aun así, ya no estaba en situación de seguir peleando.

Gruñó, sin deseos de rendirse, pero cuando alzó los ojos, sólo quedaba ya Arlen, que relucía con fuerza debido a la magia como uno de los serafines del Creador. Sólo llevaba puesto el taparrabos y era hermoso ver cómo sus pálidos músculos ondeaban bajo los grafos que pulsaban sobre su piel. No era tan alto como Harl o tan corpulento como Cobie, pero exudaba una fuerza de la que carecía el resto de los hombres. Ella le dedicó una sonrisa deslumbrante, inflamada por el orgullo de su victoria. ¡Tres demonios del bosque!

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él, y no había orgullo en su voz, sino severidad.

—Sí, claro —repuso ella—. Sólo necesito descansar un momento.

Él asintió.

—Siéntate e inspira con fuerza. Deja que la magia te cure.

Ella hizo lo que le había dicho y percibió cómo los profundos cortes que tenía por todo el cuerpo se cerraban. Pronto no quedaría de ellos más que unas finas cicatrices e incluso éstas terminarían por desaparecer.

Arlen señaló los restos chamuscados de las castañas.

—Muy astuta —gruñó.

—Gracias —repuso ella. Aquel sencillo cumplido la hizo estremecerse.

—Pero sea una protección astuta o no, esto ha sido una estupidez, Ren —continuó él—. Podrías haberle prendido fuego al bosque, por no mencionar la estupidez de atraer a tres demonios del bosque a la vez.

Ella sintió como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—No les pedí que me acecharan.

—Pero ignoraste lo que te dije y te fuiste a cazar a ese maldito demonio de las rocas tú sola —le reprochó él—. Y te dejaste la capa en la torre.

—La capa me estorba para luchar.

—Me da igual. El último demonio casi consigue matarte, Ren.

La presa que le hiciste en el suelo fue espantosa. Un nie'Sharum la habría roto sin problemas.

—¿Y eso qué importa? —replicó ella con brusquedad, enfadada, aunque sabía que él tenía razón—. He ganado.

—Claro que importa porque antes o después fallarás. Incluso un demonio del bosque puede tener suerte un día y romper una presa, Renna. Por muy fuerte que te sientas cuando la magia circula por tu cuerpo, no eres ni la mitad de fuerte que ellos. Olvida eso, deja de respetarlos sólo por un instante y te vencerán. Eso significa que debes

aprovechar todas las ventajas que tengas y la mayor de ellas consiste en ser invisible para ellos.

—Entonces, ¿por qué no la usas tú?

—Porque te la he dado a ti.

—Mierda de demonio —escupió ella—. Estuviste rebuscando en las alforjas como si no la hubieras visto en semanas. Apuesto a que no te la has puesto jamás.

—Esto no tiene nada que ver conmigo. Llevo en esto mucho más tiempo que tú, Ren. Te estás emborrachando de magia y eso no es seguro. Lo sé.

—¡Y eso no es la noche llamando negra a la oscuridad! —gritó ella—. Tú lo haces y estás bien.

—¡Por los engendros del Abismo, Renna, qué voy a estar bien! —bramó él en respuesta—. Pero si siento cómo me cambia mientras hablamos. La agresividad, el desprecio por la gente común... Así es como la magia me habla, la magia de los demonios. Un poco te hace fuerte, pero demasiado te convierte en feral. —El Protegido alzó una mano cubierta de cientos de diminutos grafos—. Lo que yo he hecho no es natural. Me da el aspecto de estar loco, pero lo cierto es que ya no creo que esté cuerdo. —Puso las manos sobre los hombros de Renna—. No quiero que te pase lo mismo que a mí.

Renna le cogió el rostro entre las manos.

—Gracias por preocuparte —le dijo. El sonrió e intentó bajar la mirada, pero ella le sostuvo el rostro y lo miró a los ojos—. Pero tú no eres ni mi padre ni mi marido y aunque lo fueras, mi cuerpo me pertenece y haré con él lo que desee. Ya no voy a vivir mi vida como les parezca bien a los demás. Seguiré mi propio camino de ahora en adelante.

Arlen frunció el ceño.

—¿Estás siguiendo tu propio camino o simplemente me acompañas en el mío?

Los ojos de Renna casi se le salieron de las órbitas y todos sus músculos clamaron por saltar sobre él, patearle, arañarle y morderle hasta que él... Pero sacudió la cabeza y respiró hondo.

—Déjame sola.

—Vuelve conmigo a la torre.

—¡Maldita sea tu estúpida torre! —chilló ella—. ¡Déjame sola, hijo del Abismo!

Arlen la miró durante un momento.

—De acuerdo.

Renna apretó los dientes y se negó a llorar hasta que él se marchó. Entonces se agachó y arrancó el cuchillo de los restos chamuscados del demonio. A pesar del enfrentamiento, el arma no estaba dañada y su piel todavía hormigueaba a su tacto con los restos de la magia mientras la limpiaba y la devolvía a su vaina sobre la cadera.

Permaneció allí un buen rato después de que Arlen se fuera mientras dos partes encontradas de sí misma luchaban en su interior. Una quería gritar y atacar durante la noche, buscar demonios para desahogar sobre ellos su rabia. La otra se preguntaba si él tenía razón y amenazaba con hacerla caer al suelo cubierta de lágrimas en cualquier momento.

Cerró los ojos y abrazó tanto la pena como la ira para alejarse a continuación de ambos sentimientos. La sorprendió lo poco que tardó en calmarse.

Arlen sólo estaba sobreprotegiéndola. A pesar de todo lo que había hecho, aún no confiaba en ella.

Más allá de sus sentimientos, algo en su interior la impulsó a afirmarse sobre sus pies y comenzar el primer sharukin y, a partir de ahí, fluir de un movimiento hacia el siguiente. Forzó sus músculos a memorizar las posturas con el fin de que pudiera realizarlas sin pensarlo siquiera.

Mientras las adoptaba, repasó los combates de esa noche, buscando mejoras que podía introducir.

Él podría ser el admirado Protegido para otros, pero Renna sabía que él era sólo Arlen Bales de Arroyo Tibbet y dejaría que el Abismo se la llevara si había algo que él pudiera hacer y ella no.

«Pues sí que lo he hecho bien», pensó el Protegido con sarcasmo mientras se alejaba de ella. No se fue muy lejos y se sentó contra un árbol, donde apoyó la espalda, y cerró los ojos. Sus oídos podían percibir el rasgueo que producían las orugas al comerse las hojas. Si ella le necesitaba, la oiría y acudiría.

Maldijo la ingenuidad infantil que le impidió ver a Harl como lo que era. Cuando Ilain se había ofrecido a su padre, había pensado que era malvada, pero ella sólo estaba haciendo lo que podía para sobrevivir, como él mismo había hecho en el desierto krasiano.

Y Renna... si él hubiera regresado con su padre en vez de huir cuando murió su madre, ella habría ido a la granja con ellos. De ese modo habría estado a salvo de Harl y hubiera evitado una sentencia de muerte. Los hijos de ambos ya serían mayores.

Pero él le había dado la espalda a Renna, desperdiciando otra oportunidad de ser feliz, el resultado había sido, además, que la vida de la chica se había convertido en un infierno.

Se había equivocado al llevarla con él. Había sido egoísta por su parte. La había condenado a llevar aquella vida sólo para mantener su propia cordura. Renna había escogido ese camino porque pensaba que no tenía nada que perder,

pero aún no era demasiado tarde para ella. Jamás podría regresar a Arroyo, pero podía llevarla a Hoya del Liberador y allí vería que aún quedaba buena gente en el mundo, gente que deseaba luchar sin perder a cambio las cosas que los hacían humanos.

Pero Hoya, aun tomando la ruta más directa, estaba a más de una semana de viaje desde la torre. Tenía que llevar a Renna a la civilización de forma inmediata, antes de que aquel ser salvaje en el que se estaba convirtiendo la poseyera por completo.

Pontón estaba a menos de dos días de viaje. Desde allí podrían ir a Paseo del Grillo, Angiers o Tocón del Granjero antes de llegar a Hoya. La obligaría a relacionarse con gente en cualquier ocasión que se le presentase y permanecerían despiertos durante el día, en vez de pasarse las mañanas durmiendo y las noches rastreando demonios, como venían haciendo desde hacía un tiempo.

Odiaba la idea de pasar tanto tiempo entre la gente, pero no había otra cosa que pudiera hacer. Renna era lo más importante. Si la gente veía sus grafos tatuados y comenzaba a hablar, que así fuera.

Euchor había mantenido su palabra de permitir que los refugiados cruzaran el Entretierras, pero con toda la cosecha de Rizón perdida y pasado el solsticio del verano, eran malos tiempos para todos. Pontón estaba cubierta a ambos lados del río por una creciente ciudad formada por las tiendas de los refugiados que se habían establecido al exterior de la ciudad propiamente dicha. Esta ciudad improvisada estaba mal protegida, y marcada por la miseria y la pobreza. Renna arrugó la nariz, disgustada, cuando la

atravesaron a caballo y él se dio cuenta de que la escena no ayudaba mucho a convencerla de lo equivocada que estaba al rechazar la civilización.

El número de guardias se había incrementado y contemplaron al Protegido y a Renna con desprecio cuando se acercaron a las puertas. No era sorprendente. El aspecto de Arlen jamás pasaba desapercibido pues iba siempre cubierto de la cabeza a los pies, incluso bajo el sol ardiente, y Renna, vestida de manera escandalosa con aquellos harapos y manchada con la tintura emborronada de la roya, ayudó poco a mejorar aquella impresión.

Sin embargo, el Protegido aún no había encontrado a ningún guardia que no se volviera hospitalario a la vista de una moneda de oro, y llevaba un buen montón de ellas en las alforjas. No tardaron en estar al resguardo de las murallas y ataron la montura en el exterior de una bulliciosa taberna. Eran las primeras horas de la tarde y la gente de Pontón regresaba a sus casas tras el día de trabajo.

—No me gusta estar aquí —dijo Renna y echó una ojeada a los cientos de personas que andaban por allí—. La mitad de la gente se muere de hambre y la otra mitad tiene cara de estar esperando que les robemos.

—No te preocupes —repuso él—. Necesito noticias y no podemos obtenerlas en mitad del monte. Nos adaptaremos a la ciudad durante una temporada. —La chica no pareció complacida ante la noticia, pero mantuvo la boca cerrada y asintió.

La posada estaba atestada a esa hora del día, pero buena parte de la actividad se centraba en la barra, de modo que el Protegido encontró una mesa pequeña en la parte de atrás. Ambos se sentaron y una camarera se les acercó tras un momento. Era joven y guapa, aunque sus

ojos mostraban una mirada triste y cansada. Llevaba el vestido bastante limpio, pero se veía usado. Por el color de su piel y sus rasgos se veía con claridad que era rizoniana, probablemente una de las primeras refugiadas que habían llegado a Pontón, por lo que había tenido la suerte de encontrar trabajo.

Al lado tenían una mesa muy ruidosa donde sólo se sentaban hombres.

—¡Oye, Milly, trae otra ronda! —gritó uno de ellos y le dio una sonora palmada en el trasero. Ella dio un saltito, cerró los ojos y respiró hondo antes de fingir una sonrisa y volverse a medias hacia los clientes.

—Tan seguro como es de día, chicos —les dijo, risueña.

Su sonrisa se esfumó cuando se volvió hacia ellos.

—¿Qué vais a tomar?

—Dos cervezas y la cena —pidió el Protegido—. Y una habitación, si os queda alguna.

—Sí hay —repuso la chica—, pero con tanta gente como pasa por aquí los precios son altos.

Arlen asintió y dejó una moneda de oro sobre la mesa. Los ojos de la chica casi se abrieron por la sorpresa. Probablemente no había visto oro de verdad en toda su vida.

—Esto cubrirá la comida y las bebidas de esta noche. Puedes quedarte con el cambio. Y ahora, ¿con quién tenemos que hablar para reservar una habitación?

La camarera recogió la moneda antes de que alguno de los clientes que les rodeaban la viese.

—Hablad con Mich, es el propietario —les dijo y señaló a un hombre grande, con las mangas de la camisa remangadas y un delantal blanco, que sudaba tras la barra mientras intentaba servir todas las jarras de cerveza que le

pedían. Cuando el Protegido se volvió, vio de reojo cómo la chica se metía la moneda en la parte delantera del vestido.

—Gracias.

La camarera asintió.

—En seguida os traeré las cervezas, Pastor. —Luego se inclinó y salió disparada.

—Quédate aquí y no te muevas mientras consigo una habitación —le dijo a Renna—. No tardaré mucho. —Ella asintió y Arlen se marchó.

Había bastante barullo en la barra, pues los hombres iban a la búsqueda de las últimas cervezas antes de retirarse tras sus grafos para pasar la noche. Tuvo que esperar detrás de toda la gente hasta poder atraer la atención del posadero, pero cuando el hombre miró en su dirección y el Protegido le mostró el brillo de una de sus monedas de oro, él acudió con rapidez.

Mich tenía el aspecto de haber sido corpulento en el pasado, pero ahora estaba gordo. Aun así, impresionaba lo suficiente como para meter en cintura a un cliente revoltoso, pero el éxito y la madurez parecían haberse llevado consigo la fuerza de su juventud.

—Una habitación —pidió el Protegido y le ofreció la moneda. Sacó otra del monedero y se la ofreció también—. Y noticias del sur, si las tenéis. Venimos de Arroyo Tibbet.

Mich asintió pero sus ojos se entrecerraron.

—No hay noticias de interés procedentes de ese lugar —admitió, inclinándose ligeramente para atisbar en el interior de la capucha del Protegido.

Éste dio un paso atrás y el tabernero inmediatamente se retiró a su vez, tras lo cual le echó una ojeada nerviosa a la moneda, temiendo que desapareciera.

—En estos días sólo se habla del sur, Pastor —comentó—, desde que las ratas del desierto se llevaron a la Herborista

de Hoya para casarla con su líder, el demonio del desierto.

—Jardir —gruñó Arlen y cerró el puño. Debería haberse deslizado a hurtadillas en el campamento krasiano y haberlo matado en el momento en que salieron del desierto. Una vez lo consideró un hombre de honor, pero había comprobado que sólo era una fachada para ocultar su ansia de poder.

—Lo que se dice por ahí es —continuó el hombre—, que fue por allí con la idea de matar al Protegido, pero que el Liberador se había largado y anda desaparecido.

La cólera hirvió en su interior y le quemó por dentro como si fuera bilis. Si Jardir le había hecho algún daño a Leesha, si había llegado a tocarla siquiera, lo mataría y mandaría a sus ejércitos de vuelta al desierto.

—¿Os encontráis bien, Pastor? —preguntó Mich. El Protegido le entregó la moneda que sostenía en su puño cerrado, retorcida por la presión, y se volvió sin esperar la llave de la habitación. Necesitaba regresar cuanto antes a Hoya.

En ese momento oyó a Renna gritar y después, un gemido de dolor.

Renna se quedó sin aliento cuando entraron en la posada. Jamás había visto un lugar en el que la gente se apretara de un modo tan incómodo. El barullo era sobrecogedor y el aire, fétido y caliente, estaba cargado del humo de las pipas y el sudor. Sintió que el corazón se le disparaba, pero cuando miró a Arlen, vio que él se mantenía erguido y con el paso firme y recordó quién era él. Quiénes eran ellos. Se enderezó a su vez y acogió las miradas de la gente con una fría indiferencia.

Oyó silbidos y abucheos de algunos de los hombres cuando la descubrieron, pero ella les devolvió una mirada airada y la mayoría apartaron los ojos con rapidez. Mientras se abrían paso a través de la multitud, sintió que una mano le daba una palmada en el trasero, pero cuando se volvió, aferrando el cuchillo con fuerza en la mano, no vio señal alguna del ofensor. Podría haber sido cualquiera entre una docena de hombres, todos los que simulaban en ese momento ignorarla de forma ostensible. Apretó los dientes y se apresuró a seguir a Arlen, pero escuchó una risa a su espalda.

Cuando el hombre de la mesa de al lado le dio la palmada en el trasero a la camarera, Renna sintió un violento acceso de cólera fluir por su interior como jamás lo había sentido antes. El Protegido simuló no verlo, pero ella le conocía bien. Como Renna, probablemente luchaba con el deseo de romperle el brazo al hombre.

Cuando Arlen se marchó para hablar con el tabernero, el hombre giró la silla para encararla.

—Creí que ese Pastor no se marcharía nunca —le dijo con una amplia sonrisa. Era un milnés alto, de espaldas anchas, con una hirsuta barba rubia y el pelo largo y dorado. Sus compañeros de la mesa se volvieron a mirar a Renna, sobando su piel desnuda con la mirada.

—¿Pastor? —inquirió ella, confusa.

—Esa carabina tuya con faldones —aclaró el hombre—. Me imagino que una chica tan guapa como tú necesita a un Hombre Santo que la escolte por ahí, ya que ningún otro hombre podría quitarte las manos de encima. —Entonces rebuscó por debajo de la mesa hasta hallar su muslo desnudo y lo acarició. Renna se envaró, aturdida por su audacia—. Me imagino también que eres mujer suficiente

para nosotros tres. Apuesto a que te has mojado sólo de pensarlo. —Y su mano subió por el interior de su falda.

Pero Renna ya había tenido suficiente. Metió las manos debajo la mesa y agarró su pulgar con la mano izquierda mientras presionaba con el nudillo de la derecha en la articulación entre el pulgar y el índice. La fuerza del hombretón se desvaneció mientras se le escapaba un jadeo de dolor; luego, con un giro sharusahk, le torció la muñeca y la colocó con firmeza sobre la mesa.

Donde le cortó la mano con el cuchillo.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par y durante un momento el tiempo pareció detenerse, pues ni él ni ninguno de sus compañeros reaccionaron. Entonces, de pronto, la sangre comenzó a manar de la herida y el hombre gritó mientras sus amigos se ponían en pie de un salto y las sillas caían hacia atrás.

La chica estaba preparada. De una formidable patada, mandó al hombre que aún gritaba contra uno de sus amigos y luego se subió de un salto a la mesa. Se agazapó con los pies bien separados y el cuchillo de su padre sujeto bajo el antebrazo, escondido a la vista de los mirones, pero preparado para rajar de arriba abajo a quien se atreviera a acercársele.

—¡¿Renna?! —gritó Arlen mientras la cogía por la espalda. Ella le dio una patada y se retorció mientras la bajaba de la mesa.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió Mich con voz exigente mientras avanzaba a empujones con un pesado garrote en la mano a través de la gente que se iba arremolinando.

—¡La bruja me ha cortado una mano! —chilló el milnés rubio.

—¡Suerte has tenido de que sólo te cortara eso! —bramó Renna sobre el hombro de Arlen—. ¡No tienes derecho a tocarme así! ¡No soy tu prometida!

El tabernero se volvió hacia ella, pero cuando captó la mirada de Arlen quedó mudo por la sorpresa. La capucha se le había caído hacia atrás mientras luchaba para sujetar a Renna y su piel tatuada había quedado al descubierto.

—El Protegido —susurró el hombre y el apelativo se repetía por todos lados conforme se extendía por la multitud.

—¡Liberador! —gritó uno.

—Es hora de irse —murmuró Arlen, cogiéndola del brazo. Ella mantuvo su paso mientras él empujaba para abrirse camino a los que no le cedían el paso por su propia voluntad. Se colocó de nuevo la capucha, pero una turba de tamaño considerable los siguió desde la taberna.

El Protegido aceleró el paso y la arrastró hasta los establos donde lanzó otra moneda de oro al cuidador y se dirigió hacia *Rondador Nocturno*.

Un momento más tarde se dirigían al galope hacia el exterior de la ciudad. Los guardias de la puerta intentaron detenerlos cuando la multitud que salía de la posada apareció a la carrera tras ellos, pero caía el sol y nadie osó seguirles hacia el ocaso.

—Por todos los engendros del Abismo, Ren, ¡no puedes ir por ahí cortándole las manos a la gente! —la reprendió Arlen cuando se detuvieron a pasar la noche en un claro no muy lejos de la ciudad.

—Se lo merecía —replicó ella—. Ningún hombre volverá a tocarme así a menos que yo quiera que lo haga.

El Protegido puso mala cara, pero no la volvió a recriminar.

—La próxima vez, rómpele el pulgar —contestó en su lugar—. Nadie te mirará dos veces por eso, pero después de lo que has hecho no podremos volver a Pontón en un tiempo.

—De todas formas me pareció odioso —repuso ella—. Este —y abrió los brazos como si quisiera encerrar la noche entre ellos—, éste es el lugar adonde pertenecemos.

Pero él sacudió la cabeza.

—Hoya del Liberador es adonde pertenezco y, debido a lo que me dijo el posadero antes de que tú cometieras esa estupidez, tengo que llegar allí en seguida.

Renna se encogió de hombros.

—Pues vayamos entonces.

—No sé cómo vamos a hacerlo cuando tú nos has impedido el acceso al único maldito puente que hay en Thesa —gritó Arlen—. El Entretierras es demasiado profundo para vadearlo y demasiado ancho para que *Rondador* pueda atravesarlo nadando.

La muchacha se miró los pies.

—Lo siento. No lo sabía.

Él suspiró.

—Ya está hecho, Ren. Ya se nos ocurrirá algo, pero vas a tener que cubrirte un poco cuando entremos en una ciudad. Está bien que lleves los grafos al descubierto durante la noche, pero tanta carne desnuda pone malas ideas en la cabeza de los hombres que te miran a la luz del día.

—En todas las cabezas menos la tuya, según parece —masculló ella entre dientes.

—Todo lo que ellos ven es piernas desnudas y escote —replicó él—. Yo veo a una chica borracha de sangre que

piensa más con el cuchillo que con la cabeza.

Los ojos de Renna se abrieron como platos.

—¡Hijo del Abismo! —chilló y se arrojó contra él, con el arma en la mano. Arlen se deslizó hacia un lado sin esfuerzo, la agarró de la muñeca y se la torció hasta que soltó el cuchillo. Luego le puso la mano en el codo y usó su propio impulso para derribarla de espaldas al suelo.

Renna intentó ponerse en pie, pero él cayó sobre ella y la sujetó por las muñecas. Renna intentó darle una patada en la entrepierna, pero Arlen adivinó el movimiento y colocó las rodillas sobre sus muslos, después se dejó caer con todo su peso. La fuerza mágica que había adquirido durante la noche se había disipado, como sucedía siempre, y no podía sacárselo de encima. Chilló y se debatió salvajemente.

—¡He dicho lo que tenía que decir! —rugió—. ¡Para de una vez!

—¿No era esto lo que querías? —gritó ella en respuesta —. ¿Alguien que no te retrasara? ¿Alguien que no tuviera miedo de la noche? —Tiró con fuerza para soltarse, pero los brazos de Arlen parecían de hierro. Tenían los rostros a apenas unos centímetros el uno del otro.

—Yo no quería nada, Ren —repuso él—, sólo sacarte de la situación en la que estabas. No quería hacer que... te gustara.

Ella dejó de luchar.

—Sólo has hecho que me vea a mí misma tal como soy. Todo lo demás lo he hecho porque yo he querido. Si mañana me dejas, seguiré pintándome la piel. No voy a volver a una prisión ahora que sé lo que es la libertad.

El Protegido aflojó la presión, de manera que ella podría haberse liberado de un tirón si hubiera querido, pero había algo en los ojos de Arlen, un destello de comprensión que no había visto antes.

—Me acuerdo de la noche en que jugamos a los besos en el pajar cuando yo era niña. Creí que ese beso era una promesa y lo sentí en mis labios durante muchos años después, mientras esperaba a que regresaras. Siempre pensé que lo harías. No besé a otro hombre salvo a Cobie Fisher y eso sólo fue para huir de mi padre. Cobie era un buen hombre, pero no lo amaba más que él a mí. Apenas nos conocíamos el uno al otro.

—Tampoco me conocías a mí cuando éramos niños —replicó Arlen.

Ella asintió.

—Tampoco sabía entonces lo que era prometerse o que lo que hacían Lainie y papá estaba mal. No entendía muchas cosas que ahora sí entiendo. —Renna sintió cómo asomaban las lágrimas a sus ojos y no tuvo otra alternativa que dejarlas correr—. Ya he visto lo que eres y cómo vives. No me hago falsas ilusiones. Pero puedo ser una buena esposa para ti. Quiero hacerlo, quiero ser tuya.

Él la miró sin decir nada, pero sus ojos hablaban por sí solos. Se inclinó aún más y sus narices se tocaron suavemente. Ella sintió un estremecimiento bajarle por la espalda.

—Algunas veces aún siento ese beso —susurró ella, cerró los ojos y entreabrió los labios. Durante un momento estuvo segura de que Arlen la besaría, pero entonces él la soltó y se apartó de ella. Renna abrió los ojos, confundida, y lo vio de pie y dándole la espalda.

—No sabes tanto como crees, Ren.

Ella quería gritar de pura frustración, pero la tristeza del tono de su voz la calmó. De repente, soltó un jadeo de asombro y se puso de rodillas.

—¡Por el Creador! ¡Ya estás casado!

Sentía que no podía respirar.

Pero el Protegido se volvió a mirarla y se echó a reír. No las risotadas educadas con las que solía responder a una broma, o ese sonido cruel que emitía cuando quería hacer daño, sino una risa plena que sacudía su cuerpo de tal modo que tuvo que poner una mano sobre Rondador para sostenerse. Renna sintió cómo desaparecería la opresión en su pecho al comprender que aquel sonido era una negación a sus miedos. Algo se liberó también en su interior y pronto se unió a él en su incontrolable ataque de risa. Estuvieron así un buen rato y la tensión entre ellos se desvaneció cuando finalmente todo quedó en algunas risitas esporádicas antes de quedar callados.

Renna se puso en pie y puso una mano en el brazo de Arlen.

—Si hay algo que no sepa, cuéntamelo.

Él la miró y asintió. Una vez más se apartó de su contacto y se alejó unos cuantos pasos con los ojos fijos en el suelo.

—Aquí —dijo al cabo del rato, dando una patada en el suelo— hay un camino que lleva directo al Abismo.

Ella se acercó y miró con sus ojos protegidos. Efectivamente, una neblina surgía de aquel lugar como el humo de una pipa y se arremolinaba en torno a sus pies.

—Puedo sentirlo, tira de mí hacia el Abismo. Me llama, Ren. Como mi madre a la hora de cenar, me llama y si yo quisiera... —Comenzó a disiparse como si fuera un fantasma... o un abismal.

—¡No! —gritó Renna, intentando sujetarle, pero sus manos lo atravesaban.

El Protegido se solidificó después de un momento y Renna dejó escapar un suspiro de alivio, aunque los ojos de él aún estaban llenos de tristeza.

—Los tatuajes no son el motivo por el cual no puedo llevar una vida normal, Ren. A esto es a lo que lleva absorber demasiada magia. Ahora soy más demonio que humano y, siendo sincero, cada mañana me pregunto si ése va a ser el día en que el sol me prenda fuego por fin.

Renna sacudió la cabeza.

—No eres ningún demonio. Los demonios no se preocuparían por Hoya del Liberador, o por Arroyo Tibbet. A un demonio no le importaría que vaciaran a una chica, ni abandonaría su vida anterior durante meses para intentar ayudarla.

—Quizá. Pero sólo un demonio le pediría a esa chica que se convirtiera en uno.

—Tú no me has pedido nada —afirmó ella—. Ahora tomo mis propias decisiones.

—Entonces, tómate tu tiempo y hazlo con cuidado porque éste es un camino que no tiene vuelta atrás.

12

La alegría de la batalla
Verano del 333 d.R.

Rojer le había dicho a todo el mundo que prefería practicar con su violín en las grandes escalinatas de la mansión antes que en su propia ala, porque ese preciso lugar tenía una acústica perfecta. En cierto sentido era verdad, pero el motivo real era que había escogido aquel sitio porque permitía una visión perfecta de la puerta que daba a las habitaciones de Amanvah y Sikvah. No había visto a las chicas en tres días.

No sabía por qué le preocupaba. ¿En qué estaría pensando al defender a Sikvah cuando tenía la excusa perfecta para rechazarlas a las dos? ¿Cómo había podido permitir que se quedaran después de que hubieran intentado matar a Leesha? ¿Realmente estaba considerando convertirse en el yerno del demonio del desierto? La idea del matrimonio siempre le había aterrado y en los últimos años había abandonado docenas de veces

las aldeas de forma precipitada para evitar que le pusieran ese dogal al cuello.

«El matrimonio es la muerte de tu carrera —había dicho siempre Arrick—. Las mujeres siempre están deseosas de acostarse con los Juglares y nosotros les hacemos el favor. Pero una vez estás prometido, de repente, todas aquellas cosas que las atraían de ti al principio tienen que cambiar. No quieren que viajes más, ni que actúes todas las noches o a horas intempestivas. Después quieren saber por qué siempre escoges a una chica guapa para hacer el número de los cuchillos. Y antes de que te des cuenta, eres un maldito carpintero y puedes darte por contento si te dejan cantar el Séptimo día. Duerme en todas las camas que quieras, pero ten tus cosas empaquetadas a mano y sal pitando en cuanto oigas la palabra "compromiso".»

Aun así, había acudido al rescate de Sikvah sin pensarlo, e incluso ahora, la maravillosa armonía de sus voces seguía resonando dentro de su cabeza. El deseo de unirse a ese todo armónico era casi doloroso y cuando pensaba en el modo en que sus ropas habían caído al suelo, sentía otra clase de deseo, con una intensidad que no había sentido por ninguna otra mujer, aparte de Leesha.

Pero ella no le quería y Arrick había muerto borracho y solo.

Las mujeres de Abban entraban y salían de la habitación, llevando comida y sacando orinales, pero la puerta no se abría jamás más de un dedo y siempre se cerraba de golpe, antes de que pudiera ver lo que pasaba en el interior.

Esa noche en la alagai'sharak, Rojer no despegó sus ojos nerviosos de Jardir. Kaval había hecho que Gared y Wonda lucharan con lanza y escudo junto con los demás dal'Sharum y se habían desempeñado bastante bien. El Leñador era demasiado torpe para la sharusahk, pero no

había nadie más fuerte a la hora de presionar con el escudo y nadie llegaba más lejos que él con la lanza al atacar desde el muro de escudos protegidos.

Pero Rojer sentía claramente su ausencia mientras Leesha, Jardir y él seguían la pelea escoltados por varias Lanzas del Liberador, incluso aunque Rojer los mantuviera envueltos en su música y los demonios no se acercaran. Antes o después, Jardir querría saber cuáles eran sus intenciones hacia su hija y su sobrina y era evidente que si su respuesta no era satisfactoria, tendría que enfrentarse solo a la violencia y la muerte. A la suya.

Pero el krasiano sólo tenía ojos para Leesha y se ocupaba de ella como un hombre realmente enamorado. Claro que eso no hacía más fácil pasar el tiempo con él, especialmente cuando sorprendió a la Herborista devolviéndole las mismas miradas. Rojer no era tonto. Sabía lo que eso significaba aunque ni ella misma lo supiera.

El Juglar dejó escapar un suspiro de alivio cuando terminó la batida y fueron devueltos a la ciudad. Estaba agotado. Sentía los dedos entumecidos de tocar y le dolían todos los músculos. Estaba bañado en sudor y envuelto en una grasienta capa de hollín procedente de la quema de los demonios.

Tampoco ayudaba el hecho de que Gared y Wonda, revitalizados por la magia demoníaca, parecieran acabar de saltar de la cama en vez de estar a punto de volver a ella. Rojer jamás la había probado. Después de haber visto cómo el Protegido se disipaba y oírle hablar de deslizarse hacia el Abismo, la magia de los demonios le aterrorizaba. Era mejor mantenerlos a distancia con la música y arrojarles cuchillos.

Sin embargo, después de un año en Hoya del Liberador, los efectos de la magia en aquellos que tomaban parte

regularmente en la lucha eran obvios. Eran más fuertes, más rápidos, jamás enfermaban o se cansaban. Los más jóvenes crecían más deprisa y los ancianos envejecían más despacio. Rojer, en cambio, estaba a punto de desplomarse.

Se arrastró hasta su dormitorio con el deseo de hundirse en el olvido durante unas cuantas horas y al llegar vio que las lámparas de aceite krasianas estaban encendidas, aunque él las había apagado al marcharse.

Había una jarra de agua fresca en su mesilla de noche, junto con una rebanada de pan que aún estaba tibia al tacto.

—También he hecho que Sikvah os prepare un baño, prometido —dijo una voz detrás de él. Rojer dio un grito del susto y se volvió repentinamente, mientras los cuchillos arrojadizos caían sobre sus manos, pero sólo se trataba de Amanvah, y de Sikvah, arrodillada detrás de ella y junto a una gran bañera humeante.

—¿Qué estáis haciendo en mi habitación? —les preguntó. Les ordenó a sus manos que guardaran los cuchillos pero ellas se negaron a ello.

Amanvah se arrodilló con un gesto gracioso, casi ritual, y tocó el suelo con la frente.

—Perdonadme, prometido. He estado... indispuesta últimamente y he dependido por completo de Sikvah para recuperarme. Siento un profundo dolor en mi corazón por no haber podido ocuparme de vos.

—Ah, vale... esto... no te preocupes —repuso él e hizo que los cuchillos se desvaneciesen en el interior de sus mangas—. No necesito nada.

Amanvah olisqueó el aire.

—Con vuestro permiso, prometido, necesitáis un baño. Mañana comienza el Creciente y debéis estar preparado Rojer.

—¿El Creciente? —preguntó Rojer.

—La luna nueva —aclaró ella—, cuando se dice que el príncipe de los demonios, el Alagai Ka, anda suelto. Un hombre debe disfrutar de unos días luminosos en el Creciente para poder soportar luego las noches más oscuras del ciclo.

Rojer pestañeó.

—Eso es muy bonito. Alguien debería escribir una canción sobre ese tema. —De hecho, ya estaba pensando en qué melodías le irían bien.

—Con vuestro permiso, prometido —intervino Amanvah —, pero ya hay muchas. ¿Queréis que os cantemos una mientras os bañamos?

El Juglar tuvo una visión repentina en la que ambas le estrangulaban en el baño, desnudas y cantando. Se echó a reír, nervioso.

—Mi maestro me enseñó que me cuidara de todo aquello que fuera demasiado bueno para ser verdad.

La muchacha inclinó la cabeza a un lado.

—No os entiendo.

Él tragó saliva con dificultad.

—Quizá sea mejor que me bañe solo.

Las chicas dejaron escapar unas risitas detrás de sus velos.

—Vos nos habéis visto ya sin ropa, prometido —dijo Sikvah—. ¿Os da miedo que os veamos así?

Rojer enrojeció.

—No es eso, es que yo...

—No confiáis en nosotras —comentó Amanvah.

—¿Hay alguna razón por la que debería hacerlo? —la recriminó él—. Ambas simuláis ser muchachas ingenuas que no habláis una palabra de thesano, pero luego intentáis asesinar a Leesha y resulta que habéis entendido todas y

cada una de las palabras que hemos dicho. ¿Cómo sé yo que no hay hoja negra en esa bañera?

Ambas posaron las frentes de nuevo en el suelo.

—Si eso es lo que sentís, matadnos entonces, prometido —dijo la dama'ting.

—¿Qué? No pienso matar a nadie.

—Estáis en vuestro derecho —replicó ella— y no merecemos otra cosa por nuestra traición. Es el mismo destino al que nos enfrentaremos si nos rechazáis.

—¿Os matarán? ¿Siendo sangre del mismísimo Liberador?

—La Damajah nos matará por fallar al envenenar a la señora Leesha, o el Shar'Dama Ka lo hará por intentarlo. Si no estamos seguras en estas habitaciones, no estamos seguras en ninguna parte.

—Aquí estáis a salvo, pero eso no quiere decir que sea necesario que me bañéis.

—Mi prima y yo jamás hemos querido acarrearos ningún deshonor, hijo de Jessum —continuó Amanvah—. Si no nos queréis como esposas, acudiremos a nuestros padres y confesaremos.

—Yo... no sé si puedo aceptar eso.

—No tenéis por qué aceptar nada esta noche —intervino Sikvah—, salvo una canción del Creciente y un baño. —Las dos krasianas se bajaron los velos y comenzaron a cantar con unas voces no menos hermosas de cómo las recordaba. Rojer no entendía las palabras, pero el tono hechicero retrataba bien el valor de la fuerza ante la noche más oscura. Las muchachas se pusieron en pie, acudieron a su lado y le guiaron con suavidad hacia la bañera, mientras le quitaban las ropas. Pronto estuvo desnudo y sentado en el agua humeante; el delicioso calor ahuyentó el dolor de sus músculos. Las chicas tejieron a su alrededor un velo de

música tan hipnótico como cualquiera de los que él había lanzado contra los demonios.

Sikvah hizo un gesto con los hombros y sus negras ropas de seda cayeron al suelo ante ella. A Rojer se le escapó un jadeo de asombro cuando la muchacha se volvió para soltar las vestiduras de Amanvah.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó cuando Sikvah entró en la bañera para sentarse frente a él, seguida por su prima.

—Bañaros, por supuesto —aclaró la dama'ting y continuó cantando mientras vertía cuencos de agua caliente sobre la cabeza del Juglar y Sikvah cogía un cepillo y un trozo de jabón.

La krasiana era firme y eficiente y restregó el polvo y la sangre de su piel a la vez que masajeaba sus músculos doloridos, pero él apenas lo notó, pues había cerrado los ojos y estaba borracho de sus voces y de las sensaciones de su piel, hasta que las manos de Sikvah se hundieron bajo el agua y dio un respingo.

—Shhh —susurró Amanvah rozándole la oreja con sus suaves labios—. Sikvah ya ha conocido varón y ha sido entrenada en el baile de almohada. Deja que sea nuestro regalo del Creciente para ti.

El Juglar no sabía lo que significaba con exactitud «baile de almohada», pero se lo imaginaba bastante bien. Los labios de Sikvah buscaron los suyos y él jadeó cuando ella se subió a su regazo.

Leesha no se había dado cuenta de que el dormitorio de Rojer se encontraba justo debajo del suyo hasta que no oyó los gritos de Sikvah. Al principio pensó que la chica se quejaba de algo y se sentó de golpe, preparada para coger su delantal, pero de pronto comprendió la naturaleza de los sonidos.

Intentó dormir de nuevo, pero a pesar de lo indiscreto de la situación ni la chica ni el Juglar parecían estar dispuestos a ser discretos. Se puso una almohada sobre los oídos, pero el ruido se saltó incluso aquella barrera.

No le sorprendía, la verdad. De algún modo, lo que le extrañaba era que hubiese tardado tanto. La situación de Sikvah, tras la insistencia de Inevera en hacerla pasar por una prueba de virginidad, le había escamado bastante. Era muy fácil jugar con los sentimientos caballerosos de Rojer, una forma muy conveniente de tentarlo para que las aceptara como novias. El Juglar, después de todo, sólo era un hombre.

Resopló, pues sabía que eso sólo era la mitad de la historia. La Damajah también había jugado con ella.

Lo cierto era que, aunque no aprobaba la costumbre de tener más de una esposa, pensaba que Rojer podría ser una buena influencia para las chicas y que quizá las responsabilidades de un marido le ayudarían a madurar a él también. Si era eso lo que él quería...

«Pero aunque sea así, no me apetece escucharle», pensó y se levantó de la cama. Anduvo por el vestíbulo a la búsqueda de uno de los muchos dormitorios vacíos de su piso. Cuando encontró uno, se hundió con agradecimiento entre las sábanas y esperó dormirse con rapidez, pero los sonidos la habían alterado y habían devuelto a su mente ciertas imágenes. Jardir, sin camisa, con el torso musculado y la piel cubierta de grafos. Se preguntó si hormiguearían al tocarlos, como sucedía con los de Arlen.

Al final cayó en un sueño intranquilo lleno de imágenes apasionadas. Revivió la noche en que ella y Gared habían retozado juntos al calor de la chimenea en el salón de sus padres. Los ojos lobunos de Marick. La sensación ardiente de los besos y el abrazo de Arlen.

Pero tanto Marick como Gared la habían traicionado y Arlen la había rechazado. El sueño se convirtió en una pesadilla cuando la asaltaron las imágenes, más detalladas que nunca, de aquella tarde en el camino, cuando tres hombres la sujetaron. Escuchó de nuevo sus burlas y sus bromas, sintió otra vez cómo le tiraban del pelo y revivió lo que le habían hecho. Eran cosas que había bloqueado en su mente, pues sabía que eran espantosas. Y durante todo aquel tiempo, pudo sentir de nuevo sobre sí la mirada burlona que Inevera le había dedicado durante el azotamiento de aquellos guerreros.

Se despertó con el corazón galopándole en el pecho. Sus manos temblaban a la búsqueda de algo con lo que defenderse, pero estaba sola.

Cuando se calmó, el miedo desapareció, reemplazado por una violenta cólera. «Aquellos hombres me quitaron algo en el camino, pero que me lleve el Abismo si les permito que me lo quiten todo.»

La Herborista sintió la incomodidad de la pintura y los polvos en el rostro mientras se probaba lo que parecía el centésimo vestido y cuidaba a la vez de su elaborado peinado para que no se estropeara.

Jardir iba a ir a cortejarla. Le había enviado el mensaje esa mañana de que deseaba verla por la tarde para continuar con la lectura del Evejah como habían hecho durante el camino, pero nadie se engañaba respecto a lo que realmente quería.

Shamavah, la Primera Esposa de Abban, había llevado docenas de vestidos para que se los probase, realizados en una seda krasiana más suave que la piel de un bebé, de

colores brillantes y corte algo escandaloso. Elona y ella la vestían como si fuera una muñeca, haciéndola desfilar ante los espejos alineados en las paredes mientras discutían sobre qué cortes la favorecían más. Wonda la observaba con diversión y quizá se sintió compensada por el trato parecido que había sufrido a manos de las costureras de la duquesa Araine.

—Esto es demasiado incluso para mí —comentó Elona acerca de la última elección.

—Quieres decir que es demasiado poco —comentó Leesha. El vestido era prácticamente transparente, como le habría gustado a Inevera. Necesitaría uno de los gruesos chales de Bruna para sentirse medio decente.

—No se lo des todo a la primera —admitió Elona—. Será mejor que trabaje un poco para ganarse algo más que un vistazo. —Escogió un vestido más opaco, pero la seda aún se le pegaba al cuerpo de un modo que la hacía sentir desnuda. Se estremeció y se dio cuenta de por qué esa moda no era tan popular en el norte como en el desierto.

—Tonterías —dictaminó Shamavah—. La señora Leesha tiene un cuerpo que puede rivalizar incluso con el de la Damajah. Dejemos que el Shar'Dama Ka vea lo que no podrá tener hasta que firme el contrato de boda. —Alzó un trozo de tela tan diáfano y ligero que Leesha se preguntó si debía tomarse la molestia de vestirse.

—Ya está bien —les espetó a ambas. Se sacó el vestido que Elona había escogido por la cabeza y lo arrojó al suelo. Cogió una toalla y comenzó a limpiarse las pinturas y los polvos que Shamavah le había aplicado en el rostro mientras su madre la miraba por encima del hombro y discutía con la mujer sobre el color.

—Wonda, ve y tráeme mi vestido azul —ordenó la Herborista. Su tono hizo que la sonrisa se esfumara del

rostro de la chica y salió disparada.

—¿Esa cosa vieja y sosa? —preguntó Elona—. Pareces...

—Yo misma —la cortó Leesha—, no una puta angiersina pintarrajeada. —Ambas mujeres parecían a punto de protestar, pero las miró con expresión furiosa y parecieron reconsiderarlo.

—Al menos déjate así el pelo —le pidió su madre—. He trabajado toda la mañana en tu peinado y no creo que te mate ir guapa.

Leesha se volvió y admiró el trabajo que su madre había hecho con su espesa cabellera negra, que bajaba en una cascada de ondas por su espalda, y le dejaba un flequillo rebelde sobre la frente. Sonrió.

Wonda regresó con el vestido azul de Leesha, pero ella lo miró y chasqueó la lengua.

—Creo que he cambiado de idea, trae el vestido que me pongo para las fiestas. —Después le dedicó un guiño a su madre—. No hay motivo para no estar guapa.

La Herborista caminaba de un lado para otro de sus habitaciones mientras esperaba a que apareciera Jardir. Había enviado fuera a las otras mujeres, pues su charla la ponía más nerviosa aún.

Se oyó un golpe en la puerta y Leesha hizo una rápida comprobación en el espejo, metió el estómago para adentro y se recolocó el escote antes de abrir.

Pero no era Jardir el que aguardaba al otro lado de la puerta, sino Abban, con los ojos bajos, una botella muy pequeña en las manos y un vaso aún más diminuto.

—Un regalo para dar valor —le dijo al ofrecerle ambos objetos.

—¿Qué es? —preguntó ella mientras abría la botella y la olisqueaba. Arrugó la nariz—. Huele como algo que yo usaría para desinfectar una herida.

El mercader se echó a reír.

—No me cabe duda de que se habrá usado para eso más de una vez. Se llama couzi, una bebida que mi gente toma a menudo para calmar los nervios. Lo usan incluso los dal'Sharum, les da valentía cuando se pone el sol.

—¿Se emborrachan antes de salir a luchar? —preguntó la Herborista con incredulidad.

El mercader se encogió de hombros.

—Hay una cierta... claridad en el aturdimiento que proporciona el couzi, señora. Una copa, y os sentiréis relajada y tranquila. Dos, y tendréis el valor de un Sharum. Con tres, seréis capaz de bailar al borde del abismo de Nie sin caer en él.

Leesha alzó una ceja, pero la comisura de sus labios se curvó en una sonrisa.

—Bueno, quizá una —dijo ella, llenando la pequeña copa —. No me vendrá mal sentirme un poco más relajada en este momento. —Puso los labios sobre el borde y se bebió el contenido de un solo trazo. Al instante estuvo tosiendo por la quemazón.

Abban se inclinó.

—Cada copa es más fácil que la anterior, señora. —Se marchó y la Herborista se sirvió una segunda copa. Era cierto que la segunda bajó con más suavidad.

La tercera sólo sabía a canela.

Abban tenía razón respecto al couzi. Leesha sentía que le envolvía como si fuera una capa cubierta de grafos, pues

la abrigaba y protegía a la vez. Las voces enfrentadas que había en su mente se callaron y en ese silencio había una claridad como jamás había conocido.

Hacía calor en la habitación, incluso con aquel traje de escote tan bajo. Leesha se abanicó los pechos y notó con diversión las miradas furtivas que Jardir le lanzaba mientras intentaba fingir desinterés.

El Evejah esperaba abierto entre ellos mientras yacían sobre almohadones de seda, pero él no había leído ni un solo pasaje desde hacía un buen rato. Hablaron de otras cosas; de cómo había mejorado su habilidad lingüística, de la vida de él en el Kaji'sharaj y del aprendizaje de ella con Bruna, además de cómo la madre de Jardir había sido marginada por tener demasiadas hijas.

—Mi madre tampoco estaba contenta por haber tenido sólo una hija.

—Una hija como vos vale por una docena de hijos —contestó Jardir—. Pero ¿qué hay de vuestros hermanos? Que ahora estén con Everam no disminuye su valor.

Leesha suspiró.

—Mi madre mintió respecto a eso, Ahmann. Yo soy su única hija y no tengo dados mágicos con los que prometerte hijos. —Mientras hablaba, sintió que se quitaba un peso de encima. Quería que la conociera de verdad, a ella, y por eso tampoco quería ropas excesivas.

El krasiano la sorprendió con un encogimiento de hombros.

—Que sea la voluntad de Everam. Incluso aunque tengas tres hijas en primer lugar, las querré y mantendré la fe en los hijos que vengan después.

—Tampoco soy virgen —soltó ella de pronto y contuvo la respiración.

Jardir la miró durante un buen rato y la Herborista se preguntó si no habría hablado de más. Pero ¿acaso su virginidad era asunto suyo?

Pero a sus ojos lo era y la mentira de su madre pesaba sobre los dos como si la hubiera dicho ella misma, pues la había confirmado con su silencio.

Jardir miró a un lado y a otro como si quisiera comprobar que estaban realmente a solas y después se inclinó, para acercarse a ella hasta que sus labios prácticamente se tocaron.

—Yo tampoco —susurró él y ella se echó a reír. Ahmann rió con ella y su risa sonó sincera.

«Cásate conmigo —suplicó él.

Leesha resopló.

—No entiendo qué necesidad tienes de una esposa más, cuando ya tienes...

—Catorce —apuntó él y movió la mano en un gesto despectivo como si no fueran nada—. Kaji tuvo mil.

—¿Recuerda alguien el nombre de la esposa número quince? —preguntó ella.

—Shannah vah Krevakh —afirmó Jardir sin vacilar—. Se dice que su padre robó sombras para hacer su pelo y que de su vientre proceden los primeros Batidores, invisibles durante la noche, aunque siempre vigilantes al lado de su padre.

La Herborista entrecerró los ojos.

—Te lo estás inventando.

—¿Me besarás si es cierto?

Ella simuló reflexionar respecto al asunto.

—Sólo si puedo abofetearte si me has engañado.

Ahmann sonrió y señaló el Evejah.

—Todas las mujeres de Kaji están anotadas aquí, para que sus nombres sean honrados durante toda la eternidad.

Algunas de las entradas son bastante exhaustivas.

—¿Están apuntadas las mil? —preguntó ella, incrédula.

Jardir le guiñó un ojo.

—Los registros no comienzan a acortarse hasta que llegan a la número cien. —Leesha esbozó una sonrisa desafiante y cogió el libro—. Página doscientas treinta y siete —le indicó Jardir—, línea octava. —Ella pasó las páginas hasta llegar a la correcta—. ¿Qué dice? —preguntó él.

La Herborista aún tenía dificultades para entender buena parte del texto, pero Abban le había enseñado el sonido de las palabras escritas.

—Shannah vah Krevakh —leyó. Luego continuó con el pasaje completo e hizo un gran esfuerzo para imitar el acento musical de la lengua krasiana.

Él sonrió.

—Es una gran alegría para mi corazón el oírte hablar mi idioma. Yo también estoy escribiendo mi historia. El Ahmanjah, caligrafiado con mi propia sangre como hizo Kaji con el Evejah. Si temes que se te olvide, dime que serás mía y escribiré una duna entera para ti.

—Todavía no sé lo que quiero ser —repuso ella con sinceridad. La sonrisa de Jardir comenzó a desvanecerse, pero ella se inclinó hacia delante y sonrió a su vez—. Pero te has ganado tu beso. —Sus bocas se encontraron y un estremecimiento más poderoso que el de cualquier magia recorrió a Leesha.

—¿Qué pasa si entra tu madre? —preguntó Jardir que se había apartado al ver que ella no hacía esfuerzo alguno por romper el abrazo.

Leesha le tomó el rostro entre las manos y lo atrajo de nuevo hacia sí.

—He atrancado la puerta —le dijo y entreabrió de nuevo los labios.

Leesha era una Herborista. Una estudiosa de la ciencia del viejo mundo, y le gustaba llevar sus propios experimentos a cabo. Por encima de todas las cosas, amaba aprender algo nuevo, tanto si era sobre hierbas, protección o lenguas extranjeras, y no había habilidad que practicara en la que no introdujera sus propias innovaciones.

Y así fue cómo aquel día en su cama, cuando se quitaron las ropas, la Herborista que había pasado la última década y media aprendiendo a curar cuerpos, finalmente aprendió cómo hacerlos cantar.

Jardir parecía estar de acuerdo cuando se separaron, sudorosos y jadeantes.

—Has avergonzado incluso a las bailarinas de almohada, las jiwah'Sharum.

—Deben de ser los años de pasión reprimida —comentó ella y estiró la espalda perezosamente, sin avergonzarse por su desnudez. Jamás se había sentido tan libre—. Tienes suerte de ser el Shar'Dama Ka. Un hombre menos valeroso no habría sobrevivido.

El krasiano se echó a reír y la besó.

—He nacido para la guerra y combatiré en esta batalla jubilosa contigo cientos de veces si es necesario. —Después se puso en pie y le dedicó una profunda reverencia—. Pero me temo que el sol se está poniendo y debemos participar en otra batalla. Esta noche es la primera del Creciente y los alagai se habrán fortalecido.

Leesha asintió y ambos se vistieron a desgana. Él cogió la lanza y ella su delantal con bolsillos.

Nadie les dijo nada cuando se encontraron con Gared, Wonda y Rojer en el patio, así como con las Lanzas del Liberador. La Herborista se sentía diferente y estaba segura de que era algo evidente para los demás, pero no dieron muestra alguna de haberlo detectado.

A Leesha le costó concentrarse durante la alagai'sharak al estar cerca de Jardir. El parecía sentirse de la misma manera y no se apartó de su lado mientras ella inspeccionaba y curaba las pocas heridas menores que sufrieron los curtidos combatientes.

—¿Puedo ir a leerte mañana de nuevo? —le preguntó él cuando hubo terminado la batalla. Durante las horas siguientes le seguirían necesitando, pero los hoyenses ya podían regresar al Palacio de los Espejos.

—Puedes venir a leerme todos los días, si así lo deseas —repuso ella y los ojos de Jardir se iluminaron ante la perspectiva.

El príncipe de los abismales mantuvo una distancia respetuosa mientras observaba al heredero y a sus hombres matar a los demonios menores. El mentalista había estado observando al heredero cada ciclo desde hacía tiempo y, como había temido, era un unificador. Estaba claro que no era consciente de las capacidades de la lanza y la corona de hueso de demonio, pero aun así, su poder seguía creciendo y los esclavos humanos estaban organizándose hasta convertirse en algo más que una simple inconveniencia. Ya sería difícil matar al heredero, pero incluso aunque tuviera éxito, había muchos otros que podrían tomar su lugar.

Pero la hembra norteña era una nueva variable, una debilidad en la armadura del heredero. Su mente no estaba protegida y sabía mucho acerca del heredero y de aquel otro que su hermano había detectado en el norte.

Cuando ella se separó de los demás, el mentalista la siguió.

Ya de regreso en el palacio, Leesha prácticamente subió volando las escaleras hasta sus habitaciones.

—¿Qué te ha entrado? —le preguntó Wonda.

—Nada que no te haya entrado a ti también, según parece —Wonda la miró sin comprender y ella se echó a reír—. Vete a la cama. El instructor Kaval aparecerá por aquí dando voces antes de que te hayas dado cuenta.

—Kaval no es tan malo —repuso ella, pero hizo lo que le dijo.

La Herborista caminó de puntillas por delante de la puerta de las habitaciones de su madre y rezó para que la mujer tuviera al menos la decencia de esperar hasta el día siguiente para interrogarla. Le dio gracias al Creador cuando consiguió pasar y encerrarse en el dormitorio donde ella y Jardir habían hecho el amor.

Sola al fin, la amplia sonrisa que había estado reprimiendo a lo largo de toda la noche afloró a su rostro.

Y entonces le taparon la cabeza con una capucha.

Intentó gritar, pero alguien tiraba de una cuerda situada en la base de la capucha y no la dejaba respirar, de modo que su grito se convirtió en un jadeo ahogado. Una mano fuerte le sujetó las suyas a la espalda y usaron la misma cuerda para atárselas. Su asaltante la golpeó entonces en el hueco de las rodillas y le ató los tobillos con la misma

cuerda cuando ella cayó al suelo. Al principio, Leesha intentó debatirse pero cada movimiento sólo servía para apretar más la cuerda que le rodeaba la garganta, así que no tardó en calmarse para evitar estrangularse a sí misma.

Notó cómo la colocaban sobre unas espaldas y la llevaron hacia una ventana. Comenzó a temblar en el frío aire de la noche cuando la sacaron y la hicieron descender por una escalerilla. No hicieron ruido alguno, pero por el modo en que se balanceaba la escalera comprendió que sus captores eran al menos dos.

El hombre que cargaba con ella no dio muestras de fatiga por su peso y corrió por las calles con la respiración y los latidos del corazón constantes. Leesha intentó no desorientarse pero le resultó imposible. La subieron por unos cuantos tramos de escaleras y luego entraron en un edificio, dentro del cual recorrieron una serie de pasillos y atravesaron una puerta. Finalmente, los hombres se detuvieron y la dejaron caer al suelo sin demasiada ceremonia.

El aterrizaje le cortó la respiración, pero como había caído sobre una gruesa alfombra no sufrió daño alguno. Cortaron las cuerdas de los tobillos y las muñecas, y le arrancaron la capucha de la cabeza. La habitación no estaba demasiado iluminada, pero tras la oscuridad de la capucha, se sintió aturdida por la luz de las lámparas de aceite. Alzó una mano temblorosa para protegerse los ojos mientras éstos se adaptaban a la luz. Una vez lo consiguió, se encontró tirada boca abajo ante Inevera, que yacía en una pila de almohadones y la observaba como un gato a un ratón acorralado.

La Damajah miró a los dos guerreros que tenía a su espalda. Ambos iban vestidos de los pies a la cabeza con la negra vestimenta de los dal'Sharum y llevaban alzados los

velos que portaban durante la noche, pero ninguno llevaba la lanza ni el escudo, sino una escalera en perfecto equilibrio sobre uno de los hombros.

—Nunca habéis estado aquí —ordenó la sacerdotisa y los hombres hicieron una reverencia y desaparecieron.

Entonces bajó la mirada hasta Leesha y sonrió.

—Los hombres pueden ser útiles. Por favor, únete a mí. —Hizo un gesto en dirección a otra pila de cojines que había frente a ella.

La Herborista se tambaleó un poco mientras la sangre volvía a circular por sus pies insensibles, pero se incorporó lo más rápido que pudo y controló el deseo de frotarse la garganta mientras echaba una ojeada por la gran habitación. Era una habitación del placer, cubierta de almohadones por todos lados, escasamente iluminada y perfumada, donde todas las superficies a la vista estaban cubiertas con terciopelo o seda. Tenía la puerta justo tras ella.

—No hay ningún guardia al otro lado —le dijo Inevera con una carcajada e hizo un gesto con la mano como si le diera permiso para que lo comprobara. Cuando Leesha alargó la mano para asir el pomo de bronce, hubo un estallido mágico y fue arrojada de espaldas contra el suelo, donde aterrizó con un golpe sordo sobre la suave alfombra. Vio unos grafos flamear alrededor del dintel, las jambas y el umbral de la puerta, pero se desvanecieron al instante y no quedó nada de ellos salvo unas imágenes fantasmales que danzaron ante sus ojos.

Leesha sintió más curiosidad que miedo, y se puso en pie y caminó hacia la puerta, para estudiar los grafos grabados con maestría en oro y plata alrededor del marco de la puerta. Muchos le resultaron nuevos, pero reconoció grafos

de silencio entrelazados con los demás. Nadie podría oír lo que sucediera dentro de aquella habitación.

Pasó un dedo por la red y observó cómo los grafos se activaban con una llamarada en torno al punto de contacto hasta iluminar una red bien tejida y asegurada.

«¿De qué se alimenta?», se preguntó Leesha. No había abismales cerca para suministrar la magia necesaria y sin magia, los grafos no eran más que simple escritura.

Leesha sabía que, con el tiempo suficiente, podría deshacer los grafos y escapar, pero durante dicho tiempo tendría que apartar su atención de Inevera y no tenía idea de lo que podría hacer la mujer. Se volvió hacia la Damajah, que aún seguía reclinada sobre los almohadones.

—Muy bien —respondió Leesha, mientras se dirigía hacia donde se encontraba Inevera y se acomodaba al otro lado—. ¿Cuál es el tema a debatir?

—¿Pretendes burlarte de mí? —inquirió la sacerdotisa—. ¿Creías que no me enteraría cuando pusiste tus manos sobre él?

—¿Y qué pasa si lo sabes? No es un crimen. Según vuestras propias leyes, un hombre puede acostarse con quien desee, siempre que no sea la esposa de otro hombre.

—A lo mejor el modo que tienen las mujeres en el norte de procurarse un marido es comportándose como prostitutas, pero entre mi gente, a esas mujeres las mantienen a raya las esposas de sus víctimas.

—Ahmann pidió mi mano mucho antes de que me acostara con él —aclaró la Herborista, intentando enfadar a la sacerdotisa mientras pensaba en una manera de escapar —. Y dudo mucho que se considere a sí mismo una víctima. —Sonrió—. Su buena disposición quedó bastante patente en el vigor con el que se condujo. —Inevera siseó y se

incorporó de golpe y Leesha supo que su comentario había dado en el blanco.

—Renuncia a la proposición de mi esposo y huye de Don de Everam esta noche. Es tu única oportunidad de continuar con vida.

—Tus dos últimos intentos de acabar con mi vida han fracasado, Damajah. ¿Qué te hace pensar que uno más podría tener éxito?

—Porque esta vez no lo dejaré en manos de una niña de quince años —repuso ella— y porque mi esposo no nos encontrará a tiempo para salvarte. Les diré a todos que viniste a asesinarme la noche en que sedujiste a mi marido. Nadie cuestionará mi derecho a acabar con tu vida.

Leesha sonrió.

—Yo cuestiono si serás capaz de hacerlo.

Inevera sacó un pequeño objeto de entre las almohadas, y una llamarada iluminó la habitación y golpeó a la Herborista con un intenso rayo de calor.

—Puedo incinerarte en este mismo momento.

Era un truco impresionante, pero Leesha, que se había pasado cerca de una década fabricando artefactos ígneos, encontró menos interesante el efecto que el medio con el que se había realizado. No había hecho saltar una chispa, ni mezclado elementos químicos ni dado golpe alguno. Observó con más atención el objeto que había en la mano de la sacerdotisa y lo entendió.

Era el cráneo de un demonio del fuego.

«Así es como alimenta los grafos», comprendió, y se preguntó cómo no se le había ocurrido a ella meses atrás. Alagai hora, los huesos de demonio.

Aquello era una puerta a infinitas posibilidades, pero ninguna importaría si no conseguía sobrevivir a esa noche e

Inevera la quemaría viva antes de que tuviera tiempo de dibujar grafos para contrarrestar el fuego.

—¿Así es cómo mantienes el poder del marco de la puerta? —le preguntó y se volvió a echarle una ojeada—. ¿Hay huesos de demonio ocultos en la madera?

La Damajah miró en dirección hacia la puerta y en ese momento la mano de la Herborista salió disparada hacia uno de los bolsillos de su delantal, y sacó un puñado de cohetes que lanzó hacia ella.

Los pequeños paquetitos de papel explotaron con chasquidos y relámpagos, completamente inocuos, pero Inevera chilló y alzó los brazos para protegerse la cara. La Herborista no desaprovechó el tiempo: cruzó el espacio que las separaba y la agarró de la muñeca con la que sujetaba el cráneo de demonio. Presionó con fuerza el dedo contra un punto nervioso y el cráneo cayó al suelo. Su otra mano no había quedado ociosa pues se había cerrado en un puño. Leesha golpeó a la Damajah y le rompió el cartílago de la nariz, que cedió con un crujido de lo más satisfactorio.

La Herborista se apartó para propinarle un segundo golpe, pero Inevera rodó por el suelo y se dio la vuelta para sujetar a Leesha por los hombros. Cuando la tuvo bien sujeta, le propinó un rodillazo entre las piernas con tanta fuerza que habría hecho enorgullecerse a un camello.

—¡Puta! —chilló Inevera mientras el dolor explotaba en el interior de la Herborista—. ¿Te ha montado bien mi marido? —le gritó a la vez que le daba otro fuerte golpe en el mismo lugar—. ¿Te ha montado con fuerza? —Y la golpeó por tercera vez.

Leesha jamás había sentido un dolor como aquél. Intentó agarrar el pelo de la Damajah pero Inevera le cogió los puños de sus mangas y guió sus brazos como un Juglar dirige los de una marioneta, hasta retorcérselos a la

espalda. Con aquellas pesadas faldas, fue incapaz de resistirse cuando ella se colocó a su espalda y soltó las mangas para asfixiarle el cuello.

—Gracias —le susurró la sacerdotisa al oído—. Podría haberte quemado sin estropearme las uñas, pero esto es mucho más satisfactorio.

La Herborista se debatió y se sacudió de un lado a otro, pero no le sirvió de nada. Inevera enlazó las piernas en torno a su cintura y mantuvo su rostro cubierto con los brazos. De esa manera, no podía alcanzar ningún punto vulnerable con la mano o sus polvos, de modo que el mundo comenzó a volverse borroso conforme le faltó el aire en los pulmones. Leesha consiguió liberar una mano con la que buscó el cráneo de demonio por el suelo, pero Inevera lo alejó de una patada. Sentía que estaba a punto de desvanecerse cuando encontró el cuchillo protegido en su cinturón y lo hundió en el muslo de la Damajah.

Un chorro de sangre caliente le mojó la mano y le revolvió el estómago, pero Inevera gritó y la soltó. Leesha pudo apartarse de ella y tragar una gran bocanada de preciado aire. Después rodó hasta quedar arrodillada con el cuchillo por delante de ella para protegerse. Inevera rodó en dirección contraria, metió la mano en la bolsita que llevaba a la cintura y arrojó algo en dirección a la Herborista.

Leesha se inclinó hacia un lado cuando pasó rozándola lo que parecía y sonaba como un enjambre de avispones. Gritó cuando uno le tocó el muslo y otro se le alojó en el hombro. Se lo arrancó y comprobó que era un diente de demonio. Estaba cubierto por su propia sangre, pero notó los grafos tallados al pasar el pulgar por su superficie. Después se lo metió en uno de sus bolsillos para estudiarlo con más calma.

En ese momento Inevera ya se había puesto en pie y lanzó un nuevo ataque contra Leesha, pero ella alzó el cuchillo mientras se incorporaba a su vez. La Damajah se le acercó, comenzó a andar en círculos a su alrededor y sacó un cuchillo curvado del cinturón, con una hoja protegida tan afilada como los escalpelos de la Herborista.

Leesha metió la mano en otro de los bolsillos de su delantal mientras Inevera hacía lo propio con la bolsita de terciopelo negro que llevaba a la cintura.

El príncipe abismal observaba divertido cómo las hembras adoptaban las mismas posturas que los príncipes cuando la reina estaba buscando un nuevo compañero. Al principio, había planeado consumir la mente de la hembra norteña y reemplazarla por su mimetizador para acercarse y matar al heredero, pero sus propias relaciones le parecían mucho más entretenidas. Así podrían acabar con la moral del heredero y con sus sueños de unidad de un solo golpe.

Todo lo que necesitaban era un suave empujón.

14

La elección del demonio

Verano del 333 d.R.

Jardir regresó a su palacio en las horas más oscuras de la noche. No estaba cansado. Jamás se había sentido realmente cansado desde que tenía en su poder la Lanza de Kaji, pero a pesar de eso ansiaba llegar a su cama, aunque sólo fuera para cerrar los ojos y soñar con ella, y hacer así que las horas pasaran más deprisa antes de poder visitarla de nuevo.

Leesha Paper era realmente un regalo de Everam. Estaba seguro de que aceptaría su proposición y con ello tendría un pie firmemente asentado en el norte. Sin embargo, se había dado cuenta de que ahora eso le importaba menos que tenerla a su lado. Era brillante, hermosa, y lo bastante joven para darle muchos hijos, además de esconder en su interior una pasión sin límites que dejaba salir en sus estallidos de cólera y también cuando hacía el amor. Era una novia merecedora del

Liberador y un valioso contrapeso frente al poder en ascenso de la Damajah. Inevera intentaría evitar el matrimonio, por supuesto, pero ya se preocuparía de eso en otro momento.

Frunció el ceño al ver luz en sus habitaciones. Don de Everam no tenía una Ciudad Subterránea para albergar a las mujeres y los niños, incluso durante el Creciente. En vez de eso, sus esposas hacían turnos para aguardarle en sus habitaciones privadas, prepararle un baño y ofrecerle un cuerpo dispuesto, aunque en ese momento no deseaba ninguna de las dos cosas. Sólo una persona podía saciar su lujuria y su aroma lo llevaba impregnado en la piel, bajo las ropas. Quería conservarlo un poco más.

—No quiero nada —dijo conforme entró—. Dejadme.

Pero las mujeres que se encontraban allí no eran sus esposas menores y no hicieron el menor esfuerzo por marcharse.

—Tenemos que hablar —dijo Leesha y, a su lado, Inevera asintió.

—Por una vez, estoy de acuerdo con la puta norteña —comentó.

Se hizo un momento de silencio. A Jardir le pareció que pasaban varios minutos mientras intentaba comprender la situación y recuperar la calma.

Miró con más atención a las mujeres. Tenían las ropas rasgadas y rotas. La Damajah llevaba un chal empapado de sangre atado a un muslo y Leesha lucía el hombro de la misma guisa. La nariz de Inevera estaba torcida y triplicaba su tamaño normal, mientras que la garganta de la Herborista estaba cubierta de cardenales y arañazos. Además, se apoyaba más en una pierna que en otra.

—¿Qué ha ocurrido? —exigió saber Jardir.

—Tu Primera Esposa y yo hemos estado hablando —explicó Leesha.

—Y hemos decidido que no queremos compartirte —añadió Inevera.

El krasiano hizo el gesto de acercarse a ellas pero la Herborista alzó un dedo que le hizo sentirse como un niño regañado.

—Mantén las distancias. No nos tocarás a ninguna de las dos hasta que hayas hecho tu elección.

—¿Elección?

—Ella o yo —insistió la mujer—. No puedes tenernos a las dos.

—La que escojas será tu Jiwah Ka —dijo la Damajah— y la otra recibirá una muerte rápida a tus propias manos en la plaza circular de la ciudad.

Leesha le dedicó a Inevera una mirada de asco, pero no la contradijo.

—¿Tú estás de acuerdo con eso? —preguntó Jardir, sorprendido—. ¿No va eso contra tus votos de Herborista?

La norteña sonrió.

—Desnúdala y échala a las calles para que todos la vean, si lo prefieres.

—Eres débil, como todos los norteños —se burló Inevera—, al dejar a tus enemigos con vida para que ataquen en otro momento.

La Herborista se encogió de hombros.

—Lo que tú llamas debilidad, para mí es señal de fortaleza.

Jardir miró a una y otra, incapaz de creer que las cosas pudieran haber llegado hasta allí, pero sus miradas eran decididas y comprendió que creían totalmente en lo que estaban diciendo.

La elección era imposible. ¿Matar a Leesha? Eso era impensable. Incluso aunque eso no supusiera destruir cualquier alianza potencial en el norte, preferiría arrancarse el corazón antes que hacerle daño.

Pero la alternativa era igualmente imposible. Las dama'ting no seguirían a Leesha y si apartaba a Inevera del poder, más si era a favor de una norteña, preferirían seguir a la Damajah con lo que causarían un cisma en su imperio que jamás se podría superar.

Y ella era su Primera Esposa, la madre de sus hijos, la que había orquestado su ascenso al poder y le había dado los instrumentos necesarios para ganar la Sharak Ka. A pesar del sufrimiento que le causaba a menudo, al mirarla comprendía que aún la amaba.

—No puedo elegir.

—Tienes que hacerlo —insistió Inevera y sacó el cuchillo protegido—, o yo misma le cortaré el cuello a esta puta.

Leesha sacó su propio cuchillo.

—No si yo te corto el tuyo primero.

—¡No! —exclamó Jardir y arrojó la Lanza de Kaji que impactó contra la pared donde quedó profundamente clavada, vibrando, entre las dos mujeres. Se abalanzó sobre ellas con la agilidad de un gato, las cogió de las muñecas y las apartó a una de la otra.

Pero cuando lo hizo los grafos de su corona se activaron de repente e iluminaron a las dos mujeres, de modo que ambas sacudieron la cabeza como si despertaran de un sueño.

Leesha fue la primera en recuperar la conciencia.

—¡Detrás de ti! —gritó y señaló un lugar a su espalda.

—¡El Alagai Ka! —chilló Inevera a su vez.

Alagai Ka. Ese era el nombre que Jardir y sus hombres habían dado en son de burla al demonio de las rocas que

había seguido al Par'chin, pero en realidad se trataba de un nombre antiguo, uno que llevaba consigo un aura de poder inmenso. El Alagai Ka era el consorte de la Madre de los Demonios y se decía que él y sus hijos eran los más poderosos entre los señores de los demonios, los generales de las fuerzas de Nie.

Jardir se volvió para enfrentarse al demonio, pero no parecía haber nada a la vista. Pero luego, al concentrarse, la Corona de Kaji se caldeó de nuevo y pudo descubrir que parte de la habitación estaba nublada por la magia. Había una ondulación en la nube y desde allí saltó hacia él el demonio de aspecto más temible que había visto en su vida.

Jardir intentó coger la lanza, pero estaba demasiado hundida en la pared y no pudo sacarla en el instante escaso que le llevó al demonio cruzar la habitación y atacarle. Cayeron sobre la cama, rodaron y luego aterrizaron con un gran golpe en el otro lado, mientras el demonio le clavaba las garras con furia. Jardir sintió cómo las placas cerámicas de su armadura se rompían con los golpes, pero frenaron el ataque inicial. El demonio pareció darse cuenta de eso y su boca se abrió de un modo imposible; ante sus ojos parecieron crecer filas y más filas de nuevos dientes hasta convertirse en unas fauces capaces de tragarse toda su cabeza.

El guerrero rodó y le empujó con los brazos, con lo que consiguió suficiente espacio para pasar una pierna entre los dos y propinarle una patada que lo arrojó hacia atrás. Al salir disparado hacia atrás, el demonio desgarró las ropas de Jardir y dejó al descubierto las cicatrices en forma de grafos que Inevera había marcado sobre su piel. Éstas llamearon con fiereza cuando el demonio se arrojó de cabeza contra él.

Leesha no se había dado cuenta de que el demonio estaba en el interior de su mente hasta que Jardir la tocó y los grafos de la corona se activaron. Entonces escuchó los susurros de la criatura y supo lo que eran. El demonio estaba allí en la habitación con ellos.

Inevera también se dio cuenta. Ambas tuvieron apenas el tiempo justo para gritar una advertencia cuando el guardaespaldas del demonio se lanzó contra Jardir. Al estar de nuevo lejos del aura de poder de la corona, la Herborista percibió cómo el mentalista intentaba entrar de nuevo en su mente.

Se resistió, al igual que la Damajah, y ambas se debatieron con fiereza para escapar a su control, aunque era evidente que él no tardaría en vencer su resistencia. La Herborista sentía ya un peso enorme en las extremidades pues el demonio le ordenaba que se tirase al suelo, indefensa y débil, mientras observaba cómo su guardaespaldas mataba a Jardir.

Leesha buscó a su alrededor, frenética, hasta que descubrió una bandeja con incienso quemado en la mesilla. Se lanzó a por ella al caer al suelo, y simuló un accidente cuando dejó caer la mano sobre las cenizas derribó la bandeja al suelo en una nube polvorienta.

Inevera también cayó y Leesha rodó en su dirección y empleó la poca energía que le quedaba en pintar un grafo en su frente, el mismo que había en el centro de la corona de Jardir.

Inmediatamente el grafo adquirió vida con una llamarada y, cuando ella cayó con los miembros flácidos, la Damajah se sentó en el suelo. El demonio no pareció darse

cuenta, ya que su atención se centraba en Jardir, que luchaba por su vida.

Inevera frunció el ceño y agarró a Leesha del pelo.

—Para mí sigues siendo una puta —le gruñó y escupió en el rostro de la mujer. Llevaba unos largos velos que arrancaban del corpiño sin mangas hasta los braceletes de oro de sus muñecas. Usó uno y saliva para limpiar el hollín de la frente de la Herborista y después mojó el dedo en las cenizas para trazar también sobre su piel el grafo mental.

La Herborista se incorporó y buscó el cuchillo protegido. Inevera cogió lo que parecía un trozo de carbón protegido de la bolsita negra que llevaba a la cintura y lo sostuvo en dirección al demonio mentalista. Después susurró una palabra y un relámpago saltó de la piedra para cruzar la habitación y golpear al demonio. Éste gritó cuando el rayo lo lanzó por la habitación hasta estamparse contra la pared con un crujido antes de caer inerme al suelo.

El demonio cambiaba de forma continuamente, pero Jardir presionó más en su ataque; los grafos siseaban cuando golpeaba a la criatura con los codos y rodillas, los puños y los pies. Mantuvo a raya los ataques salvajes del demonio con la furia de un guerrero nacido para el Laberinto. Los grafos de la corona llameaban con una luz intensa y se sentía tan lleno de poder que las heridas que le había infligido el demonio comenzaron a curarse antes incluso de que hubiera percibido el daño.

«Estoy luchando con el Alagai Ka —pensó—, y estoy ganando.»

El pensamiento le insufló nuevas fuerzas, pero entonces el demonio alzó una pesada mesa con una de aquellas

garras gigantes y le golpeó con ella como un martillo cae contra un clavo.

Los grafos de su piel no ofrecían protección alguna contra la madera y fue sólo la magia que corría por su cuerpo la que evitó que lo matara. Aun así los huesos se astillaron ante el impacto, y sobresalieron de su pierna para clavársele en las tripas. Sintió cómo la magia aceleraba el proceso de curación natural de su cuerpo a una velocidad increíble, pero no podía recomponer los huesos rotos y sintió que se curaban pero en ángulos extraños.

De todas formas, importaba poco, pues el demonio alzó la mesa de nuevo para rematar el trabajo. Jardir, sin armas, no podía hacer nada salvo observar.

Pero antes de que pudiera arrojarla, la bestia chilló y se agarró la cabeza, con lo que dejó caer la mesa. Jardir lo pateó con la pierna buena para apartarlo de su trayectoria, pero la carne del demonio parecía derretirse como la cera y cayó dando tumbos a un lado, entre violentas sacudidas.

El krasiano alzó la vista y comprendió el porqué. No había estado luchando en absoluto con el Alagai Ka. Leesha e Inevera estaban en pie al lado del cuerpo humeante de un esbelto demonio con una cabeza gigantesca. A pesar de estar al otro extremo de la habitación Jardir percibió el poder y la maldad que irradiaba la criatura. El demonio con el que él había luchado era su Hasik, todo músculo pero sin cerebro, útil para abrirse camino y romper los cráneos que su maestro no quisiera molestarse en aplastar personalmente.

El demonio delgado alzó la cabeza. La Damajah gritó y envió otra descarga de rayos hacia él, pero la bestia dibujó un grafo en el aire y dispersó la energía. Después alargó la mano y el hueso de demonio salió despedido de la mano de

Inevera. El hueso relució con fuerza en su palma antes de que absorbiera la magia y se convirtiera en polvo.

El demonio alargó la mano de nuevo y la bolsita que contenía los hora de Inevera voló hasta él. Ella gritó de nuevo cuando la volcó sobre su mano engarfiada para extraer los preciosos dados.

Las dos mujeres le atacaron con los cuchillos protegidos, pero la criatura trazó otro grafo en el aire que flameó y las arrojó dando tumbos por toda la habitación como si las azotara un fuerte viento.

Los alagai hora relumbraron cuando el demonio absorbió su poder. Jardir sintió una extraña mezcla de miedo y alivio cuando los dados que habían controlado su vida durante más de veinte años se transformaron en polvo. Inevera aulló como si la visión de su destrucción le causara un dolor físico.

El mimetizador recuperó las fuerzas tan pronto como se recobró su maestro, pero Jardir ya estaba en movimiento y saltó sobre la cama rota apoyándose en la pierna buena. Cogió la Lanza de Kaji mientras rodaba hacia el lado opuesto para que su peso la arrancara de la pared.

Cuando cayó sobre sus pies, un dolor espantoso subió por su pierna herida, pero lo aceptó y no interfirió en la precisión y puntería de sus movimientos cuando se echó hacia atrás y lanzó su arma.

La lucha había acabado antes de que el demonio pudiera reaccionar. La lanza atravesó el cráneo del mentalista con una llamarada, donde dejó un agujero grande y humeante, para seguir luego avanzando hasta que se clavó con un temblor en la pared opuesta. El mentalista cayó muerto y sin él, el mimetizador se desplomó en el suelo, chillando y debatiéndose como si le hubieran prendido fuego.

Finalmente se quedó quieto, convertido en un montón fundido de escamas y garras.

Leesha recobró la conciencia al escuchar un fuerte crujido y abrió los ojos para ver a Jardir con los ojos cerrados y el rostro sereno mientras Inevera tiraba con fuerza del pie para intentar recolocar el hueso roto.

Ignorando sus propios dolores, la Herborista se arrastró hasta llegar a su lado, cogió el hueso con la mano y lo guió de nuevo hacia la incisión que había abierto Inevera. La herida comenzó a cerrarse de forma casi inmediata, como sucedía con Arlen, pero aun así, buscó aguja e hilo para cerrarla de manera más precisa.

—No es necesario —dijo la Damajah al ponerse en pie; luego se acercó al cuerpo del mentalista. Sacó el cuchillo protegido y cortó uno de los cuernos vestigiales. Volvió con aquella cosa horrible, manchada de icor y abrió su bolsita para extraer de allí un pincel y una botella. Pintó unos grafos muy definidos a lo largo de la herida de Jardir y después pasó el cuerno por encima. Los grafos llamearon y cerraron la incisión sin necesidad de puntos.

Hizo lo mismo con su propia herida y después tendió los objetos a la Herborista sin decir una palabra, evitando su mirada. Ella la observó en silencio y memorizó los grafos que había usado y la manera en que los había entrelazado.

Miró el cuerno cuando hubo terminado. Todavía estaba intacto e Inevera gruñó.

—De todos modos, haré mejores dados con los huesos de éste.

Leesha se acercó al cuerpo del mentalista y cortó el otro cuerno y uno de los brazos, que luego envolvió en un tapiz

para estudiarlos más tarde. Los ojos de la Damajah se entrecerraron pero no dijo nada.

—¿Cómo es que nadie ha venido a investigar los sonidos de la batalla? —preguntó Jardir.

—Supongo que al Alagai Ka no le habrá resultado difícil trazar grafos de silencio alrededor de nuestras habitaciones —comentó su esposa—. Continuarán activos hasta que la luz del sol caiga sobre los muros.

El krasiano las miró fijamente.

—¿Controlaba todo lo que decíais y hacíais?

Inevera asintió.

—Él... ah, bueno, incluso nos hizo luchar la una contra la otra sólo para su diversión. —Y se tocó la nariz hinchada con gesto amargo.

Leesha se ruborizó y tosió.

—Sí —admitió—, eso nos hizo.

—¿Por qué jugar a un juego tan cruel? —preguntó él— ¿Por qué no simplemente ordenaros a alguna de las dos que me cortara la garganta mientras estábamos en la cama?

—Porque no quería matarte —repuso la sacerdotisa—. Temía más tu poder para inspirar que para luchar y nadie inspira más que un mártir.

—Era mejor desacreditarte y desunir tus fuerzas —aclaró la Herborista.

—Porque tú eres el Shar'Dama Ka —finalizó Inevera—. No hay mayor prueba ahora, cuando has matado al mismísimo Alagai Ka.

Jardir sacudió la cabeza.

—Ése no era el Alagai Ka. Ha sido demasiado fácil. Más bien parecía uno de sus príncipes menores. Debe de haber más de éstos y más poderosos.

—Yo también lo creo así —comentó Leesha y miró al hombre—. Ése es el motivo por el cual te voy a pedir que

cumplas tu promesa, Ahmann. Ya he estado en Don de Everam y ahora quiero regresar a casa. Debo preparar a mi gente.

—No tienes por qué irte —repuso Inevera y Leesha comprendió cuánto le costaba pronunciar esas palabras—. Te aceptaré como una de las Jiwah Sen de mi marido.

—¿Una esposa menor? —La Herborista se echó a reír—. No, no quiero eso.

—Aún puedo convertirte en mi Jiwah Ka del norte, si lo deseas —apuntó Jardir mientras la Damajah fruncía el ceño.

Ella sonrió con tristeza.

—Seguiría siendo una entre muchas, Ahmann. El hombre con el que me case será sólo para mí. —El rostro del krasiano se llenó de pesar pero ella se mantuvo firme y al final, él asintió.

—La tribu de Hoya recibirá honores especiales, a pesar de todo. No prohibiré a las tribus que intenten robaros unos cuantos de vuestros pozos, pero sabrán que mi ira caerá sobre ellos si luchan contra vosotros.

Leesha bajó los ojos pues temía echarse a llorar si seguía viendo aquel dolor en su mirada.

—Gracias —repuso con cierto envaramiento.

Jardir alargó los brazos, colocó las manos sobre sus hombros y los acarició con dulzura.

—Y yo... siento mucho si lo que ocurrió en el Palacio de los Espejos no fue por tu propia voluntad.

La Herborista se echó a reír, sin miedo ya a las lágrimas. Se arrojó sobre él, lo abrazó con fuerza y le besó en la mejilla.

—Aquello lo hicimos a la luz del día, Ahmann —le dijo con un guiño.

—Me entristece vuestra marcha, señora —confesó Abban unos cuantos días más tarde, mientras sus esposas empaquetaban los últimos regalos de los muchos que Jardir le había hecho—. Echaré de menos nuestras conversaciones.

—Y también echaréis de menos el Palacio de los Espejos para refugiar aquí a vuestras esposas e hijas más hermosas de los dal'Sharum —tanteó Leesha.

El mercader la miró sorprendido y luego hizo una reverencia, sonriente.

—Habéis aprendido más de mi lengua de lo que habéis demostrado.

—¿Por qué no se lo habéis contado a Ahmann? —preguntó ella—. Permitidle que discipline a Hasik y a los otros. No pueden ir por ahí violando a quien les dé la gana.

—Con vuestro permiso, señora, pero según la ley pueden hacerlo —repuso Abban y Leesha abrió la boca para replicar, pero él alzó una mano—. El poder de Ahmann no es tan absoluto como él cree. Castigar a sus propios hombres por unas cuantas mujeres khaffit extendería la discordia entre sus soldados, los mismos en los que debe confiar ya que portan lanzas a su espalda.

—¿Y eso es más importante para vos que la seguridad de vuestra familia? —insistió ella.

Los ojos del tullido se endurecieron.

—No se puede pretender que comprendáis todas nuestras costumbres después de vivir entre nosotros sólo unas cuantas semanas. Encontraré un medio para proteger a mi familia que no ponga en riesgo a mi señor.

Leesha se inclinó.

—Lo siento.

Abban sonrió.

—Compensadme dejándome construir un puesto comercial en vuestra ciudad. Mi familia tiene uno en cada una de las tribus para comerciar con mercancías y ganado. Don de Everam produce más grano del que necesita y sé que habrá bocas hambrientas en el norte.

—Es muy amable por vuestra parte —comentó la Herborista.

—Comprenderéis que no lo es cuando veáis a mis mujeres regatear con vuestra gente —le respondió Abban y ella le dedicó una sonrisa.

Se oyó una llamada de fuera y el mercader cojeó hasta la ventana y miró hacia el patio.

—Vuestra escolta está preparada. Venid y os acompañaré abajo.

—¿Qué sucedió entre Ahmann y el Par'chin, Abban? —le preguntó ella, incapaz de contenerse más tiempo. Si no conocía la respuesta entonces, probablemente no lo haría nunca—. ¿Por qué Ahmann parecía tan enfadado de que lo hubierais mencionado? ¿Por qué os asustasteis cuando os dije que lo había nombrado ante él?

El mercader la miró y suspiró.

—No pondría a mi señor en riesgo por el bien de mi familia, así que, ¿qué os hace pensar que lo haría por el Par'chin?

—Contestar a mi pregunta no pondrá a Jardir en riesgo alguno, lo juro —repuso ella.

—Quizá sí, quizá no.

—No entiendo nada —replicó ella—. Ambos decís que era vuestro amigo.

Abban se inclinó.

—Y lo fue, señora, y porque es así os diré algo más: si conocéis al hijo de Jeph y podéis hacerle llegar el recado, decidle que corra hasta el fin del mundo y más allá si

puede, porque hasta ahí será hasta adónde irá Jardir para matarle.

—Pero ¿por qué? —insistió ella.

—Porque sólo uno de ellos puede ser el Liberador, y el Par'chin y Ahmann han tenido... algunas desavenencias en el pasado, como tenía que ser.

Abban se dirigió derecho hacia la sala del trono de Jardir desde el Palacio de los Espejos. En el momento en que él lo vio, despidió a sus consejeros y ambos hombres se quedaron a solas.

—¿Ya se ha ido? —preguntó él.

El mercader asintió.

—La señora Leesha ha estado de acuerdo en permitirme establecer un puesto comercial en Hoya. Facilitará su integración en el imperio y nos dará contactos valiosos en el norte.

El líder krasiano asintió.

—Bien hecho.

—Necesitaré hombres para proteger las caravanas y las tiendas del establecimiento —comentó el mercader—. Antes tenía siervos para hacer el trabajo más pesado. Puede que fueran khaffit, pero eran hombres fuertes.

—Y todos esos hombres son ahora kha'Sharum —apuntó Jardir.

Abban hizo una reverencia.

—Ya veo que comprendéis mi problema. Ningún dal'Sharum aceptará órdenes de un khaffit en las circunstancias que fuesen, pero si me permitierais seleccionar a unos cuantos kha'Sharum para que me sirvan en este asunto, sería de lo más satisfactorio.

—¿Cuántos? —preguntó.

El tullido se encogió de hombros.

—Me apañaré con cien. Una minucia.

—Ningún guerrero, ni siquiera un kha'Sharum, es una minucia, Abban.

El mercader se inclinó.

—Pagaré los estipendios de sus familias de mis propios cofres, por supuesto.

Jardir reflexionó un poco más y después se encogió de hombros.

—Llévate a esos cien.

El tullido se inclinó tan profundamente como le permitió la muleta.

—¿Alterarán vuestros planes las promesas que le habéis hecho a la señora de Hoya?

Jardir sacudió la cabeza negativamente.

—Mis promesas nada tienen que ver. Sigue siendo un deber para mí unir a la gente del norte para la Sharak Ka. Marcharemos contra Lakton en la primavera.

15

La promesa
Verano del 333 d.R.

—¿Para qué tantas balsas si hay un puente magnífico? —preguntó Renna mientras hacía un gesto hacia la indescriptible agrupación de cabañas, muy escasas en número como para constituir ni siquiera una aldea. Cada diminuta estructura tenía una balsa amarrada en el agua rodeada de postes con grafos grabados en la orilla del Entretierras.

Unos cuantos demonios merodeaban por allí y ponían a prueba los grafos de las cabañas, pero Renna iba envuelta en su capa protegida y Arlen irradiaba tal poder que un siseo ocasional o un mero contacto ocular eran suficiente para alejar a los abismales mientras caminaban a lo largo de la orilla.

—Algunos mercaderes que no quieren que los guardias del puente rebusquen entre sus mercancías pagan a los balseros para que los lleven al otro lado del río —explicó

Arlen—. Generalmente, cuando llevan algo o a alguien que no deberían.

—¿Y nosotros podemos alquilar una? —preguntó ella.

—Podríamos —repuso él—, pero eso significaría que tendríamos que esperar hasta el amanecer y generar más rumores. No puedo ni mover un dedo por aquí sin que me caiga encima algún imbécil haciendo el idiota porque cree que soy el Liberador.

—No te conocen como yo —sonrió de manera petulante la chica.

—Allí —señaló el Protegido hacia una balsa lo suficientemente grande para transportar cómodamente a *Rondador Nocturno*, atracada a un gran muelle en la orilla del río donde cargaban y descargaban a diario. Le dio a Renna una de sus antiguas monedas de oro—. Déjala en el escalón de la puerta.

—¿Por qué? —inquirió ella—. Es luna nueva. No podrán ver cómo nos la llevamos y, aunque nos oigan, como hay sol que no van a cruzar los grafos para salir en nuestra persecución.

—No somos ladrones, Ren. Contrabandistas o no, esa gente se gana el pan con esa balsa. —La chica asintió, cogió la moneda y fue a dejarla en el escalón de la cabaña.

Arlen examinó la balsa.

—¡Ni un maldito grafo de agua! —exclamó y luego escupió contra la orilla.

Renna acudió a su lado y dio una patada a una de las estacas.

—Tampoco éstas valen un escupitajo. Sólo la suerte protege estas balsas.

El Protegido sacudió la cabeza.

—No me lo puedo explicar, Ren. Cualquier crío de diez años de Arroyo supera en capacidad de protección a la

mayoría de la gente de las Ciudades Libres, a los que han acostumbrado a no confiar en nadie que no lleve una licencia del gremio para proteger un mísero alféizar.

—¿Puedes grabar los grafos ahora? —preguntó ella e hizo un gesto con la barbilla en dirección a la balsa.

Arlen sacudió la cabeza.

—No, si no se seca antes del amanecer.

Renna miró hacia la gran extensión de agua. No podía ver la otra orilla, ni siquiera con sus ojos protegidos.

—¿Qué pasará si no cruzamos con protección?

—Suele haber creadores escondidos en las orillas —explicó el Protegido—. Si matamos a los de este lado primero... —Se encogió de hombros—. Es luna nueva. No hay luz que pueda iluminarnos desde arriba y mostrar nuestra posición a los demonios del río, con lo cual tenemos muchas probabilidades de cruzar sanos y salvos la parte más profunda. Y para cuando hayamos llegado a la otra orilla, el cielo estará más claro y la mayoría de los creadores habrán regresado al Abismo.

—¿Croadores?

—Demonios de las orillas de los ríos —repuso Arlen—. La gente los llama croadores porque parecen grandes ranas globo salvo por el hecho de que son lo bastante grandes para comerte como si fueras una mosca. Saltan fuera del agua y te atrapan con la lengua; luego tiran de ti hasta que te tragan. Si ofreces mucha resistencia, se sumergen en el río para ahogarte.

Renna asintió y sacó el cuchillo. Llevaba grafos recién pintados con roya en los nudillos.

—¿Cuál es la mejor manera de matarlos?

—Con una lanza —indicó Arlen y cogió dos, de las cuales le alargó una—. Observa.

Se movió despacio a lo largo del borde del agua, mientras emitía un silbido agudo. Durante un momento todo pareció en calma, hasta que el agua justo al lado de la orilla pareció estallar cuando un abismal gigante saltó con la enorme boca abierta. Puso dos pies pequeños y fuertes, de dedos palmeados, en la orilla y avanzó con rapidez la cabeza, de donde surgió disparada una lengua gruesa y viscosa.

Pero Arlen era rápido y se hizo a un lado con agilidad. El demonio croó y saltó fuera de la orilla, cubriendo tres metros de un solo salto. Disparó la lengua de nuevo pero el Protegido volvió a apartarse a un lado, pero esta vez se acercó al abismal antes de que la lengua se retrajera. Con un envite preciso y rápido, clavó la lanza en los pliegues de áspera piel bajo la barbilla y empujó hasta alcanzar el cerebro, tras lo cual la retorció con fuerza. La magia chisporroteó iluminando la noche mientras liberaba el arma y, cuando el demonio cayó al suelo, lo alanceó una vez más para asegurarse de que estaba muerto.

—El truco está en atraerlos hacia la orilla —explicó Arlen cuando regresó al lado de Renna—. Elude la lengua la primera vez y saltarán fuera del agua para intentarlo de nuevo. Son buenos saltadores, pero sus patas delanteras no tienen el alcance de una lanza, de modo que puedes alancearlos desde una distancia segura.

—Eso no es muy divertido —comentó Renna, pero agarró fuerte la lanza y se dirigió al agua, mientras intentaba imitar su silbido.

Esperaba tener que esperar un rato para obtener una respuesta, pero el agua explotó al instante y un demonio de la orilla lanzó la lengua en su dirección desde más de cuatro metros de distancia. Renna giró para salir de su

trayectoria, pero no fue lo bastante rápida y la lengua le dio un golpe de refilón que la envió al suelo.

Antes de que pudiera recobrarse, el demonio saltó fuera del agua y aterrizó en la orilla para intentarlo de nuevo. Ella rodó hacia un lado, pero la lengua la atrapó por el muslo y la arrastró consigo. Renna dejó caer la lanza para agarrarse con las manos a la orilla, pero era imposible. La boca del abismal, tan grande que podría comérsela entera, tenía las mandíbulas cubiertas de varias filas de cortos dientes aguzados.

Renna no les prestó atención y se volvió hacia el Protegido, que ya se preparaba para auxiliarla.

—¡Mantente al margen de esto, Arlen Bales! —bramó ella y el hombre se detuvo al instante.

La muchacha estaba ya casi al alcance de los dientes del demonio cuando se volvió hacia ellos. Se quitó la sandalia del pie libre y lo golpeó con la planta, lo que provocó un estallido mágico. La presa de la lengua del demonio se debilitó un poco y ella consiguió retorcerse y cortarla con el cuchillo. Cuando el demonio retrocedió, Renna se puso en pie de un salto y le atravesó un ojo. Después se apartó con rapidez para evitar sus golpes mortales y a continuación le apuñaló el otro ojo para rematarlo.

Luego, miró de nuevo a Arlen en un claro desafío a que criticara su método. Él no dijo nada, pero un amago de sonrisa se dibujó en la esquina de su boca y los ojos le brillaron.

Escucharon unos gritos en la cabaña y la luz de la lámpara asomó por una de las ventanas, alertada por la conmoción.

—Es hora de irnos —anunció él.

El solitario estaba en marcha. El príncipe abismal siseó de frustración pero saltó sobre la espalda del mimetizador y se elevó en el aire a los cielos para seguir su rastro.

Había corrido un riesgo dejando vivir al humano un ciclo más, pero estaba dispuesto a asumirlo con la esperanza de descubrir cómo había recuperado el solitario aquellos poderes perdidos para los humanos hacía tanto tiempo. Mataba demonios menores todas las noches, pero su número era insignificante, como las armas que había dispersado por los criaderos. No era un unificador, como el otro que habitaba en el sur, mucho más peligroso.

Pero tenía poder para serlo. Si los llamaba, los esclavos humanos acudirían a él y, si eso ocurría, se convertirían en una amenaza para el enjambre.

Y ahora el solitario volvía a visitar los criaderos humanos. El príncipe abismal estaba seguro de que empezaría a convocar a los humanos esclavos y en breve comenzaría la unificación. Y eso no podía tolerarse.

El mentalista empleó lo que quedaba de la primera noche en rastrear al solitario. Justo antes del amanecer llegó al río y siseó cuando la presa apareció ante su vista. No se podía hacer nada con el sol a punto de salir, pero los encontraría con facilidad la noche siguiente.

El mimetizador aterrizó con agilidad en la orilla del río y se inclinó para que el príncipe abismal pudiera desmontar. Cuando comenzaron a desmaterializarse, el mimetizador rugió con suavidad, presintiendo la emoción de su señor ante la matanza.

Unas cuantas horas después, Renna y Arlen continuaban la marcha a caballo cuando el sol se alzó y pasaron al lado de un viejo poste de señales en el camino.

—¿No vamos a parar en la ciudad? —preguntó ella.

El hombre la miró.

—¿Sabes leer?

—Claro que no —repuso la chica—. Pero no es necesario saber leer para comprender para qué sirven esos postes en los caminos.

—Llevas razón —admitió el Protegido y ella imaginó su sonrisa bajo la capucha—. Ahora no podemos detenernos en una ciudad. Necesito llegar a Hoya cuanto antes.

—¿Por qué?

Él la miró un buen rato, mientras reflexionaba.

—Una amiga está en problemas —dijo al final—, y creo que en parte es culpa mía por haber estado lejos tanto tiempo.

Renna sintió como una mano fría le estrujaba el corazón.

—¿Qué amiga? ¿Quién es?

—Leesha Paper. La Herborista de Hoya del Liberador.

La muchacha tragó saliva.

—¿Es guapa? —Se maldijo en el mismo momento en que las palabras abandonaron sus labios.

Él volvió la cabeza hacia ella y le dedicó una mirada en la que se mezclaban el fastidio y la diversión.

—¿Por qué parece que aún tenemos diez años?

Renna sonrió.

—Porque yo no soy como esa gente que cree que eres el Liberador. Ellos no vieron la expresión de tu rostro cuando tus dientes chocaron con los de Beni en el pajar.

—Tu beso fue mejor —admitió Arlen. La chica apretó los brazos en torno a su cintura, pero él se removió, incómodo.

»Pronto saldremos del camino. Hay demasiada gente en él últimamente. Conozco un sendero que nos llevará a uno de mis escondites; allí nos proveeremos con armas nuevas y otras cosas. Desde allí llegaremos al río Angiers y estaremos en Hoya en un par de noches.

Renna asintió y disimuló un bostezo. Se había sentido llena de energía después de matar al demonio de la orilla pero, como siempre, esa fuerza extra había desaparecido con el sol. Dormitó un poco en la montura hasta que él la despertó con suavidad.

—Será mejor que desmontes y te pongas la capa. Oscurece y nos quedan unas cuantas horas antes de llegar al lugar donde vamos.

Renna asintió y él se bajó del caballo. Estaban en una zona escasamente arbolada, las altas coníferas se situaban lejos unas de otras de modo que podían andar uno a cada lado de Rondador. Renna se dejó caer de la montura y sus sandalias hicieron crujir el suelo del bosque.

Después cogió su morral y sacó la capa protegida.

—Odio tener que ponerme esto.

—No me importa que te fastidie —replicó él—. Los abismales son más numerosos en este lado del Entretierras, ya que hay más ciudades y ruinas donde alojarse. Las copas de estos árboles están llenas de leñositos, que saltan de rama en rama y te atacan desde arriba.

Ella alzó la vista de pronto, esperando ver un demonio caer sobre ella en cualquier momento, pero aún no habían emergido. El sol se estaba poniendo.

Cuando las sombras crecieron, observó cómo la niebla surgía lentamente entre los desechos de agujas y piñas que alfombraban el suelo entre los árboles. Se enroscaba en torno a los troncos de los árboles como si fuera el humo que sube por una chimenea.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

—Algunos prefieren materializarse en la parte alta de los árboles, fuera de la vista, de modo que no los veas venir —comentó él—. Generalmente esperan a que pases por debajo y caen sobre tu espalda.

Renna pensó en el demonio de la roca que había matado de manera similar y se arrebujó más aún en la capa, mirando en todas direcciones.

—Hay uno allá arriba —señaló Arlen—. Obsérvalo detenidamente. —Hizo que cogiera las riendas de *Rondador* y caminó unos cuantos metros delante de ellos.

—¿No te vas a quitar la ropa? —preguntó ella, pero el hombre sacudió la cabeza.

—Te voy a enseñar un truco. Para ello no necesitas llevar la piel protegida, si lo haces bien.

Renna asintió y observó con atención. Caminaron un poco más y entonces, como él había predicho, se oyó un rumor que venía de arriba y un demonio de piel parecida a la corteza cayó desde los árboles y sobre la espalda del Protegido.

Pero él estaba preparado. Arlen se retorció y pasó la cabeza por debajo de una de las axilas del demonio, para luego pasar el brazo libre por el cuello del abismal desde atrás, tras lo cual lo sujetó del morro. Con un giro brusco se volvió hacia un lado y dejó que la propia fuerza del demonio le rompiera el cuello.

—Por el dulce día —exclamó la muchacha.

—Hay varias maneras de hacerlo —explicó él, y apretó uno de sus dedos protegidos contra el ojo del demonio caído para cerciorarse de su muerte—, pero el principio es el mismo. La sharusahk consiste en volver la fuerza contra tu atacante, como hacen los grafos. Así es como los

krasianos han sobrevivido los últimos siglos, emprendiendo la alagai'sharak todas las noches.

—Si son tan buenos matando demonios, ¿por qué los odias tanto? —preguntó ella.

—Yo no odio a los krasianos —replicó él y después hizo una pausa—. Bueno, no a todos ellos, por lo menos. Pero su modo de vida... no es correcto, pues convierten en esclavos a todos los hombres que no sean guerreros. Y no soporto que hagan esclavos a los thesanos a punta de lanza.

—¿Quiénes son los thesanos?

Arlen la miró sorprendido.

—Nosotros. Todos los que pertenecemos a las Ciudades Libres. Y quiero que sigamos siendo libres.

El solitario había recorrido una larga distancia mientras el príncipe abismal esperaba en el Abismo a que finalizara el día, pero el mimetizador era rápido y no pasó mucho tiempo antes de que el mentalista captara a su presa, que caminaba al lado de su montura a través de un bosquecillo ralo de árboles. El mimetizador lo sobrevoló en círculos y observó cómo los demonios menores del bosque atacaban al humano. El solitario los mató con rápida eficacia sin apenas frenar el paso.

El cráneo del mentalista latió y el mimetizador planeó hacia un lado y se sumergió entre los árboles, a la vez que sus alas se fundían para tomar la forma de un gigantesco demonio del bosque. Después se posó sobre una gruesa rama antes de alejarse más, y de esa manera suavizó el aterrizaje y pudo seguir avanzando de rama en rama, con el mentalista a cuestas.

Se detuvieron en una posición estratégica para observar cómo se acercaba el solitario. No había señal de la hembra, aunque el mentalista no había descubierto donde terminaba su pista. Olisqueó el aire, buscando su rastro. Había estado por allí, y hacía poco, pero no podía localizarla.

Qué pena. Habría sido un instrumento útil contra el solitario y su mente estaba deliciosamente vacía, aunque aromatizada con una ira poderosa. Era una comida que merecía la pena rastrear, una vez hubiera consumido la mente del solitario.

—Otro leñosito ahí delante —suspiró Arlen señalando hacia el octavo demonio del bosque que aparecía ante su vista en la última hora. Era más grande que la mayoría, quizá demasiado grande para que lo sostuvieran las tres ramas en las que se apoyaba. Era casi del tamaño de un demonio de las rocas.

—¿Puedo intentar matar a ése? —preguntó Renna.

El Protegido sacudió la cabeza. La miró de nuevo pero le costó un momento localizarla. La capa protegida le provocaba mareos y sus ojos se deslizaban por encima de ella sin advertirla a no ser que se concentrara mucho.

—Tendrás que dormir cuando lleguemos a mi escondrijo —le advirtió— y no podrás hacerlo si estás sobrecargada de magia.

—¿Y tú qué?

—Tengo protecciones que hacer esta noche. Dormiré cuando lleguemos a Hoya —contestó y observó al abismal por el rabillo del ojo para intentar localizar dónde se había emboscado.

Pero el demonio del bosque no hizo ademán de esperar a que pasaran, pues tomó impulso y se plantó justo delante de él. Era un movimiento inesperado pero Arlen tuvo tiempo suficiente para apartarse a un lado y alargar la mano para sujetar su garra, con la intención de retorcerla y volver su fuerza contra él.

Pero debió de haber juzgado mal la longitud de los miembros del demonio, porque de algún modo falló al intentar atrapar su garra, que hizo presa en su pierna y lo derribó al suelo. Ambos cayeron con un fuerte golpe y el abismal rodó hacia un lado, y se puso en pie a la vez que él.

Ambos se miraron y el Protegido comprendió en seguida que había algo diferente en ese abismal. Se movía en círculos a su alrededor con cautela, esperando su oportunidad. Unas cuantas veces el Protegido bajó los ojos o hizo amago de volverse para invitarle al ataque, pero el abismal no mordió el cebo y no dejó de observarle con gran atención.

—Un listillo —musitó entre dientes.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Renna que movió la mano a la búsqueda del cuchillo.

Él se echó a reír.

—El Abismo se enfriará antes de que necesite ayuda para matar a un demonio del bosque. —Y luego se inclinó para abrirse las ropas.

El abismal rugió y se lanzó contra él antes de que pudiera siquiera desabrocharse la ropa y lo placó contra el suelo. El Protegido cayó de espaldas y le dio una patada, un golpe aún más fuerte que los de *Rondador*, pero los brazos del demonio se convirtieron en los tentáculos de un demonio del lago y lo envolvieron con fuerza. Arlen se vio sumergido en un mar de protuberancias mientras las ventosas se pegaban a su ropa y la apretaban con fuerza en

torno a su cuerpo para mantener los grafos tapados. El morro del abismal creció ante sus ojos para convertirse en el de un demonio de la orilla, lo suficientemente grande para tragarse toda su cabeza, incluidos los hombros.

Arlen echó la cabeza hacia atrás y golpeó la mandíbula inferior del demonio con el grafo de choque que llevaba en la parte superior de la cabeza. Estalló una brillante descarga y el demonio aulló. Unos cuantos dientes se le desprendieron, pero le quedaban cientos y no le soltó. El Protegido había expulsado el aire de los pulmones al realizar el golpe y se encontró con que no podía inhalar de nuevo.

Con la última pizca de aire que le quedaba emitió un silbido agudo y *Rondador* alzó su enorme cabeza, arrancó las riendas de manos de Renna y atacó con los cuernos bajos. Éstos entraron por el hombro del demonio en una explosión de icor y magia y el abismal chilló de pura agonía. Al fin le soltó y el Protegido rodó hacia un lado y jadeó a la búsqueda de aire.

Él abismal se derritió para liberarse de los cuernos de *Rondador* y creció de nuevo con la coraza cambiando de diseño y color hasta tomar la forma de un demonio de las rocas. Le dio un golpe de revés al semental sin apartar los ojos en ningún momento del Protegido.

Sin contar las bardas y alforjas, *Rondador Nocturno* pesaba cerca de una tonelada, pero el poderoso demonio lo lanzó por los aires. El animal impactó contra un árbol y él no supo en ese momento si el crujido que se oyó se debía a la rotura del tronco o de la espina dorsal del caballo.

—¡*Rondador*! —gritó mientras se arrancaba la ropa del cuerpo y se arrojaba contra el demonio. Renna corrió hacia el caballo.

Los golpes de Arlen hicieron retroceder al abismal que retrocedió ante el ataque, pero la herida que *Rondador* había abierto con los cuernos estaba ya casi cerrada y los puñetazos y patadas del Protegido parecían no tener demasiado efecto. La carne latía en torno a los puntos que Arlen había quemado con sus grafos y se curaban casi al instante.

Consiguió alcanzarle en un brazo pero él clavó las grandes garras en el suelo y le lanzó un gran puñado de tierra y hojas mojadas contra él. El Protegido no tuvo tiempo de esquivarlo y recibió el impacto de lleno. Recobró rápidamente el equilibrio y se limpió la tierra de encima pero comprendió que los grafos se habían debilitado en los puntos que aún estaban cubiertos de suciedad, si es que aún funcionaban.

Pero Arlen no estaba más herido que el abismal y bajo ningún concepto iba a dejar que aquel poderoso demonio se marchara. Caminaron en círculos uno en torno al otro, mientras mostraban los dientes y rugían. Uno de los brazos del demonio se transformó en media docena de tentáculos, cada uno de más de tres metros de longitud y rematado en un cuerno aguzado.

—¡Por la Noche!, ¿de qué parte del Abismo vienes tú? —preguntó. El mimetizador no respondió, pero sus nuevas extremidades restallaron como un látigo.

El Protegido se echó hacia un lado para evitarlas, rodó y se levantó de nuevo para correr hasta el demonio. Había un hueco en las placas de la coraza de su axila y allí llevó sus dedos rígidos, pintados con grafos de penetración, directos hacia la grieta con la idea de llegar a alguna parte vital y causar una herida mortal.

El abismal chilló y se retorció mientras la carne se disolvía en torno a sus dedos. Fue entonces, al entrar en

contacto con él mientras se transformaba cuando se dio cuenta de lo que estaba hacien-do. Se desmaterializaba y se volvía a materializar del mismo modo que hacía él o hacía cualquier abismal. La diferencia era, simplemente, que este demonio podía rematerializarse en diferentes formas. Al darse cuenta de esto, un millar de posibilidades acudieron a la mente de Arlen, demasiadas para poder considerarlas todas. Apartó a un lado el descubrimiento, como si fuera una mosca irritante, y se concentró en su adversario.

En el instante justo en que el demonio estaba en plena transformación, el hombre tatuado se desmaterializó a su vez y se mezcló con él para impedir que se solidificara de nuevo. El demonio le siguió pareciendo un ente sólido pero el grito de Renna sonó como si estuviera muy lejos de allí. Sabía que ella los habría visto a ambos desvanecerse, como si fueran fantasmas, pero era algo sencillo.

Arlen ya había luchado con un demonio de esa manera y sabía que, en ese estado, la fuerza y los grafos no servían para nada. Lo que realmente importaba era la voluntad y él sabía que la suya era más poderosa que la de cualquier demonio.

Se adhirió a las mismísimas moléculas del mimetizador y las mantuvo dispersas, en un estado inmaterial, bajo su control. Sintió el repentino terror de la criatura y lo acrecentó con su cólera y su rabia, dominando su voluntad del mismo modo que haría un padre con un niño desobediente.

Pero justo en el momento en que sintió cómo se rompía la voluntad del mimetizador, otra llegó hasta él, una mil veces más fuerte.

El príncipe abismal supervisaba el combate desde la alta copa de un árbol, pero su mente se había situado detrás de los ojos del mimetizador, desde donde daba órdenes a su siervo.

La batalla habría terminado con rapidez contra cualquier otro enemigo, ya que el mentalista se habría limitado a leer los pensamientos de su oponente y a planear los contraataques antes de que hubieran llegado a ejecutarse los movimientos. Pero los pensamientos del humano se hallaban protegidos por grafos, de modo que no podía averiguar nada de sus planes. Aun así, el mimetizador debería haberle vencido, pero el humano hizo algo que el mentalista no hubiera esperado jamás.

Se desmaterializó.

El príncipe abismal nunca había visto nada parecido ni se había imaginado que eso fuera posible en una criatura de la superficie. Durante un momento, incluso sintió temor ante el poder del humano.

Pero sólo durante un momento, porque cuando el humano quebró la voluntad del mimetizador, el príncipe abismal rozó su mente. En ese estado de suspensión, los grafos no tenían poder alguno, cosa que sabía cualquier príncipe recién salido del cascarón. El solitario se había vuelto vulnerable de la manera más tonta.

El mentalista se introdujo en su mente antes de que el humano pudiera recobrarse de la sorpresa y, por fin, conoció en profundidad a su enemigo, al bucear en el río de sus recuerdos. El humano estaba horrorizado ante la invasión, pero era incapaz de detenerla. Su rabia impotente era embriagadora.

Pero entonces el solitario le sorprendió de nuevo. Un ser menor se habría dado por vencido, sin embargo, el humano

dejó atrás sus recuerdos, desprotegidos, y lanzó su propia voluntad hacia la mismísima corriente vital del mentalista, la esencia de su ser. Reventó las defensas de la mente demoníaca, que no estaba preparada para un ataque de esa ferocidad, y estuvieron conectados durante un momento antes de que el príncipe abismal consiguiera reunir la fuerza de voluntad suficiente para cortar la conexión.

En el momento en que sintió que su mente se liberaba, el solitario se solidificó y obligó al mimetizador a hacer lo mismo.

—¡Renna! —gritó el humano y el príncipe abismal observó sorprendido una ondulación en el aire y cómo la hembra humana salía como de la nada y atravesaba al mimetizador con su cuchillo protegido.

El mentalista ignoró los aullidos del mimetizador y estudió la distorsión del aire que había en torno a la hembra, pues el ropaje la seguía mientras atacaba. Era una protección de lo más poderosa, ya que la había escondido hasta de los ojos de un príncipe.

En el momento en que el solitario se solidificó, sus grafos mentales volvieron a funcionar, pero también perdió el control sobre el mimetizador. El mentalista hizo que éste se retirara y después él mismo arrojó su mente contra la hembra, le arrancó la ropa protegida y la tiró al suelo de un golpe.

Para cuando el solitario se puso en pie, había dos hembras ante él, idénticas en apariencia y movimientos. El mentalista había conectado sus pensamientos de modo que el mimetizador podía imitarlos a la perfección. Después soltó las garras que lo mantenían sujeto al tronco del árbol, dio un paso en el aire y planeó hasta el suelo con tanta suavidad como si fuera una hoja caída de un árbol.

El Protegido pestañeó, pues veía dos Rennas Tanner ante él, idénticas hasta en el desteñimiento de las manchas de roya que llevaban en la piel. Lo miraban con los mismos ojos, llevaban las mismas ropas harapientas y el mismo cuchillo. Incluso la magia que irradiaban parecía igual.

Corrió hasta llegar al lado de *Rondador Nocturno* y se obligó a ignorar la respiración fatigosa del animal mientras se hacía con su arco largo y colocaba una flecha en posición. Vaciló entre una y otra, sin saber muy bien a quien apuntar.

—¡Arlen, ella es el demonio! —gritaron al unísono y se señalaron la una a la otra. Ambas se miraron asombradas y después se volvieron hacia él—. Arlen Bales —dijeron, y pusieron los brazos en jarras como Renna solía hacer cuando estaba enfadada—, ¡no me digas que no puedes distinguirme de un abismal!

El Protegido las miró y se encogió de hombros en un gesto de disculpa y dos pares de ojos marrones idénticos le miraron con mala cara.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué jugamos a los besos aquella noche?

Los ojos de ambas Rennas se iluminaron al escuchar la pregunta.

—Perdiste al jugar al refugio —respondieron a la vez y se volvieron para mirarse, horrorizadas.

Arlen se concentró y las observó.

—¿Cómo perdí?

Las dos chicas vacilaron y después le miraron.

—Beni hizo trampa —admitieron. Un brillo asesino relumbró en los ojos de ambas y se volvieron una vez más la una hacia la otra y alzaron los cuchillos.

—¡No lo hagas! —las detuvo Arlen, y alzó el arco—. Dame un momento.

Ambas le dedicaron una mirada irritada.

—¡Maldita sea, Arlen, déjame que mate a esta cosa horrible y terminemos de una vez!

—No podrás con él, Ren —le avisó el Protegido y le miraron con mala cara—. La Renna auténtica me escucharía.

Las mujeres echaron la cabeza hacia atrás y se rieron, pero no hicieron movimiento alguno para atacarse la una a la otra. El hombre tatuado asintió.

—¡Será mejor que salgas de una vez! —gritó con fuerza a la noche— ¡Sé que estás ahí! ¡Ese demonio cambiaformas no es lo bastante listo para hacer esto!

Se oyó un rumor a un lado y el otro demonio apareció. Era pequeño y delgado, con una gran y esbelta cabeza cubierta de protuberancias. Sus ojos eran como grandes charcos negros y sólo le mostró una fila de dientes aguzados. Las garras que remataban sus dedos delicados eran como las uñas pintadas de una dama angiersina.

—Me preguntaba cuándo me encontraría con un bastardo como tú —dijo el Protegido. Se dio un golpecito con el dedo en el gran grafo que llevaba tatuado en el centro de la frente—. Me he protegido especialmente para esta ocasión.

El demonio inclinó la cabeza y lo estudió. A su lado, las dos Rennas se envararon ligeramente.

—Puede que tu mente esté acorazada, pero la de la hembra no —dijeron las dos Rennas a la vez, sin que el demonio apartara la vista de él—. Podemos matarla cuando queramos.

Arlen apuntó y disparó al instante, pero el demonio trazó un grafo rápido en el aire y un gran relámpago de magia

estalló y redujo la flecha a cenizas antes de que alcanzara su objetivo. Arlen acercó otra flecha a su oreja para apuntar, pero sabía que era un gesto inútil contra ese nuevo abismal. Bajó el arco y aflojó la tensión de la cuerda.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó.

—¿Qué quiere tu corcel de los insectos que espanta con la cola? —preguntaron las dos Rennas—. Sólo eres una molestia que hay que eliminar, nada más.

—Pues ven a por mí —respondió el Protegido con sorna.

Pero las mujeres sacudieron la cabeza negativamente.

—A su debido tiempo. No tienes ningún esclavo que pueda defenderte, mientras que yo tengo muchos. Pronto abriré tu cráneo y consumiré tu mente, pero primero me divertiré obligándote a regatear por la hembra.

—Decías que no tengo nada que quieras —respondió él.

—No lo tienes —afirmaron las muchachas—. Pero renunciar a algo que ocultar te hará sufrir y eso endulzará el festín que nos daremos con tu mente. —Los ojos del Protegido se entrecerraron—. ¿Dónde supiste de nosotros? —preguntaron las chicas.

Arlen las miró y luego al mentalista.

—¿Para qué te lo voy a decir? No podrás sacarlo de mi mente y ella no lo sabe.

Las muchachas sonrieron.

—Vosotros los humanos sois débiles con vuestras hembras. Es un error cuidadosamente favorecido en vuestros antecesores. Dínoslo o ella morirá. —Mientras hablaba, las dos Rennas alzaron los cuchillos idénticamente protegidos y dieron un paso hacia delante, sujetándose la una a la otra por la garganta.

El Protegido alzó el arco y lo movió de una mujer a la otra.

—Puedo dispararle a una. Tengo la mitad de oportunidades de matar a tu cambiaformas.

Las mujeres se encogieron de hombros.

—Es sólo un esclavo. La mujer, sin embargo, tiene gran importancia para ti. Sufrirás mucho si muere.

—¿Gran importancia? —preguntaron las Rennas y el Protegido se volvió a mirarlas con atención. Había miedo en sus ojos, y desesperación.

—Lo siento, Ren —se disculpó él—. No quería que pasara esto. Ya te lo advertí.

Ambas asintieron.

—Lo sé, no es culpa tuya.

Arlen alzó el arco en su dirección.

—Esta vez no voy a poder salvarte, Ren —le dijo y se tragó el nudo que tenía en la garganta—. Ni siquiera sé cuál de las dos eres tú. —Renna reprimió un sollozo y él casi pudo saborear el placer del mentalista.

—Así que vas a tener que ser fuerte y salvarte a ti misma, porque ese monstruo es el rostro del mal y no puedo dejarlo marchar.

El mentalista se envaró cuando comprendió lo que quería decir, pero fue un segundo demasiado tarde, pues el Protegido dejó caer el arco y saltó hacia él, cubriendo la distancia entre ellos en un instante. Antes de que pudiera ordenar a Renna y al mimetizador que se mataran el uno a la otra, el puño protegido impactó sobre la cabeza bulbosa del príncipe abismal y hubo una explosión de magia.

El demonio esbelto cayó a varios metros de distancia debido a la fuerza del impacto y aterrizó de espaldas, siseando de rabia. Su cráneo latía y Arlen percibió el repiqueteo del poder que emitía, pero no podía hacerle daño.

Detrás de él, el mimetizador chilló, pero el Protegido le ignoró, pues se arrojó de nuevo contra el mentalista, lo sujetó y empezó a descargar sus puños contra él. Cada golpe sanaba al instante, pero Arlen no cesó en su ataque y lo mantuvo sujeto mientras buscaba la forma de matarlo. Si se desmaterializaba, ahora estaba preparado para enfrentarse a él en una lucha de voluntades.

Pero el mentalista permaneció en estado sólido, quizá precisamente por miedo a eso. Con cada golpe parecía más aturdido y tardaba un poco más en recuperarse. Arlen atrapó al demonio con una presa sharusahk de estrangulamiento. Los grafos de presión de sus antebrazos llamearon al contacto con la garganta del demonio; Arlen los notó calentarse mientras absorbían poder. Todo terminaría en segundos.

Pero un demonio del viento cayó sobre él, rompió la presa y los separó. El Protegido saltó sobre el demonio del viento y le dio un fuerte golpe en la garganta que lo dejó aturdido, pero entonces fue un demonio del bosque el que cayó sobre él desde lo alto de los árboles. A ambos les siguieron varios más.

El mentalista sintió que perdía la conexión con su mimetizador cuando el golpe del solitario estalló en su cráneo. Nunca había conocido un dolor como ése. En los diez mil años pasados desde que eclosionó, no había habido criatura alguna que osara golpear a un príncipe abismal. Era impensable.

El demonio se estampó contra el suelo y de forma inmediata envió una angustiada llamada de auxilio general. Los demonios menores vendrían de todas partes en

respuesta. El mimetizador respondió con un grito, incapaz de acudir a la llamada. El humano saltó sobre el mentalista aporreándole la cabeza con sus grafos.

Acostumbrado a luchar a través de su mimetizador, el mentalista no estaba preparado para el dolor y la confusión de un combate físico. El humano no le daba tiempo a recobrarse y se sintió incapaz, en su indefensión, de evitar que el solitario realizara una primitiva presa de dominio. Sus grafos se activaron y absorbieron la magia del príncipe abismal, quien a cambio recibió un dolor enorme.

Ése podría haber sido su final pero pronto un demonio menor aéreo respondió a la llamada y cayó sobre el solitario, de modo que éste tuvo que romper la presa. Le siguieron otros esclavos, que se agruparon para defender al príncipe abismal. En el momento en que consiguieron sacarle de encima al humano, el mentalista curó sus heridas y siseó de rabia debido a la afrenta. Envió una nueva llamada, con la que cubriría al solitario de demonios menores. Localizó docenas de ellos por la zona, y corrieron para unirse a la pelea tumultuosa, pero el mimetizador estaba extrañamente ausente.

El humano apartó a los demonios del bosque de su camino y atacó de nuevo al príncipe abismal, pero ahora él estaba preparado y dibujó un grafo que envió una ventisca de aire contra el solitario. El impacto lo mandó dando tumbos por el claro. Para cuando se levantó, estaba rodeado de nuevo de demonios del bosque. A la orden del mentalista, las criaturas rompieron ramas de los árboles para usarlas como armas, de modo que pudieran evitar incluso los embarrados grafos de bloqueo de la piel del humano.

La imitación de sus palabras y actos le pareció horrible, pero lo que realmente le causó repulsión a Renna fue cuando el mentalista tomó el control de su voz y ella comprendió que había estado oculto en su interior durante mucho tiempo, como un polizón que se hiciera al fin con el mando del carro.

Era una violación que la dejó sin palabras, peor aún de lo que Harl le había hecho. Fue peor que la noche que pasó en la letrina y que la ataran a la estaca durante la noche. Sentía al demonio hurgando en sus pensamientos como un ratón a la búsqueda de sus recuerdos más queridos y privados para usarlos como armas contra Arlen.

El pensamiento la llenó de rabia y sintió el placer del demonio ante su respuesta. «Ya te he tomado antes —le susurraba en su mente—, muchas veces.»

Renna miró al Protegido y se desesperó ante la resignación que veía en sus ojos. Ella se había creído lo bastante fuerte para seguir su camino, había pensado que podía hacer todo lo que quisiera, pero ahora quedaba claro que eso no era cierto. Todo lo que iba a conseguir era que lo mataran a él.

Renna ahogó un sollozo e intentó alzar el cuchillo para enterrarlo en su propia garganta, pero el mentalista controlaba su cuerpo como si fuera la marioneta de un Juglar y no podía actuar contra su voluntad. Incluso aunque Arlen acertara y matara con su disparo al mimetizador, el mentalista podía conseguir que ella misma le atravesara el corazón con la misma facilidad. Quería advertirle, pero las palabras no salían de su boca.

Pero entonces algo cambió en la expresión de los ojos de Arlen, como si hubiera tomado alguna decisión y la miró con

una confianza que nadie había puesto en ella hasta ese momento.

—Así que vas a tener que ser fuerte y salvarte a ti misma, porque ese monstruo es el rostro del mal y no puedo dejarlo marchar —le dijo.

Dejó de tener miedo ante esa mirada y sus propios ojos se endurecieron. Asintió y sintió un repentino respingo en el mentalista, pues éste comprendió lo que él quería decir en el mismo momento que ella. Intentó reaccionar pero no fue lo bastante rápido y el Protegido le dio un golpe en la cabeza que iluminó la noche con la magia.

La presencia del demonio en su mente se desvaneció y la dejó aturdida y desorientada. Echó una ojeada al mimetizador, que aún mantenía su forma, pero lo vio tambalearse de la misma manera que ella, al perder el contacto con la mente del otro demonio.

Renna apretó la mano en torno al cuchillo de su padre y con un rugido saltó hacia la criatura y le clavó la hoja en el estómago desnudo. Luego pasó el brazo libre alrededor del demonio y los grafos pintados con roya en su piel se activaron. La magia fluyó por los músculos y la llenó de fuerza mientras empujaba con el cuchillo hacia arriba, hasta que abrió a la criatura en canal.

El cuerpo del mimetizador parecía igual al suyo en cuanto a su aspecto exterior, pero el pestilente icor negro que brotó de la herida no pertenecía al mundo de la superficie.

Renna lo miró a la cara, al mismo rostro que había visto miles de veces en la superficie del agua. Casi se echó a llorar por la pena y confusión que percibió en sus propios ojos, pero entonces el rostro le rugió como si fuera un perro y los dientes comenzaron a crecer mientras le siseaba.

Renna se retorció cuando el mimetizador embistió contra ella y volvió su energía contra él, tal como Arlen le había enseñado. Aferró su gruesa trenza con la mano libre y tiró de ella hacia arriba para descubrir la nuca. El movimiento le dio tanto impulso a su giro que el cuchillo atravesó el cuello sin esfuerzo.

Y así fue como terminó la lucha. El cuerpo del demonio cayó al suelo sin vida y ella se quedó con su propia cabeza en la mano sujeta por el pelo, con los ojos en blanco y el negro icor goteando del cuello. Inhaló profundamente como si no hubiera respirado en horas.

Alzó la mirada con la esperanza de ver la cabeza del mentalista a los pies de Arlen, pero en su lugar lo encontró rodeado de demonios del bosque que aferraban ramas entre las garras mientras el mentalista huía. Los abismales aún no se habían dado cuenta de su presencia, pues estaban concentrados en el Protegido.

Renna miró a su alrededor y dejó caer la cabeza al suelo; luego buscó la capa protegida. El mimetizador había roto los lazos que la sujetaban al cuello, pero el resto de la tela estaba intacto. Guardó el cuchillo y se la echó por los hombros, se subió la capucha y usó las dos manos para cerrarla desde dentro.

Después se puso en pie con mucho cuidado y caminó hacia la escena del combate al paso monótono y lento que daba a los grafos todo su poder. Uno de los demonios del bosque golpeó al Protegido sobre los hombros mientras ella se aproximaba. Él gritó y cayó al suelo escupiendo sangre. Los otros demonios estaban muy cerca y él rodó de manera desesperada de un lado a otro para evitar sus golpes, aunque no siempre con éxito.

Ella no deseaba otra cosa que apresurarse a ayudar a Arlen, pero sabía en lo más profundo de su corazón que él

no querría que ella hiciera eso. El mentalista permanecía por allí cerca con descaro, sin intentar escapar. Mostrarle el sol, bien merecería sus dos vidas.

El Protegido sintió cómo se le rompían las costillas cuando la rama le golpeó y lo arrojó al suelo. Le vino a la boca una bocanada mezcla de bilis y sangre, y escupió al suelo.

Antes de que pudiera recuperarse, otra rama cayó sobre él. Rodó para evitar la tercera y la cuarta, pero ya no podía ponerse en pie y la quinta le dio de lleno en la cara. Le arrancó parte de la piel y le sacó un ojo de la órbita, que quedó colgando de un trozo de músculo. El impacto hacía eco en su cabeza, ahogando el resto de los sonidos.

Arlen alzó la mirada con el ojo bueno y descubrió a varios demonios que balanceaban las ramas a la vez. Durante un momento pensó que había llegado el momento de su muerte, pero recuperó los sentidos durante un segundo y se maldijo a sí mismo por ser tan idiota.

Cuando las ramas se abatieron de nuevo sobre él, sólo encontraron una neblina. El Protegido se deslizó fuera del centro del grupo y se solidificó detrás de uno de los demonios del bosque, completamente curado. Le dio una patada a una de las extremidades del demonio, lo agarró por los cuernos cuando caía y usó su propio peso para girarle bruscamente el cuello y rompérselo. Después saltó hacia el siguiente y le metió los pulgares en los ojos. Un tercero lanzó una rama hacia él, pero el Protegido se desmaterializó de nuevo y el abismal sólo consiguió golpear al demonio cegado. Arlen se solidificó de nuevo y clavó sus dedos engarfiados en un hueco de la coraza de corteza de

árbol del demonio atacante, de modo que le reventó el corazón como si fuera una castaña asada.

Sabía que no había arma mortal que pudiera dañarle si veía venir el ataque, pero ahora se dio cuenta de que en realidad era mucho más que eso. Cualquier circunstancia que le pusiera al borde de la muerte o el desmembramiento quedaría subsanada al instante. Los abismales que le rodeaban eran sólo moscas que debía apartar de su camino. No eran lo bastante listos para desmaterializarse ellos mismos y atacarle y el mentalista tendría buen cuidado de hacerlo a través de ellos, y mucho menos de encontrarse con él en el plano mental.

Ignoró a los demonios del bosque que quedaban, pasó a través de ellos como si fuera un fantasma y sólo se solidificó cuando el camino hacia el príncipe abismal estuvo libre. Miró al demonio y le sobrevino un mareo. La confianza que había tenido en sí mismo unos momentos antes le abandonó cuando comprendió que comenzaba a descubrir poderes que ese demonio conocía desde hacía miles de años. El desnudó sus colmillos y alzó una garra para dibujar un grafo en el aire.

Pero en ese momento, la punta de una hoja emergió de su pecho y relució con una magia brillante. El mareo desapareció cuando la capa de Renna cayó al suelo y mostró a la chica sujetando al demonio por el cuello con el brazo libre mientras los grafos de contacto de la hoja aumentaban de poder.

El príncipe abismal chilló por el dolor y la sorpresa, pero el Protegido no dudó y se arrojó hacia delante para propinarle una serie de fuertes golpes destinados a hacerle perder el equilibrio. Renna soltó el cuchillo y pasó el collar de guijarros en torno al cuello del demonio. Los grafos flamearon y el mentalista abrió la boca como si fuera a

gritar pero no salió sonido alguno. En vez de eso, su cráneo comenzó a latir y la vibración resultante golpeó al hombre tatuado como si fuera un fuerte viento, hasta el punto de derribarle.

Renna no pareció notar lo que había ocurrido, pero los demonios chillaron de pura agonía entre los árboles y en lo que parecían kilómetros a la redonda. Un demonio del viento cayó del cielo, se estampó contra las ramas de un árbol y aterrizó sobre el suelo, muerto. Los demonios del bosque que le habían atacado antes se desplomaron, también aniquilados por el grito psíquico del demonio.

Y en ese momento, el mentalista escapó.

El príncipe abismal jamás había conocido el miedo, ni el dolor. Estaba por encima de esas cosas y las saboreaba de manera indirecta a través de las mentes de sus esclavos o de sus presas, como bocados delicados.

Pero no había nada indirecto en la muerte de su mimetizador o en la hoja que atravesaba su pecho. Tampoco en el cordón que estrangulaba su cuello o en los golpes que le impedían utilizar su poder. El príncipe abismal gritó y sintió como las mentes de los demonios menores que había a su alrededor estallaban de dolor.

Pero entonces el solitario se distrajo un momento y el príncipe abismal aprovechó la oportunidad para desmaterializarse y huir en dirección al Abismo. Se conectaría a un nuevo mimetizador y se fortalecería para el próximo ciclo. Y entonces volvería con una hueste de esclavos como la superficie no había visto en milenios.

Renna chilló y el Protegido se volvió para comprobar cómo el mentalista escapaba de su presa, se disolvía en una neblina y huía en dirección a un camino cercano que conducía al Abismo.

Le siguió de forma instintiva.

—¡Arlen, no! —gritó Renna, pero él la oyó muy lejos.

El camino al Abismo era como seguir la corriente de un arroyo en la oscuridad. Sentía el camino, pero la vista no tenía ninguna utilidad. Simplemente percibía el fluido de la magia que surgía del centro del mundo y lo siguió como si fuera una corriente. El Protegido mantenía su voluntad concentrada en el rastro maligno que dejaba el príncipe abismal y tuvo la sensación de haber corrido kilómetros y kilómetros antes de acercarse lo suficiente para cogerle.

No tenía manos con las que sujetarle, pero deseó que su esencia se adhiriera a la suya y, como dos hombres que soplaran humo en la misma nube, ambos se mezclaron hasta que sus voluntades chocaron.

Arlen esperaba que la del demonio se hubiera debilitado, pero no había perdido fuerza y ambos clavaron sus garras en la mente del otro, intentando introducir sus dedos mentales en cualquier delicada grieta que pudieran encontrar. El príncipe abismal dejó al descubierto todos los errores que Arlen había cometido en su vida y se burló de él por el destino al que había condenado a Renna y por lo que había permitido que les sucediera a los rizonianos. Se mofó de él con imágenes de Jardir violando a la pobre e inocente Leesha.

Aquello fue demasiado, pero el dolor lo reanimó y se precipitó a través de las defensas mentales del mentalista. En ese momento vio un atisbo del Abismo, un lugar de oscuridad eterna, pero iluminado por el resplandor de la

magia con más fulgor que las extensiones desérticas bajo la luz del sol.

Al momento, la voluntad del demonio se retiró y frenó el ataque para proteger su mente. El Protegido percibió la ventaja y presionó aún más. El príncipe abismal chilló en su mente cuando el humano supo del Enjambre.

Quizá habría podido vencerle en ese momento si el horror de la visión que se abrió ante sus ojos no le hubiera aturdido. Los abismales que subían a la superficie de caza eran apenas una míni-ma parte de lo que el Abismo era capaz de arrojar de su interior. Había millones de demonios, miles de millones... Por primera vez desde que encontró los grafos antiguos, le venció la desesperación, la certeza de que finalmente serían derrotados.

La voluntad del mentalista le avasalló y su lucha descendió a un nivel más básico, el simple deseo de supervivencia. Pero en eso

Arlen tenía ventaja, pues no tenía miedo de morir y no miraría sobre su hombro cuando sintiera la muerte aproximarse.

El demonio sí estaba asustado y en ese instante su voluntad se quebró y el hombre pudo absorber la magia de su misma esencia. Al final sólo quedaron unos restos consumidos que arrojó hacia el Abismo para que desaparecieran para siempre.

Una vez solo en el camino, el Protegido escuchó por fin la auténtica llamada del Abismo, y era realmente hermosa. En ella había poder, un poder que en sí mismo, no era maligno. Al igual que el fuego, se hallaba más allá del bien y del mal. Era un poder desnudo y le atraía como el pecho materno a un bebé hambriento. Alargó las manos hacia ella, preparado para saborearla.

Pero entonces percibió una nueva llamada.

—¡Arlen! —La voz era un eco distante que reverberaba a lo largo del camino—. ¡Arlen Bales, vuelve conmigo!

Arlen Bales. Un nombre que no había usado durante años y que había muerto en el desierto de Krasia. La voz apelaba a un fantasma. Se volvió hacia el Abismo, dispuesto a entregarse a él.

—¡No me dejes otra vez, Arlen Bales!

Renna. Ya la había abandonado en una situación desesperada dos veces, pero la tercera sería la más dolorosa pues, después de todo lo que Renna había hecho para salvar su vida, la condenaría a la misma vida de la que él había querido escapar.

¿Qué podía ofrecerle el abrazo del Abismo que no pudiera darle ella?

A Renna ya le dolía la garganta de tanto gritar cuando la neblina comenzó a emerger del suelo y tomó la forma del Protegido. Ella se echó a reír entre lágrimas y casi se ahogó. Parecía que sólo había pasado un momento desde que estuvieron a punto de vaciarlo y ella no esperaba ya otra cosa, cuando de repente todos los demonios de la zona cayeron muertos. La noche quedó misteriosamente serena mientras ellos se miraban el uno al otro. Renna había absorbido una gran cantidad de magia del mentalista y por ello sus sentidos estaban mucho más alerta de lo que habían estado en toda su vida. Prácticamente crepitaba de energía y su corazón latía como los tamboriles de un Juglar. Arlen relucía con tanta intensidad que casi dolía mirarlo.

—*Rondador* —recordó él súbitamente y así rompió el silencio. Corrió hacia donde se encontraba el caballo.

—Tiene varios huesos rotos —comentó ella con tristeza —. No creo que vuelva a correr jamás, incluso aunque sobreviva. Mi padre diría que es mejor sacrificarlo.

—¡Al Abismo con lo que tu padre hubiera hecho! —rugió Arlen. Renna sintió su pena como una bofetada en el rostro y comprendió en ese momento cuánto amaba a su caballo. Ella sabía muy bien lo que era tener un animal por único amigo en el mundo. Ojalá la amara a ella aunque fuera sólo la mitad.

—Las heridas han dejado de sangrar —constató—. Debe de haber absorbido parte de la magia de ese demonio cambiaformas antes de que le golpeara.

—Mimetizador —anotó él—. Les llaman mimetizadores.

—¿Cómo lo sabes?

—He aprendido mucho al entrar en contacto con la mente del príncipe abismal —comentó él. Alargó una mano y cogió una de las patas rotas del semental para alinear los huesos correctamente. Los sujetó en su lugar con una mano llena de poder y dibujó un grafo en el aire con la otra.

Gruñó de dolor, pero el grafo se activó y los huesos se unieron ante la mirada perpleja de Renna. Arlen atendió las heridas del caballo una por una y cuando *Rondador* comenzó a respirar con normalidad, él también recobró el aliento. Su magia, que había brillado con tanta intensidad un momento antes, se oscurecía con rapidez; de hecho, era mucho más oscura de lo que ella había visto jamás.

Renna le tocó el hombro y sintió una descarga de dolor cuando parte de su propia magia fluyó hacia él. Él dejó escapar un jadeo y luego alzó la mirada hacia ella.

—Es suficiente —susurró ella y él asintió.

Arlen miró a Renna y sintió una gran culpabilidad.

—Lo siento, Ren.

Ella le miró con curiosidad.

—¿Qué es lo que sientes?

—Te di la espalda una vez cuando éramos niños, dejándote en manos de Harl para irme a cazar demonios. Y esta noche, lo he vuelto a hacer.

Ella sacudió la cabeza.

—Sentí a ese demonio en mi cabeza. Se deslizó en mi interior de un modo que me hizo mucho más daño que mi padre. Era pura maldad, venía directa del Abismo. Matar a ese monstruo valía mucho más que mil Rennas Tanner.

—Eso pensaba yo antes, pero ahora no estoy tan seguro.

—No pienso retirar mi promesa. Si ésta es tu vida, quiero compartirla contigo como haría una buena esposa. No importa lo que pase.

Se acercaba el amanecer y el Abismo seguía llamando al Protegido, pero ahora era algo lejano, fácil de ignorar. Gracias a ella, porque Renna le había hecho recordar quién era él en realidad. Las palabras acudieron con facilidad a sus labios.

—Yo, Arlen Bales, me prometo a ti, Renna Tanner.